

**MÁS ALLÁ DE LA SOCIOLOGÍA Y LA ANTROPOLOGÍA.
REFLEXIONES EN TORNO A LA SOCIOANTROPOLOGÍA**

OLIVIA LEAL SORCIA
Coordinadora



Más allá de la sociología y la antropología.

Reflexiones en torno a la socioantropología

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Dra. Tania Hogla Rodríguez Mora
RECTORA

Mtro. César Enrique Fuentes Hernández
COORDINADOR ACADÉMICO

Museógrafo Fernando Fco. Félix y Valenzuela
COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Equipo de la Biblioteca del Estudiante

Ángeles Godínez Guevara
RESPONSABLE

Ana Beatriz Alonso Osorio
Daniel Valentin Cruz
Florina Piña Cancino
Sergio Javier Cortés Becerril
Verónica Durán Carmona

Más allá de la sociología y la antropología.

Reflexiones en torno a la socioantropología

Olivia Leal Sorcia
(Coordinadora)

Paris Aguilar
Nancy Cruz
Ricardo C. Ernesto G.
Héctor D. Hernández F.
Olivia Leal Sorcia
Nicolás Olivos Santoyo
Mario Padilla Pineda
Araceli Parra
Victor A. Payá
Ismael Pineda Peláez
Jovani J. Rivera
Miguel C. Romero R.
Liliana Valverde

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

Biblioteca
BE
del
Estudiante

FICHA CATALOGRÁFICA E-S/N

Más allá de la sociología y la antropología : Reflexiones en torno a la socioantropología / Olivia Leal Sorcia (Coordinadora). -- Primera edición. -- México : Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2023.

391 páginas ; 21 cm.

Con textos de: Paris Aguilar, Nancy Cruz, Ricardo C. Ernesto G., Héctor D. Hernández F., Olivia Leal Sorcia, Nicolás Olivos Santoyo, Mario Padilla Pineda, Araceli Parra, Victor A. Payá, Ismael Pineda Peláez, Jovani J. Rivera, Miguel C. Romero R., Liliana Valverde.

ISBN 978-607-8939-28-2

1. Antropología. – 2. Sociología. – I. Leal Sorcia, Olivia, coordinadora.

LC HM107

Dewey 301.0972

Más allá de la sociología y la antropología. Reflexiones en torno a la socioantropología

primera edición, 2023

© Olivia Leal Sorcia (Coordinadora) , Paris Aguilar, Nancy Cruz, Ricardo C. Ernesto G., Héctor D. Hernández F., Nicolás Olivos Santoyo, Mario Padilla Pineda, Araceli Parra, Victor A. Payá, Ismael Pineda Peláez, Jovani J. Rivera, Miguel C. Romero R., Liliana Valverde

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México

García Diego 168, col. Doctores,
alc. Cuauhtémoc, c. p. 06720, México, D F

Imagen de portada: © Maricela Figueroa Zamilpa

ISBN: 978-607-8939-28-2

https://www.uacm.edu.mx/Organizacion/CoordinacionAcademica/Biblioteca_Estudiante

Material educativo universitario de distribución gratuita para estudiantes de la UACM. Prohibida su venta

Hecho e impreso en México

Introducción

Desde el año 2010, un grupo de académicos y estudiantes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, decidimos crear un espacio de discusión para reflexionar sobre el cruce disciplinar entre antropología social y sociología. Lo anterior lo motivó nuestra participación en una propuesta curricular que definió ambas disciplinas para formar estudiantes en ciencias sociales. Si bien formalmente la licenciatura se nombró en Ciencias Sociales (la cual recibió su primera generación en el año 2004), en el quehacer académico cotidiano se le adjetivó y en adelante se le nombró regularmente como una licenciatura en socioantropología. Las inquietudes sobre todo de estudiantes por identificarse como socioantropólogos, apelando a una adscripción disciplinaria nueva, además de dotar de contenido lo que significaba la emergencia de un campo denominado socioantropología, motivó la creación de un espacio paralelo a la puesta en marcha del plan de estudios y donde la participación generara dinámicas de trabajo más horizontales entre profesores y estudiantes. Fue así que surgió el *Seminario Permanente de Socioantropología*, el cual ha mantenido sesiones de trabajo de forma ininterrumpida desde hace casi una década. A lo largo de

todos estos años, han participado decenas de estudiantes como prestadores de servicio social, pero sobre todo como integrantes activos que de forma autónoma se han incorporado a este espacio de reflexión académica durante su periodo formativo en la universidad. Al respecto, sobresalen varios participantes quienes, a pesar de haber concluido sus trabajos recepcionales, siguen colaborando en diversas tareas y por lo tanto, mantienen un fuerte vínculo con distintas actividades organizadas en torno a este espacio colectivo.

Ante los resultados obtenidos hasta el momento y utilizando una analogía, el *Seminario Permanente de Socioantropología*, viene funcionando como una especie de bisagra entre el plan de estudios de la licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y por lo tanto, la formación escolarizada por la cual atraviesan los estudiantes. Por otro lado, ha favorecido la profesionalización tanto de egresados, prestadores de servicio social y tesisistas, como de docentes que gestionan dicho plan de estudios. En lo anterior también se suma la vinculación periódica de sus integrantes en congresos nacionales de antropología y sociología, coloquios, y/o encuentros académicos, donde se presentan propuestas diversas en torno a la socioantropología, mismas que se han seguido profundizando a lo largo de varios años de trabajo.

Sería ambicioso afirmar que las tareas y actividades del Seminario han abarcado la totalidad del alumnado inscrito en la licenciatura, incluso en términos absolutos, el involucramiento activo tanto de profesores como de estudiantes se ha mantenido en un número reducido, pero continuo. Sin embargo, en el imaginario de la comunidad que conformamos la licenciatura en la UACM se reconoce como un espacio relevante para la

formación en diversos ámbitos de discusión teórica y metodológica de eso que se ha dado en llamar socioantropología.

Los artículos que se incluyen en la presente obra son justamente, producto de reflexiones, discusiones y disertaciones generadas en sesiones del *Seminario Permanente de Socioantropología*, pero enriquecidas desde otros ámbitos de experiencia profesional a lo largo de varios años (vinculación a estudios de posgrado, cuerpos académicos, proyectos consolidados de investigación, entre otros). Producto también de los intereses personales de los autores sobre diversos ámbitos en torno a lo cual se ha discutido lo particular de la socioantropología. Algunos anclados al cruce disciplinar, otros abonando a la caracterización de una etnografía socioantropológica, mientras que otros, reflexionando sobre los procesos de implicación (reflexividad) y de formación en trabajo de campo para el caso de los socioantropólogos. No sin antes innovar en el abordaje de temas de investigación, combinación de metodologías cualitativas y cuantitativas, caracterización de objetos de estudio, adaptación y/o reformulación de técnicas de investigación, entre otros.

Así, el principal propósito para la integración de este volumen es servir como fuente complementaria para los estudiantes inscritos en la licenciatura en Ciencias Sociales, ante la dispersión de textos que abonen a la reflexión de esta nueva disciplina que plantea el cruce disciplinar entre antropología social y sociología. Asimismo, se propone como una fuente de discusión entre los docentes principalmente que gestionan el plan de estudios en Ciencias Sociales en la UACM, aunque consideramos que puede no circunscribirse a este cuerpo académico, ya que desde la apertura de la licenciatura en la UACM, han sido numerosos los académicos adscritos a otras academias de profesores quienes han impartido diversas asignaturas del plan de estudio, además de fungir como

directores de tesis y lectores de trabajos recepcionales de nuestros egresados en Ciencias Sociales. Por lo cual, el conjunto de artículos que se compilan en esta obra, pueden apoyar la articulación de saberes comunes en el campo disciplinar de la socioantropología favoreciendo con ello, una formación más sistemática y enriquecedora hacia los estudiantes.¹

Por otro lado, apelando a las relaciones de horizontalidad que ha caracterizado las dinámicas de trabajo del *Seminario Permanente* entre docentes y estudiantes, el presente volumen integra escritos elaborados por egresados de la licenciatura, en su mayoría vinculados a estudios de posgrado, así como una coautoría entre dos profesores-investigadores y dos egresadas. Además de escritos inéditos de tres investigadores adscritos al cuerpo académico de la licenciatura en Ciencias Sociales; y de una coautoría conformada por académicos externos, quienes a lo largo de su trayectoria en la investigación, han reflexionado sistemáticamente en torno a diversos temas socioantropológicos.

Conviene precisar que los artículos se fueron modificando a lo largo de seis meses de trabajo en sesiones de discusión en el *Seminario Permanente* (febrero-junio, 2019). Periodo donde todos los autores conocimos versiones previas y realizamos observaciones y problematizaciones sobre el contenido. Lo anterior permitió puntualizar ciertos principios en la escritura de los textos. Por ejemplo, referir claramente nuestra implicación en los diversos procesos de investigación; resaltar nuestros posicionamientos en torno a lo que caracterizamos de socioan-

¹ Otro propósito no menos importante se refiere a impulsar diálogos fructíferos de cara a la reformulación del plan de estudios en Ciencias Sociales de la UACM. Tarea colegiada que se viene impulsando por parte de los académicos desde el año 2019.

tropológico ya sea en la discusión sobre la interdisciplina, paradigmas teóricos y categorías de análisis; así como el trabajo de campo, la etnografía y la reflexividad socioantropológica; siendo éstos los ámbitos que se definieron previamente para el contenido del presente libro. Además de incorporar experiencias formativas específicamente de egresados de la licenciatura en Ciencias Sociales, con la finalidad de que los noveles lectores socioantropólogos reconozcan y se identifiquen con ciertos procesos formativos y de investigación.

Nombrar la presente obra *Más allá de la sociología y la antropología: reflexiones en torno a la socioantropología*, responde justamente a mostrar un mosaico de propuestas desde donde discutir este campo disciplinar. Mosaico alimentado desde las experiencias formativas de los autores, y de sus acercamientos a escenarios, contextos y corrientes clásicas de la antropología y la sociología, además de sus propuestas sobre la formulación de objetos de estudio, metodologías y experiencias de investigación. Así, los nueve artículos que integran esta obra se organizaron en tres secciones: I. Cruce disciplinar, enfoques teóricos y etnografía socioantropológica; II. De los objetos de estudio socioantropológicos, a la investigación en campo y, III. Reflexividad y retos en la formación de socioantropólogos. Agrupar los artículos en dichas secciones, consideramos orientará a los lectores —especialmente a los estudiantes de la licenciatura en Ciencias Sociales—, pero también a colegas e interesados en este campo disciplinar a identificar los diferentes tópicos en torno a los cuales hemos venido caracterizando lo propio de la socioantropología. Pero al mismo tiempo, contemplamos el facilitar su consulta, sin que ello implique un ejercicio continuo de principio a fin, sino que dependiendo el nivel de formación

e intereses académicos, el acercamiento a las secciones y por ende a los textos, resulte más accesible y significativa.

En particular sobre el contenido de los trabajos, en la primera parte del libro intitulada: Cruce disciplinar y etnografía socioantropológica, la integran tres artículos. El primero a cargo de Mario Padilla, «Posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre la antropología social y sociología», parte de definir la interdisciplina, pasando por la revisión de las posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre la antropología social y la sociología, para finalmente proponer las particularidades de la socioantropología. Padilla propone una orientación y finalidades del trabajo socioantropológico que sin duda provoca e interpela al lector ya sea para sumarse a su propuesta, o bien, discutir otros derroteros posibles.

El segundo artículo, «La descripción de las relaciones sociales y la vida cotidiana en la etnografía socioantropológica» de Nicolás Olivos Santoyo, se centra en la discusión y análisis de las características de la etnografía entendida como parte de los dispositivos de representación sobre lo social y cultural vinculado con la socioantropología. Si bien Olivos no comparte cabalmente la idea de que la etnografía debería ser el puente de intersección entre la sociología y la antropología, sí la considera como un dispositivo científico central que puede definir la práctica socioantropológica. La tesis que defiende refiere que los desplazamientos en los estilos de hacer etnografía, se deben al advenimiento de nuevos enfoques teóricos en ciencias sociales, los cuales han modificado los sentidos de dos conceptos que considera centrales para la etnografía fundacional: relaciones sociales y vida cotidiana.

En el caso del tercer artículo, y tomando como referentes, miradas extremas que ven a la sociología como una disci-

plina centrada en categorías teóricas en torno a los agentes, grupos, instituciones, mientras en el otro extremo observan una antropología acaparada por temas del indigenismo sin generar teorías nuevas, los autores Víctor Payá y Jovani J. Rivera apuestan por proponer una *sociología etnográfica* como la principal vía para superar dichas oposiciones entre ambas disciplinas. Desde sus propias experiencias de investigación, resaltan que tanto antropólogos y sociólogos desentrañan prácticas y representaciones de agentes que pueden ser ajenos o próximos, de tal suerte que se puedan comprender sus motivaciones, así como los sentidos y significaciones que tanto individual como grupalmente les asignen. Y justo a través de la etnografía es que se pueden superar prenociones señalan, ya que a partir de un trabajo sistemático de registro y análisis del material que se produce en el terreno, le permiten al investigador «reconocer el dinamismo y el conflicto social inherente al terreno del que trata de dar cuenta». Así, recuperando a autores como Goffman, Bourdieu, Becker, Batenson, Deveroux, Loureau, Lahire, Simmel en conjunto con antropólogos como Geertz, Radcliffe Brown y Barley, exponen sus diversos argumentos para usar críticamente la teoría, hasta transitar por la pertinencia de categorías teóricas, pasando por la innovación y ajuste del trabajo de campo y de las técnicas de investigación, para finalizar con varios apuntes sobre la implicación y la ética del investigador que para este caso, podemos referir como socioantropólogo.

La segunda sección del libro: De los objetos de estudio socioantropológicos, a la investigación en campo, inicia con el trabajo «El estudio cualitativo de Facebook por medio del método netnográfico. La creación de objetos intersticiales en la fundamentación de la socioantropología», cuya autoría co-

responde a Miguel Cipactli Romero Ramírez. En el escrito, el autor construye su argumento retomando dos niveles: el primero de tipo vivencial y el segundo práctico. Sobre el primero, se apoya en una novedosa herramienta metodológica llamada netnografía la cual le permitió sistematizar el *small data*, posibilitándole identificar las interacciones efectuadas entre los seguidores de un diario de nota roja en el estado de Morelos. Es decir, analizando la red social Facebook del periódico en el año 2011. Si bien se trata de un estudio de caso, Romero avanza en proponer la construcción de lo que llama objetos intersticiales, de tal suerte que permita configurar «una grieta» con respecto a las temáticas y metodologías tradicionales de la sociología y la antropología.

El texto a cargo de Ricardo Carlos Ernesto González, «Juventudes mexicanas y reggaetoneras: apuntes para una mirada socioantropológica», trata sobre tres agrupamientos juveniles contemporáneos en la Ciudad de México, los cuales se etnografiaron durante el periodo 2012-2014. El propósito refiere a un ejercicio transdisciplinar, apelando a la puesta en práctica de una etnografía multilocal y de un análisis sociocultural, sin dejar de lado el papel del investigador como sujeto cognoscente que se ve implicado en el trabajo de campo.

El tercer artículo intitulado, «De aquí para allá. Un estudio socioantropológico sobre jóvenes rurales, movilidades y nuevas realidades etnográficas», corresponde a la autoría de Héctor Daniel Hernández Flores, quien parte de reflexiones sobre el cruce disciplinar entre sociología y antropología con el fin de producir etnografías que describan la cotidianidad de los sujetos, en este caso de jóvenes rurales. Teniendo como escenario el estado de Tlaxcala, en el centro de México, Hernández propone una narración fluida y original sobre pasajes de la

vida cotidiana de tres jóvenes, al abordar la imbricación de las esferas de las movilidades cotidianas, el trabajo y el consumo por las cuales atraviesan. Sin duda, el resultado descriptivo de la investigación, resulta sugerente para replicar en otras regiones, a partir de las similitudes de los sujetos de estudio.

La tercera y última parte del libro: Reflexividad y retos en la formación de socioantropólogos, inicia con el trabajo de Ismael Pineda, intitulado, «El viaje sin maletas: implicación y oficio en la práctica *socioantropológica*». Sin duda, el texto de Pineda representa el ejercicio más sistemático en todo el libro sobre lo que refiere como las características de implicación e intervención en el trabajo de campo, reconociendo coyunturas particulares del espacio estudiado. Su trabajo se centra en analizar el papel que juega el investigador, esto es, el socioantropólogo como sujeto activo «en el campo». A partir de su participación activa y del estudio de la festividad cívica de la Batalla del 5 de mayo en la colonia San Juan de Aragón, al oriente de la alcaldía Gustavo A. Madero en la Ciudad de México, problematiza diversos derroteros (involucramiento emocional, organizacional y colaborativo), al ser nativo de la zona, conocer y participar desde la infancia en la festividad y por ende, desentrañar el entorno sociopolítico de la celebración con fines de investigación.

El segundo artículo «Desafíos del trabajo de campo en la formación de socioantropólogos en México» a cargo de Olivia Leal Sorcia, se plantea como propósito abonar en el diseño de propuestas formativas específicas para realizar actividades de trabajo en campo, tomando en cuenta el perfil de los estudiantes de ciencias sociales. A partir del reconocimiento de las condiciones materiales de los alumnos y de sus intereses de investigación, acuña categorías como «rutinas

de trabajo de campo», «rupturas de lo cotidiano y su registro etnográfico discontinuo», además de «descentramiento cercano en torno a los sujetos de estudio», como propuestas hacia donde construir estrategias más sistemáticas en la formación en campo de los socioantropólogos.

Cierra la tercera parte del libro, una escrito en coautoría por parte de Nancy Cruz, Liliana Valverde, Araceli Parra y Paris Aguilar, el cual lleva por título «El cruce disciplinar: experiencias y reflexiones desde el Seminario Permanente de Socioantropología». Aquí se expone con claridad las premisas para el surgimiento de este espacio de discusión colectiva, en el marco de la apertura de la licenciatura en Ciencias Sociales en la UACM. Asimismo recapitulan las etapas de trabajo a lo largo de casi una década de sesiones ininterrumpidas, describiendo los principales hallazgos de las discusiones colectivas en torno los métodos cuantitativos y cualitativos; la relación entre lo local y lo global, relecturas de la obra de los clásicos, así como aportes específicos de los trabajos de los primeros egresados de la licenciatura. Este trabajo en particular recoge de manera sistemática los distintos niveles de la discusión colectiva que se ha generado en este espacio de diálogo disciplinar.

Por último, destaco que la presente obra representa la culminación de un ejercicio colaborativo de largo aliento, que sin duda, dejó en el camino numerosas discusiones vertidas a lo largo de casi una década de sesiones de trabajo del *Seminario Permanente*. Por lo cual, la consideramos como un primer volumen que pronto habrá de dar cuerpo a una colección que bien podría denominarse *Pensamiento Socioantropológico*, siendo su característica central, la participación de una comunidad académica formada bajo el espíritu del proyecto educativo de la UACM.

I. Cruce disciplinar, enfoques teóricos y etnografía socioantropológica

Presentación

El siglo xx terminó con un llamado, cuyo eco aún repercutía ya entrado el siglo venidero: abrir las ciencias sociales. Se pensaba que la parcelación disciplinaria que se heredó desde el siglo xix hasta nuestros días ya no respondía al perfil del mundo contemporáneo. Es decir, que las ciencias en su forma particular reflejaban un mundo parcelado y compuesto por provincias de fenómenos, por lo que una disciplina para pueblos occidentales, otra para los tradicionales, una para los fenómenos de lo político y otra para lo económico eran factibles y necesarias. Sin embargo el mundo global y sus interconexiones, la complejidad de los fenómenos sociales y culturales contemporáneos que relacionaban cada vez más los diferentes ámbitos de la sociedad (lo económico es político y viceversa) hacían necesario todo tipo de experimentos de fusión, encuentros y cruces entre las disciplinas clásicas.

En ese contexto la antropología social pensada, en su orientación inglesa, como una sociología para los pueblos indígenas pero que en su devenir histórico generó sus propios métodos, problemas y teorías se vio de frente con la sociología abocada al estudio de las sociedades urbanas modernas,

la cual también había generado su propia trayectoria e identidad disciplinar. Y al mirarse de frente el reconocimiento de muchas similitudes y encuentros ya efectuados abre la posibilidad de vislumbrar un ejercicio de marcha en común.

Así aparece en el escenario la llamada socioantropología como un intento de cruce disciplinar y de práctica científica legítima para hablar de la sociedad y la cultura. Pensar tanto sus particularidades, así como las características de estos cruces son los propósitos de los tres ensayos que se incluyen en esta sección.

O como también lo muestra el primer texto de Mario Padilla, estos cruces han sido una constante en la historia de las disciplinas. Es decir, los antropólogos leían a los sociólogos, los sociólogos reconocían los aportes de la antropología en campos como el análisis de la cultura, las tradiciones y la diferencia. Incluso podríamos agregar que en el campo de la investigación académica los encuentros entre antropólogos y sociólogos en equipos de trabajo, en institutos de investigación, en congresos y seminarios, hasta en proyectos editoriales había sido ya una realidad donde las fronteras entre estas ciencias se tornaban porosas y constantemente cruzadas.

Sin embargo como lo reconoce Padilla el reto de pensar las confluencias se hace más urgente cuando el espíritu interdisciplinario convoca a la generación de nuevas licenciaturas o posgrados que se plantean seguir el camino de la socioantropología. Y es ante esta necesidad que aparecen ejercicios reflexivos, como lo que leemos en este libro junto a seminarios y cursos, cuyo fin es pensar la posibilidad de construir un campo del saber llamado socioantropología, el cual ponga atención sobre cuáles serían sus objetos de estudio, sus teorías y sus métodos.

De tal manera, los tres autores de esta sección coinciden en que la confluencia está dada en la adopción de la etnografía como la vía empleada para representar los fenómenos sociales y culturales. Hay confluencia en comprender que esta estrategia ha sido históricamente más desarrollada en la antropología social debido a que se tornó en su recurso metódico y de presentación de resultados dominante. Sin embargo, y como lo hacen notar los autores, desde épocas muy tempranas de la historia de la sociología, la etnografía fue un recurso empleado particularmente por la denominada Escuela de Chicago. Así, en los tres escritos que inauguran este libro la comprensión de la etnografía trasciende su definición como método, para mirarla como una práctica que involucra una escritura, un tipo de relación con otros sujetos pero también, con toda una experiencia que transforma al investigador.

Una etnografía que si bien se reconoce como heredera de una forma de hablar de la sociedad, con su larga historia de métodos, sujetos de análisis, formas narrativas, también se sabe que es el producto de diversos desplazamientos tales como: nuevos problemas que emergen del mundo global, otras exigencias de representación y narración, diferentes órdenes ético y políticos que gobiernan el trabajo etnográfico, así como novedosos desarrollos teóricos y metodológicos.

El escrito presentado por Victor A. Payá y Jovani J. Riviera muestran cómo la elección de una vía socioantropológica con orientación etnográfica, se convierte en una elección y preferencia afectiva para poder poner en marcha una agenda de investigaciones cuya comprensión del lector, y del propio investigador, pasaba por mirar actores de carne y hueso interactuando, desplegando sensibilidades, orientándose a través

de un mundo de sentidos y símbolos. Para Payá y Riviera, en la etnografía socioantropológica confluyen un deseo de mostrar la vida en espacios antes no tratados bajo este recurso expositivo, pero también, converge una inquietud teórica que ha rondado a los autores y que conduce su mirada sobre dichos espacios.

Y es justo el escrito de Nicolás Olivos el cual traza ideas sobre cómo pensar la relación etnografía, teoría y socioantropología. Para este autor, como para Payá y Riviera, la socioantropología no se explica sólo por la acogida de la etnografía como método o técnica de registro y escritura. Para Olivos si algo distingue a esta disciplina naciente es que también discute teóricamente las visiones de una u otra ciencia. Sugiere que la socioantropología nace de los diálogos teóricos y en el pensar la utilidad heurística de éstos como recurso para decir algo del mundo contemporáneo. Un diálogo con las teorías que justo impactan en el trabajo etnográfico y que conducen los experimentos, las narrativas, los casos de estudio, así como las técnicas de investigación en campo.

Los tres ensayos que abren este libro comparten ese espíritu interdisciplinario que se respira en ciencias sociales. Leen a la socioantropología como una disciplina en construcción que comienza a perfilar su manera de leer y producir teorías. Siendo el ejercicio etnográfico uno de los caminos posibles desde dónde buscar la identidad disciplinar.

Posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre antropología social y sociología

MARIO T. PADILLA PINEDA¹

Introducción

De acuerdo con la orientación interdisciplinaria que se halla en la base del proyecto académico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, la Licenciatura en Ciencias Sociales se propuso articular dos disciplinas —la antropología social y la sociología— que, aunque a lo largo del siglo xx se constituyeron como disciplinas independientes, cuentan también con un historial de encuentros fructíferos. A este campo disciplinar que se intenta formar se le llamó, desde su concepción, aunque no oficialmente, socio-antropología. En la peculiaridad de este nombre se hacía patente el intento por algo diferente, al mismo tiempo que

¹ Profesor-investigador. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

se reconocía su origen en las dos disciplinas madre. En un principio se consideró que ésta era una empresa inédita, pero los trabajos llevados a cabo en el Seminario Permanente de Socio-antropología han permitido reconocer importantes antecedentes de este encuentro disciplinar en planes de estudio de licenciatura y de posgrado, en revistas y en programas e institutos de investigación.

En este ensayo, primero intento ubicar y definir la interdisciplinariedad dentro de los mecanismos o estrategias de la innovación científica; segundo, reviso las posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre la antropología social y la sociología, y, finalmente, sugiero algunas tareas posibles para la socio-antropología.

Interdisciplinariedad, especialización y mecanismos de innovación científica

En el desarrollo e innovación en la ciencia se pueden distinguir diversos mecanismos, dinámicas o estrategias de investigación que pueden ser subsumidos en dos y que, en cierta manera, son contrapuestos y complementarios: la especialización disciplinaria y la interdisciplinariedad, entendida esta última de manera amplia como la interacción entre dos o más ciencias (Dogan y Pahre, 1993: 137; Torres, 1994: 47; Heras, 1998: 44). Ambos, la especialización disciplinaria y la interdisciplinariedad, son procesos objetivos y necesarios del progreso científico. Como señala Jurjo Torres:

Para que haya interdisciplinariedad es necesario que haya disciplinas. Los planteamientos interdisciplinarios surgen y se desarrollan apoyándose en las disciplinas; la propia riqueza

de la interdisciplinariedad está supeditada al grado de desarrollo alcanzado por las disciplinas, y éstas, a su vez, se van a ver afectadas positivamente como frutos de sus contactos y colaboraciones interdisciplinarias. (Torres, 1994: 64)

Por otro lado, la especialización es el resultado de la división y subdivisión del conocimiento científico a través de la cual cobran autonomía e independencia algunos de los campos de investigación (Torres, 1994: 47). Es decir, implica la fragmentación del conocimiento en disciplinas, y de las disciplinas en subdisciplinas. Este proceso de diferenciación y especialización es general y se aplica tanto a los organismos como a las sociedades y al conocimiento (véase E. Durkheim, 2002: 48 ss).

De acuerdo con Edgar Morín,

La *disciplina* es una categoría organizacional en el seno del conocimiento científico [...]. Si bien está englobada [en] un conjunto científico más vasto, una disciplina tiende naturalmente a la autonomía, por la delimitación de sus fronteras, la lengua que ella se constituye, las técnicas que ella está conducida a elaborar o a utilizar, y eventualmente por las teorías que le son propias. La organización disciplinaria fue instituida en el siglo XIX, particularmente con la formación de las universidades modernas; luego se desarrolló en el siglo XX con el impulso de la investigación científica; esto quiere decir que las disciplinas tienen una historia: nacimiento, institucionalización, evolución, dispersión, etcétera; esta historia se inscribe en la de la universidad que a su vez está inscrita en la historia de la sociedad. (Morin, 1994)

Dogan y Pahre (1993: 69-77) han sintetizado las condiciones y el papel de la especialización en el desarrollo e innovación de la ciencia. La expansión del patrimonio científico —señalan— ocasiona continuas fragmentaciones. Al desarrollarse, una disciplina se divide y la mayor parte de los segmentos se convierten en nuevos sectores de investigación más o menos independientes. Asimismo, la especialización se hace necesaria para pasar del enfoque especulativo a las investigaciones empíricas. Ningún científico puede dominar una vasta realidad empírica, y el paso del nivel abstracto al nivel concreto lleva al investigador a limitar su campo; es decir, a especializarse. La especialización permite el análisis profundo de un objeto y posibilita una mejor comprensión de los fenómenos examinados. Permite también el uso de técnicas perfeccionadas y métodos más precisos. Igualmente, el perfeccionamiento de los métodos se transmite más fácilmente entre los especialistas, y esta comunicación evita que cada especialista tenga que reinventarlos.

La especialización es un proceso sin fin. A medida que una disciplina se desarrolla, sus practicantes se especializan cada vez más y deben desatender forzosamente otros dominios del campo en cuestión. Por tal motivo, la esciparidad, [es decir:] la división en dos de una disciplina según el modelo de la amiba, constituye un proceso corriente de fragmentación. Al respecto, la división de la física en física y astronomía, y aquella de la química en química orgánica y química física, constituyen dos ejemplos importantes. En las ciencias sociales, lo que en su origen representó el estudio del derecho se convirtió en derecho y ciencia política; por su parte, la antropología se dividió en antropología física y antropología cultural (Dogan y Pahre, 1993: 73-74).

Este fue el principal mecanismo del desarrollo científico hasta la primera mitad del siglo xx. Sin embargo, la fragmentación del saber no es el único artificio del progreso de las ciencias, y de hecho tiene ciertos inconvenientes y límites; por ejemplo, entre los primeros, que los científicos individuales pierden la perspectiva de la disciplina en su conjunto; y, entre los segundos, que las disciplinas tienden a saturarse y por tanto se interrumpe el proceso de innovación.

Con respecto al tema de la interdisciplinariedad, ésta refiere a un mecanismo complementario de la especialización, que permite superar los límites e inconvenientes de ésta. Sin embargo, la interdisciplinariedad, a pesar de que es un concepto exitoso, no ha sido comprendida siempre de manera unívoca. De manera general se le puede definir como la interacción entre dos o más disciplinas científicas (Boisot, 1979: 99). No obstante, el acuerdo respecto de su significado no llega más allá de esto, y la interacción puede tener lugar de diferentes maneras. Y, efectivamente, los autores que se han ocupado del estudio de la interdisciplinariedad han debido distinguir distintos tipos de la misma (véase Torres, 1994: 70 ss). Por ejemplo, Heinz Heckhausen (1979) distingue seis tipos: interdisciplinariedad indeterminada, pseudointerdisciplinariedad, interdisciplinariedad auxiliar, interdisciplinariedad compuesta, interdisciplinariedad suplementaria e interdisciplinariedad unificadora. Por su parte, Marcel Boisot (1979) distingue interdisciplinariedad lineal, interdisciplinariedad estructural e interdisciplinariedad restrictiva. Jean Piaget (1979) habla de multidisciplinariedad, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad. La más conocida y divulgada de estas clasificaciones es quizá la de Erch Jantsch (1979): multidisciplinariedad, pluridisciplinariedad, disciplinarie-

dad cruzada, interdisciplinariedad y transdisciplinariedad. Los conceptos de estas clasificaciones hacen referencia a las formas de relación entre las diversas disciplinas y a las distintas etapas de colaboración y coordinación entre las diferentes especialidades. Yo retomaré aquí la distinción de niveles de coordinación y colaboración entre las disciplinas y distinguiré cuatro *niveles* que considero suficientes para ubicar el tipo de colaboración y coordinación que efectivamente pueden establecer las disciplinas sociales entre sí, y en particular la sociología y la antropología social.

1. El nivel más bajo de contacto entre disciplinas implica que no hay entre ellas más coordinación que el hecho de «cohabitar» en un espacio físico común, por ejemplo en una facultad universitaria o en un instituto de investigación. Este nivel se corresponde con lo que Jantsch llama la multidisciplinariedad.
2. El siguiente nivel de coordinación y colaboración vendría a ser una convergencia de materias diferentes en torno a un «objeto» común. Basarab Nicolescu llama a este nivel de colaboración entre disciplinas *pluridisciplinariedad* y lo define y ejemplifica como sigue:

La pluridisciplinariedad consiste en el estudio del objeto de una sola y misma disciplina por medio de varias disciplinas a la vez. Por ejemplo un cuadro de Giotto puede estudiarse por la historia del arte alternando con la física, la química, la historia de las religiones, la historia de Europa y la geometría. El objeto saldría así enriquecido por la convergencia de varias disciplinas. El conocimiento del objeto dentro de su propia disciplina se profundiza con la aportación pluridisciplinaria fecunda. La investigación pluridisciplinaria en

consecuencia aporta un «plus» a la disciplina en cuestión (la historia del arte en nuestro ejemplo), pero ese «plus» está al servicio exclusivo de esa misma disciplina (Basarab, 2002).

3. El tercer nivel de coordinación implica una mayor integración. Este nivel concierne a la transferencia de métodos de una a otra y a la creación de campos híbridos entre disciplinas (el concepto de *hibridación* ha sido desarrollado por Dogan y Pahre, 1993). La transferencia de métodos se puede ejemplificar con la aparición de nuevos tratamientos contra el cáncer utilizando técnicas de física nuclear o mediante la aplicación de los métodos de la lógica formal en la epistemología jurídica (Basarab, 2002). La creación de disciplinas híbridas se observa cuando acontece una transferencia de métodos o teorías entre fragmentos de aquellas. Por ejemplo, Heckhausen la llama «interdisciplinariedad unificadora». Sin embargo, Matei Dogan y Robert Pahre la consideran como una estrategia independiente de la innovación científica, distinta de la interdisciplinariedad, y que cada vez tiene más importancia en el proceso de innovación. Sin embargo, para los fines de este ensayo es más adecuado considerarla como una de las formas que puede adoptar la interdisciplinariedad:
4. El siguiente nivel de coordinación es generalmente llamado *transdisciplinariedad* por los diferentes autores² que comparten la aspiración de crear disciplinas unificadas y, tendencialmente, *una* disciplina unificada. Ejemplos de hacia dónde apuntan estas ideas son la teoría de sistemas

² Bertalanffy, Jean Piaget, Edgar Morin, Leo Apostel, Guy Berger, Santiago Genovés, Emmanuel Wallerstein entre otros. Una exposición general de este proyecto se encuentra en Torres (1994). En Internet se puede consultar el sitio <<http://perso.club-internet.fr/nicol/ciret/>>, que publica el *Bolletín Interactivo del Centro Internacional de Pesquisas e Estudos Transdisciplinares* (apoyado por la UNESCO) y que ofrece vínculos a otros sitios inspirados por estas ideas.

y, más próximo a las ciencias sociales, el estructuralismo. Este nivel de coordinación desborda las relaciones entre dos disciplinas y apunta a una formación unificada más amplia.

Posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre la antropología social y la sociología

Desde esta perspectiva, planteada meramente como una posibilidad abstracta, ¿qué puede decirse de las posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre sociología y antropología social? ¿Hacia cuál de estas variantes apunta la licenciatura en Ciencias Sociales de la UACM? Las actas del comité académico encargado de la elaboración del proyecto y el dictamen de aprobación de la licenciatura del Consejo Universitario (véase López y López, 2018) muestran que, entre las diversas alternativas planteadas en el proceso de discusión (una licenciatura con salidas terminales en antropología y sociología, una licenciatura transdisciplinar que fuera más allá de estas dos disciplinas y una licenciatura híbrida) se decidió crear una licenciatura híbrida de antropología social y sociología.

Ciertamente existen procesos objetivos, empíricos, de separación y de confluencia entre la antropología social y la sociología. Pero la decisión de crear una licenciatura híbrida nos lleva a tratar de ubicarnos, necesariamente, en un proceso de su confluencia. ¿Podemos identificar un proceso así, de largo aliento?

La tesis que me propone defender a continuación es que tal proceso existe, y que un elemento recurrente y central de estos encuentros entre la sociología y la antropología social

ha sido la etnografía (tanto como método de investigación como de escritura), que tal presencia recurrente no es accidental y que, por tanto, la etnografía debe ser un elemento constitutivo de toda socio-antropología que se pretenda constituir. Se trata, ciertamente, de una variedad de la etnografía que no tiene como objeto específico a los grupos étnicos (aunque no los excluye), sino a diversas realidades (ámbitos de experiencia, prácticas, acciones colectivas, grupos, categorías sociales e instituciones) de las sociedades modernas o contemporáneas. Ejemplos de esta variante de la etnografía existen ya tanto en la antropología como en la sociología. Han sido, por tanto, más el producto de una evolución necesaria dentro de estas disciplinas, que el resultado de un plan por crear un nuevo campo disciplinar; y en los hechos expresan una confluencia no siempre planeada. Por tanto, el descubrimiento de estas tendencias es una manera de establecer un fundamento a posteriori de la socio-antropología y del plan de estudios de la licenciatura en ciencias sociales de la UACM. La socio-antropología (es decir, un tipo de actividad académica que involucra de manera coherente elementos de ambas disciplinas) puede observarse empíricamente —tanto en la antropología como en la sociología—, el carácter principal de su actividad es la investigación etnográfica de las sociedades modernas, y debe convertirse en el principal contenido de la actividad de los investigadores, profesores y estudiantes de nuestra licenciatura.

Para demostrarlo se revisarán algunos antecedentes del encuentro disciplinar entre la sociología y la antropología social; se mostrará que efectivamente ha habido esfuerzos en ese sentido originados tanto en una disciplina como en la

otra, que sus resultados son equiparables y que el elemento común de tales esfuerzos es la etnografía.

Por un lado, la antropología ha asumido, en el curso de su historia, tres significados en relación con su objeto de estudio: ha sido entendida como una disciplina cuyo objeto son los pueblos «primitivos»; o bien las *otras* culturas; o bien las estructuras generales (sociales o mentales) subyacentes a las diversas culturas.

En cuanto disciplina científica se institucionalizó a finales del siglo XIX y principios del XX. Su principal característica fue su consagración casi exclusiva al estudio y descripción de los otrora llamados pueblos «primitivos», *Naturvölker* («pueblos naturales») o pueblos indígenas no occidentales (Mercier, 1974: 14; Beattie, 1972: 16ss; Kuper, 1988). Otro elemento que caracterizó a la antropología fue la etnografía —un método de investigación y un estilo de escritura—. La vinculación entre la antropología y la etnografía alcanzó su nivel más alto hacia la segunda mitad del siglo XX, a un grado tal que el «trabajo de campo» fue descrito no sólo como una herramienta metodológica, sino como una experiencia necesaria y una especie de proceso ritual de iniciación, imprescindible para la comprensión de aquello en lo que consistía la misión y la vocación antropológica (Velasco y Díaz de Rada, 2009: 19; Jaramillo y Del Cairo, 2013: 361; Sontag, 1984). El estudio de los primitivos y la investigación y la escritura etnográficas fueron consideradas, pues, parte de la identidad del antropólogo.

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos de liberación nacional tuvieron como una de sus consecuencias la orientación de los antropólogos hacia sus propios países, dando lugar a movimientos disciplina-

res conocidos como antropología en casa o antropología del presente. Uno de los primeros trabajos antropológicos que aplicaron el método etnográfico al estudio de un ámbito de la sociedad moderna estuvo a cargo de una alumna norteamericana de Malinowski: Hortense Powdermaker, que hizo una investigación sobre la producción cinematográfica en Hollywood en 1950. Así, la primera acepción de la antropología como estudio de los primitivos empezó a caer en desuso.

Las dos acepciones restantes: la de estudio de lo *otro* y la de estudio de lo *universal, común a todos*, dieron lugar a un discurso muy próximo al pensamiento hermenéutico, es decir interpretativo, que en las diferentes disciplinas sociales ha dado lugar al intento por escapar tanto del relativismo o historicismo (es decir, del quedar preso de las representaciones de los actores que estudia), como del universalismo objetivista-positivista (es decir de la no consideración de las representaciones y significados locales, propias de los actores o de la cultura bajo estudio). En otras palabras, la antropología ha devenido en un esfuerzo comprensivo de los otros.

Tanto Clifford Geertz como H. G. Gadamer han insistido en el hecho de que toda comprensión supone e implica una confrontación entre los conceptos del científico social y aquellos propios del grupo que estudia. Gadamer señala en particular el error del historiador —y debemos agregar aquí al antropólogo y al sociólogo— que elige sus propios conceptos para describir la peculiaridad histórica de sus objetos, con lo que nivela lo históricamente extraño con lo familiar, sometiendo la alteridad del objeto a los propios conceptos previos; o bien, siendo consciente de esta problemática, se propone dejar de lado sus conceptos para pensar únicamente con los de la época (o del grupo) que intenta comprender:

Pensar históricamente quiere decir en realidad realizar la transformación que les acontece a los conceptos del pasado cuando intentamos pensar en ellos. Pensar históricamente entraña en consecuencia siempre una mediación entre dichos conceptos y el propio pensar. (Gadamer, 1977: 476-477)

Clifford Geertz (1994) expresa básicamente lo mismo cuando analiza qué significa asumir, como él asume, que se deban ver las cosas «desde el punto de vista del nativo». Señala que el problema de la relación entre el punto de vista del «nativo» y el punto de vista del científico social —problema que ha animado el debate antropológico— ha recibido formulaciones muy variadas: descripciones «internas» frente a descripciones «externas», teorías «fenomenológicas» frente a «objetivistas», análisis «emic» frente a análisis «etic». Pero la que considera como la formulación más sencilla y fácilmente apreciable de la cuestión es la que formulara el psicoanalista Heinz Kohut entre conceptos de «experiencia próxima» y de «experiencia distante». La experiencia próxima «significa que las ideas y las realidades sobre las que éstas informan se hallan natural e indisolublemente vinculadas» de modo tal que la gente emplea estos conceptos «con naturalidad». Éste sería el criterio definitorio. Geertz plantea entonces que la cuestión consiste en «comprender conceptos que, para otro pueblo, son de experiencia próxima, y hacerlo de un modo lo suficientemente bueno como para colocarlos en conexión significativa con aquellos conceptos de experiencia distante con lo que los teóricos acostumbran a captar los rasgos generales de la vida social». (Gadamer, 1977: 76)

La reclusión en conceptos de experiencia próxima deja a un etnógrafo en la inmediatez, enmarañado en lo vernacular. En cambio, la reclusión en conceptos de experiencia distante lo deja encallado en abstracciones y asfixiado en la jerga. La verdadera cuestión [...] reside [...] en cómo deben desplegarse esos conceptos en cada caso para producir una interpretación de la forma en que vive un pueblo que no sea prisionera de sus horizontes mentales, como una etnografía de la brujería escrita por una bruja, ni se mantenga sistemáticamente ajena a las tonalidades distintivas de sus existencias, como una etnografía de la brujería escrita por un geómetra. (Gaddamer, 1977: 75)

Ahora bien, estas ideas se aplican, cada vez más, a la investigación de objetos «ceranos». El concepto de «nativo» tiene, en Geertz mismo, un carácter muy general:

Hoy día —dice—, todos somos nativos, y cualquiera que no se halle muy próximo a nosotros es un exótico. Lo que en una época parecía ser una cuestión de averiguar si los salvajes podían distinguir el hecho de la fantasía, ahora parece ser una cuestión de averiguar cómo los otros, a través del mar o al final del pasillo organizan su mundo significativo. (Clifford Geertz, 1994: 178)

De paso, debemos llamar la atención sobre las posibilidades de generalizar este planteamiento para los estudios sociológicos-etnográficos de los grupos de las sociedades modernas. Como ejemplo de un proyecto semejante podemos citar el proyecto de Geertz de realizar una etnografía del pensamiento científico-disciplinar moderno (Geertz, 1994). Este sería un ejemplo del trabajo de una parte de la antropología. Precisamente la parte que tiende a confluir con la sociología.

Más adelante citaremos otros ejemplos del estudio etnográfico de las sociedades modernas realizado por una parte de la antropología.

La sociología, por su parte, nació como un efecto de la crisis de transición de sociedades predominantemente rurales a sociedades urbanas e industrializadas. Se asumió como una forma de conciencia de éstas, que tomó, al mismo tiempo, como su objeto característico de estudio. Para abordarlo desarrolló una amplia gama de técnicas y metodologías, desde la observación directa a la encuesta y la entrevista, el análisis documental, de contenido, de datos demográficos, etcétera. Estas sociedades modernas han experimentado, simultáneamente, dos procesos opuestos y complementarios. Por un lado, una tendencia a la homogenización, expresada en conceptos como racionalización, modernización, tecnificación, que involucran el hecho de que en diferentes partes del mundo se presentan características muy similares, sin importar que se esté en Estados Unidos o en China. Tal vez, categorías más gráficas son las de «credencialismo» (de Collins, 1989) y la de «mcdonalización» (Ritzer, 1996). Por otro lado, hay un proceso de continua diferenciación interna; el mundo, y cada sociedad nacional, ha estallado en una multiplicidad de racionalidades «locales»: minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales, estéticas. Y esta pluralización no se da hoy en un contexto de aislamiento, sino de comunicación generalizada. Este proceso verdaderamente posibilita, por un lado, una concretización de la idea universalista de lo que es común a la humanidad; pero, por otro lado, también posibilita un efecto añadido de extrañamiento. Como dice G. Vattimo:

Si hablo un dialecto, si profeso un sistema de valores, si mi comportamiento sigue una racionalidad particular en un mundo de múltiples dialectos, constelaciones valorativas y racionalidades locales, entonces tendré una aguda conciencia de la particularidad, historicidad, contingencia y limitación de todos ellos, empezando por los míos. (Vattimo, 1986)

Así, la sociología, que había desarrollado una variedad de metodologías, se enfrentó a condiciones de diferenciación social que hacían necesaria la aplicación de métodos etnográficos en las sociedades modernas como un medio efectivo para el conocimiento de realidades físicamente cercanas, pero que son, éstas o sus significados o su racionalidad, opacos o desconocidos para la sociedad en su conjunto: los grupos juveniles, los movimientos sociales, la delincuencia y el narcotráfico, las profesiones, la diversidad urbana, las sectas, los estilos de vida, entre otros temas u objetos. Etnografías como las de Loic Wacquant sobre el boxeo, o la de Philippe Bourgois sobre vendedores puertorriqueños de crack en Nueva York, o Javier Auyero, *Los pacientes del Estado*, son excelentes ejemplos de lo que quiero mostrar: etnografías de ámbitos propios de las sociedades modernas, preocupadas por revelar la peculiar lógica de la violencia, del prestigio, la dominación y el control social en donde la relación cercano-lejano muestra otras dimensiones que la puramente espacial, física.

Así, encontramos que la aplicación del método etnográfico y de la escritura de textos etnográficos de ámbitos de la sociedad moderna se ha vuelto una práctica común para algunos antropólogos y algunos sociólogos. No como productos arbitrarios, sino que obedecen a la lógica propia

de las sociedades modernas y de los retos que plantean a la investigación social.

Ahora bien: ¿podemos encontrar, más allá de algunos casos individuales, proyectos colectivos, institucionales, que propongan la etnografía como un método para el estudio de las sociedades modernas y que den argumentaciones que puedan considerarse propiamente socio-antropológicas? Sí, definitivamente.

Experiencias concretas de encuentro disciplinar entre la antropología social y la sociología

Se puede considerar que la confluencia entre la antropología social y la sociología tiene una base objetiva en la necesidad de aplicar el método etnográfico a diversos ámbitos de las sociedades modernas para captar su racionalidad intrínseca. Ahora bien, así planteado pareciera tan sólo una condición de posibilidad que podría o no concretarse.

A continuación presento algunos de los casos en los que se ha concretado, de alguna manera observable, la confluencia entre la Sociología y la Antropología social con el fin de identificar qué objetivos perseguían, qué problemas los impulsaron, qué tareas trataron de realizar.

Siempre que se ha intentado establecer un puente entre la Sociología y la Antropología, se ha hecho con un objetivo de renovación. Para demostrar esto voy a proceder a exponer algunos ejemplos observados a lo largo del siglo xx y aun en los inicios del XXI en los que se propugna, explícitamente, por una vinculación entre estas dos disciplinas como una manera o de superar ciertos obstáculos o crisis disciplinares, o bien

como una manera de continuar el progreso en el camino del conocimiento social.

No pretendo referirme a todos los espacios en los que es posible observar estas líneas de confluencia entre la antropología y la sociología. Voy a centrarme solamente en algunos.

En primer lugar, quiero referirme a los casos más antiguos y también los más conocidos. Aunque sólo sea brevemente, considero que no debo pasar por alto los casos siguientes:

La Escuela de sociología de Chicago

La Escuela de antropología de Manchester

Las variantes actuales de la socio-antropología en Francia y en Estados Unidos

En primer lugar, voy a referirme a la Escuela de Sociología de Chicago. La llamada Escuela de Chicago —nacida en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago en las primeras décadas del siglo xx y dominante en la Sociología norteamericana hasta el inicio de la década de 1940 (Joas, 1991: 112-154; Fisher y Strauss, 1988: 522-569)— debe adscribirse a la Sociología, pero representa también un antecedente de la Antropología urbana contemporánea, pues se caracterizó por la realización de investigaciones de carácter etnográfico (Hannerz, 1986: 29-72). Si bien dicha tradición se inició con el estudio de Thomas y Znaniecki sobre el campesino polaco, pronto tomó conciencia de la semejanza metodológica entre su producción intelectual y la tradición proveniente de la Antropología. Entre los diversos testimonios en este sentido, cito un texto programático, de 1915, de Robert Park, en donde define las líneas orientadoras de la investigación sobre la ciudad que habría de hacerse en los próximos 25 años:

La Antropología, la ciencia del hombre, se ha preocupado sobre todo, hasta ahora, por el estudio de los pueblos primitivos. Pero el hombre civilizado es un objeto muy interesante de investigación, y, al mismo tiempo, su vida está muy abierta a la observación y el estudio. La vida y la cultura urbanas son más variadas, matizadas y complicadas; pero los motivos fundamentales en ambos casos son los mismos. Los mismos pacientes métodos de observación que antropólogos como Boas y Lowie han aplicado en el estudio de la vida y maneras de los indios norteamericanos podrían ser empleados, incluso más fructíferamente en la investigación de las costumbres, creencias, prácticas sociales y concepciones generales de la vida que prevalecen en la Pequeña Italia, situada en el lado norte inferior de Chicago, o en el registro de las complejas formas folklóricas de los habitantes de la Greenwich Village y alrededores de la Plaza Washington, en Nueva York (Park, 1999).

Robert Redfield, quien estudió Antropología en la Universidad de Chicago, realizó una de sus primeras investigaciones entre los inmigrantes mexicanos de aquella ciudad aplicando métodos de observación propios de la escuela sociológica, como han mostrado Patricia Arias y Jorge Durand (Arias y Durand, 2008: 51 ss). O podemos también constatar lo que dice William Foote Whyte, quien escribe la última de las etnografías urbanas de la Primera Escuela de Chicago, *La sociedad de las esquinas*: «Empecé a leer literatura antropológica, comenzando con Malinowski y esto me pareció más semejante a lo que deseaba hacer, aunque los antropólogos estaban estudiando tribus primitivas y yo me encontraba en medio de un distrito de una gran ciudad». (Whyte, 1970: 345)

A continuación se debe mencionar a la Escuela de Antropología de Manchester. La Escuela de Manchester fue fun-

dada por un grupo de antropólogos en los años 50 del siglo xx (entre quienes destacan Max Gluckman, Peter Worsley, Clyde Mitchell y Victor Turner) quienes realizaron investigaciones en las ciudades sudafricanas, tratando temas muy similares a los de la Escuela de Chicago en Estados Unidos: la migración, el cambio y la identidad étnica en contextos urbanos, y también realizaron trabajo de campo en ciudades modernas, occidentales (Hannerz, 1986: 169). En este sentido, los trabajos de la Escuela de Manchester se adelantaron al tipo de trabajos que referiré más adelante.

Con la escuela de Manchester hemos llegado hasta la década de 1950 del siglo xx.

Finalmente, en la actualidad se observara un vigoroso movimiento hacia el encuentro disciplinar actual entre la sociología y la antropología. Especialmente en Francia, numerosos investigadores sociales, tanto desde la Sociología como desde la Antropología, plantean movimientos en sus disciplinas de origen (sociología o antropología) que apuntan a resultados similares. En Francia podemos mencionar, en la Sociología, a Pierre Bourdieu, Bruno Latour, Daniel Bertaux; y en la Antropología, a Marc Aubé, Marc Abeles y Gerard Althabe, entre otros. Pero en el autor en el que voy a concentrarme —por la radicalidad de su propuesta— es Pierre Bouvier.

Pierre Bouvier es un sociólogo que empezó su carrera realizando investigaciones sobre el trabajo y las organizaciones. A partir de la década de 1990 propuso la constitución de la *Socio-antropología* como una nueva disciplina, fundó la revista *Socio-anthropologie* y creó, en la Universidad de Nanterre, una línea de investigación en «Socio-antropología del mundo contemporáneo».

Actualmente, Bouvier es investigador del Laboratorio de Antropología de las Instituciones y de las Organizaciones Sociales (LAIOS), que es una sección del Instituto Interdisciplinario de Antropología de lo Contemporáneo (IIAC), fundado en 2006 y dirigido actualmente por Marc Abélès. A este último Instituto pertenecen, además del LAIOS, el Centro Edgar Morin (EMC), el Laboratorio de Antropología y de Historia de la Institución de la Cultura (LAHIC), el equipo de Antropología de la Escritura y el Laboratorio de Antropología Urbana. En todos estos institutos es notorio el espíritu interdisciplinar que los anima.

¿Qué propone Pierre Bouvier? Bouvier (1997) señala que la Sociología, sin una renovación, ya no será capaz de comprender ni de explicar a las sociedades modernas. De hecho considera que el saber sociológico clásico estaba sesgado porque se encontraba preso dentro de la creencia en el progreso y porque el horizonte de las sociedades de los siglos XIX y XX no hacía necesario avanzar más allá. En la situación contemporánea, en cambio, la Sociología clásica resulta insuficiente. La idea de progreso es cada vez más cuestionable, pues es claro que las sociedades modernas no generan igualdad ni ilustración, sino exclusión.

Propone entonces voltear la mirada hacia estos grupos que están «al margen», estudiarlos localmente, abordarlos mediante observaciones de larga duración (esto es: etnográficamente). Estos grupos o conjuntos poblacionales —dice Bouvier— no han sido realmente escuchados porque la creencia en el progreso no lo había permitido. Se trata, por tanto, de un trabajo similar al realizado por la Antropología, pero en las sociedades modernas. ¿Qué dice, finalmente, Bouvier? Que la Sociología necesita renovarse, y que sólo puede lograr-

lo —en el contexto que ha descrito— adoptando los métodos de investigación característicos de la Antropología.

Así, la propuesta de Pierre Bouvier implica que son las características del mundo moderno las que hacen necesario este desplazamiento de la Sociología: por un lado, su desplazamiento hacia el necesario abandono de la idea de progreso; por otro, a hacer suya la metodología propia de la Antropología para estudiar a los grupos excluidos por los procesos capitalistas.

La socio-antropología, desde este punto de vista, expresa la idea de una nueva ciencia social que debe crearse, y que puede de alguna manera representarse pensando en la sociedad moderna como dividida entre un sector integrado y otro excluido, y a la Socio-antropología como una disciplina que abordaría mediante técnicas etnográficas el estudio de los grupos excluidos de una manera similar a como la Antropología estudió a los grupos no occidentales. Por tanto, la Socio-antropología sólo hoy puede realmente existir de manera plena. Anteriormente sólo habría sido un proyecto fragmentario. Para el surgimiento de la Socio-antropología, entendida como la unión entre la Sociología y la Antropología, era necesario un contexto social e intelectual que sólo ha madurado al final del siglo xx (Bouvier, 1997).

Aquí debo llamar la atención sobre el hecho de que en este planteamiento, la confluencia disciplinar de la Sociología y la Antropología no es algo casual y arbitrario, sino algo necesario dadas las mismas características duales de la sociedad moderna, que integra dentro de sí la dualidad que antes parecía plantear al compararse con las sociedades no occidentales. La Sociología, frente a esta crisis de la sociedad occidental, ha perdido capacidad comprensiva y explicativa,

pues su horizonte era la idea de progreso e inclusión. La Antropología aparece entonces como una posibilidad, como una alternativa, por sus métodos y por su actitud hacia el Otro, porque estudia las sociedades al margen, excluidas, mediante técnicas de observación prolongada y de escucha del discurso del otro. Pero no se trata ya ni de Sociología, ni de Antropología, sino de Socio-antropología, de una disciplina nueva, necesaria para estudiar las sociedades presentes.

Posibilidades del encuentro de la sociología y la antropología

¿Cuál es entonces el posible papel de una ciencia social y, en particular, de una disciplina que se encuentra en la intersección de la sociología y la antropología? Es sabido que la antropología derivó del estudio de lo exótico al estudio de lo otro en un sentido débil; es decir, de grupos y culturas que sin ser radicalmente otras, se distinguían por su lengua, sus costumbres o creencias. Pero esta condición no sólo es propia de los grupos primitivos «contaminados», sino propia de todo el mundo occidentalizado. Ha sido, pues, hasta cierto punto natural que la antropología dirigiera paulatinamente su atención también hacia estos grupos. La antropología se interesa hoy también por estudiar a los grupos, a las subculturas y las racionalidades locales que han emergido en las sociedades occidentalizadas: grupos, subculturas y racionalidades empresariales, urbanas, obreras, homosexuales, religiosas. Ciertamente, son ellas culturas «contaminadas», no separadas en compartimentos estancos, de tal manera que una misma persona pertenece generalmente a diferentes grupos y subculturas. Pero cada una se distingue del entorno,

adquiere una configuración peculiar, sigue una racionalidad propia. La sociología, a su vez, y particularmente en su vertiente interpretativa, se ha orientado hacia el estudio de estos mismos grupos y racionalidades de carácter local.

¿Qué puede aportar de manera distintiva una ciencia social híbrida, una socio-antropología orientada hacia la interpretación y la comprensión? Dado que la posibilidad de conocer diferentes ámbitos es limitada, y nuestra propia forma de vida se restringe a unos pocos, las ciencias sociales —y en particular la sociología y la antropología— pueden jugar, orientadas por una intencionalidad interpretativa, un papel similar al de la experiencia estética:

Un ejemplo de lo que significa el efecto emancipador de la «confusión» de los dialectos se puede encontrar en la descripción de la experiencia estética que da Wilhelm Dilthey [...]. Dilthey piensa que el encuentro con la obra de arte (como, por lo demás, el conocimiento mismo de la historia [y de la antropología]) es una forma de experimentar, en la imaginación, otros modos de vida diversos de aquel en el cual, de hecho, se viene a caer en la cotidianidad concreta. Cada uno de nosotros, al madurar, restringe sus propios horizontes de vida, se especializa, se ciñe a una esfera determinada de afectos, intereses y conocimientos. La experiencia estética nos hace vivir otros mundos posibles, y, así haciéndolo, muestra también la contingencia, relatividad y no definitividad del mundo «real» al que nos hemos circunscrito. (Vattimo, 1986: 86-87)

Puede asimismo reducir la opacidad o invisibilidad de algunos grupos, descubrir realidades que, aunque físicamente cercanas, pasan desapercibidas; aumentar la significatividad de espacios, relaciones y acontecimientos, entre otros.

Conclusión

Desde que se constituyeron como disciplinas autónomas han existido, de manera permanente, intentos por conjuntarlas. Estos intentos o proyectos han tenido siempre como objetivo una renovación o innovación en la ciencia social. Desde la sociología, el movimiento a confluir con la antropología consiste en una reorientación metodológica y en un redescubrimiento de la etnografía. Por ello quizá esta apertura o identificación con la antropología ha coincidido con las épocas en las que la metodología cualitativa ha tenido mayor legitimidad, como ocurrió en la época de la Escuela de Chicago, o como ocurre hoy, con el resurgimiento de estos métodos. Desde la antropología, el movimiento consiste en un interés por objetos «cercaños» al antropólogo. Ya no lo «exótico» o lo lejano en un sentido fuerte, sino lo espacialmente próximo, pero que había sido pasado por alto: la vida cotidiana, o los grupos que forman «sub-culturas», por ejemplo. Pero también los excluidos. Ya en la década de los 80 del siglo xx, Clifford Geertz proponía hacer una etnografía del pensamiento moderno, y daba como ejemplo a los mismos académicos que estaban «al otro lado del pasillo»: los físicos o los científicos experimentales, que aunque físicamente cercaños permanecían opacos en cuanto a sus formas de pensar.

Desde este punto de vista, la tarea de la socio-antropología es el estudio etnográfico de ámbitos, relaciones, organizaciones e instituciones de la sociedad moderna, con el fin de reconstruir virtualmente, a través de la escritura, el mundo de los actores, y particularmente aquellos ámbitos que tiene que ver con racionalidades locales, subalternas o desconocidas.

Bibliografía

- ARIAS, P. y Durand, J. (2008), *Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfiel. 1924-1925*. México: Centro Universitario de Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara, El Colegio de San Luis.
- BASARAB, N. (2002). *Manifiesto of Transdisciplinarity*. New York: State University of New York Press.
- BEATTIE, J. (1972). *Otras culturas: Objetivos, métodos y realizaciones de la Antropología Social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOISOT, M. (1979). *Disciplina e interdisciplinarietà*. París: ANUIES
- BOUVIER, P. (1997). L'objet de la socio-anthropologie: Crise, dés-structuration, recomposition, perdurance. *Socio-anthropologie* Número 1:1-25. Recuperado de: <http://socio-anthropologie.revues.org/27>
- COLLINS, R. (1989). *La sociedad credencialista: sociología histórica de la escolarización y la estratificación*. Madrid: Akal.
- DOGAN, Matei y Robert Pahre (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. México, Grijalbo (Col. Interdisciplina).
- DURKHEIM, É. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- DURKHEIM, E. (2002). *La división del trabajo social*. México: Colofon.
- FISHER, B. y Anselm L. S. (1988). *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GADAMER. H. G. (1977). *Verdad y método. I Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GERTZ, C. (1994). *Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas*. México: Paidós.
- HANNERZ, U. (1986), *Exploración de la ciudad: hacia una antropología urbana*. México: FCE.

- HECKHAUSEN, H. (1979). *Disciplina e interdisciplinariedad*. Francia: ANUIES.
- HERAS, L. (1998). *La interdisciplinariedad: enfoque imperativo para la educación superior en México*. México: ANUIES.
- JANTSCH, E. (1979). *Hacia la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad en la enseñanza y la innovación*. Austria: ANUIES.
- JOAS, H. (1991). *La teoría social*. México: CONACULTA-Alianza Editorial.
- KUPER, A. (1988). *The Invention of Primitive Society: Transformations of an Illusion*. Londres: Routledge.
- LÓPEZ Lima, M. y López M. (2018). ¿Quo vadis socio-antropología? Entre convergencias y divergencias disciplinares (Tesis de licenciatura). México Universidad Autónoma de la Ciudad de México,.
- MERCIER, (1974). *Historia de la antropología*. Barcelona: Península.
- MORIN, E. (1994). "Sobre la interdisciplinariedad". Bulletin Interactif du Centre International de Recherches et Études transdisciplinaires. Número 2. Recuperado en: <http://perso.club-internet.fr/nicol/ciret/bulletin/b2c2.htm>
- PARK, R. (1999). *La ciudad y otros ensayos*. Barcelona: Serbal.
- PIAGET, J. (1979). *La epistemología de las relaciones interdisciplinarias*. Nueva York: ANUIES.
- RITZER, G. (1996). *La McDonalización de la sociedad: un análisis de la racionalización de la vida cotidiana* Barcelona: Ariel.
- SONTAG, S. (1984). *El antropólogo como héroe*. Barcelona: Seix Barral.
- TORRES, J. (1994). *Globalización e interdisciplinariedad: el currículum integrado*. Madrid: Morata.
- VATTIMO, G. (1986). *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- WHYTE, F. W. (1970). *La sociedad de las esquinas*. México: Diana.

La descripción de las relaciones sociales y la vida cotidiana en la etnografía socioantropológica

NICOLÁS OLIVOS SANTOYO¹

Introducción

La intención en este ensayo es discutir y analizar las características de una etnografía que forma parte de los dispositivos de representación sobre lo social y cultural propia de una nascente disciplina llamada socioantropología. Si bien no existe consenso sobre qué métodos, teorías, objetos y perspectivas definen a la socioantropología, en algunos de sus impulsores se cree que la etnografía es y debería ser ese puente de intersección entre la sociología y la antropología social.

Si bien en lo particular considero que la sociología y la antropología pueden confluír en más ámbitos y no solo en

¹ Profesor-investigador. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

la adopción del método etnográfico, sí pienso que en la práctica muchas investigaciones se podrían caracterizar como socioantropológicas debido a que sus temas y estrategias de representación son abordados bajo un enfoque que podríamos caracterizar como etnográfico.

A pesar del consenso existente entre diversos autores que asumen el uso de la etnografía como dispositivo² científico central y definitorio de la socioantropológica, poco se problematiza acerca de qué tipo de etnografía se tiene en mente, y qué tanto se parece ésta a la realizada en la antropología social desde su fundación. Una reflexión necesaria que debería enmarcarse en la historia de las prácticas científicas y analizar cómo se adoptan dispositivos, se inventan unos, o bien los sentidos que tenían los anteriores cambian a partir de sus nuevos contextos de uso. Por otro lado, para elucidar qué es la etnografía socioantropológica se requiere de una lectura minuciosa de las etnografías asumidas abiertamente como tal, y conocer los temas más tratados, observar las estrategias metódicas para la obtención de datos, como las empleadas para imbuirse en las dinámicas de la vida ordinaria de los sujetos de estudio. Y por último una analítica de la etnografía socioantropológica como la que me propongo hacer, pasa también por mirar cómo las figuras retóricas, las estrategias y tropos narrativos se han modificado como resultado de nuevas exigencias temáticas y por la adopción de

² Uso el concepto de dispositivo de Michel Foucault en su formulación realizada por Giorgio Agamben en su texto intitulado *¿Qué es un dispositivo?* (2015) donde lo caracteriza como: «...cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes» (Agamben, 2015: 23).

nuevos enfoques teóricos que impulsan la labor de innovación y experimentación de la escritura etnográfica.

Mi trabajo se inscribe en esta línea. Me interesa mostrar los desplazamientos en los estilos de hacer etnografía desde sus formas clásicas, principalmente las desarrolladas en los albores de la antropología social como disciplina científica, hasta las etnografías socioantropológicas. Desplazamientos que se deben, y justo esa es la tesis que defiendo, al advenimiento de nuevos enfoques teóricos en ciencias sociales que han modificado los sentidos de dos conceptos centrales para la etnografía fundacional: relaciones sociales y vida cotidiana.

Sustento que la socioantropología se funda también por la adopción de enfoques teóricos desarrollados en las diversas áreas de pensamiento que han hecho de lo social el *locus* de su mirada ya sea para fundamentar un programa filosófico, político, económico, o de conocimiento de las formas de organización social y cultural. Ahora bien esos enfoques teóricos (no exclusivos de una disciplina), se han convertido en recursos heurísticos que iluminan otros flujos de análisis, de problematización y de narración para las etnografías socioantropológicas. Mostraré cómo el cambio de los sentidos teóricos de dos conceptos ampliamente problematizados desde la analítica etnográfica, explican el auge de experimentos etnográficos realizados por autores que posicionan su práctica en el cruce de diversas orientaciones teóricas en ciencias sociales.

Para exponer lo anterior inicio mi ensayo con una reflexión sobre la relación etnografía y teoría necesaria para aclarar cómo es posible orientar una práctica de conocimiento empírico desde los recursos heurísticos de una teoría. En un segundo momento describo los cambios en los sentidos y

los conceptos de relación social y vida cotidiana para mirar su aplicación dentro de la práctica etnográfica que podríamos denominar socioantropológica. Finalmente comentaré algunos trabajos que considero representativos de una socioantropología teóricamente inspirada y etnográficamente experimental. Sin embargo no podría iniciar la discusión sin antes bosquejar cuál es la idea de etnografía que tengo en mente, cuya comprensión me permite sugerir que la etnografía socioantropológica forma parte de un desplazamiento dentro de las prácticas etnográficas en ciencias sociales.

¿Qué es la etnografía? Dispositivo, operación y empiria

Dos supuestos circundan la comprensión de la etnografía los cuales han fundamentado su legitimación como recurso o artificio metodológico. Por un lado, se le ha concebido como una estrategia de indagación que ha llevado a mejor puerto las comprensiones de la cultura desde una dimensión cualitativa, pues se piensa que la etnografía es un recurso que pretende captar los procesos de la vida cotidiana tal y como la experimenta un actor. Por otro lado, una idea destacada desde un paradigma teórico funcionalista, y que muchos de los practicantes de la etnografía que no comparten del anterior enfoque, es el haberse convertido en un recurso que hace de la narrativa, una vía para mostrar cómo los sujetos se relacionan y cómo desde estas interacciones se van moldeando o sosteniendo la vida institucional.

La primera de estas formas de entendimiento es frecuente encontrarla entre aquellos practicantes de ciencias sociales inclinados hacia las vías cualitativas en metodología, en fran-

ca oposición al frente cuantitativo. Incluso en un manual escrito por sociólogos, muy socorrido para la enseñanza de la etnografía, como el de Hammersley y Atkinson (1994) se afirma, que el interés por la etnografía ha crecido en tanto respuesta al sentimiento de desilusión provocado por el incumplimiento de la promesa de alcanzar una comprensión sobre lo que es la vida en sociedad (sus significaciones y actividades prácticas que la conducen), a partir de las estrategias cuantitativas y comparadas en ciencias sociales. La etnografía como proceso de indagación se ancla, señalan Taylor y Bogdan (1987), a un recurso metódico denominado observación participante, que permite al investigador ser testigo de forma directa de las situaciones y contextos en que se desarrollan las prácticas sociales, poniéndolo en situación privilegiada para captar los hechos significativos de la vida sociocultural desde la mirada del actor.

Si bien el momento álgido de esta pugna entre las orientaciones cualitativas frente a las cuantitativas se dio en la segunda mitad del siglo xx, en el marco de aquello que Karl Otto Appel (1984) llamó la tercera fase de la controversia entre explicación frente a la comprensión, hoy en día investigadores sociales que se adhieren a las vías etnográficas como recurso para las ciencias sociales de corte relacional, siguen afirmando que optan por esta estrategia debido a sus potencialidades para la comprensión de la vida cultural en términos prácticos. Un ejemplo de lo anterior lo encontramos en el sociólogo argentino Claudio Benzecry (2012: 35-36) quien justifica el uso de la etnografía como vía para indagar el consumo de objetos culturales. Un campo, señala, dominado en un pasado reciente, tanto en sociología y antropología, por los estudios cuantitativos tal y como lo refleja la obra de *La distinción* (1988) de

Pierre Bourdieu. La vía etnográfica, afirma este etnógrafo de la ópera, le permite a un investigador acercarse a mirar cómo los sujetos manipulan, emplean y se relacionan con los objetos culturales. Y a su vez el texto etnográfico se convierte en el vehículo por excelencia que nos permite visualizar problemas centrales para la teoría social como son la constitución del sentido y su reproducción. Afirma Benzecry, que la etnografía se convierte en el medio óptimo para, a través de la descripción, dar cuenta de los procesos de creación de gustos, imaginarios y sensibilidades en los sujetos que se relacionan con determinados géneros artísticos o culturales.

Habría que decir también, que la institucionalización de la etnografía dentro de una ciencia en particular como la antropología, se dio con el desarrollo y consolidación del funcionalismo como un paradigma dominante. El funcionalismo partía del supuesto de que los sujetos y sus interacciones son la base de una sociedad cuya fisonomía son las instituciones: por lo tanto, analizar, caracterizar o estudiar las instituciones de una cultura implica mostrar empíricamente cómo los sujetos colectivamente han resuelto sus necesidades en grupo a través de ciertas acciones de las cuales son copartícipes junto con otros. Dar cumplimiento a este imperativo teórico a partir de un artilugio empírico donde se muestre que en la resolución de necesidades los hombres y mujeres van construyendo una red de interacciones y relaciones sociales, tuvo en la etnografía de Malinowski su materialización y por lo tanto, su consolidación como recurso metodológico que fue muy recurrente tanto en la antropología social, como en la sociología realizada por la llamada Escuela de Chicago.

Haber materializado este reto fue lo que en realidad hizo de Malinowski aquel mago de la etnografía como lo llamó George W. Stocking (2003). Una labor que se distinguió no solo por la articulación de un método: la observación participante, sino también por la aparición de un producto: el texto etnográfico. Dispositivo textual que posteriormente formará parte de los recursos y aparatos científicos que para Howard Becker (2015) son ahora patrimonio de las ciencias sociales.

Pero lo más notable de esta magia en etnografía fue la inauguración de un estilo narrativo y descriptivo que no solo hacía que el lector se traslade al lugar y ser testigo de cómo los seres humanos se ven inmersos en una trama de acciones y relaciones sociales que configuran prácticas que bien podrían ser catalogadas como económicas, políticas, rituales y religiosas, de parentesco, entre otras. Y destaca que este vuelco dentro de la actividad antropológica fuera resaltada por uno de los padres de la ciencia como es Sir James G. Frazer cuando afirmó que Malinowski hizo de los seres humanos descritos en su trabajo etnográfico, personajes a la usanza de Cervantes y Shakespeare: hombres y mujeres que no solamente se conducen como marcan las normas y reglas sociales, sino que se enfrentan a las vicisitudes de una tempestad, al esfuerzo de construir una canoa, a la incertidumbre de los encantos de brujos y espíritus del mar: es decir marcados por resolver los imponderables de la vida.³ Y enfatiza Frazer que Malinowski rompe con la tendencia dominante en la

³ Malinowski decía de los imponderables lo siguiente: «[...] estos imponderables de la vida real son parte de la sustancia misma de la fábrica social y que es en ellos donde se anudan los innumerables lazos que mantienen unida a la familia, al clan, a la comunidad local, a la tribu [...]» (en Kaberry, 1974: 94).

narrativa etnográfica que veía a los actores como: «maniquís de Molière vestidos para parecer humanos» (en Stocking, 2003: 83).

La magia del etnógrafo se convertiría en un estilo etnográfico que consistió en la creación de un recurso narrativo que, partiendo de la descripción detallada de las acciones de sujetos y de sus formas de relación entre ellos y de éstos con el mundo y sus objetos, se iba desplegando después el contorno de una totalidad social, donde todas las actividades e instituciones se describían en la acción de entrelazarse para definir el carácter particular de ese entramado social. Siendo el producto no solo un texto etnográfico llamado *Los tarahumaras, Los Nuer o Brujería y magia entre los Azande*, sino que estos textos además de ser el *locus* de los descubrimientos científicos, arrojaban información con fuertes consecuencias teóricas acerca del tipo de normas, reglas, roles que gobiernan las instituciones.

A partir de este suceso, la etnografía formó parte de ese grupo de recursos científicos sancionados y validados por una comunidad de practicantes de ciencias sociales, pero también leído por un público receptor y lector de estos trabajos, convirtiéndola en uno de esos artilugios usados, señala Howard Becker, para hablar de la sociedad. En este sentido, un moderno autor de la vía relacional en sociología que acogió la práctica etnográfica para adentrarse al mundo del boxeo justifica la elección de esta vía diciendo que:

Debía estudiar el boxeo en su aspecto menos conocido y menos espectacular: la rutina gris y punzante de los entrenamientos en el gimnasio, la larga e ingrata preparación –física y moral al mismo tiempo–, preludio de las breves apariciones bajo luces, los ritos ínfimos e íntimos de la vida del *gym* que

producen y reproducen la creencia y alimentan esa economía corporal, material y simbólica tan particular que es el mundo pugilístico (Wacquant, 2006: 23).

En franca oposición a una visión de la etnografía que la entiende solo como un método de investigación, que forma parte del conjunto de los métodos cualitativos, en este ensayo la pensamos más como ese dispositivo de representación idóneo para mostrar problemas y situaciones de la vida social y cultural. Una comprensión de la etnografía que ronda el espíritu de sus practicantes en la actualidad, por lo que la innovación en los procesos de indagación implica también la experimentación en los tipos de dispositivos de representación. Pero que también como lo indica George E. Marcus (2016), la etnografía como artilugio no solamente implica un tema de representación que se agota en el ámbito de la escritura y de su dependencia con respecto a los marcos teóricos que la determinan, sino que conlleva un reconocimiento y aceptación sobre qué sitios y espacios son susceptibles de ser estudiados bajo los estándares de esta vía de indagación.

Podemos entonces afirmar que hoy en día la etnografía más que una técnica o método, se ha convertido en una práctica científica o para decirlo con Michel de Certeau en toda una operación. Ésta no solo se reduce a una actividad de recolección de datos en campo, involucra a hacedores de la misma que se rigen por las normas y estructuras narrativas sancionadas por la comunidad. Se determina por el tipo de públicos que las leen, las objetan y las utilizan, tal y como se observa en el excelente trabajo coordinado por Didier Fassin (2017a).

Y por último, y quizá más remarcable, es el alto grado de institucionalización como recurso o dispositivo científico

donde se encarna y concretiza el conocimiento, se elaboran objetos de y para la ciencia, se problematizan las teorías y las realidades producidas en un conjunto de ciencias sociales y humanas, desplazando a otras formas que anteriormente tenían esta prerrogativa. Es decir, así como se reconoce que existen laboratorios, revistas, museos, donde las ciencias se concretan y se difunden, los científicos sociales tenemos un tipo particular de texto, donde se describen las formas de vida social, se narran las maneras en que los sujetos nos vemos envueltos en interacciones e instituciones. Es decir, la etnografía es una práctica muy recurrente para hablar y para construir una analítica de la sociedad.

La práctica etnográfica. Entre teoría y empiria

La autoconciencia de que la etnografía es algo más que solo una técnica o método de investigación, aunado al impulso reflexivo en la cual hoy se ve envuelta, ha permitido todo un juego de liberación hacia las potencialidades creativas, tanto en lo que respecta a los estilos narrativos, en los temas a abordar, así como en las innovaciones metódicas, que le están dando un perfil al trabajo etnográfico que, si bien mantiene un parecido de familia con lo producido en los primeros años del siglo xx, también da fe de la existencia de múltiples desplazamientos.

Y justo el reconocimiento de las múltiples determinaciones que tiene la teoría en la construcción etnográfica, y su papel en su inventiva e innovación, constituye un tema a comentar en este trabajo. Para ello analizo estas innovaciones en el marco del desarrollo contemporáneo de la teoría social, relacionado en los dos aspectos que han fundamentado a la

etnografía desde sus orígenes: vida cotidiana y relaciones sociales. La tesis que propongo es que la reorientación paradigmática en teoría social, relacionada con las maneras de entender el mundo de vida cotidiano y relaciones sociales, conlleva también la emergencia de nuevas heurísticas en ciencias sociales y humanas que tiene en la labor etnográfica la posibilidad de concretarse como problematización.

La posibilidad de reconocer la dimensión virtuosa de la relación teoría, investigación y texto etnográfico, se debió a un momento caracterizado por el abandono de posturas empiristas y realistas que fundamentaban la comprensión del trabajo etnográfico. La vía empirista solo reivindicaba el carácter técnico de la investigación etnográfica al remitirla al acto de recolección de datos de primera mano, los cuales a posteriori servirían para sustentar la construcción teórica. Mientras que el realismo, si bien aceptaba la dimensión textual del trabajo etnográfico, asumía que el texto era el vehículo que trasportaba la realidad; es decir, se le tenía como una representación natural y objetiva, por no decir verdadera, de la sociedad y la cultura observada y por lo tanto registrada tal y como es.⁴

La idea de heurística, aquí empleada como una de esas mediaciones entre teoría e investigación empírica, deriva de algunas de las intuiciones de Kuhn expuestas tanto en su libro *La estructura de las revoluciones científicas* como de su epílogo al mismo libro escrito en 1969. Tesis que retoman los

⁴ Sobre el realismo, Van Frassen afirma: «La imagen que la ciencia nos da del mundo es verdadera, fiel en sus detalles, y las entidades postuladas en la ciencia existen realmente: los avances de la ciencia son descubrimientos no invenciones». (Van Frassen, 1996: 22)

autores de la llamada concepción semántica de teorías quienes entienden por paradigma a una articulación de formas de ver el mundo y las entidades que lo pueblan, de pensar las relaciones que entre estas entidades se establecen, así como los posibles estados en las que pueden existir. Es decir, un paradigma además de establecer una ontología se acompaña de una normativa que indica lo que puede ser, lo que se considera real y por lo tanto verdadero o válido.

De tal manera, un tipo de racionalidad que apela a procesos de coherencia y empatía, y no solo a los de formulación de hipótesis y su comprobación empírica, es empleada también en los procesos cognitivos que definen a la ciencia. Es más, la posibilidad de formular hipótesis descansa en gran medida sobre la base de este tipo de racionalidad empática que no es otra más que la racionalidad heurística. Y como bien lo señala Ambrosio Velazco (2000), la racionalidad heurística desarrolla una función pragmática en los procesos cognitivos, al facultar el planteamiento de problemas novedosos al interior de una tradición o paradigma. Y la vía heurística en vez de operar bajo la lógica del algoritmo y la deducción a partir de axiomas, involucra todas las posibilidades de la analogía y la lógica de las semejanzas y la transformación establecida por Lévi-Strauss. Por su parte, Ana Rosa Pérez Ransanz siguiendo a Karl Polanyi afirma que:

[...] todas nuestras concepciones del mundo, científicas o no, tienen un poder heurístico en el sentido de que no solo nos permiten dar sentido a nuestras experiencias, sino también son la condición necesaria para detectar las experiencias novedosas, cuyo acomodo en el sistema de nuestras creencias

previas puede conducir a una modificación o abandono de éstas (Pérez Ransanz, 2000: 34).

Retomando las ideas de Ambrosio Velazco diremos que los paradigmas o tradiciones de investigación son el marco histórico de creencias y visiones del mundo que acuñan teorías, hipótesis y conceptos. Mientras que la dimensión operativa que conduce las prácticas científicas se realiza a través de un tipo de racionalidad heurística heredada de las tradiciones paradigmáticas. Desde las heurísticas se establece lo que se consideran problemas pertinentes por investigar, se definen las maneras de estudiarlos, pero, y lo más importante, desde esta racionalidad se determina lo que es una explicación o interpretación válida de los hechos, y, para el caso de las ciencias sociales, se sancionan los recursos de representación pertinentes: la estadística, las explicaciones nomotéticas-deductivas o las descripciones etnográficas.

Ahora bien, para comprender el papel que las heurísticas juegan en la innovación de la etnografía, habría que problematizar la relación entre teorías sociales en concreto y procedimientos heurísticos, justo para rebasar la idea de que éstas solo responden a grandes marcos epistémicos llámense paradigmas, epistemes o programas: visión que sostienen Velazco y principalmente Mariflor Aguilar (2000). Incluso Aguilar afirma por ejemplo, que a falta de un paradigma dominante en ciencias sociales, o ante la proliferación de varios que compiten por establecer su hegemonía, éstas adoptan recursos heurísticos provenientes de otros espacios como son el mundo de vida o las tradiciones ideológicas ancladas en los imaginarios no teóricos o extra teóricos.

Contrario a lo que opina Mariflor Aguilar, Donald N. Levine (autor que seguimos), sostiene que las heurísticas que han conducido las prácticas teóricas y empíricas en sociología se introdujeron por modelos teóricos y posturas metodológicas desarrolladas en la teoría sociológica, pero otras provienen del diálogo entre sociología con otras disciplinas humanas y sociales, de donde se obtienen recursos necesarios para resolver problemas e innovar en su resolución. Para Levine los procedimientos heurísticos forman parte de la propia labor de teorización en sociología, (y consideramos también se comparte con la antropología), y además es quizá una de las actividades que forman el núcleo de la práctica científica en ciencias sociales. De tal manera, señala Levine, los sociólogos se concentran en gran medida en crear conceptos, articular marcos explicativos y emitir afirmaciones de cierta generalidad sobre los hechos de la sociedad. Una labor que normalmente está anclada a la relectura, reelaboración, reinterpretación de conceptos, categorías o explicaciones que autores influyentes de la sociología han heredado y que los seguidores de éstos buscan aplicar. Aplicación que, o bien se limita a la intención de impulsar estudios empíricos conducidos bajo un paradigma; o también se trata de hacer avanzar el modelo teórico para resolver sus anomalías, como diría Kuhn. Como lo señala Levine: «[...] es la tarea de teorizar acerca de nuevas áreas de indagación junto, o además, de crear nuevos marcos de comprensión para viejos problemas» (Levine, 2015: 104, *traducción propia*).

A este tipo de práctica Levine lo denomina el trabajo heurístico que le es interno a la disciplina o que trabaja con los recursos teóricos generados en la historia disciplinar. Mientas que otro tipo de recursos teóricos de los cuales

echa mano el sociólogo para resolver problemas o para adecuar ciertos programas de investigación, provienen de otras disciplinas o de otra fuente de problematización externas a la sociología. Levine tiene en mente por ejemplo, debates del orden de lo ontológico y epistemológico en filosofía y en ciencias que fundamentan una visión de las entidades que la componen y guían. Pero también piensa que se involucran aspectos éticos, políticos, culturales e históricos que se incorporan, por ejemplo, en el tipo de explicaciones o diagnósticos que hacemos sobre ciertos hechos; o determinan la elección de ciertos lenguajes desde los cuales clasificamos o nombramos las cosas.

Extrapolando las ideas de Donald N. Levine al tema de la etnografía y su relación con los procedimientos heurísticos, podríamos afirmar que ésta también se ve constreñida por una heurística interna a los marcos teóricos de las disciplinas que la asumen como dispositivo de representación, así como también se ve afectada por esa dimensión externa que resaltó Levine. De tal manera que la etnografía se vuelve un instrumento empírico de problematización de los postulados teóricos de una escuela o corriente en ciencias sociales. A su vez sirve como un espacio para ejercitar categorías, llevarlas a una concreción factual, darles sentido desde su expresión en una sociedad o en un grupo humano; pero también se afinan las categorías en su aplicación, se releen, se precisan, adecuan o se complementan los marcos teóricos con nuevas categorías que se generan en la indagación etnográfica. Y un claro ejemplo de esta manera en que la etnografía se articula con los imperativos heurísticos de una teoría lo tenemos, como ya vimos, en esa virtud malinowskiana de fundir narración con un paradigma funcionalista de la sociedad.

Como se hizo patente en la reflexividad etnográfica de finales del siglo xx y principios del XXI, las influencias de la teoría literaria que sacaron a luz el tema de las composiciones, los tropos y retóricas de la descripción proporcionaron esos recursos heurísticos externos para nutrir la crítica y la experimentación etnográfica. O también las reflexiones en el orden de lo político y ético que acompañaron las teorías de la poscolonialidad y de la decolonialidad trajeron al flujo de la conciencia de la crítica etnográfica el problema de las carga culturales, etnocéntricas e históricas que conlleva el ejercicio de escribir sobre algún tipo de otredad. Estos son dos casos que ejemplifican esa idea de Levine acerca del papel que tienen procesos heurísticos externos a los debates en una disciplina, pero que impactan en las conducciones de presupuestos ontológicos, epistemológicos y éticos que nutren los desarrollos teóricos y metodológicos de ciencias concretas como la antropología o la sociología.

En este trabajo nos abocaremos a esa primera dimensión interna del trabajo heurístico en etnografía, donde trataré de mostrar cómo los cambios en la concepción del mundo de vida y de las relaciones sociales que atestiguamos en la teoría social en el nuevo milenio, han conducido la innovación de los estilos en la práctica etnográfica contemporánea.

De las relaciones sociales al enfoque relacional

Como había señalado anteriormente, el presupuesto de narrar la construcción de relaciones sociales se volvió pieza clave en la construcción del estilo fundador y central del trabajo etnográfico: la etnografía malinowskiana abocada a mostrar las prácticas humanas y su institucionalización. Un

imperativo que provenía de un paradigma teórico funcionalista que posteriormente caería en desuso, pero también fue el fruto de la habilidad narrativa de un lector-autor, Malinowski, quien pronto se tornó el deseo o canon de lo que debería ser una buena actividad de presentación de datos de campo, recogidos de primera mano. Una tensión que bien ha reconocido Clifford Geertz cuando señala que a pesar del cuestionamiento al modelo funcional, a su abandono y crítica, nadie deja de perseguir el ideal de escribir y presentar a una sociedad como lo hiciera Malinowski, al respecto Geertz dice:

Semejante forma de ver las cosas, que no trata del campo técnico, ni de la teoría social, ni siquiera del sacrosanto objeto que es la «realidad social», sino del «problema discursivo» en antropología —cómo autorizar una presentación digna de fe de los hechos— es sin duda alguna su legado más relevante. Aunque también es cierto que ha llegado a ser el más atacado (Geertz, 1989:93).

A pesar de toda la admiración que Malinowski le genera a Geertz y que en su libro *El antropólogo como autor* (1989) lo lleva a afirmar que el antropólogo polaco elevó la etnografía a una extraordinaria altura al hacer de la narración una combinatoria de una observación bruta de hechos, un hacerse presente en el texto como observador, como sujeto testimonial pero también como constructor de interacción (la observación participante pasa a ser una descripción participante, señala Geertz), y lo más interesante en términos de una práctica científica, una interpretación de los hechos desde los prerrequisitos heurísticos de una teoría: la

visión funcionalista de la sociedad. A pesar de sus elogios a Malinowski, Geertz no dejó de señalar lo que él consideraría las trampas teóricas del funcionalismo malinowkiano y su repercusión en los destinos de la etnografía realizada por él, después de *Los Argonautas del Pacífico Occidental*, de sus discípulos y por una comunidad antropológica dominada por la repetición de estándares sancionados en la disciplina. Estándares que tendieron al abandono de la relación y a la reificación de la institución, del rol, de la norma y de la estructura.

Sobre estos estándares había ya hablado Phyllis Kaberry en su contribución al libro homenaje a Malinowski que compiló R. Firth y que en castellano lleva por título *Hombre y cultura. La obra de Bronislaw Malinowski*. En su texto Kaberry indicaba que la influencia de Radcliffe-Brown en la tradición británica de antropología provocó un cambio en el papel que se tenía del dispositivo etnográfico en la era de Malinowski. De la descripción de las formas de vida institucionalizada de una cultura particular, la vía de Radcliffe-Brown tomaba lo particular y etnográfico como un espacio de contrastación, o como un caso ejemplar como se piensa desde la sociología, de ciertos conceptos o postulados generales que se podrían validar desde los estudios etnográficos y comparados.

Como lo sostiene Meyer Fortes (2011) la etnografía se convirtió en el espacio para llevar a cabo un proceso de evaluación analítica de generalidades o conceptos. Es, señala Fortes, en el campo de una sociedad donde se devela la viabilidad de conceptos con los que trabaja la antropología (como clan, linaje, segmentación, poder, estatus, etcétera) o que se introducen desde la teorización antropológica. Pero también apuntan a validar el centro de la perspectiva estruc-

tural-funcional que postula que cada una de las instituciones y costumbres contribuyen al mantenimiento del organismo social. Por lo tanto, el eje de las relaciones se fue desplazando hacia la caracterización de las instituciones y sus reglas constitutivas que les dotan su estabilidad, regularidad.

Incluso para un malinowskiano convertido en seguidor de Radcliffe-Brown como Edmund Leach, la tensión entre descripción y teorización o como él lo dice entre un Malinowski «[...] hablando de las trobriand, es un genio estimulante; pero Malinowski divagando sobre la cultura en general, es un vulgar pelmazo (Leach, 1974: 291)», se decantó, afortunadamente, por una vía que rebasó el empirismo vulgar e ingenuo y muy bien dotado para la descripción pero carente de análisis e interpretación. Para Leach, un estructuralismo más refinado ha permitido elucidar el papel que tiene lo estructurado o lo establecido en códigos como determinante de la vida social, además de fortalecer una vía más explicativa que ideográfica.

Ahora bien lo que resultaba ser una virtud para Leach o Fortes, autores como Clifford Geertz y Phyllis Kaberry lo veían como un desacierto que generó un freno, tanto para la comprensión de los hechos culturales, como para el desarrollo del trabajo narrativo en etnografía. Para Geertz (1987: 131-151) el estructural-funcionalismo, como el funcionalismo Malinowskiano y ciertos culturalismo, veían a la actividad práctica, a las interacciones y las relaciones sociales como el reflejo o la proyección de procesos sociales ya establecidos, o estructurados, que son la condición *a priori* a toda configuración social. Observa Geertz que Malinowski en su persona manifestaba una tendencia entre ver la cultura como algo que se va construyendo y develando en las interacciones que

entablan los actores en la vida cotidiana, lo que *a posteriori* evidenciaba la resolución de necesidades de la vida institucionalizada. Pero también Malinowski en ocasiones se inclinaba más a pensar a la sociedad como esa imagen especular o proyección de la necesidad definida previamente, donde el caso constataba el enunciado universal de que tal institución es el arreglo social para resolver alguna necesidad específica.

Afirma Geertz que el exceso de instrumentalismo detrás de la teoría de las necesidades culturales de Malinowski en ocasiones pasa por alto que es justo en las relaciones sociales donde se edifica la cultura y que es en este entramado de interacciones donde las formas de vida construyen su particularidad y su diferencia. Con su habitual ironía Geertz dice lo siguiente sobre esa tentación de Malinowski por reificar las funciones antes de verlas en su elaboración cultural:

Cuando Malinowski concluye que la religión posee un inmenso valor biológico porque aumenta «las actitudes mentales prácticas», porque revela al hombre «la verdad en el sentido más amplio y pragmático de la palabra», uno no sabe, al recordar los sacrificios humanos aztecas o la autoinmolación de las viudas hindúes, si reír o llorar (Geertz, 1994: 118).

De manera análoga Kaberry indicaba que el exceso en la búsqueda por describir o constatar la existencia de cierto tipo de estructuras o instituciones en determinadas sociedades, tendencia en la que cayó la etnografía post-Malinowski según él, conduce a descuidar las maneras en que se vive la existencia humana, siendo el *locus* donde se producen dichas estructuras. Además, indica, el excesivo uso de la etnografía como espacio para el análisis o la elucidación de las presen-

cias y rasgos de las estructuras, ha implicado el abandono de la descripción del detalle, de mostrar las vías prácticas de conducir la vida cotidiana. Las etnografías de lo estructural tratan a los sujetos como marionetas que cumplen sus roles y a los hechos de la vida social como mecanismos simples que responden a un engranaje, donde lo aleatorio, la innovación y la inventiva en la vida cotidiana se pasa por alto.

Desde la teoría social relacional, autores como Norbert Elias, Randall Collins, Philippe Corcuff, Bruno Latour o Charles Tilly han señalado que una vía de pensamiento que ponderó lo *a priori* de la estructura y el sistema, y que tenía a la interacción y a las relaciones como un epifenómeno de éstas, reflejaba más bien una tendencia del pensar moderno occidental que dominó no solo a las ciencias sociales sino también a otras disciplinas. Por lo tanto, tender a buscar lo fijo, las cualidades iniciales de donde parte el movimiento (es decir la interacción), las esencias y estructuras que cualifican al agente, que lo dota de sus potenciales acciones y actividades, no es una contradicción en el pensamiento de un autor particular, sino que es la tensión esencial del pensamiento moderno que buscaba lo esencial, donde lo accidental era siempre visto como la respuesta o la consecuencia de lo primero que fungía como causa oculta pero inteligible.

Bajo esta narrativa dominante en la modernidad occidental, señala Latour, se produjo un dominio de una vía de reflexión en teoría social que buscaba lo social por encima de la asociación. De ahí ciertas posturas que sostenían que lo observable y describible etnográficamente solo es la materia sobre la que se teoriza. Que la etnografía como método y puesta en escena de relaciones es solo un primer paso, segui-

do de la comparación y el análisis, para develar lo profundo: lo social, en el sentido criticado por Latour.

Ahora bien el desplazamiento hacia otra mirada de las relaciones es un sentir de la teoría social contemporánea, quienes han promovido diversas críticas a las visiones que algunos llaman estructurales, como lo hace Collins, o esencialistas, como las denominan Corcuff y Tilly. Para las vías relacionales el centro del análisis social ahora se halla en mirar las interacciones y sus productos, de ahí que Cocuff las defina como relacionales en lenguaje constructivista.

A partir de las relaciones se van construyendo y delineando sucesos de la vida social que no solo se reduce a los encuentros, sino que se perfilan campos y escenarios que nutren el caleidoscopio de lo que significa lo social. Así para Randal Collins se van perfilando desde las relaciones una multiplicidad de cadenas rituales que, como si se trataran de piezas de mosaico, van configurando eso que para Latour se debería llamar lo social. No importa si se le denominan figuraciones, ensamblajes, rituales de interacción, campos o estructuraciones, lo que ahora se tiene en mente es buscar lo emergente, lo que se va produciendo conforme los actores van intercambiando conductas, bienes, mensajes o símbolos.

De los proponentes de esta vía relacional han sido Goffman (1967), Latour y Becker quienes abiertamente han abrazado la idea de que la etnografía es un recurso que podría dar cuenta de estos procesos emergentes y de algún modo esclarecedores sobre las vías en que transcurre la cultura. Y bajo este influjo muchos etnógrafos contemporáneos han contribuido a usar la etnografía para mirar los productos de la interacción, o quizá para otros menos constructivistas, ésta será un medio para mostrar cómo esos grandes temas de las

ciencias sociales como son marginación, conflictos, discriminación y desigualdad, violencia se concretan en espacios que se tornan los escenarios de las interacciones que dan una expresión factual a estos hechos antes mencionados.

Así, en espacios como vecindarios en el Bronx, banquetas del Greenwich Village apropiadas por afrodescendientes vendedores de libros usados (Duneir, 1999), gimnasios de boxeo (Wacquant), teatros de ópera, bares de jazz y plazas públicas donde se baila tango, interactúan hombres y mujeres de diversas edades, condiciones étnicas, raciales o de clase, con gustos y capitales culturales disímbolos que en sus encuentros van definiendo situaciones de las cuales posteriormente es posible inferir, señala Collins, sus características definitorias:

Para el enfoque microsociológico, la situación es el punto de partida explicativo; el enfoque estructuralista/culturalista parte del extremo opuesto, de una macroestructura omniabarcante de normas y significados. La microsociología encara el reto de mostrar cómo su punto de partida puede explicar que lo que frecuentemente parece ser una cultura omnímoda e inmutable sea en realidad un flujo, situacionalmente generado de normas y sentidos imputados (Collins, 2009: 22).

Y este sentir relacional queda plasmado en tres excelentes trabajos etnográficos o bien que recurren a la descripción etnográfica. A partir de mostrar las interacciones entre actores en escenarios de jazz, Robert Faulkner y Howard Becker (2011) van describiendo cómo desde los repertorios que disponen los sujetos (repertorios que implican saber crear música, conocer ciertas piezas musicales o de la posibilidad

de improvisación) se van construyendo experiencias de interacción. Fulkner y Becker aprovechan su experiencia y su biografía como músicos para conducirnos desde la narrativa etnográfica y autobiográfica a mirar las posibilidades constructivas de la interacción de sujetos donde se involucra un espacio, una situación y actores cargados de repertorios. La tesis que encierra el trabajo de estos sociólogos practicantes del jazz, es que la cultura puede ser vista y narrada como una multiplicidad de escenarios y sucesos que se construyen desde las múltiples relaciones sociales que entablamos los actores a partir de la posibilidad que nos brinda el despliegue de nuestros repertorios. Así la analítica de la cultura vuelve a tener en el dispositivo etnográfico un recurso idóneo para mostrar esta dialéctica de escenarios y actores, haciendo de la interacción social un tema susceptible de mirar en sus despliegues, avatares y hechos que construyen.

Pero también las interacciones que entablamos los sujetos pueden tener mediaciones compartidas como puede ser una obsesión por la ópera o por el baile del tango. Dos etnografías producidas en Argentina para hablar de lo que sucede en Buenos Aires, arrojan luz, para mirar situaciones similares en otras latitudes, sobre las maneras en que un gusto por un género musical va desplegando múltiples interacciones que se sitúan en espacios diversos en los cuales se involucran los mismos actores o bien diferentes, quienes se intersectan en uno o más de estos espacios. Así Benzecry describe cómo los aficionados a la ópera interactúan tanto en los diversos teatros donde ésta se escenifica (en particular pone atención entre aquellos que ocupan las localidades más baratas), pero también muestra los otros sitios, fuera de los recintos de la ópera, donde los fanáticos se encuentran y configuran de

esta manera otros lugares tales como salones de discusión, conferencias y cursos en las universidades, circuitos de viajes para asistir a teatros fuera de la ciudad o el mundo de los locales donde se venden artículos para coleccionistas como son revistas, discos y diversos afiches sobre ópera.

Pero más allá de lo particular que resulta hablar de una pequeña porción de la población que consumimos un género musical, la etnografía de Benzecry arroja luz para mirar cómo nuestras aficiones, gustos, deseos o prácticas que nos determinan como sujetos, nos acompañan en la vida cotidiana, nos indican qué lugares pisar y a dónde acudir. Nos hace actores competentes en un área de la cultura y nos evidencia que en otras no lo somos. Pero que además es en esas, donde somos competentes, el sitio en que nos encontramos con nuestros afines y aliados, entre los que nos reconocemos para desde las interacciones seguir moldeando un mundo con sus sitios y lugares.

Relaciones sociales que tienen mediaciones con objetos y entidades, no humanas llamaría Latour, como son el bailar tango, que se convierten en un crisol de dinámicas que reflejan las situaciones cambiantes de un país, una ciudad o una localidad. María Julia Carozzi en su trabajo etnográfico sobre las milongas porteñas (2015) describe las modificaciones de una práctica que sale de los barrios porteños, para cruzar el Atlántico, nutrirse del halo romántico y exótico que los imaginarios europeos le otorgaron a este baile y posteriormente regresa a su lugar de origen, ya con la democracia, para convertirse en una práctica que llena salones, bares y restaurantes, que congrega en ellos a grupos de aprendices y practicantes profesionales que para llenar sus expectativas o para poder continuar con la práctica ge-

neran circuitos de lugares a donde asistir como aprendiz o como ejecutante más diestro.

Pero algo que se resalta en el trabajo de Carozzi es que en este tránsito por los espacios donde se baila tango tiene diferentes formas de entrada y salida. El género, el estrato social, los barrios de Buenos Aires donde se practica este baile, los prejuicios a otras preferencias sexuales en el contexto o dinámica de un baile que exalta a la pareja como hombre y mujer, todos ellos se expresan en una práctica como el bailar tango y condiciona una dinámica cotidiana que circula por barrios, calles, teatros, restaurantes, centros culturales, escuelas, sedes de partidos políticos, etcétera, por donde la gente ronda en busca de una hora o dos de esparcimiento.

Al igual que el texto de Benzecry, la etnografía de Carozzi representa una descripción sobre asuntos locales, pero que lanza lecciones a una práctica etnográfica que hace de las relaciones y de las interacciones, hechos que también están por buscarse y hacerse evidente a través de la descripción. Es decir, en las ciudades contemporáneas, latinoamericanas y europeas o norteamericanas, bajo la dinámica diaria del comercio, el tránsito, la contaminación, las oficinas, etcétera, en parques, plazas públicas, salones y diversos sitios, se construyen formas particulares de vida cultural, que son producto de las interacciones de mujeres y hombres que comparten una afición o que disponen de ciertos repertorios. De tal manera que retomando las palabras de Corcuff, el nuevo enfoque relacional está atento a lo emergente, a la construcción que le es inherente a la interacción, pero podría agregar, desde la etnografía el enfoque relacional efectúa estas tareas además de develar los otros mundos posibles y diversos que desde las relaciones sociales se construyen.

Vida cotidiana: de lo regular a las situaciones y a lo extraordinario

Habíamos ya mencionado que presuponer la existencia de un mundo cotidiano que se distingue de otros sucesos extraordinarios de la vida social como son las revoluciones, los movimientos sociales, los cambios en los proyectos civilizatorios, entre otros, fue un supuesto que se asumía como un fundamento epistemológico y metodológico que legitimaba el conocimiento etnográfico. Desde su famosa introducción a *Los argonautas del Pacífico Occidental*, en el apartado «La vida indígena», Malinowski sostenía que viviendo en un poblado un observador dedicado al registro de lo que sucede ordinariamente será testigo de las maneras ordinarias en que se vive la vida social, económica, política, festiva, ritual y simbólica: «[...] tal y como son vividas en la realidad» (Malinowski, 1986: 35).

Desde un giro más positivo y cientificista, aquel que abandera la centralidad del dato para la comprobación de hipótesis o para la constitución de generalidades, se pensó que el mundo de vida cotidiana, que un etnógrafo podría observar a lo largo de un modelo de investigación intensiva, permitía acceder a la información necesaria para establecer las regularidades sobre los hechos sociales desde los cuales se podría obtener la información que nos revele las estructuras que gobiernan la organización social. Se creía que a falta de formas de experimentación y de métodos de control de datos, la observación de las regularidades, de lo que no cambia en periodos largos de tiempo, susceptible de mirar por el antropólogo o sociólogo en estadías largas de tiempo,

le proporcionaría la regularidad de los comportamientos sociales y desde ahí construir teorías y explicaciones.

O bien, como piensa Evans-Pritchard, el que un investigador pase de uno a dos años de trabajo de campo en una única sociedad le permite observar todo lo que sucede en las diversas estaciones del año, y así registrar todos los detalles de la vida social y desde ahí comprobar las hipótesis teóricas desde las que parte cualquier investigación etnográfica (Evans-Pritchard, 1982: 93). Además otro supuesto circula en Evans-Pritchard y en toda una forma de comprensión del trabajo etnográfico: la idea de que el trabajo intensivo en una comunidad, ese que nos deja en el plano de la vida cotidiana, faculta al investigador a captar la totalidad de la vida, lo que es la antesala de una posible comprensión de las normas y reglas que rigen las estructuras.

De tal manera que la noción de vida cotidiana se toma como sinónimo de lo normal y que después se deriva hacia lo que tiene normas, por lo tanto sujeto a regularidades y reglas. Lo observable en trabajo de campo intensivo permite así acercar al observador a conocer la manera en que lo cotidiano es la expresión de las normas, roles, estructuras que están detrás de los ordenamientos sociales. Es quizá esto lo que tienen en mente los fundadores de la etnografía y del trabajo de campo cuando afirman que este tipo de investigación permite captar la vida tal y como es vivida, donde por vida se entiende lo profundo u oculto, donde residen las lógicas que conducen las conductas evidentes; y lo vivido es su expresión ordinaria, las manifestaciones de las lógicas profundas, por lo que la vida cotidiana es y no podría ser de otra forma.

Así, el dato es algo que devela lo oculto, como lo afirmaba Malinowski en *The Coral Garden and Their Magic* (1978),

no es un empirismo ingenuo al que se le adjudica el asumir que lo dado a los sentidos es la realidad. Para él, las sanciones legales, los principios que rigen las actividades económicas, las reglas de lo político en una tribu son hechos invisibles que se reconstruyen a partir de lo que uno experimenta (Malinowski, 1978:317). Por lo tanto el dato es el que proviene de un tipo de experiencia cognoscente proporcionado en el trabajo de campo a través de la inmersión en lo cotidiano como lo es la vida en una aldea. Así, el dato obtenido desde la vida cotidiana juega un doble papel: por un lado, confirma a la teoría a través de la regularidad o de la presencia de un suceso de forma generalizada que fundamenta las pretensiones de verdad de ciertos enunciados (es decir, acumula evidencia según Malinowski). Por otro lado, este dato de la vida cotidiana le da concreción a la información o facticidad. El ancla a una comunidad particular que la vive y que la hace real, comprobado que si una sociedad vive y tiene actividades de tal o cual tipo en su vida diaria, los principios de organización y estructuración, postulados por la teoría, son verdaderos ya que existen sociedades que así viven.

Ahora bien a partir de la teoría social contemporánea, que permea las heurísticas y la práctica etnográfica, es posible inferir que otras imágenes de lo social se están produciendo cuando se habla de mundo de vida y vida cotidiana. El espíritu que guía esta otra orientación quizá se sintetice en esa frase del filósofo hedonista Michel Onfray en su afirmación de que la otra filosofía no oficial ha sido aquella que parte del principio de que la existencia es la que produce las esencias (Onfray, 2008: 62).

Podría parecer un oxímoron hablar de cotidianidad y emergencias, cuando justo lo que rompe lo ordinario forma

parte de los sucesos extraordinarios. Sin embargo cuando la teoría social heredera de Erving Goffman comenzó a generar un programa de sociología de la vida cotidiana que fue continuada desde la etnometodología de Harold Garfinkel, el acento se ponía en que lo extraordinario y lo problematizado podría ser también una vía de acceso para develar otras propiedades de la vida cotidiana, o quizá ahora sería más conveniente usar la idea de mundo de vida.

Así, habría que liberar a la idea de lo cotidiano la tesis que reivindica más la dimensión de la permanencia y las esencias y comenzar a nutrirla de orientaciones, como la que yo comparto, que hacen del devenir y de las emergencias su eje de preocupación. Una visión del mundo de vida que no deja de pensar que el cambio, la emergencia y lo divergente también sucede a nivel de las interacción constantes y ordinarias que los sujetos entablamos, y son solo una propiedad atribuible a las estructuras, que se develan a nivel de la morfología de lo social.

A pesar de que Goffman y Garfinkel parten del supuesto de que aún la vida ordinaria se gobierna por otra realidad que las trasciende: el de las normas y estructuras sociales. Otra dimensión de su teoría ha impulsado en gran medida nuevas formas de pensar y hacer la etnografía, impactando la fundamentación de la socioantropología. Y nos referimos a esa otra vía que pondera más el análisis de las situaciones y el conocimiento de las interacciones que en ellas se manifiestan.

La idea de situaciones remite más al ámbito de los encuentros en espacios o momentos, donde lo importante son las negociaciones, la puesta en escena de repertorios que dispone cada actor para controlar la situación. Situaciones que se forman en las muy variadas maneras que adopta la vida

cotidiana, que suceden al interior de una institución como cárceles, internados, o bien pueden ser vividos en los grupos como fanáticos del jazz o de la ópera o pugilistas en los barrios negros de Chicago o Nueva York.

Por otra parte, Garfinkel (2006) hacía del asombro y la extrañeza la vía de acceso para develar lo que sería el conocimiento ordinario y común de los actores, pero es algo que no se infiere del análisis de las estructuras sociales, sino que salta del acto de problematizar una situación al actor quien desde la extrañeza ilumina las expectativas que tendría tanto él como cualquier otro actor. Así para Garfinkel lo que es natural, común y ordinario es algo que se devela a partir de provocar sucesos extraordinarios o de un acto de subversión de lo natural. Actos provocados por el investigador, quien se involucra en los escenarios, para posteriormente describir el acontecimiento en todo su proceder.

De tal manera una etnografía que mira nuevas situaciones, que encuentra las posibles problematizaciones que existen en ellas (ya sea motivadas por el investigador o que suceden en algún momento en que el mundo de vida se ve violentado por las patologías del sistema) y que nutre las maneras de representación, será clave para la generación de un nuevo caudal de trabajos etnográficos de perfil socioantropológico.

Otro desplazamiento semántico que puede tener la noción de vida cotidiana y que impacta en las formas de la etnografía, es aquel que introduce desde la idea fenomenológica de la vivencia. Seguir lo que se experimenta y se vuelve parte del cúmulo de vivencias de un actor o de un colectivo social, regresa al escenario de las preocupaciones del científico social: el cambio y los desplazamientos. Peter Berger

y Thomas Luckman (1997) insistían que la pérdida de los supuestos dados como saberes seguros que se ocasionan en las experiencias de sujetos ante un mundo pluralizado como parte de la experiencia en la vida moderna, abre la pauta para observar los reajustes de la sociedad y la necesidad de la inventiva de prácticas nuevas que pueden subsanar los momentos de crisis de sentidos. Pero también son esos momentos donde se ponen en escena, según Becker y Fulkner, los repertorios que los actores han adquirido como parte de su actuar cotidiano que les faculta para resolver los problemas del entorno, y que se vuelven experiencias que nutren los repertorios. Para Becker y Fulkner esa situación queda muy bien ejemplificada entre los practicantes de jazz que noche tras noche se enfrentan a públicos diferentes o escenarios distintos, donde la improvisación es posible gracias a los repertorios que dispone cada músico que reconoce los gestos y actitudes del público y así, en conjunto con otros músicos, conducir el flujo de la noche tocando las canciones que saben que los espectadores disfrutarán, o bien modificando los ritmos y tonadas de las canciones para cumplir las expectativas de un grupo de comensales que quizá esa noche solo desean escuchar música de fondo, aunque la canción que se toca sea una pieza compuesta para ser bailada.

Isaac Joseph (1999) en su libro donde presenta las tesis centrales de Erving Goffman, afirma que otro de los aportes medulares del pensar del sociólogo de la vida cotidiana fue apuntar que si algo caracteriza las situaciones y las interacciones que ahí se suceden es que éstas tienden siempre a la bifurcación y diferenciación. La experiencia, una idea que Goffman retoma de George Herbert Mead, se da siempre en situaciones plurales y diversas, por lo que un acto de sociabi-

lización es aprender a ver cosas diferentes de manera simultánea, de tránsito por ámbitos diversos y principalmente por reconocer que la segmentación le es propia a la vida social y a los sujetos que en ella nos desenvolvemos.

Para una disciplina que se piensa como producto de diálogos entre la antropología y la sociología, no puede dejar de pasar que la primera de estas ciencias ha tenido siempre como imperativo epistémico, mirar lo diferente y la alteridad, además de narrar los procesos creadores de la diseminación del ser humano en sociedad y cultura. No hay antropología señala Esteban Krotz (2002), que no se pregunte por las formas plurales de los ámbitos de lo social y cultural. Nos preguntamos cómo se forman los gustos musicales y la antropología lo mira no solo en las sociedades tradicionales, sino que también lo puede observar entre los argentinos de clase media que asisten a la ópera y ocupan las butacas de las secciones baratas. El problema no es cómo se forma el gusto musical de lo humano, sino cómo el gusto musical se puede formar de las maneras más variadas y menos sospechadas. Y ahí la etnografía vuelve a ser central en tanto dispositivo que le permite al lector conocer esas otras formas alternas de vivir la vida cotidiana.

Y como bien lo ha señalado Gilles Deleuze (2006), la repetición de lo que se vive de manera ordinaria, no necesariamente conduce a la generalidad. La generalidad ha sido más bien la ilusión que hemos construido desde la representación y la obsesiva búsqueda de los conceptos y las leyes. La repetición es una potencialidad, señala Deleuze, que instaura el devenir donde su producto son los rizomas. Entidades que parten quizá en un punto de tiempo y espacio de una entidad común (el sujeto de enunciación), pero

que al instaurarse en el proceso y en el devenir, las bifurcaciones y las semejanzas se apoderan del mundo social y cultural, y con ello se abre una oportunidad para ejercitar y consolidar la labor etnográfica.

El trabajo etnográfico de Didier Fassin (2013) donde aborda las formas en que la policía francesa se relaciona con los suburbios urbanos habitados por inmigrantes pertenecientes a la clase trabajadora, es un ejemplo de este desplazamiento de las maneras de comprender la vida cotidiana o el mundo de vida en la nueva etnografía socioantropológica. Incluso él enmarca su trabajo como una etnografía que apunta a develar situaciones de vida cotidiana que se entrecruzan y que en este encuentro se producen sucesos extraordinarios como son las revueltas de inmigrantes en protesta por el actuar de la justicia y de la policía en sus barrios.

A semejanza de lo narrado por Spike Lee en su película *Do the Right Thing*, Fassin utiliza las revueltas sucedidas entre los años 2005 al 2007 en *Villiers-le-Bel*, para señalar que éstos son la expresión de dinámicas instauradas en la vida cotidiana de los actores que interactúan en los espacios de estos barrios de trabajadores inmigrantes. Una instauración del discurso xenofóbico contra los inmigrantes, acusándolos de ser los causantes de los altos índices de delincuencia y terrorismo. Una policía que se hace eco de estas ideas y que en la monotonía de sus patrullajes por las calles de estos espacios urbanos, perseguir, catear, hasta detener a jóvenes con la esperanza de encontrar droga u objetos robados, se convierte en parte de la vida diaria de estos agentes de la ley. Interacciones y situaciones de tensión, que también se enmarcan en otro orden de lo cotidiano que tiene que ver con una instauración paulatina de políticas antiinmigrantes

provenientes de los gobiernos de derecha e izquierda quienes se legitiman promoviendo acciones de vigilancia, persecución y castigo hacia los barrios y ciudades habitados por las poblaciones de inmigrantes.

Cinco años después Didier Fassin (2017b) publica una nueva etnografía donde busca aproximarse a las condiciones de vida de los presos en las cárceles parisinas. En este proyecto parte de su misma inquietud de develar los múltiples entrecruzamientos de los diversos ámbitos de la vida francesa cuya confluencia se da en espacios que resultarían ajenos o extraños para un etnógrafo o para un habitante de Francia que no tiene ningún tipo de conocimiento sobre las formas de vida en condiciones de cárcel.

Siguiendo su preocupación sobre las dinámicas de discriminación y racismo que se consolidaron en Francia como parte de una política gubernamental de legitimar sus actos de combate a la delincuencia, Fassin ahora analiza cómo este imaginario, que en un primer momento lo mostró para las formas de la implementación de las acciones policiales, también determina el tipo de sujetos que en los tribunales son sentenciados a pagar sus delitos menores, como es el conducir sin licencia ni seguro.

A partir de seguir y entablar pláticas con este tipo de presos, va develando las formas de interacción cotidiana en la prisión, las cuales involucran tanto presos, con delitos diferentes lo que genera interacciones que impiden la readaptación, guardias de seguridad, funcionarios y otros servidores de la penitenciaría. Pero lo que le interesa es ver cómo esos imaginarios y discursos sobre el delito, sobre el inmigrante, sobre lo justo o injusto de las condenas aplicadas a inmigrantes o a blancos franceses, influyen de manera

importante en las dinámicas e interacción que en la prisión se viven cotidianamente.

Para Didier Fassin, contrario al enfoque dominante en las sociologías de la vida cotidiana de corte goffmaniana o del tipo realizada por Garfinkel, su propuesta de entrecruzamiento de lo que es cotidiano, manifiesta en situaciones, implica trascender los trabajos etnográficos de las instituciones totales donde todas las interacción se ven hacia adentro. Mientras que a Fassin le interesa ver a la prisión o al actuar de la policía como hechos vinculados a dinámicas nacionales como son el crecimiento de la xenofobia, una política de criminalización a los inmigrantes, una política de seguridad muy conservadora implementada como estrategia de legitimización. Por ello afirma que a pesar de la separación física de las cárceles del mundo exterior, éstas son instituciones porosas que no inhiben las dinámicas del exterior, incluso globales como la xenofobia, las cuales se incrustan en la vida cotidiana de la prisión. Fassin lo señala de la siguiente manera, y con sus palabras cierro esta sección pues sintetizan la idea de ver en lo cotidiano la posibilidad de la emergencia: «La vida en el interior se cruza con la vida en el exterior. La prisión no está separada del mundo social: es su sombra inquietante» (Fassin, 2017b: 13, *traducción propia*).

Conclusión

El nominalismo, que perduró mucho tiempo en las formas de pensar e imaginar el conocimiento en occidente, asumió que las palabras y conceptos eran fijos, y tendrían que ser así, pues su función era poder parar y captar el flujo de los acontecimientos y caracterizarlos a través de su definición.

De ahí se supuso que el nombre encierra la esencia de la cosa y por lo tanto resalta su propiedad inmutable y fija. Así una vez nombrados los objetos, no habría lugar para la modificación del sentido y si esto sucediera quizá era porque nos encontrábamos ante la presencia de otro fenómeno.

Pero como he tratado de mostrar, los nombres perduran pero los sentidos se modifican conforme nuevos desarrollos teóricos van incorporando ideas y visiones de los objetos que abren nuevas orientaciones para pensar, pero también para indagar y construir las narrativas con las cuales se presentan los nóveles sucesos. Así el cambio de orientación paradigmático introduce otras heurísticas a las cuales se sujetan formas de mirar, estilos de razonar y validar lo visto, pero principalmente aparecen otros estilos descriptivos, buscando ámbitos en el mundo que se acoplen a éstos.

Traté de ejemplificar lo anterior a partir del cambio en los sentidos que tienen dos conceptos tan propios de las ciencias sociales y tan fundadores de la etnografía como son el de relaciones sociales y el de vida cotidiana. Mi intención fue demostrar sus desplazamientos y luego resaltar sus heurísticas que se encarnan en la práctica etnográfica, lo que motiva experimentaciones y aperturas creativas en el campo de esta operación central para las ciencias sociales.

Experimentaciones y aperturas que, sin lugar a dudas, han motivado una práctica etnográfica que bien podría denominarse socioantropológica. Se trata de trabajos realizados por sociólogos y antropólogos quienes en sus textos no solo pugnan por borrar las fronteras disciplinares, sino que también dejan constancia de esas formas fructíferas en que se relaciona la teoría, la investigación de campo y la elaboración de textos.

Mi propósito es abrir el debate acerca de esta relación entre teoría y etnografía en el marco de la fundamentación de la socioantropología. Creo que una apuesta de conjunción de viejas disciplinas para fundamentar una nueva, requiere también mostrar cómo se han desplazado los conceptos que se heredan de las ciencias madres, para posteriormente ubicar y conducir los nuevos estilos de hacer etnografía o investigación empírica.

Una labor que quedaría pendiente para aquellos que nos interesa analizar la posible fundamentación de la socioantropología, sería observar en qué otros conceptos aparecen nuevos sentidos que lo llenan y le dotan de otras identidades, aunque conserven, como diría Wittgenstein, parecidos de familia. Esta tarea, debido a la extensión del texto, quedará como una labor que secunde el presente ensayo, pero también es una invitación para otros a seguir esta línea de trabajo y develar esos nuevos sentidos que la etnografía contemporánea le está dando a palabras tan propias del patrimonio conceptual de las ciencias sociales que han hecho de la etnografía su *locus* para volverse realidad.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2015). *¿Qué es un dispositivo?* Barcelona: Anagrama.
- AGUILAR, M. (2000). Heurística y ciencias sociales. En Velasco, A., *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades* (pp. 137-148). México: Siglo XXI.
- APPEL, K. (1984). *Understanding and Explanation. A transcendental-Pragmatic Perspective*. Massachusetts: The MIT, Press
- BECKER, H. (2015). *Para hablar de la sociedad. La sociología no basta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BENZECRY, C. (2012). *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- BOURGOIS, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CAROZZI, M. (2015). *Aquí se baila el tango. Una etnografía de las milongas porteñas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- COLLINS, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. España: Anthropos.
- CORCUFF, P. (2013). *Las nuevas sociologías. Principales corrientes y debates, 1980-2010*. Argentina: Siglo XXI.
- DELEUZE, G. (2006). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu
- DUNEIER, M. (2001). *Sidewalk*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- ELIAS, N. (1999). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- EVANS-PRITCHARD, E.E. (1982). *Antropología social*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- FAULKNER, R y Becker, H. (2011). *El jazz en acción. La dinámica de los músicos sobre el escenario*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FASSIN, D. (2017a). *If truth be told. The politics of public ethnography*. United States: Duke University.

- FASSIN, D. (2017b). *Prision Worlds. An ethnography of tthe carceral condition*. Great Britain: Polity.
- FASSIN, D. (2013). *Enforcing order. An ethnography of urban policing*. Great Britain: Polity.
- FORTES, M. (2011). Análisis y descripción en la antropología social. *Iberóforum*. VI (12). 184-205.
- Garfinkel, H. (2006). *Estudios en etnometodología*. Barcelona: Anthropos.
- GEERTZ, C. (1994). *Observando el Islam*. Barcelona: Paidós.
- GEERTZ, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- GEERTZ, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GOFFMAN, E. (1967). *Interaction ritual*. USA: Pantheon.
- Hammerley, M. & Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- JOSEPH I. (1998). *Ervin Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- KABERRY, P. (1974). La contribución de Malinowski a los métodos del trabajo de campo y a la literatura etnográfica. En R. Firth, E. Leach, L. Mair, S. Nadel, T. Parsons y otros (Eds.), *Hombre y cultura. La obra de Bronislaw Malinowski* (pp. 85-109). Madrid: Siglo XXI.
- KROTZ, E. (2002). *La otredad cultural. Entre utopía y ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KUHN, T. (2006). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LATOUR, B. (2005). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Argentina: Manantial.
- LEACH, E. (1974). La base epistemológica del empirismo de Malinowski. En R. Firth, et al, *Hombre y cultura. La obra de Bronislaw Malinowski* (pp. 291-312). Madrid: Siglo XXI.

- LEVINE, D. (2015). *Social theory as a vocation. Genres of theory work in sociology*. New York: Routledge.
- MALINOWSKI, B. (1978). *The Coral Garden and Their Magic*. New York: Dover Publications, INC.
- MALINOWSKI, B. (1986). *Los argonautas del pacífico occidental*. Barcelona: Ediciones Península.
- MARCUS, G. (2016). Jostling Ethnography Between Design and Participatory Art Practices and Collaborative Relations It Engenders. En Smith, R., Vangkilde, K., Kjaersgaard, M., Otto, T., Halse, J. y Binder, T., *Design anthropological futures* (pp. 105-120). India: Bloomsbury.
- ONFRAY, M. (2008). *La fuerza de existir. Manifiesto hedonista*. Barcelona: Anagrama.
- PEREZ, A. (2000). Heurística y racionalidad en la ciencia. En Velasco, A., *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades* (27-37). México: Siglo XXI.
- STOCKING, G. (2003). La magia del etnógrafo. El trabajo de campo en la antropología británica desde Tylor a Malinowski. En Velasco, H., García J. Y Díaz A., *Lectura de antropología para educadores* (pp.43-93). Madrid: Trotta
- TAYLOR, S.J. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- TILLY, C. (2008). *Contentious Performances*. New York: Cambridge
- TILLY, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Argentina: Manantial.
- VELASCO, A. (2000). Heurística y progreso de las tradiciones en las ciencias y las humanidades. En Velasco A., *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades* (pp. 222-238). México: Siglo XXI.

- VAN FRAASSEN, B. (1996). *La imagen científica*. México: Paidós.
- WACQUANT, L. (2006). *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.

La sociología etnográfica: apuntes sobre el uso crítico de la teoría, la implicación y la construcción del objeto de investigación

VÍCTOR A. PAYÁ¹

JOVANI J. RIVERA²

[...] la teoría científica tal como yo la concibo emerge como un programa de percepción y acción —un *habitus* científico, si se quiere— que sólo devela en el trabajo empírico que la actualiza. Es *una construcción temporal que toma forma por y para el trabajo empírico*. En consecuencia, tiene más por ganar confrontando nuevos objetos que envolviéndose en polémicas teóricas que hacen poco más que alimentar un meta discurso perpetuo, autoafirmativo y con demasiada frecuencia vacuo

¹ Doctor en Ciencias Sociales. Profesor-investigador Facultad de Estudios Superiores Acatlán. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II.

² Candidato a doctor en el Programa de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Profesor de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

alrededor de conceptos a los que trata como tótems intelectuales.

Tratar la teoría como un *modus operandi* que guía y estructura la práctica científica implica obviamente que uno depona la relación de complacencia algo fetichista que los «teóricos» usualmente establecen con ella.

Una invitación a la sociología reflexiva

PIERRE BOURDIEU

LOÏC WACQUANT

Introducción

Aunque la noción de *sociología etnográfica* no fue acuñada originalmente por nosotros, sí fue de alguna manera recuperada, porque Bronislaw Malinowski la menciona (por decirlo de una forma muy coloquial) solamente de pasada en las páginas de su trabajo más clásico, *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Ahí aparece como una de las tantas formas en las que el autor define su propia práctica de investigación, en una época en que la antropología se estaba aún institucionalizando; y era claro que él y otros miembros de lo que hoy conocemos como el funcionalismo británico, estaban dialogando de cerca con los sociólogos franceses, particularmente con Mauss.³

³ Algunos indicios de ese diálogo pueden encontrarse en textos de Radcliffe-Brown, 1996.

El término siempre nos ha servido como un cruce o una bisagra entre nuestras inquietudes teóricas y el trabajo sobre el terreno (en diferentes entornos sociales e institucionales). Cabe señalar que nuestra posición ha sido considerada durante años como ambigua, por lo menos desde el punto de vista de las clasificaciones disciplinarias. Todavía hoy la gente tiene dificultades para presentarnos ante un auditorio como sociólogos o antropólogos, y a ambos lados de la frontera disciplinaria seguramente hay guardianes de las tradiciones que preferirían que no fuésemos una cosa ni la otra.

Nuestra apuesta por una sociología etnográfica ha sido una vía para solucionar de una manera práctica una serie de oposiciones entre la sociología y la antropología que cobraban una forma particular en el contexto nacional y que se nos presentaban de una u otra manera en nuestras investigaciones y comunicaciones. Había que maniobrar entre una sociología excesivamente teórica, supuestamente circunscrita a agentes, grupos o instituciones, plenamente modernos y racionales (o a las eternas desviaciones de los mismos que los investigadores se topaban en la realidad empírica); y una antropología, que se movía difícilmente fuera del ámbito del indigenismo y que sorprendentemente operaba casi sin recurrir a la teoría, por más que en sus espacios de trabajo seguían apareciendo los referentes reales de las clásicas teorías de la magia, la ritualidad o la creencia. Para nosotros, la idea era producir descripciones detalladas de los ámbitos de nuestro interés que no estuviesen falsa o burdamente separadas de las propuestas teóricas que en realidad guiaban nuestra mirada.

Creemos que eso era en el fondo lo que Malinowski llevaba a la práctica; y también algunos otros de los autores que han sido fundamentales para desarrollar nuestras diferen-

tes investigaciones (otro podría ser Irving Goffman, quien merece por la influencia que ha ejercido en nosotros un espacio aparte y se lo daremos más adelante). En ese sentido, nos adscribimos a una tradición que considera la división disciplinaria como un producto arbitrario, que se ha acentuado con el paso del tiempo, con la consolidación de las instituciones académicas, y de las *doxas* que construyeron y sostienen sus investigadores. No creemos que exista en el fondo ningún obstáculo epistemológico que impida que ambas disciplinas operen juntas, mucho menos que dialoguen o se complementen.⁴

Los especialistas de una y otra disciplina nos ocupamos de las prácticas y representaciones de unos agentes que pueden ser ajenos o próximos, tratamos de analizarlas o interpretarlas, para comprender cuáles son sus móviles y los sentidos que individual o grupalmente se les asignan. La dificultad de nuestra actividad estriba justamente en la relación que establecemos con los agentes y que moviliza permanentemente nuestros esquemas cognitivos (de los que nuestro conocimiento científico conforma una pequeña parte). De este modo, corremos siempre el riesgo de posicionarnos frente a aquello que la gente hace como un conjunto exótico de prácticas, del que ignoramos todo; o como un conjunto de prácticas burdo por conocido, del que creemos saberlo todo.

En el caso de la etnografía, esas prenociones se mantienen a raya y se combaten con el trabajo sistemático del material que se produce sobre el terreno: las descripciones que se

⁴ En su clásico ensayo acerca de la imaginación sociológica, Wright-Mills (1981) sostenía una posición similar a la nuestra aunque en un debate ligeramente diferente.

asientan en los diarios de campo, la lectura de documentos y archivos, el análisis de las fotografías y videos, así como por la información resultante de los diversos tipos de diálogos que establecemos con nuestros informantes (desde las charlas informales hasta las entrevistas en profundidad).

Los agentes, grupos e instituciones ocupan posiciones distintas en el espacio social. Estos posicionamientos diferenciales se explican, en parte, por la división técnica y social del trabajo que la sociología tradicional abordó a través de los estudios centrados en los roles y las funciones. Esta perspectiva normativa o *instituida* se imbrica con otra, que integra aquellas prácticas consideradas como informales; son actividades *instituyentes* que los agentes despliegan como estrategias de resistencia o adaptación en los diferentes entramados de relaciones sociales (o institucional). Refieren a diversos remedios, talentos o previsiones, que permiten al investigador reconocer el dinamismo y el conflicto social inherente al terreno del que trata de dar cuenta.

Los diferentes agentes institucionales pueden conocer a cabalidad las reglas de una cárcel o los protocolos de un hospital y, aun así, decidir no seguirlas; también pueden modificarlas, adecuarlas o inventar otras por así convenir a sus intereses. Las personas no son máquinas perfectas; cuando interactúan lo hacen con base en competencias, conflictos, lealtades y colusiones. Las diferencias sociales y distinciones técnicas se transforman en formas de dominación, explotación o extorsión; paralelamente emergen estrategias de adaptación y resistencia. Es cierto que cuando se trabaja con material propio de la realidad empírica, es difícil mostrar un límite tajante entre lo formal y lo informal, o circunscribir las prácticas de los participantes a uno u otro de estos regis-

tros. Lo más seguro es que nos encontremos con situaciones ambiguas o contradictorias.⁵

Usar críticamente la teoría

El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica enmascara, en efecto, el hecho de que la diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitable, estos producen.

La miseria del mundo

PIERRE BOURDIEU

Para iniciar cualquier investigación se requiere contar con un acervo de conocimientos teóricos que permita proponer un estudio relativamente novedoso acerca de un tema de interés personal, de un espacio social concreto o de una problemática pública. En cada investigación empírica surgen una infinidad de detalles desconocidos, que en la mayoría de los

⁵ Un ejemplo de ello es la relación que prevalece entre los médicos de mayor jerarquía dentro de un hospital y los alumnos que residen en la institución con la intención de especializarse. Las guardias y las cargas de trabajo sobre estos últimos forman parte de la enseñanza y de los programas de estudio con la finalidad de garantizar el seguimiento clínico a los pacientes; no obstante, estas actividades pueden ser utilizadas como formas de control e incluso de extorsión informal por algunas autoridades o médicos de mayor jerarquía.

casos no están contemplados en el cuerpo de conocimientos de nuestro interés o dominio. En nuestro papel de científicos sociales debemos reconocer siempre que la complejidad de la realidad rebasa cualquier idea inicial que podamos tener acerca de los hechos que queremos investigar.

Habría que recordar a nuestros colegas y estudiantes que incluso en los estudios microsociológicos (que proporcionan una imagen estereotípica e ilusoria de estar inmediata y perfectamente bien acotados), es imposible abarcar como observador todo lo que sucede. Esto no constituye un defecto de las herramientas teórico-metodológicas o una displicencia del etnógrafo. Se trata más bien de una condición que se impone en cualquier estudio que trabaje de forma sistemática con la realidad. Por lo general, se cumple ese adagio geertziano que dicta que: entre más detalles nos planteamos describir, más incompletas están nuestras descripciones.⁶ Porque incluso la más ínfima situación está compuesta por una realidad articulada por infinitas relaciones, interacciones e intercambios que cuentan cada uno con sus propios ritmos y duraciones.

En aras de producir las descripciones, análisis e interpretaciones más adecuados para dar cuenta de los pequeños escenarios de una realidad social infinita e inagotable, tratamos siempre de echar mano de una diversidad de acercamientos teóricos y materiales empíricos. Esa propuesta tampoco es estrictamente original, la retomamos en buena medida del trabajo sociológico de Erving Goffman. Esa obra que Bourdieu definió como dedicada a abordar «lo infinitamente pequeño» y que se enfocaba en una diversidad de

⁶ El comentario aparece en Geertz (1992).

interacciones que variaban en niveles de complejidad (encuentros, situaciones, momentos, focos, órdenes o cuadros), que ocurrían en una panoplia de espacios: de las calles a las instituciones totales.⁷

Hay dos tendencias en el trabajo de Goffman que reconocemos y que retomamos para nuestra propia práctica como etnógrafos. La primera, es la aparente libertad con la que el autor hace uso de múltiples discursos que representan a la sociedad sin importar si vienen de su propio trabajo de campo o de fuentes como la literatura, la fotografía, el testimonio, los informes de trabajo o las experiencias de vida. Articular una cantidad considerable de fuentes de información, aunque en principio parezcan heterogéneas, es una estrategia sin duda provechosa, que permite describir los elementos que constituyen nuestros objetos de investigación de una forma elocuente. Es decir, que elegimos destacar o articular determinados detalles de la realidad descrita que nos parecen pertinentes para desarrollar nuestras argumentaciones.

La segunda tendencia es el uso creativo de las herramientas teóricas, que se manifiesta en la convergencia de autores que no sólo no pertenecen a una misma tradición, sino que muchas veces se encuentran contrapuestos. En un mismo ensayo Goffman puede retomar a Georg Simmel y Émile Durkheim, o a Everett Hughes, Talcott Parsons y Robert Merton. Además

⁷ Yves Winkin –biógrafo de Goffman– nos recuerda que la formación del autor en la Universidad de Chicago fue metodológicamente la de un etnógrafo a la usanza tradicional. Esto lo llevó a viajar a las Islas Shetland para realizar una investigación doctoral que, sorprendentemente, dió un vuelco. En lugar de estudiar la vida de los lugareños, Goffman llevó a cabo una investigación recabando materiales que casi en su totalidad extrajo del interior del hotel en el que se hospedaba. Véase Winkin, 1991.

de invitar al diálogo a Kenneth Burke, A. R. Radcliffe-Brown, Simone de Beauvoir, o incluso si le parece conveniente, recurrir a algún literato como Herman Melville. Tanto el material empírico como las herramientas teóricas utilizadas en cada trabajo, mantienen una relación complementaria, no sólo por efecto de una escritura bien lograda (de una inusitada naturalidad), sino también por la conveniencia con la situación que construye, gracias a la articulación de una serie de nociones que él mismo acuña y que surgen de su investigación. Esas nociones funcionan como categorías mediadoras entre la realidad empírica y los conceptos más generales y abstractos.⁸

Desafortunadamente, en el ámbito académico institucionalizado estas formas de hacer sociología siguen siendo calificadas como poco serias. Los sociólogos que se dedican al trabajo teórico o a lo que sea que se englobe bajo dicha categoría (de la historia del pensamiento sociológico al simple fichero), están en general poco interesados por describir y analizar lo que ocurre en los espacios concretos de la vida cotidiana (salones de clases, restaurantes, bares de pueblo, salas de urgencias médicas), consideran que el material que producimos los etnógrafos es trivial, anecdótico o que carece de relevancia científica y que nuestros esfuerzos de escritura son por decir lo menos extravagantes.

⁸ No era usual que Goffman utilizara categorías como la de poder, clase social, explotación, dominación que, a decir de Howard Becker, llevan cierta carga valorativa o tienden a dar por hecho lo que se tiene que explicar. Sorprende la articulación de los hechos que lleva a cabo a través de ciertos conceptos inventados y utilizados para cada estudio concreto (exhibición contaminadora, mortificación del yo, ego-territorial, juego astuto, efecto looping, ojeo).

Esa *doxa académica* propicia que los investigadores y los aspirantes a serlo, sigan trabajando bajo el modelo rígido del marco teórico y que repitan *ad nauseam* lo que los autores consagrados «verdaderamente» dijeron. Los tutores (que tienden a censores) les recomiendan sutilmente que limiten sus acercamientos a la realidad y que los utilicen si acaso para refrendar todo lo que ya se sabía desde el escritorio. Hay que decir que el conocimiento teórico nunca está de más. Es necesario estar familiarizado con los diferentes significados de un concepto, pero ese saber no nos exime de trabajar sistemáticamente con el material que producimos para dar cuenta de la realidad empírica. De no hacerlo, corremos el riesgo de proyectar el contenido de las categorías en los hechos que se supone queremos conocer.

La realidad social está en permanente cambio y en su devenir pone a prueba nuestras categorías, por esa razón debemos estar siempre abiertos a señalar sus límites y alcances. Pensamos en consonancia con Pierre Bourdieu, que las categorías no son nunca unidades acabadas, sino *proyectos* a llevar a cabo por medio del trabajo práctico. Algo similar apuntaba el sociólogo alemán Georg Simmel, cuando afirmaba que:

En vez de ver nuestros conceptos como figuras cerradas de las cuales sólo sería necesario explicitar su contenido implícito, es mucho más importante tratarlos como meros indicios de realidades cuyo contenido se tiene que auscultar, no como imágenes que sólo requieren ser iluminadas con claridad para mostrar el contenido terminado que contienen, sino como bosquejos de siluetas que esperan ser completados. (Simmel, 2017:48)

Nosotros imaginamos a las teorías como amplias hipótesis de trabajo que se ponen a prueba en las diferentes instancias

de investigación. En realidad, nunca acabamos de construir nuestros objetos, incluso en los momentos más avanzados de la investigación, como en la redacción final; y como saben todos los que han tenido la experiencia de una tesis de grado, artículo o libro, incluso esos objetos tienen un carácter provisorio y se afinan permanentemente con el paso del tiempo, con la acumulación de experiencia teórica y práctica.

Cada uno de los conceptos del vasto acervo de la sociología, fue elaborado para dar cuenta de una realidad concreta. Pensemos términos como socialización, solidaridad, diferenciación, anomia, identidad o incluso en alguno más novedoso como biopolítica, ¿cómo entenderlos fuera de su contexto histórico o excluyendo al resto de los conceptos con los que se relacionan, interactúan y comunican? También es central el problema de la polisemia, porque cada categoría admite varias definiciones y puede ser más flexible de lo que originalmente se piensa. Muchas veces pasamos por alto algo tan evidente como el hecho de que, incluso, un mismo autor define un concepto de distintas maneras a lo largo de su obra, como sucede con la noción de *habitus* propuesta por Pierre Bourdieu. En este sentido, el sociólogo Howard Becker escribe en su libro *Trucos de oficio*, lo siguiente:

[...] los conceptos que nos interesan suelen tener múltiples criterios. Max Weber no definió la burocracia mediante un único criterio. Dio una larga lista de rasgos característicos: la existencia de archivos escritos, los trabajos definidos como carreras, la toma de decisiones con base en reglas, etc. [...] El primer motivo por el que [las] peleas sobre las definiciones son importantes es que los títulos descriptivos que encarnan [los] conceptos rara vez son neutrales; más bien son términos

elogiosos o injuriosos. «Cultura», por ejemplo, casi siempre es algo bueno [mientras que] «burocracia» casi siempre es algo malo. (Becker, 2009: 168)

Sin duda, las categorías están presentes durante el trabajo de campo, aunque la forma de operarlas no siempre es explícita; tampoco son ajenas al contexto histórico o a los paradigmas dominantes.⁹ Los conceptos llevan el sello de su historia, de sus usos, de sus automatismos y de sus posibles significados. Se imponen en los usos cotidianos como pequeñas modas que en principio sorprenden por su vigor (como olvidar el auge de términos «deconstrucción» o «posmodernidad»), aunque paulatinamente pierden fuerza y son sustituidos por otros (sobremodernidad, hiperconsumo, liquidez).¹⁰ El uso crítico de la teoría implica también la resignificación de las categorías de acuerdo con el análisis concreto de las situaciones concretas; recordar que el campesino o el obrero de hoy, no son iguales a las personas agrupadas en dichas categorías

⁹ También hay categorías en «desuso» como la de «modo de producción», «clase social», «ideología» o «superestructura» y que, en algún momento, dominaban los análisis marxistas y estaban presentes en los programas de estudios de algunas universidades. Ahora son conceptos muertos que reviven de vez en cuando en alguna discusión, aunque muchas veces se reintegran también en cuerpos teóricos que siguen librando batallas críticas en ciertos segmentos de la conversación pública.

¹⁰ En el análisis sociológico también recurrimos a las metáforas y analogías para comprender los hechos sociales. Son recursos lingüísticos que ayudan a descifrar la complejidad de la realidad; curiosamente, la idea del cuerpo como un organismo ha sido uno de los principales referentes para el estudio de la sociedad: un todo funcionalmente integrado. No obstante, hay que estar atentos a los usos de las metáforas y analogías, para evitar que las explicaciones de los hechos sean remplazadas por figuras retóricas. Al respecto, ver: Lahire, 2006.

hace cien años, por más que sean representaciones relativamente constantes.

También hay que señalar, que la validez de una investigación no se logra únicamente a partir de la acumulación compulsiva de datos sobre una realidad que, al estar en continuo movimiento y cambio, es prácticamente inatrapable. Recuperar la vida cotidiana de cualquier institución como una cárcel, una escuela u hospital, con sus conflictos y variadas formas de acomodo en cada espacio o sala, únicamente es posible por medio de las narraciones de episodios o *momentos* sociológicamente relevantes, que capturen la atmósfera del lugar. Las relaciones entre los diferentes agentes institucionales están mediadas por palabras y por objetos, por reglas de cortesía, por normas protocolarias, así como por competencias, roces y conflictos, pero todo ello cobra sentido sólo cuando se le analiza en un contexto particular. Al respecto, el sociólogo Bernard Lahire comenta:

Las ciencias del mundo social contextualizan la acción humana y la ponen en relación con acciones pasadas o presentes. Lo que comúnmente se observa de manera aislada como sustancias que contienen sus propios principios explicativos se considera en un tejido de relaciones. Contextualizar consiste en tejer lazos entre un *elemento central* (un hecho individual o colectivo, un gesto o una práctica, un objeto o un enunciado, un evento o una trayectoria, una acción o una interacción, etc.) que procura entender y *una serie de elementos de realidad* que lo enmarcan y le dan sentido. Contextualizar, historizar, relacionar: esto es lo que hacen paciente, rigurosa y sistemáticamente, las mejores investigaciones en ciencias sociales. (Lahire, 2016: 47)

Cada *momento* concatena la dimensión normativa/funcional, con aquella otra dimensión de carácter emergente, informal o discrepante. Cada encuentro integra formas de hablar, gestos ritualizados, detalles aparentemente insulsos que, contextualizados, adquieren relevancia cognitiva, jerárquica o educativa. De entre las diferentes narrativas producidas en el trabajo de campo, queda a juicio de los investigadores elegir las más emblemáticas, aquellas que permitan revelar determinadas prácticas que se reproducen y estructuran la vida cotidiana —por ejemplo, el orden de la interacción al interior de un quirófano o las reglas informales de una prisión—; dichas narrativas dan una idea del *ethos* que prevalece en el interior de una institución o comunidad.

En síntesis, es necesario recurrir a diversos autores y perspectivas propias de las ciencias sociales (e incluso de otros ámbitos como la filosofía o la literatura) en busca de herramientas analíticas que permitan producir descripciones más nutridas y adecuadas de los hechos que se presentan a lo largo del trabajo de campo;¹¹ pero ello jamás debe ser un obstáculo para poner a prueba cada categoría durante el trabajo de investigación, contextualizarla, complementarla con el descubrimiento empírico obtenido, utilizar fuentes diversas y adecuadas que den cuenta de nuestro problema de investigación para salir de cierta lógica de la repetición y automatismo, resultante de una práctica anquilosada de los marcos teóricos, así como de una utilización acrítica de los métodos y las técnicas de investigación.

¹¹ Con respecto a esta concepción plural de las fuentes, véase Becker, 2015.

Apunte sobre las técnicas de investigación

¿Cómo facilitar los medios de comprender, es decir, de tomar a la gente como es, sino ofreciendo los instrumentos necesarios para aprehenderla como *necesaria*, para necesitarla, al relacionarla metódicamente con las causas y las razones que tiene para ser lo que es?

La miseria del mundo

PIERRE BOURDIEU

El examen de los acontecimientos es posible gracias a la elección de conceptos (teorías) que funcionan como un andamiaje con un nivel de abstracción mayor al del material empírico que permite realizar interpretaciones. Así como proponemos dialogar acerca de la posibilidad de un uso crítico e interdisciplinario de la teoría, proponemos una reflexión acerca de los usos estratégicos de los métodos y las técnicas en el trabajo etnográfico. Nuestra postura respecto del asunto es que no se puede sustanciar ni el método etnográfico ni las técnicas que lo conforman, sino que tienen que pensarse relacionamente, tomando como referente su vínculo con nuestros supuestos teóricos, con el material empírico con el que estamos trabajando y con las condiciones en las que este último se produce.

Ni las notas, las transcripciones o las fotografías son estáticas; sus significaciones cambian durante el proceso de investigación, porque surgen nuevas interrogantes y conjeturas teóricas, incluso durante las diversas fases de la escritura. De tal modo que no se puede anticipar qué técnica es la más adecuada; mucho menos si el argumento se sustenta en la simple comodidad, predilección

o intuición del investigador. No hay técnica que solucione las vicisitudes del trabajo de campo; su efectividad no depende de su sola puesta en marcha, sino de la continua reflexión sobre las dificultades que la investigación va presentando y de los ajustes que realicemos para salir adelante.

Al culminar nuestro trabajo, es indispensable analizar las dificultades prácticas que se presentaron, con el fin de enriquecer el futuro del razonamiento sociológico. Los manuales de metodología difícilmente integran la complejidad y el dinamismo de los procesos reales de investigación. En ellos, los investigadores producimos información, la ordenamos y clasificamos con base en preguntas previas y con esos artefactos creamos nuevas, hacemos que material de diferentes registros dialogue, con él formulamos nuevas anotaciones, ordenamientos, más conjeturas: se trata de un proceso que no es de ninguna manera lineal y que como hemos mencionado, está siempre inacabado.¹²

¹² Pensemos en un ejercicio simple como el de elaborar un pequeño cuestionario para ser aplicado a personas que visitan a un familiar que se encuentra en prisión. Nos encontramos desde un inicio con una serie de problemas: qué tipo de preguntas realizaremos, cuál es la finalidad de realizar unas y no otras, en qué momento debemos abordar a los posibles entrevistados (antes de entrar a la visita, después de ella o en el interior del mismo penal), qué debemos preguntar primero para lograr la confianza de nuestro interlocutor, cómo justificar nuestra presencia en el lugar, qué hacer en caso de enojo o molestia por nuestras interrogantes, etcétera. Una vez que tenemos las interrogantes, descubriremos que cada una de ellas puede apuntar a un nivel de realidad diferente: familiar, institucional, grupal, personal o social. Cada pregunta, descubrimos, estará determinada por las coordenadas que el investigador traza desde la teoría o desde los hechos observados —ya sea en sus visitas al terreno o en otro tipo de fuentes—. Nada nos impide indagar la edad, la estatura o el peso de nuestros interlocutores; tampoco su preferencia sexual, el color del

En una situación concreta de investigación, un detalle aparentemente insulso, puede igualmente abrir la curiosidad del investigador y con ello, un territorio de conocimiento importante. Una de las primeras notas del trabajo de campo al interior de prisiones (que terminaría conformando el libro *Vida y muerte en la cárcel*), refería a la importancia que los prisioneros otorgaban a los zapatos tenis. Poco después descubrimos que cualquiera que tuviera poder al interior del penal calzaba «tenis de marca» (Nike, Reebok, Adidas); se trataba de una mercancía de gran valor económico y simbólico, que se asociaba con el manejo de recursos económicos y con la posibilidad de sostener el cuidado personal —y con ello una determinada fachada— en una situación que constantemente lo socavaba. Algo más complicada resultaba la interpretación del uso de armas punzocortantes y su relación con la sexualidad, que aparecía constantemente en los dichos de los reclusos.

Ninguno de estos temas aparecía en los libros de sociología o criminología; mucho menos la idea de que los objetos sobre el terreno podían condensar metáforas de relaciones sociales, como el del poder o la sexualidad. Las equivalencias que subyacen en un ritual o en determinada práctica social y su simbolismo son constructos del investigador y muy pocas veces aparecen nítidamente en las interacciones que presenciamos. Ambos ejemplos pueden servir para apuntalar la idea de que nuestras inquietudes, ya sea que estén dadas desde la teoría o desde los planteamientos

cabello o el gusto por determinado tipo de comida o zapatos. Sólo hay que estar conscientes de qué objeto se quiere —o puede— construir con dicha información. Nada hay predeterminado.

que leemos en los estudios previos de otros investigadores, deben integrar siempre lo que captamos sobre el terreno con nuestros sentidos (vista, olfato y oído) y que apunta a nuevas elucidaciones.

Aún más. Si desconocemos que toda intervención implica la modificación de un sistema relacional o un campo de posicionamientos e intereses, la observación, así como la entrevista, se complican. En nuestras transcripciones debemos incluir siempre el contexto. Así, el ejercicio de preguntar pierde su aparente simplicidad, al convertirse en una legítima reflexión acerca de la complejidad de la realidad social y de la implicación del sujeto de la investigación en su objeto de conocimiento. Al interrogarnos sobre la veracidad de la información recabada, reconoceremos la existencia de problemas del orden epistemológico, filosófico o incluso psicoanalítico. La entrevista no sólo es un contrato implícito entre el investigador y el informante, es sobre todo una relación social y emocional que se convierte en una problemática sociológica en sí misma (como sucede con cualquier otra fuente, técnica o método de trabajo).¹³

En la actualidad, habría que extender el debate a los usos de la tecnología en el trabajo de campo, que han nutrido el repertorio de herramientas a nuestra disposición, fortaleciendo en muchos sentidos técnicas de cuño clásico. Por ejemplo, las grabadoras actuales –con su facilidad tanto

¹³ Lo mismo sucede al recurrir a otras técnicas propias del método etnográfico, como los diagramas de parentesco que pueden prestarse a diferentes lógicas de construcción e interpretación teórica como son la psicología sistémica, el psicoanálisis o la antropología; arrojando datos que, si bien pueden no ser contradictorios, son sin duda de diferente orden.

para ser portadas en cualquier lugar, como para producir archivos de larga duración y buena calidad— prometen debates interesantes acerca de la forma de llevar a cabo un diario de campo, notas de observación etnográfica, y por supuesto, la amplia gama de conversaciones que pueden tenerse sobre el terreno.

Algo parecido ocurre con el papel de la fotografía, en un mundo que parece haber multiplicado las posibilidades gracias al continuo mejoramiento de las cámaras digitales. El carácter visual propio de las imágenes y, de otros ejercicios audiovisuales como el video, tiene grandes ventajas para el oficio del sociólogo, al propiciar la producción de una buena cantidad de materiales originales para el análisis; así como también, la terrible desventaja de captar un «trozo de la realidad» —incluso sobre representándola—, que puede ofrecer una rápida y falsa explicación por un referente que, por muy concreto o real que sea, debe ser necesariamente descrito e interpretado; la imagen muestra, ilustra, no demuestra o explica por sí misma. Por eso, no basta con la constatación directa de los hechos por parte del estudioso; la descripción debe acompañarse de una explicación que casi siempre es externa a la toma fotográfica, a las descripciones de campo, o al discurso grabado.

Aprender a aprender

Es un hecho bien conocido que el sujeto experimental, animal o ser humano, se convierte en un sujeto mejor después de varios experimentos. No sólo aprende a salivar en los momentos apropiados o recitar sílabas sin

sentido adecuadas, sino que, de alguna manera, *aprende a aprender*.

Pasos hacia una ecología de la mente

GREGORY BATESON

El antropólogo Gregory Bateson afirmaba que el aprendizaje que incorporamos en cierto momento, siempre supera el nivel de concreción inmediata; es un aprendizaje que tiene un alcance más amplio en cuanto a sus efectos; que contiene niveles de abstracción más amplios, aplicables a otros contextos. Cada que vivimos una experiencia nueva, adquirimos un acervo cultural que facilita el manejo transversal de otros escenarios sociales, que son similares en cuanto a su forma. Bateson llamó a este proceso de acumulación de conocimientos *deuteroaprendizaje*.¹⁴ Se aprende a aprender, pero no únicamente bajo la guía de los textos o de los modelos teóricos «puros», sino también a partir de las relaciones sociales, comunicativas y emocionales que envuelven cada encuentro social, que facilita el proceso de socialización más amplio, importante para la integración del individuo en la sociedad.

Este proceso de aprender a aprender puede analizarse también como un proceso de transformación de la subjetividad que se logra

¹⁴ «Digamos que hay dos clases de gradientes discernibles en todo aprendizaje continuado. Diremos que el gradiente que se encuentra en cualquier punto de curva de aprendizaje simple (por ejemplo, la curva de aprendizaje memorístico) representa la tasa de protoaprendizaje. Pero si infringimos a un mismo sujeto una serie de experimentos similares de aprendizaje sobre el mismo tema, comprobaremos que en cada experimento sucesivo el sujeto manifiesta un gradiente de protoaprendizaje algo más empinado, que aprende algo más rápidamente. Este cambio progresivo en la tasa de protoaprendizaje lo llamaremos “deuteroaprendizaje”» (Bateson, 1998:195).

en la interacción entre personas, espacios y objetos. El sociólogo de la educación o aquel especializado en cuestiones de criminología, bien puede analizar otro campo de estudio porque antes que la memorización erudita de los contenidos sobre uno u otro derrotero, cuenta con la experiencia necesaria para abordar otros problemas sociales; hablamos, siguiendo a Bateson, de un nivel de conocimiento más abstracto, más profundo, de una dimensión epistemológica, que autoriza al sociólogo, al profesor, al carpintero, al cirujano o al cocinero a llevar a cabo más que una profesión, un oficio, con el cual orientarse frente a futuras situaciones.

Igual que sucede con otros oficios, en el de etnógrafo contamos con un saber práctico que permanece de forma latente; es un patrimonio cultural que forma parte de nuestro sistema de disposiciones que se enriquecen de conformidad con la experiencia. Durante el proceso de organización, análisis e interpretación de los datos emergen ideas que provienen de este acervo de conocimientos. Sucede con cierta frecuencia que uno registra en sus notas alguna idea o interpretación que considera original, para posteriormente darse cuenta de que ya había sido formulada por algún autor que seguramente había consultado con anterioridad, pero del cual poco se recuerda. Por eso, cuando iniciamos una nueva investigación nunca partimos de cero. Esto no significa que no enfrentaremos problemas, todo lo contrario. Estamos conscientes de que estos obstáculos surgirán y de que son propios de cualquier proceso de investigación; cuando tratamos de evitar a ultranza las dificultades, las ansiedades o los sentimientos de fracaso nos colocamos en una posición poco realista con respecto a los procesos de producción del conocimiento.

La escritura es el principal recurso con el que cuenta el investigador para dar cuenta del sentido y el significado de las creencias, actividades, y costumbres que reproduce cada comunidad que

estudia; el acto de escribir permite *reconstruir* la mirada de los acontecimientos, los testimonios de los agentes, la palabra resguardada en los archivos, las opiniones de quienes escribieron acerca del tema. En este vaivén entre la realidad y la lectura, la escritura se transforma a sí misma, acotando las descripciones, seleccionando algunos datos de entre todos los producidos, refinando los testimonios de los informantes, justipreciando las emociones experimentadas durante el proceso de investigación.

Acerca de la implicación y la ética del investigador

Solo la reflexividad, que es sinónimo de método –pero una reflexividad *refleja*, fundada sobre un «oficio», un «ojo sociológico»–, permite percibir y controlar *sobre la marcha*, en la realización misma de la entrevista, los efectos de la estructura social en la que ésta se efectúa. ¿Cómo pretender hacer ciencia de los presupuestos sin un afán por darse una ciencia de los que uno maneja?

La miseria del mundo

PIERRE BOURDIEU

El método etnográfico es una forma de acceder a la realidad en donde el investigador interviene directamente, se trata de experimentar con un conjunto de herramientas que operan en el aquí y ahora, en una situación concreta. En ella, el investigador produce información acerca de las prácticas de un grupo particular de agentes, por medio de su cuerpo y sus sentidos. El sociólogo escucha, toca, percibe determi-

nados olores y, sobre todo, observa y anota. Por esta razón, el diario de campo ha constituido siempre el instrumento fundamental para hacer etnografía; es un recurso necesario para registrar, describir, dibujar, fechar e interrogar cada una de las experiencias vividas. Toda información se genera como consecuencia del intercambio con los otros, con las cosas, con el medio.

El cuerpo es el receptor de la información; asimismo, el cuerpo cuenta con una trayectoria personal, es historia. Lo que escribimos es una traducción de lo que percibimos; por eso hay que someternos a un proceso de reflexividad, interrogar nuestra implicación con el objeto de investigación, cómo éste nos interpela, en qué medida nos afecta, qué tipo de ansiedades nos causa. Solo así podemos hablar de objetividad, ésta se construye a través de la reflexividad, lo que no significa que esto sea garantía de una efectividad permanente.

En el cuaderno de notas capturamos imágenes (dibujamos, hacemos croquis y esquemas), describimos los momentos, el ánimo de los personajes, los intercambios, las formas de hablar, fotografiamos. Las notas de campo son la herramienta más provechosa de la investigación, no sólo por el material empírico que produce, sino también porque posibilita *objetivar aquello que pensamos y sentimos*. El diario de campo permite aprender y así poder reflexionar acerca de nuestra propia implicación. Esto es posible porque la escritura, una vez plasmada, queda fijada en el tiempo.

Cuando tiempo después leemos el diario de campo, nuestras notas y garabatos pueden generar cierta extrañeza, no sólo porque nos permiten recordar cuestiones que quizá habíamos olvidado, sino porque podemos percibir nuestras

emociones, preferencias o aversiones como algo ajeno. La *reflexividad* es un ejercicio continuo de evaluación sobre los prejuicios, sentimientos o juicios de valor que surgen durante el trabajo de intervención *in situ*. El científico establece necesariamente una serie de relaciones de transferencia emocional con sus informantes, las cuales deben hacerse inteligibles para integrarlas a sus análisis.

Todas las experiencias que consideramos errores dentro de nuestro proceso de investigación deben ser sometidas a un examen que permita tratarlos como obstáculos epistemológicos y como analizadores sociales. Al hacerlo, abrimos la posibilidad de sacar provecho de lo ocurrido: del comportamiento de rechazo, de enojo, de preferencia o exclusión de parte de los informantes. Podemos analizarlas como cualquier otro intercambio, para conocer sus posibles causas y darles una correcta dimensión.

Huelga decir que los errores son inevitables y que también forman parte del trabajo de campo —como relata humorísticamente Nigel Barley en su *Antropólogo inocente*—, porque no basta la buena voluntad para dominar todos los aspectos de una cultura. Las anécdotas relatadas por los padres de la antropología tanto aquellas que forman parte de su diario de campo, como aquellas expuestas paralelamente en diarios íntimos, no hacen sino reconocer que nadie está «vacunado» o es inmune a la transferencia con su objeto de investigación. Una larga lista de sociólogos y antropólogos han alertado sobre este hecho: la objetividad del investigador nunca está dada, tiene que ser construida en acercamientos sucesivos y desde cero en cada nuevo proceso de investigación. Para nosotros, este diálogo debe contemplar no sólo problemáticas que ya pueden ser consideradas clásicas como el *Rapport* o el

Timing —en los encuentros con los informantes—, o la diferencia entre un registro emic y otro etic —propuesta por la antropología norteamericana—; sino también una reflexión continua en torno a la implicación o el autoanálisis del propio investigador, tal y como lo señalaron estudiosos como René Loureau, Georges Devereux o Pierre Bourdieu.¹⁵

Retomamos esa argumentación acerca del papel fundamental del diario íntimo del fundador del socioanálisis institucional, René Lourau. El sociólogo francés se dio a la tarea de analizar textos de autores diversos, entre los que destacan los nombres de célebres antropólogos como Bronislaw Malinowski, Michel Leiris o Margaret Mead, para constatar cómo los procesos de escritura de estos hombres y mujeres de ciencia convergían con episodios de tensión y angustia, crisis de aburrimiento, enojos y fantasías, sin los que sus hallazgos sobre el terreno o su producción de conocimiento científico difícilmente podían ser entendidos.

El diálogo también puede nutrirse con los planteamientos del etnopsicoanalista Georges Devereux, quien describió ampliamente el papel que juega el inconsciente en la determinación de un objeto de estudio, en la selección de técnicas aparentemente probadas científicamente, pero que funcionan como mecanismos de defensa contra las ansiedades que surgen durante la investigación, y que son las que obturan las posibilidades de una ciencia que incorpore la implicación. El fenómeno no es de ninguna manera unidireccional y que lo mismo puede operar desde los informantes hacia el etnógrafo, como en el sentido contrario (Barley, 2007). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, sigue

¹⁵ Véase: Devereux, 1999; Loureau, 1989; Bourdieu y Wacquant, 2005.

siendo un libro poco citado, a pesar de que aborda el tema de la relación del sujeto con el objeto desde una perspectiva que critica los mecanismos de control y racionalización científica, como los únicos capaces de garantizar la validación del dato en ciencias sociales.

La sociología etnográfica es una forma de construir insumos de investigación en la que tanto el cuerpo, como la subjetividad del investigador se ven involucrados y, por ende, afectan el terreno de trabajo al tiempo que son afectados por éste. Por esa razón, para René Lourau (1989) el *diario de campo* debería tener siempre como complemento el *diario íntimo*, el «diario en un sentido estricto del término». El texto científico y el contexto de la implicación cobra valor y significado gracias a la presencia de ambos discursos. La obra del autor, su desarrollo, las técnicas que pone en marcha, las pasiones, las anécdotas, la frustración, la validación del dato, la exposición final, están todas mezcladas en su origen, a pesar de que la tradición más científicista separe ambos tipos de textos.

Mientras el texto científico se distingue por una exposición lógica, formal, ordenada, en la que se discuten posturas y validan posiciones y datos; en el texto informal e íntimo se intercalan pasajes casi literarios, en los que se plasman las añoranzas y los pesares, es un espacio confesional y catártico: un texto instituido, donde reina la coherencia positiva y otro texto instituyente, donde la emotividad priva como una serie de actos o escrituras involuntarias que hacen tambalear al investigador frente a las inclemencias propias de su labor sobre el terreno (Deveraux, 1999).

En ese sentido, *El antropólogo inocente* de Nigel Barley es una obra paradigmática, al combinar ambos registros. Se

trata de un libro que relata la experiencia de cómo se llega a ser antropólogo incluyendo los vericuetos burocráticos y la tramitología interminable a la que se vio sometido Barley para viajar al África, con la tribu de los Dowayo. El diario de campo registra la información ya decantada por el investigador, de acuerdo con un cierto ordenamiento proveniente de la teoría, pero no únicamente; las crisis de aburrimiento y las tragedias personales —desde enfermedades y padecimientos, hasta la pérdida de material fotográfico y de archivo—.¹⁶ Es un texto en el que se plasma la incertidumbre que se vive durante el trabajo de campo, las dificultades de comunicación, la desesperación por encontrar sentido a ciertos comportamientos, los errores cometidos de manera involuntaria, las enfermedades y las crisis emocionales.¹⁷

La sociología reflexiva parte de un análisis de la implicación, tan necesario y central como el conocimiento teórico o las herramientas que ponemos en marcha dentro de nuestras intervenciones sobre el terreno. «Objetivar la objetivación», para decirlo en palabras del sociólogo Pierre Bourdieu, tomar

¹⁶ Véase: Barley, 1989, y «El mundo en un texto» en Geertz, 2013.

¹⁷ Otro de los diarios de campo que mejor hibrida los registros personal, literario y científico es *Tristes trópicos*, del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss. Este libro es al mismo tiempo, un relato autobiográfico en el que el autor recuerda su trayectoria académica (su paso por el marxismo, la filosofía y la antropología); y una descripción de sus vivencias en el Mato Grosso brasileño, entre las tribus del Amazonas, devastadas por la modernización. En él podemos observar las primeras reflexiones sobre el orden estructural y simbólico de las aldeas, los grafismos corporales, las diferencias ocupacionales entre hombres y mujeres, conviviendo con anotaciones biográficas; todo expuesto como un notable ejercicio de escritura: no por casualidad, Clifford Geertz lo describió como uno de los más bellos textos de la totalidad del corpus levistraussiano.

conciencia del conjunto de relaciones que nos objetivan —estructurando nuestras prácticas—, de la historia que nos precede, de los parámetros culturales, políticos y sociales que se transforman en horizontes de pensamiento y limitantes para la razón, en barreras para la creatividad que muchas veces impiden reconocer la brecha entre lo deseable y lo posible.¹⁸

Conclusiones

Una forma práctica de afrontar la totalidad de los hechos sociales, tal y como la estipulaba Marcel Mauss —como la multiplicidad de aristas que convergen en un objeto—, es dejar de buscar coherencia y armonía donde no la hay. Empecinarnos en constreñir la realidad a los tipos ideales (que deberían ser utilizados sólo con fines comparativos), impide ver una realidad plena de conflictos, cambios y disputas como una versión deforme y distópica de sus fantasías. La articulación de los diversos temas y problemas en categorías analíticas no es una decisión tomada de una vez y para siempre, antes bien, es un proceso que se lleva a cabo desde que se inicia el trabajo hasta que concluye. Hay que decir que toda la-

¹⁸ Otro ejemplo interesante de las formas en las que se han solucionado los problemas éticos y de implicación puede ser proporcionado por Pierre Bourdieu, en los trabajos compilados en *El baile de los solteros*. Recordando que, cuando el sociólogo francés decidió investigar su propio pueblo natal —en la región de Bearne— rompió con una tradición etnográfica que consistía en elegir como objeto de estudio a una cultura lejana. El rito de paso suponía garantizar la objetividad construyendo una distancia real —espacial, y por ende cultural— entre el etnógrafo y su objeto, lo que casi está de más decir, es un argumento simplista. Véase: Bourdieu, 2004 y «Libro 1: crítica de la razón teórica» en Bourdieu, 2009.

bor de escritura contempla la organización de los materiales que culminarán en la estructura de un libro (que derivan en capítulos y apartados), de orientación y acoplamiento entre categorías y datos.¹⁹ El ingreso al terreno posibilita el estudio de la vida cotidiana de los agentes así como la importancia de los objetos y sus usos estratégicos en las diferentes situaciones institucionales o escenarios sociales.

El sociólogo debe contar con la paciencia suficiente para saber que la confianza que le brindan los informantes tampoco llega de un día para otro, pero que una vez conseguida le permitirá abrir diversas puertas. Se ha escrito mucho acerca del *Rapport* como un insumo invaluable que debe cultivarse a lo largo de todo el trabajo de campo, pero quizá debamos subrayar su fragilidad. En tanto que constructo, la confianza puede también destruirse, incluso súbitamente. Al estar inmerso en el medio que investiga, el sociólogo no permanece inmune a los hechos que registra o a las personas con

¹⁹ «¿Para qué nos sirven tantas descripciones? Quizá no sea lo único, aunque sin duda es muy importante: nos ayudan a superar el pensamiento convencional. Uno de los mayores obstáculos para la descripción y análisis apropiado de un fenómeno social es que creemos conocer de antemano la mayoría de las respuestas. Damos muchas cosas por sentadas porque, después de todo, somos miembros adultos competentes de nuestra sociedad y sabemos lo que cualquier adulto competente. Tenemos, como suele decirse, “sentido común”. Por ejemplo, sabemos que en las escuelas se educa a los niños y que en los hospitales se cura a los enfermos. “Todo mundo” lo sabe. No cuestionamos lo que todo el mundo sabe, sería una estupidez. Pero, dado que el objeto de nuestro estudio es aquello que todo el mundo sabe, debemos cuestionarlo o, por lo menos suspender todo juicio al respecto, ir a ver con nuestros propios ojos lo que se hace en las escuelas y en los hospitales en vez de aceptar respuestas convencionales». (Becker, 2015: 114)

quienes interactúa. Cada investigador es afectado de manera diferente por la situación, objeto de su trabajo. Cada lugar brinda enseñanzas académicas muy importantes y lecciones acerca de la fragilidad de la vida.

Al revisar y organizar las entrevistas, los testimonios, las notas de campo, las fotografías, los expedientes y los videos, éstos inevitablemente se superponen en distintos planos, por lo que resta al investigador ponderar y elegir la manera en que los temas serán expuestos en cada apartado de conformidad con los objetivos o intereses planeados o surgidos durante el proceso de investigación. La teoría es una guía para entender una realidad que se compone de infinidad de detalles. Las categorías no son constructos estáticos, con un contenido fijo o predeterminado. Sobre el uso de la teoría, el método y las técnicas no todo está escrito.

El sociólogo etnográfico se enfrenta a territorios extraños y prohibidos, que deben conquistarse a través del tiempo. En esas circunstancias, el sociólogo lucha para no ser percibido como un invasor, como alguien que se encuentra en el lugar para denunciar a la primera provocación de la realidad que observa; es común que en las primeras semanas e incluso meses la desconfianza de los lugareños o nativos predomine. Los territorios son reservas de información, de acontecimientos que comparten únicamente personas que tienen relaciones de familiaridad entre sí. Goffman daba indicios para realizar este análisis cuando planteaba los pormenores de su noción de ego territorial:

Como un extremo reivindica diversos territorios y reservas, ¿qué libertad —qué licencia— tiene el otro para penetrar a voluntad en esos círculos del yo? Y dadas esas libertades, ¿se

practican de verdad? (las personas en una relación anónima pueden hallarse en condiciones ritualmente licenciadas, pero las que se hallan en una relación anclada son las únicas que pueden estar familiarizadas). Un componente importante de la familiaridad es la confidencialidad, es decir, el ejercicio de la licencia para penetrar en la reserva de información del otro, especialmente por lo que respecta a la información secreta acerca del yo, cuyo punto extremo se halla en la relación entre el paciente y el psicoanalista (Goffman, 1971: 198).

Por esta razón el ingreso a una prisión, a un albergue, a un barrio popular, a un hospital o una escuela son logros muy importantes para el avance de cualquier investigación. El trabajo sociológico no tiene por finalidad el enjuiciamiento de las personas o las situaciones, puesto que sus acciones no se interpretan como hechos aislados, atribuidos al temperamento de los agentes; sus acciones tampoco deben leerse desde una perspectiva moral o maniquea.²⁰ La investigación de campo posibilita la reflexión sobre problemas teóricos que ha venido discutiendo la sociología durante los últimos años, como el de las relaciones entre los análisis micro o macro. Dicotomía replicada en los debates en torno a las determinantes de la acción social además del papel de los agentes y las estructuras.

²⁰ Recordemos también que la cámara fotográfica y la grabadora son objetos que provocan sentimientos de inseguridad porque son considerados como tecnologías para el registro de hechos que de otra manera permanecerían ocultos o podrían ser desmentidos; por eso inhiben, alientan o provocan enojos. La decisión de usarlos o no (ya casi indiscutida, pero real) o la de hacerlos visibles o no, es responsabilidad de cada investigador, que debe respetar el anonimato de los agentes y los acuerdos que con ellos establece.

Los estudios microsociales privilegian las interacciones en un tiempo y espacio determinado y analizan las condiciones de flexibilización del orden instituido. Las discusiones sobre los modelos de la acción social en las que se incluye la normatividad, la ética política, la racionalidad instrumental con respecto a ciertos medios, fines o valores, quedan flotando en un espacio abstracto si los sociólogos no llevamos a cabo investigaciones prácticas y reflexionamos cada una de estas propuestas con una mirada mucho más plástica. Por ejemplo, afirmaciones como que los objetos tienen agencia o que los agentes se involucran en la realidad con un cierto grado de libertad que se aleja de cualquier modelo determinista (que filtra la acción por el cedazo de las estructuras) deben demostrarse a través del análisis de la realidad empírica; de lo contrario, estas reflexiones quedan únicamente como un interesante registro acerca de las posibilidades del discurso sociológico.

Otro ejemplo puede ser la abundante literatura crítica acerca de la validez de tal o cual concepto sociológico, como sucede con categorías como la de *habitus* —en tanto sistema de disposiciones encarnado— propuesta por Pierre Bourdieu. Afirmar la rigidez o el determinismo de una categoría de manera apriorística y por fuera de un proyecto de investigación empírico en el que sea puesta a prueba (el *habitus* de qué agentes, que establecen qué tipo de relaciones, en qué situación concreta), parece en muchos sentidos una discusión vana y que en cierto sentido transparenta la negativa de un amplio sector de sociólogos que se niegan a analizar la realidad en la que se encuentran insertos a veces incluso, las carencias en la formación que se remontan a varias generaciones (cómo podrían enseñar a investigar empíricamente

profesionales que no tienen ninguna experiencia en esa clase de investigación).

La sociología etnográfica tiene la virtud de que, lo que aparentemente se pierde en extensión, se recupera en profundidad. El estudio de una comunidad, un grupo o institución abre interesantes interrogantes sobre las múltiples formas en las que se relacionan los movimientos del mercado global, determinadas políticas públicas o ciertos problemas que aquejan a la sociedad y que se hacen cuerpo en los pequeños escenarios de la vida cotidiana, que muchas veces han sido despreciados por estudios de gabinete, que se cree tienen un mayor (o mejor) impacto en la discusión pública nacional. Un sanatorio psiquiátrico, una cárcel, la escena de un suicidio o un hospital de urgencias médicas son espacios donde el análisis sociológico abre nuevas interrogantes de naturaleza estructural en torno a los servicios de salud, la reincidencia o el modelo de salud mental.

La investigación etnográfica permite estudiar los distintos tipos de violencia que la sociedad mexicana padece; la falta de recursos humanos y económicos para la atención de la ciudadanía, los mecanismos de decisión institucionales que revelan las prioridades del juego entre las autoridades y los diferentes agentes políticos. Cada gesto, cada detalle, puede llevarnos a narrativas más profundas (sobre el negocio de las funerarias, la negligencia médica, la proliferación de la medicina defensiva, la incorporación del discurso de los derechos humanos, la distribución del gasto público, el modelo criminológico estatal).

El oficio del sociólogo no ocurre sin descripciones detalladas, pero tampoco sin comprensión teórica sobre el sentido del hacer y actuar de nuestros informantes. El sociólogo

construye un acontecimiento, lo narra y le otorga un estatuto teórico, es decir, lo interpreta más allá de la buena o mala fe de los participantes; al hacerlo, siempre lidiamos con el manejo de nuestras emociones, con la angustia paralizante de la escritura, con las confusiones propias de una labor artesanal que mezcla sucesos con emociones. Quizá por ello convenga concluir con un comentario de Pierre Bourdieu acerca de nuestro oficio:

Si se sabe lo que se hace, se hace mejor: es el paso de una práctica a un método. Marc Bloch tituló su libro *Apología para la historia o el oficio del historiador*: el oficio es algo que existe en la práctica, se pueden hacer cosas magníficas sin un metadiscurso sobre su práctica. Yo prefiero a un historiador o a un sociólogo que conozca su oficio sin los discursos epistemológicos de acompañamiento que a un sociólogo que hace discursos sobre su metodología y que no tiene oficio. Nunca una metodología ha estado a salvo de tener un error técnico: sólo el oficio protege. Sin embargo, el oficio es una condición necesaria pero no suficiente. Se hace mejor el propio oficio cuando este se controla en el nivel consciente, cuando se pueden explicar los principios prácticos que se manejan en su práctica, cuando se han transformado en reglas de los esquemas y establecido las reglas que pueden convertirse en reglas colectivas y ser usadas incluso por adversarios como una llamada de orden (Bourdieu, 2014: 133).

Bibliografía

- BARLEY, N. (1989). *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*. Barcelona: Anagrama.
- BATESON, G. (1998). *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Argentina: Lohlé-Lumen.
- BECKER, H. (2009). *Trucos de oficio. Cómo concluir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BECKER H. (2015). *Para hablar de la sociedad la sociología no basta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P. (2004). *El baile de los solteros: la crisis de la sociedad campesina en el Bearne*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P. (2009). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (2010). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BOURDIEU, P. (2014). *Sobre el Estado: Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Barcelona: Anagrama.
- BOURDIEU, P. y Loïc Wacquant (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*: Buenos Aires: Siglo XXI.
- DEVEREUX, G. (1999). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI.
- GEERTZ, C. (2013). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- GEERTZ, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GOFFMAN, E. (1971). *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza Editorial.
- GOFFMAN, E. (1991). *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.
- GOFFMAN, E. (1992). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu.

- GOFFMAN, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- LAHIRE, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Buenos Aires: Manantial.
- LAHIRE, B. (2016). *En defensa de la sociología. Contra el mito de que los sociólogos son unos charlatanes, justifican a los delincuentes y distorsionan la realidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LOUREAU, R. (1989). *El diario de investigación: materiales para una teoría de la implicación*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- MAUSS, M. (1991). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- PAYÁ, V. (2006). *Vida y muerte en la cárcel: estudio sobre la situación institucional de los prisioneros*. México: FES Acatlán/Plaza y Valdés.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1996). *Estructura y función en la sociedad primitiva*. Barcelona: Península.
- SIMMEL, G. (2017). *Sobre la diferenciación social. Investigaciones sociológicas y psicológicas*. Barcelona: Gedisa.
- WRIGHT-MILLS, Ch. (1981). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

II. De los objetos de estudio
socioantropológicos a la investigación
en campo

Presentación

Un primer ámbito de reflexión que comparten los tres artículos que integran esta segunda parte del libro, corresponde a la construcción de objetos de estudios caracterizados como socioantropológicos. Sin duda, la riqueza a resaltar de las propuestas planteadas por los autores se vincula con una vivencia directa y por lo tanto, de involucramiento significativo en los contextos donde realizaron las investigaciones, además de un acercamiento directo y se podría decir, hasta entrañable con sus sujetos de estudio. Me refiero a jóvenes rurales en el centro de México y sus prácticas de consumo y trabajo analizados por Héctor Daniel Hernández; jóvenes y la escena «reggaetonera» estudiado por Ricardo Ernesto González, así como seguidores internautas de un diario de nota roja en el estado de Morelos, investigado por Miguel Cipactli Romero.

En torno al tema de construcción de objetos de estudio socioantropológicos, como bien señala Miguel Cipactli, no se trata del descubrimiento o la invención de un objeto nunca antes analizado, sino más bien, de romper con la perspectiva teórica y metodológica de una sola tradición académica que domine la comprensión de un fenómeno. Y siguiendo esta

línea propone como una tarea del socioantropólogo, la definición de objetos intersticiales, esto es, delimitarlos a partir de la confluencia disciplinar no sólo entre antropología y sociología, sino incluso desde la comunicación y la filosofía, que para el tema que analiza se refiere a un estudio socioantropológico del ciberespacio.

Por su parte Ricardo Ernesto, al orientar sus intereses de investigación al estudio de los jóvenes y lo que llama la «escena reggeatonera», considera que la construcción socioantropológica de los sujetos de estudio se posibilita desde una mirada transdisciplinaria donde se incluye la antropología, la psicología social y la sociología. Lo cual desde sus planteamientos posibilita mirar a los actores juveniles con capacidad de agencia transformadora. Superando por lo tanto, un enfoque que busca la generalización y predicción para desplazarse hacia otro enfoque que centre su atención en la interseccionalidad de los sujetos sociales.

Mientras que para Daniel Hernández, la comprensión de la cotidianeidad de los jóvenes rurales dentro de una realidad histórico compleja es lo que posibilita dar cuenta de sus movi- lidades cotidianas de trabajo y consumo. Permitiendo así, superar los análisis clásicos que los circunscribían a territorios acotados, sin movilidad y sin dibujar sus mecanismos de sobrevivencia diaria. Para el autor, el estudio de los jóvenes rurales en el centro de México, debe dar cuenta de la configuración de desigualdades en el tiempo presente, tomando como referente central sus trayectorias etarias o de género.

Destaca de los tres trabajos, la presentación de elaborados estados de la cuestión sobre sus respectivos campos de investigación, de tal suerte que le permiten al lector (aún cuando no se haya especializado en algún campo), comprender los

cambios en los paradigmas y enfoques disciplinarios, hasta ubicar las nuevas propuestas o bien, teorías más contemporáneas para el análisis de los temas de investigación propuestos por los autores.

Por otro lado, un segundo ámbito de reflexión que comparten los tres trabajos se refiere a las aportaciones metodológicas centradas básicamente en la etnografía para realizar investigaciones socioantropológicas. Si bien los autores no caracterizan de la misma manera a la etnografía en tanto método, si la arrojan como el principal mecanismo para el registro de datos; pero más importante, para el análisis de las situaciones cotidianas que enfrentan los sujetos de estudio, siempre tomando como referencia un contexto social y cultural específico, anclado a una temporalidad determinada.

En los jóvenes rurales, Daniel Hernández arranca con la etnografía multisituada, para después acuñar una propuesta que nombra como «Etnografía de lo cotidiano». Desde esta propuesta, considera que los socioantropólogos pueden articular prácticas y sentidos de los sujetos, problematizando así, la cuestión de la propia construcción del espacio etnográfico en el contexto de capitalismo actual. En su ensayo además, desarrolla una escritura fluida y articulada, centrada en las acciones de los sujetos jóvenes en su devenir cotidiano. Dejando muestra de las vicisitudes que enfrentan los jóvenes día a día y donde el socioantropólogo capta hasta el más mínimo detalle de sus aspiraciones, sentimientos, planes, experiencias y carencias de todo tipo, plasmadas coherentemente en un escrito etnográfico.

Ricardo Ernesto por su parte, propone impulsar metodologías horizontales de co-construcción. Un aspecto central de dicha propuesta es no llamar informantes a los jóvenes entre-

vistados, sino «interlocutores». Sin duda, este giro le lleva a problematizar las rutas interpretativas del trabajo de campo clásico, para dar cuenta de los entornos de la vida cotidiana de los jóvenes que para el caso de la «escena reggaetonera», nos habla del «arraigamiento de los aprendizajes socioculturales» que los jóvenes aprenden y socializan en los barrios populares de la Zona Metropolitana del Valle de México y los cuales se reproducen en interacciones complejas, violentas, discriminatorias y desiguales.

Por último Miguel Cipactli se aventura en proponer a «la netnografía» como una herramienta novedosa para la sistematización del *small data*. Desde esta perspectiva apuesta por visualizar —y por ende registrar— verdaderas sociabilidades desde y en el ciberespacio. Partiendo de una explicación detallada de las formas en que operan los espacios de tipo online, el internet y las comunidades que utilizan las redes sociales, abona en una caracterización de la netnografía donde el investigador incorpora a las clásicas técnicas de investigación, nuevos recursos para el registro de datos tales como: blogs de notas, capturas de pantalla, recortes y almacenamiento de información en carpetas digitales de audio y video. En síntesis para Cipactli, la aportación de la netnografía se centra en «construir tipologías de significación generadas por los internautas o usuarios, a partir de sus interacciones y socializaciones establecidas desde alguna de las redes sociales». Y es justo desde las sociabilidades creadas por los internautas lectores de un diario de nota roja, que el autor avanza en describir sus prácticas, significaciones, gustos, ingenio popular, dramatización de la vida cotidiana, entre otros.

El estudio cualitativo de Facebook por medio del método netnográfico. La creación de objetos intersticiales en la fundamentación de la socioantropología

MIGUEL CIPACTLI ROMERO RAMÍREZ¹

Introducción

El giro social hacia lo digital ha conllevado al traslado de prácticas cotidianas de tipo análogas (*offline*) al plano del ciberespacio (*online*). Dicho movimiento ha lanzado a las propias disciplinas encargadas del estudio del ser humano, su sociedad y la cultura —como son la antropología social y la sociología— hacia la comprensión de los usos y la serie de consecuencias que ha traído la incorporación de las tecnologías digitales en la organización de las sociedades modernas. En ese sentido, en este artículo discuro sobre dos principales ejes relacionados con la fundamentación

¹ Egresado de la licenciatura en Ciencias Sociales, por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Estudiante de posgrado en Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM).

de un estudio socioantropológico desde el ciberespacio. En primer lugar, relato el proceso vivencial por el que transité al momento de construir mi objeto de estudio. Tratando de resaltar el proceso de acciones y decisiones que fui realizando durante la concreción de mi investigación. En segundo lugar, muestro los resultados alcanzados en mi estudio sobre lo digital, al abordar una práctica común que se ha visto trastocada por la emergencia de los dispositivos digitales, como es la lectura de periódicos. Presento los hallazgos obtenidos de un estudio que se interesó, ocupando una novedosa herramienta metodológica como la netnografía para la sistematización del *small data*, en la particular interacción efectuada entre los seguidores de un diario de nota roja en el Estado de Morelos desde la red social *Facebook* en el año 2011, durante un lapso de seis meses.

Finalmente, se integra un apartado de conclusiones donde señalo cómo a partir de la creación de objetos intersticiales es posible fundamentar las investigaciones desde una perspectiva socioantropológica. Principalmente, porque este tipo de objetos, al surgir de los vacíos detectados dentro de las temáticas y metodologías tradicionales devenidas tanto de la antropología social como de la sociología, en tanto referentes disciplinarios de donde emerge la socioantropología, nos permite a los egresados de la UACM en ciencias sociales posicionarnos —desde las grietas o intersticios— dentro del campo de poder académico.

Hacia la creación de un objeto intersticial

Como parte del plan de estudios de la licenciatura en Ciencias Sociales impartida por la Universidad Autónoma de la

Ciudad de México, se tiene contemplado que el estudiante arme una curricula de materias basada en un criterio interdisciplinario. Por ello, a partir del cuarto semestre —de los nueve que integran su totalidad— además de cursar las materias pre-establecidas por el plan de estudios —orientadas por temáticas de la antropología social y la sociología— se extiende la posibilidad de tomar cursos que atañen a otros campos de las Ciencias Sociales, como pueden ser: comunicación y cultura, filosofía e historia de las ideas, ciencia política, entre otros.

Esta influencia institucional repercute sustancialmente en aquellos cursos donde se tiene pensado reflejar la culminación del proceso formativo del estudiante, como son los seminarios de tesis. Por ejemplo, revisando el catálogo de tesis defendidas en los colegios de Humanidades y Ciencias Sociales, es posible encontrar en los títulos de las tesis el reflejo del trayecto interdisciplinario de los egresados.² En ese sentido, mi propio desarrollo académico no sería un caso excepcional. Durante el séptimo semestre, al fin como tesis-ta, llega el momento de plantear-crear un objeto de estudio *ad hoc* con mi formación interdisciplinaria. Sin embargo, para este momento, en lugar de que dicha formación me llevara a una concepción clara sobre cómo construir mi investigación, resultó todo lo contrario. De pronto me encontré en una encrucijada con respecto a mi posición como estu-

² Como no es parte fundamental de este ensayo enmarcar la influencia interdisciplinaria en todos los trabajos de titulación o recepción, dejo al lector el vínculo donde puede consultar el tipo de trabajos de que se han realizado en la UACM: https://portalweb.uacm.edu.mx/uacm/Portals/9/Titulacion/CatalogoTrabajosRecepcionales/2018/Cat_trab_recep_10enero2018.pdf

diante. Llevándome a interrogantes del tipo: ¿Soy sociólogo o antropólogo? Si he tomado más cursos optativos de corte filosófico y más seminario de comunicación: ¿Debo plantear un trabajo teórico o un análisis de contenido referente algún medio de comunicación? Entre esas y otras dudas —como el hecho de que mi domicilio se ubicara en el Estado de Morelos, mientras que la universidad está enfocada en ofertar estudios superiores a habitantes de la CDMX— me condujeron hacia una reflexión en torno a, ¿cómo acoplar mi formación y mi pertenencia a otro estado para postular el estudio de un fenómeno sociocultural en una ciudad de la que carezco de vínculos densos para plantear una tesis?

Entre ese mar de dudas, los caminos emprendidos para darles algún cause, me fueron orillando hacia la postulación de lo que finalmente terminaría siendo mi objeto de estudio. Aquellas primeras vinculaciones que fui realizando, como parte de la gestación de mi proyecto, estuvo influenciada por los trabajos de tesis presentados por mis colegas Ismael Pineda y Ricardo Ernesto.³ En sus trabajos y exposiciones visualizaba el manejo de conceptos sociológicos y metodologías antropológicas de manera creativa. Principalmente, resaltaba el hecho de no poder ubicar plenamente sus respectivos objetos de estudio dentro de alguna de las tradiciones académicas de la antropología social como de la sociología. Por lo que ambos reiteraban su posicionamiento como in-

³ Para una revisión de sus tesis, consúltese: Pineda, I. (2014). *Entre sombras y huellas: San Juan de Aragón un pueblo al nororiente de la Ciudad de México*. (Tesis de licenciatura). México: UACM. Ernesto, R. (2014). *Las juventudes en la escena del reggaetón: Chakas y Combos en el Distrito Federal y Zona Metropolitana del Valle de México*. (Tesis de licenciatura). México: UACM.

vestigadores que trataban sus asuntos desde una perspectiva socioantropológica.

Como resultado de mi inquietud por comprender, específicamente, ¿a qué se referían ambos al postular sus estudios como indagaciones de tipo socioantropológicas? Fue como me aproximé al Seminario Permanente de Socioantropología.⁴ Además de conocer las interesantes reflexiones que se manejaban en ese espacio —casi siempre lecturas que durante los cursos no son abordadas— adquirí noción de que la mentada perspectiva socioantropológica no era algo finalmente concretado. Sino que se encontraba en proceso de definición y delineamiento de sus características: fundamentalmente basada en los proyectos de investigación que iban proponiendo los estudiantes en situación de tesis. Por tanto, en los inicios de mi tesis, encontré en la socioantropología un campo libre para la formulación de mi investigación.

Para este momento, mis inquietudes con respecto a mi procedencia geográfica —como oriundo de Morelos— e influencia disciplinar —con respecto a mi paso por materias de comunicación y cultura— dejaron de ser parte de mis barreras con respecto al planteamiento de mi investigación para convertirse en los puntos de apoyo de mi objeto de estudio socioantropológico. Fue entonces cuando pasé de la revisión y la consulta a la ejecución de mis pensamientos. En ese sentido, planteé mi interés por realizar un estudio entorno a un diario de nota roja en el Estado de Morelos —que lleva

⁴ Se trata de un espacio académico donde se reúnen desde mayo del 2010 profesores-investigadores de la carrera de Ciencias Sociales, así como estudiantes de la misma, con el fin de revisar y proponer lecturas que abonen a la fundamentación de la perspectiva socioantropológica.

por nombre comercial *El Extra de Morelos*— y su respectiva relación con sus consumidores.

Teniendo una temática, comencé el proceso de revisión de la literatura. Como parte de esa revisión, reconocí los distintos campos académicos, modelos teóricos y planteamientos metodológicos que se habían utilizado para el estudio de la nota roja. Los campos académicos que lideraban los estudios sobre la nota roja fueron propuestos por la comunicación y el periodismo. En esos trabajos se plantearon problemáticas tales como, ¿cuáles son el tipo de gratificaciones que los consumidores consiguen al adquirir esos diarios? Otros planteaban preguntas relacionadas con comprender, ¿con qué tipo de ética actúan los editores de la nota roja para redactar sus notas? De manera que los abordajes metodológicos quedaban reclusos a técnicas cualitativas relacionadas con entrevistas y trabajos de observación. Mientras que en términos teóricos, no había grandes progresos.

Como resultado de esos hallazgos, logré identificar los vacíos necesarios por donde mi concepción sobre la perspectiva socioantropológica lograba injertarse. En primer lugar, plantear un objeto de investigación socioantropológico, no se trata del descubrimiento o la invención de un objeto nunca antes visto. Más bien, se basa en una ruptura con la perspectiva teórica y metodológica, que como parte de una tradición académica, ha dominado en la comprensión de un fenómeno. Consciente de ello, logré romper con el seguimiento de los marcos teóricos y metodológicos que empeñados en el estudio de la comunicación se centran únicamente en los medios —mensajes— y dejan fuera el ámbito de la recepción o re-significación de los mensajes propuestos por los medios. De manera que logré entablar un diálogo entre la antropolo-

gía, sociología, comunicación y filosofía.⁵ Por otra parte, en búsqueda de una metodología que dejara de reproducir las técnicas cualitativas que habían imperado en el estudio de la nota roja —entrevistas, encuestas— así como aquellas que sólo eran empleadas con el fin de confirmar sus postulados teóricos —sin poner atención a las contradicciones de los propios fenómenos— fue como derivé en el encuentro con el denominado método netnográfico.

En mi búsqueda por un método que me permitiera completar el circuito comunicativo entre medio y seguidores, es como encontré los postulados del método netnográfico. Mi acercamiento a dicho método, no ocurrió a través de la lectura de un manual de metodología en Ciencias Sociales, sino que se dio a partir de mi asistencia al III Congreso Mexicano de Antropología Social y Etnología (2014). Básicamente, descubrí que el método netnográfico era empleado para estudios sociales enfocados en el análisis del ciberespacio. El Dr. Pablo Matos, quien presentó el método como parte de su ponencia, lo empleó en su modalidad cuantitativa. Sobre todo, con el fin de dar seguimiento a un grupo de inmigrantes españoles por medio de un foro en Internet. Posteriormente, tuve que realizar un segundo estado del arte ahora enfocado en la comprensión del método netnográfico. Donde, como mostraré más adelante, pude reconocer su faceta cualitativa, así como los trabajos que se habían elaborado al respecto.

Cada una de las piezas teóricas y metodológicas que conformaban el esqueleto de mi objeto de estudio fueron

⁵ Sobre todo, fue un proceso dialógico a partir de categorías como las mediaciones comunicacionales, las matrices de significación, una concepción fenomenológica sobre los individuos, la cultura popular y la semiótica.

cobrando mayor coherencia. Al correr del tiempo, dentro de los seminarios de tesis, era notorio como mi planteamiento inicial iba re-estructurándose conforme avanzaba en la investigación e iba incorporando nuevos elementos conceptuales. Sin embargo, a la par de que el objeto de estudio iba cargándose de coherencia, asimismo, para las tradiciones disciplinarias como la antropología social y la sociología se iba tornando cada vez como un objeto menos reconocible. Hecho que notaba frente a las reacciones de incompreensión de mis propios profesores a cargo de los seminarios —y que valga decir, no asisten al Seminario de Socioantropología— así como de los rechazos que sufría para poder participar en congresos de sociología, filosofía e incluso de comunicación. Por eso, otra de las cualidades que considero importantes al momento de construir un objeto socioantropológico, es su estatus de intersticialidad desde el cual se enmarca su fabricación. Con ello me refiero a que el trabajo del investigador, que adopta una perspectiva socioantropológica, deberá maniobrar desde la marginalidad de su proyecto. Esto con el fin de ir elevando el estatus de su estudio hasta alcanzar su reconocimiento como un objeto válido a la luz de la visión de los profesores —ajenos a la propia perspectiva—, de los congresos, coloquios, revistas e inclusive de los posgrados a los que cada uno aspire postular. En última instancia, lo que se busca establecer mediante este acto, es lograr reincorporar, bajo una nueva perspectiva —la socioantropológica—, aquel objeto de estudio que fue escindido de su comprensión dominante luego de ser sometido a una ruptura con la tradición epistémica a la que remitía la exclusividad de su análisis.

A continuación, proseguiré con la revisión de algunos puntos relacionados con la construcción de mi objeto de es-

tudio. Específicamente, el punto relacionado con el uso y re-configuración que realicé del método netnográfico para acoplarlo a mi estudio del *Extra de Morelos*. Sobre todo, porque en el último apartado de este artículo, revelaré los resultados obtenidos al concluir mi investigación.

La metamorfosis de Internet: la Web 2.0 y el método netnográfico

Anteriormente mencionaba, que tras haber hallado el método netnográfico, esto me condujo a explorar literatura con el fin de poseer un mayor entendimiento de su origen y utilidad. La novedad de este proceso para los fines de mi estudio, fue habilitar el plano virtual. Un ámbito que no había contemplado en mi aparato metodológico con respecto al estudio del *Extra de Morelos* y sus seguidores. De modo que a partir de su utilización tendría la posibilidad de vincular mensaje y recepción de manera dinámica, con respecto al circuito comunicativo que se establecía entre los seguidores y los administradores del diario, pero ahora desde la red social Facebook. Sin embargo, antes de poder establecer ese nuevo rumbo que tomaría mi investigación, tuve que reconstruir el trasfondo socio-histórico sobre el cual emergió la creación del método netnográfico, a manera de poder reestructurarlo para los fines de mi investigación socioantropológica.

El trasfondo socio-histórico del método netnográfico

En los años noventa, el británico Tim Bernes-Lee (en 1991), desarrollaría un software de hipertexto reconoci-

do hoy mundialmente como el «*HTTP*» (Hypertext Transfer Protocol) que en español se traduce como el Protocolo de Transferencia de Hipertexto. A aquellos primeros años de experiencia social con la Web, se le suele catalogar como la fase inicial de la Web 1.0. Clasificación que permite comprender el tipo de relación que se establecía entre el usuario y la Internet, en la que predominaba la visualización e interacción entre las novedosas páginas Web y el cliente.

Ante la creciente interacción que iba generándose entre las personas y las computadoras de escritorio con acceso a Internet, se entablaría una interesante confrontación entre dos principales posturas comprensivas, con respecto al advenimiento de la tecnología en el siglo *xxi*, auspiciada por los futurólogos y los tecnofóbicos. Siguiendo a Hine (2004: 13-17) —quien representará la síntesis comprensiva de la Web 1.0— los futurólogos se caracterizarían por ser aquellos teóricos de lo social que veían con beneplácito los desarrollos de la Internet para el futuro. Esto por el hecho de que, al concebir que su estructura se basaba más en un diseño de tipo red y no en un modelo de tipo jerárquico, suponían que esto podría conducir a acciones que motivaran el cambio social en favor de la gente; ya que éstos podrían identificarse a través de la red con los otros y así denunciar sus necesidades e intereses comunes.⁶ Por otra parte, otro sector

⁶ Como dato, sobre esta línea trabajaron principalmente los sociólogos Daniel Bell y Manuel Castells. Antes de morir, por ejemplo, Bell (2007) llegaría a concebir la posibilidad de que viviríamos en una sociedad sin ideologías y Castells (2012) dedicaría un libro en el que colocaba un

de teóricos sociales pondrá el acento más en el efecto de control y vigilancia que supone el desarrollo del Internet como parte de la vida de las personas. A grandes rasgos, sus modelos teóricos parten de una definición amplia de modernidad; entendida como un periodo histórico que se caracteriza por la sustracción total de cada ámbito de la vida cotidiana hacia la racionalidad de tipo instrumental. Mentalidad histórica que tuvo su mayor auge de representatividad en las sociedades disciplinares gestadas entre los siglos XIX y XX, como bien identificó Michel Foucault. Siguiendo este planteamiento, la adopción de las tecnologías de la comunicación para la organización de la sociedad en el nuevo siglo, no haría más que ampliar el rango de control y vigilancia de las sociedades predecesoras pero ahora adaptadas a un nivel interpersonal. De modo que a este grupo de teóricos se les identifica como del tipo tecnofóbicos; por cuanto a sus previsiones precautorias se refiere, con respecto a la amenaza latente que supone el desarrollo tecnológico.⁷

Finalmente, sería la socióloga Hine (2004) quien vendrá a sintetizar ambas posturas al fijar su posición en este marco de controversias. De un modo bastante original, recurriría a la etnografía para destrabar el problema. En ella encontró la clave para abrir una nueva ventana hacia la comprensión de la relación entre la gente y la Internet. Sin demeritar los

especial énfasis en las redes globales de solidaridad e indignación que se entretienen en los movimientos sociales que se proyectan en Internet.

⁷ Sobre esta línea podemos ubicar ciertas perspectivas pos-estructuralistas como las de Gilles Deleuze, o planteamientos neomarxistas como los de David Harvey.

aciertos que pudieran contener los dos planteamientos teóricos, Hine (2004) decidió seguir un camino distinto que no había sido explorado. El cual consistió en un cambio de dirección de la pregunta con respecto a llegar a saber: ¿Qué pasará en el futuro con la sociedad ante el creciente desarrollo e incorporación de Internet en sus vidas?, y más bien, ponerla de cabeza, para aproximarnos a saber, en realidad, ¿qué usos sociales se le da a Internet como parte de la vida de las personas? Es decir, Hine (2004) adopta la postura del escéptico ante ambas meta-teorías y decide observar y tomar nota de las prácticas y serie de usos y significados sociales que la gente le atribuye a su relación con la Internet y las tecnologías de la comunicación. En última instancia, decide hacer etnografía virtual. Lo que le daría pie a una concepción más robusta de lo que es Internet, al constatar que precisamente se trata de:

Una construcción enteramente social, formada tanto en su historia como en su desarrollo, a través de su uso. Las perspectivas de comprensión de Internet y sus usos son resultado de un moldeado que es 1) histórico, por cuanto fue un desarrollo de ideas militares en torno a la Guerra Fría, o como un triunfo de valores humanistas sobre tales ideales: 2) culturales, en tanto se diseminó a través de medios de comunicación social, en diferentes contextos nacionales: 3) situacional, pues se nutrió de entornos institucionales y domésticos dentro de los cuales la tecnología adquirió un significado simbólico; y 4) metafórico, a través de conceptos accesibles para concebir la tecnología. Es de este moldeado social que ha resultado el objeto que conocemos como Internet, aunque para cada quien pueda adquirir, según lugar y momento, formas sutil o radicalmente diferentes (Hine, 2004:46).

Los aportes de Hine (2004) me permitieron darme una muestra de lo que era seguir la dinámica social de la Web 1.0. Sin embargo, aproximadamente a partir del año 2001, es decir, casi diez años después del desarrollo de la Web de Bernes Lee, ocurrirían serias modificaciones de tipo sociales, económicas y tecnológicas que vendrían a repercutir en el paisaje de la realidad virtual. En ese sentido, la injerencia de la economía en el terreno de la tecnología modificaría los usos sociales de las herramientas de comunicación digital. Por ejemplo, si el modelo de la Web 1.0 se basaba en la clásica relación de tipo comprador y vendedor, la nueva web 2.0 estará caracterizada por incitar a que sean los propios consumidores los responsables de los productos y contenidos que les gustaría que el mercado les ofertara. O bien, como nos dicen Feixa y Fernández (2014: 43): «la web 2.0 permite y alienta la conversión del consumidor en prosumidor, es decir, en consumidor y productor de contenidos a la vez».

Por otro lado, cabe mencionar que bajo la fachada de apertura que el mercado establecería, mediante este cambio de estrategia, con respecto a que sean los propios internautas quienes aporten sus ideas con miras a que se configuren como sus futuros consumos, lo que en realidad se va a privilegiar en este nuevo capitalismo electrónico-digital será la conversión de la creatividad en mercancía. Ahora se privilegiará a los sujetos (principalmente jóvenes) con iniciativas emprendedoras: «Hoy la capacidad de creación se ve capturada sistemáticamente por los tentáculos del mercado, que atizan como nunca esas fuerzas vitales pero, al mismo tiempo, no cesan de transformarlas en mercancía» (Sibilia, 2008: 13).

Derivado de este nuevo panorama, lo que en Hine (2004) se había considerado como la realidad virtual —al hecho de

la navegación de las personas por las páginas webs— ocurrirían una serie de innovaciones que permitirán engrosar la experiencia de las personas en Internet, ahora desde el establecimiento de un verdadero ciberespacio.⁸ Este será el punto de partida para comprender la aparición de diversas plataformas digitales como: los servidores de correo electrónico —los más famosos como *Gmail*, *Yahoo!*, *Hotmail*, ahora *Outlook*— los buscadores Web como Google, Firefox y Wikipedia, y las famosas redes sociales como: *Facebook* (2004), *Youtube* (creada en 2005 y hoy pertenece a Google Inc.) *Twitter* (2006) y las novedosas *Instagram* (2010, que pertenece a Facebook Inc.), *Snapchat* (2011), *Whatsapp* (2010, perteneciente a Facebook Inc.), entre muchas otras plataformas, que sólo serán funcionales si el internauta actúa sobre ellas y las dota de contenidos. De otra manera, sólo serían meras planillas en blanco.

Mediante la utilización de esas plataformas, que sólo funcionan si hay actuantes en su interior, el actual capitalismo electrónico-digital incentivará la creatividad social desde la puesta en marcha de remuneraciones o monetizaciones a todos los que colaboren con la transmisión de contenidos por las redes. De esta manera, redes sociales como YouTube o Facebook comenzaron a repartir las ganancias generadas —por medio de la publicidad que es capaz de plegarse en los contenidos— con el público que decide generar información

⁸ Mismo que podemos concebirlo como un espacio creado a través de la inter-vinculación entre internautas mediados por aparatos electrónico-digitales y, principalmente, sustentados desde las distintas plataformas virtuales con el uso de Internet. O sucintamente, en términos de Fernández (2007: 119): «El ciberespacio entendido como un espacio perceptivo. [...] un espacio artificial creado mediante tecnologías informáticas».

en sus plataformas. Como puede ser la creación de un video donde se abordan infinidad de temáticas o por compartir contenidos ingeniosos —como los memes— que tienen un elevado volumen de seguidores. Ambos ejemplos reflejan el actual modelo de producción y distribución del capital en la época contemporánea, caracterizado, además, por los soportes del marketing y la publicidad que acompañan a las mercancías digitales.

Ese esquema que combina, por un lado, una convocatoria informal y espontánea a los usuarios para «compartir» sus invenciones y, por el otro, las formalidades del pago en dinero por parte de las grandes empresas, parece ser »el espíritu del negocio« en este nuevo régimen (Sibilia, 2008: 23).

Los altos volúmenes de información social que comenzaron a circular por el ciberespacio, llamaría la atención de las nacientes compañías comerciales, ávidas por poseer información valiosa con respecto a los gustos de sus consumidores. Tal y como señala Becerra (2016: 64): «el producto de esta revolución es la configuración progresiva de sociedades informacionales intensivas en el uso productivo de la información como recurso distintivo». A partir de este momento, surgirá una nueva veta de exploración desde el ámbito del marketing, que estará interesada, primero, en la extracción de altos volúmenes informativos, y segundo, en llegar a construir perfiles psicológicos de sus potenciales consumidores. A aquella maniobra se le reconocerá como el Big Social Data. Que, en términos simples, hace referencia a aquel tipo de información que aporta de manera voluntaria y de tipo per-

sonal todo usuario que utiliza cualquiera de las plataformas digitales de la Web 2.0, presentada en términos estadísticos.

Un representante de MySpace ilustró el optimismo que rodea estas iniciativas, con el ejemplo de una usuaria de la red social a quien le gusta la moda y escribe en su blog acerca de las tendencias de la temporada, incluso llega a contarnos que necesita un par de botas nuevas para el otoño. La conclusión parece obvia: ¿quién no querría ser el anunciante capaz de venderle esos zapatos? [...] El nuevo mecanismo de marketing también posibilita otras novedades: si un usuario compra un paquete turístico, por ejemplo, la agencia de viajes puede publicar una foto del turista como parte de su aviso social, con el fin de estimular a sus conocidos para que compren servicios similares. Nada influye más en las decisiones de una persona que la recomendación de un amigo confiable, explicó el director y fundador de Facebook. (Sibilia, 2008: 25-26)

A raíz de esta atmósfera imperiosa por extraer la mayor cantidad de información sobre los usuarios y su experiencia por las redes sociales, terminaría por influir en la creación del método netnográfico a cargo del antropólogo norteamericano Robert Kozinet (2006). Desarrollado en su tesis doctoral, Kozinet (2006) lo propondría como un método estadístico que diera cuenta del rastreo de las huellas que dejaban los internautas tras su paso por la Internet, mismos que eran expresadas principalmente a través de complejos diagramas de dispersión. De modo que el método netnográfico se encontraba en completa concordancia con aquellas intenciones comerciales por tratar de configurar la actividad económica de los internautas. Por lo que se afiliaba perfectamente con otras herramientas analíticas propias del Big Social Data,

como: «CAQDAS», «MotiveQuest», «Nelsen» y «Buzz Metrics» (Achadiat, 2013).

Una vez identificada la raíz económico-estadística sobre la cual se había desenvuelto el planteamiento de la netnografía, en cuanto al análisis de los usos de las redes sociales, me di a la tarea de re-estructurar ese planteamiento mercadológico con los fines de mi estudio sobre el diario *El Extra de Morelos*. De manera que, en lugar de buscar responder con la netnografía la pregunta sobre: ¿Cuánto consumen o mencionan los usuarios determinada marca en sus redes sociales? Lo que en realidad me interesaba revelar mediante su uso eran los factores alusivos a la subjetividad, o en términos de Michel De Certeau, dejar ver las maneras de hacer de los individuos frente a sus consumos.

El análisis de las imágenes distribuidas por la televisión [e Internet], del tiempo que pasamos ante el aparato, de las elecciones hechas por los usuarios, etc., no dicen nada de lo que el consumidor fabrica durante esas horas y con esas imágenes. Los aparatos científicos, siguiendo la lógica de los sistemas económicos midiendo el avance de estos productos, permanecen ciegos sobre el uso que los practicantes hacen de ellos. (De Certeau citado por Mattelard y Mattelard, 1997: 105)

Fue entonces cuando llevé a cabo una reconfiguración de diversos conceptos que me permitieran habilitar una mirada más enfocada en aspectos cualitativos derivados de las interacciones de las personas con las redes sociales. Es decir, visualizar verdaderas sociabilidades desde y en el ciberespacio. Por ejemplo, las denominadas comunidades virtuales, siguiendo a Piscitelli (2002), ahora se caracterizarán por ser

espacios de tipo online en los que se desarrollan actividades relacionadas con el continuo flujo e intercambio de información entre un variado grupo de personas, mediados por ordenadores y tecnologías digitales. La cantidad de información que suele circular entre sus integrantes, se encuentra regida bajo el compartimiento y la coincidencia de un conjunto de temas, ideas, gustos y sentimientos en común. Razón por la cual, ahora se vuelve posible distinguir dos de sus principales funciones. Por un lado, suelen ser espacios en donde los sujetos buscan comunicarse e interactuar entre ellos para aportar información u opiniones con respecto a algún tema de diversa índole. Por otro lado, suelen ser espacios a los que los individuos recurren, ya sea para la obtención de algún tipo de información (política, económica, de salud, sexual, entretenimiento, vehicular, etcétera) o para la confirmación y reforzamiento de sus propias ideas con relación a sus inquietudes, deseos y pensamientos sobre algún acontecimiento, producto o situación.

Otra concepción que se vio modificada por ese giro cualitativo de las redes sociales, provino de tomar a Internet, ya no en términos algorítmicos sino como una herramienta o tecnología social e históricamente situada. Tal y como fue identificada por Mayan (2002: 3) al señalar que Internet:

Es un concepto que hace referencia, en primer lugar, a una tecnología determinada. Un conjunto de hardware y software que permite el intercambio de información digital a un nivel mundial. No obstante, como científicos sociales/humanos, el punto de partida de la acotación de un área de estudio no debe basarse en criterios técnicos sino, obviamente, socio-culturales. Por ello, no parece razonable ni fundamentado el uso de

Internet como concepto analítico ni descriptivo válido a un nivel científico, si a lo que nos queremos abocar es al análisis del fenómeno social.

Dentro de este mismo influjo cualitativo, el propio método netnográfico debía ser replanteado. Esto con el fin de pasar de ser una herramienta estadística, a un método más próximo al rastreo de las prácticas de socialización que se llevan a cabo desde las redes sociales.⁹ Para ello, vinculé distintas perspectivas a manera de concretar esta labor. Identifiqué como un iniciador de ese proceso al antropólogo español Miguel Del Fresno (2011), quien, a pesar de no aterrizar sus postulados en algún trabajo empírico, al menos delineó el método en términos hermenéuticos. En primer lugar, establecería una redefinición del uso del método,¹⁰ declarando que se trata de una nueva adaptación de la etnografía «[...] idónea para la investigación de grupos limitados de personas que compartan un objetivo, afinidad o necesidad como eje vertebrador de la conformación de una comunidad online, que puede tener su nacimiento en el contexto social offline u online» (Del Fresno, 2011: 82). Como parte de esta definición,

⁹ Además del método netnográfico, otros métodos de tipo ciber-etnográficos relacionados con el estudio cualitativo del ciberespacio, se encuentran la etnografía en red y nuevas versiones de la etnografía virtual. Para una revisión más amplia véase; (Rodríguez, 2013); (Atochero, 2013).

¹⁰ Cabe mencionar que el neologismo netnografía hace alusión al método etnográfico pero adaptado al análisis del ciberespacio. Derivado de la conjunción del sufijo «net»= network o mundo virtual y «grafía» del griego grafos o escritura. A grandes rasgos, se trata de un método de recolección y análisis de la información que producen los internautas durante su desenvolvimiento por el ciberespacio en términos cualitativos. (Kozinet, 2006).

siguiendo a Esqueda (2009: 38) plantee una nueva concepción acerca del surgimiento de las comunidades virtuales, considerando que éstas pueden ser del tipo puras o mixtas. Las del tipo puras hacen referencia a aquellos grupos de personas que se vinculan alrededor de cualquier idea o con algún propósito en común, a través de la mediación de las redes sociales; sin posibilidad de que alguna vez establezcan contacto cara a cara.¹¹ De modo que, las comunidades del tipo mixtas, corresponderían a aquellas que surgen desde ambos planos de la realidad online y offline pero que no necesariamente llevarían a cabo las mismas prácticas de socialización al comparar ambos planos.¹²

En los estudios de corte etnográfico, el investigador delimita de manera clara la comunidad, espacio físico e individuos que integran su unidad de análisis sociocultural, algo parecido se produce con el uso de la netnografía. Como

¹¹ Cabe mencionar que el neologismo netnografía hace alusión al método etnográfico pero adaptado al análisis del ciberespacio. Derivado de la conjunción del sufijo «net»= network o mundo virtual y «grafía» del griego grafos o escritura. A grandes rasgos, se trata de un método de recolección y análisis de la información que producen los internautas durante su desenvolvimiento por el ciberespacio en términos cualitativos. (Kozinet, 2006).

¹² Por poner un ejemplo, podríamos hablar del grupo del seminario de socioantropología, en el que sus integrantes se reúnen y socializan entre ellos cara a cara, pero que un día deciden crear un grupo desde la App en Whatsapp. Con lo que se habilitaría una prolongación de su existencia ahora desde un plano Online. Sin embargo, si contrastáramos la forma en que ambos grupos establecen sus socializaciones, descubriríamos que existen discrepancias. En donde, quizás, la persona que se presenta de manera tímida en la relación cara a cara, desde el grupo en Whats, se muestra como un líder al ser el encargado de socializar las lecturas del seminario. Entre esas y otras diferencias son el tipo de contrastes que caracterizan a las comunidades del tipo mixtas.

mencionará Gebera (2008:87), mediante «un procedimiento metodológico se pretende estudiar las características, las prácticas y las opiniones habituales, de los grupos sociales en red sobre diversos temas, como salud, educación, viajes, coches, juegos, [...] en el que se busca conocer qué piensan los usuarios, sobre aquellos temas tan diversos». De ahora en adelante, el método permitirá al investigador aproximarse a la acción social de tipo digital que generan los internautas mientras se desenvuelven por el ciberespacio. Misma que adquiere una forma fenomenológica ad hoc con respecto a los recursos que la Web lo permite; que es principalmente expresada de manera objetiva a través de formas escritas, imágenes, emoticones, fotografías, archivos de audio o de video (Del Fresno, 2011). Por ello, el netnógrafo incorporará a sus herramientas de recolección de la información, instrumentos tales como: los blogs de notas, las capturas de pantalla, los recortes y el almacenamiento de información en carpetas de archivos para audio y video (Mateos y Durand, 2014). Además, dado que el investigador se encuentra en un entorno cambiante y en permanente estado de conexión e in-conexión, como resulta ser el ciberespacio y las redes sociales en particular, la posición del socioantropólogo como autor — parafraseando a Geertz— ya no se adecua a la del trabajo de campo o la de la realización de la observación participante. Más bien, al estar de manera intermitente en un espacio que aparece y desaparece, según la conexión discontinua de nuestras unidades de análisis, es más conveniente referir nuestras aproximaciones hacia ambientes digitales con tres nuevas sensibilidades de aproximación, como son: las inmersiones,

los acompañamientos y las deambulaciones.¹³ Finalmente, si con las herramientas estadísticas se buscaba la extracción y creación del Big Social Data, desde el ala cualitativa, lo que se busca establecer desde el ciberespacio, es llegar a construir tipologías de significación generadas por los internautas o usuarios, a partir de sus interacciones y socializaciones establecidas desde alguna de las redes sociales. Es decir, se busca la sistematización del Small Data producido al interior de las comunidades virtuales.

Reconfiguradas las herramientas teóricas y metodológicas, a continuación, expondré los resultados obtenidos de mi particular caso de análisis, referida a mi inmersión por la comunidad virtual de los seguidores del *Extra de Morelos* por Facebook. En donde daré cuenta del uso del método netnográfico desde su enfoque cualitativo.

Una inmersión netnográfica sobre la comunidad virtual del *Extra de Morelos*.

Como lo mencionaba al inicio del texto, mi respectivo caso de estudio se enfocó en el análisis sobre la interacción digital efectuada entre el diario de nota roja *El Extra de Morelos* y sus seguidores desde Facebook en el año 2011. Como toda investigación científica, se debe partir desde un protocolo. En ese sentido, la pregunta que guía a la investigación será la conveniencia para utilizar el método netnográfico; puesto que debe considerarse el seguimiento, la inmersión o la deambulación de alguna comunidad por Internet, que sea, como mencionaba anteriormente

¹³ Para una comprensión más detallada sobre éstos tres tipos de sensibilidades en ambientes digitales, véase: Leitao y Gomes (2017).

con Del Fresno (2011) y Esqueda (2009), alguna comunidad que existe en forma pura o que resida en el plano offline y online del tipo mixta. En nuestro caso, nos interesamos por la comunidad de los seguidores de un diario de nota roja, conocido en la entidad morelense con el nombre comercial de *El Extra de Morelos*, por Facebook. La pregunta sistemática que guiaba a nuestro estudio, buscaba saber cuál era el tipo de prácticas de socialización que solían realizar los seguidores del diario al ver las portadas que sus administradores subían al Facebook, durante un lapso de tiempo de seis meses (mayo-octubre) en el año 2011. Con lo que mi comunidad, siguiendo la esquematización entre puras y derivadas, sería del tipo pura. Dado que se trataba de un conjunto de individuos que se reúnen de manera regular únicamente dentro del ciberespacio, sin correspondencia en el plano práctico. Asimismo, como lo que buscaba era recuperar y sistematizar el Small Social Data producido por las actividades que realizaron un número acotado de seguidores del *Extra*, en un periodo de tiempo de seis meses, utilicé herramientas como: los blogs de notas, las capturas de pantalla, recortes y almacenamiento de información en carpetas —Mateos y Durand (2014)— con el fin de registrar los comentarios de los seguidores, sus reacciones y las portadas noticiosas que el *Extra* mostraba en su página de Facebook, durante ese lapso de tiempo.

Sin entrar en detalles con respecto a los objetivos, el marco teórico y el capitulado que integran la totalidad de la investigación,¹⁴ sólo mencionaré que la intención por recuperar las interacciones que realizaron los seguidores al observar las por-

¹⁴ Para un conocimiento cabal del estudio consúltese: Romero, M. (2016). Lo popular en lo masivo: una netnografía de un diario de nota roja en el Estado de Morelos. (Tesis de licenciatura). México: UACM.

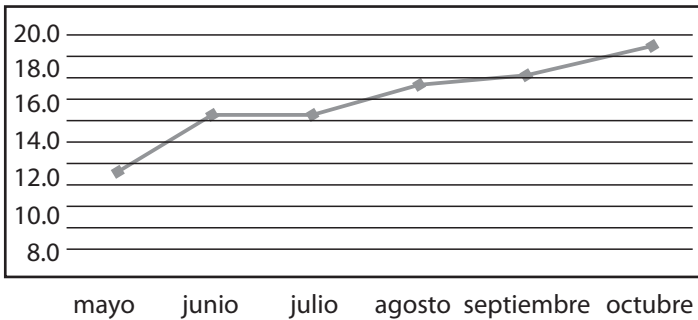
tadas durante los seis meses de análisis por *Facebook*, estuvo relacionada con la posibilidad de demostrar que entre el diario y sus seguidores se establece un proceso comunicativo basado en la negociación. Es decir, siguiendo a Barbero (1991), ocurre un proceso de negociación entre la industria cultural —o el grupo empresarial encargado de elaborar el periódico— y los códigos de significación popular de parte de sus propios seguidores. Con ello nos referimos a que para la producción de noticias con respecto a los acontecimientos que ocurrían en los municipios de Cuautla, Yautepec y Cuernavaca —municipios en los que se vende el periódico— los editores del *Extra* recurren a una serie de símbolos lingüísticos e iconográficos cargados de memoria e historia oral provenientes de las matrices de significación popular de sus propios seguidores. De ahí que conciba la relación de comunicación entre el *extra* y sus seguidores desde Facebook, más que desde términos de dominación, como un producto sociocultural mediador de dos lógicas. Una que corresponde a las matrices de comprensión de la realidad de tipo popular entre sus seguidores —como lo notamos en sus comentarios— y otra ligada a la lógica del modelo de negocios propio de una industria cultural.

Hallazgos de la inmersión netnográfica dentro de la comunidad virtual del *Extra de Morelos*

Con lo que respecta a mi trabajo de inmersión *netnográfica* sobre las prácticas de socialización que realizaron los seguidores del *Extra* al ver sus portadas, durante los seis meses de análisis, pudimos constatar los siguientes detalles:

1. De los seis meses de análisis (mayo-octubre) se destaca cómo iba incrementándose mes a mes la interacción de la gente en el Facebook del Extra (ver grafica 1). Asimismo, el mes de septiembre fue el mes con mayor interacción entre los seguidores, con un total de 423 comentarios y los meses que reportaron un mayor número de portadas fueron junio y julio con 28 portadas cada uno de los 31 días que los conforman (Tabla 1).

GRÁFICA 1. INCREMENTO MES A MES DE LA INTERACCIÓN SOCIAL EN FACEBOOK



Fuente: elaboración propia.

TABLA 1. RELACIÓN SOBRE EL NÚMERO DE PORTADAS Y COMENTARIOS PUBLICADOS POR MES

MESES	PORTADAS PUBLICADAS	COMENTARIOS
Mayo	6	44
Junio	28	353
Julio	28	345
Agosto	22	341
Septiembre	26	423

Octubre	15	285
Total	125	1,791

Fuente: Elaboración propia.

2. Al dividir los temas que aborda el *Extra* en sus portadas, la temática con una mayor cobertura noticiosa fue la relacionada con sucesos ligados al narcotráfico con un total de 42 de las 125 que en total subieron los admiradores del diario a Facebook. (Tabla 2)
3. Se pudo constatar que el tipo de orden social que se construye entre el medio y los seguidores se estructura sobre tres principales características, que son: una visión aleccionadora, maniqueista y moralista sobre la realidad. Además, *El Extra de Morelos* se encarga del abordaje de tres principales ejes, que son: el riesgo, la muerte y la sangre en la entidad.
4. De las interacciones suscitadas entre los usuarios y las portadas, distinguimos por medio de sus comentarios seis tipos de reacciones comunes. Que van desde reacciones relacionadas con cuestiones cómicas, sobre infanticidios, narcos, gente atropellada, violaciones y asesinatos.
5. De acuerdo con regularidad que los seguidores daban al significado, por medio de sus comentarios, a las portadas que el diario subía al *Facebook*, señalamos que esos seis tipos de reacciones remitían a cuatro tipos de matrices de significación popular, como son: la recriminación de los agravios, la dramatización de la vida cotidiana, el ingenio popular y la tribuna popular.

TABLA 2. CORRELACIÓN ENTRE PORTADAS PUBLICADAS Y TEMÁTICAS ABORDADAS

TEMÁTICAS	MAYO	JUNIO	JULIO	AGOSTO	SEPT.	OCT.	TOTAL
Narcotráfico (Ejecuciones, cadáveres y capturas)	4	10	9	7	7	5	42
Borrachos	1	1	2				4
Asesinatos		4	2	3	6	1	16
Robos y asaltos	1	1	3	1	1	1	8
Atropellados		4	4	2	2	3	15
Suicidios		1	1		2	1	5
Infanticidios		2			2		4
Políticos		1				1	2
Peleas				3			3
Violaciones		1	1	1	1		4
Accidentes automovilísticos		1	5	2	4		12
Accidentes con animales			1				1
Muertes accidentales		1		1			2
Operativos militares y policiaos		1		2	1	3	7
TOTALES	6	28	28	22	26	15	125

Fuente: Elaboración propia.

1. La remisión a la matriz popular sobre la recriminación de los agravios cometidos se dio principalmente en aquellas portadas donde se notificaban casos sobre violaciones, gente atropellada o infanticidios. En estas portadas, los seguidores señalaban a los culpables de los actos cometidos, además de que pedían que se les diera un escarmiento de acuerdo con la ley del «ojo por ojo». A manera de corregir las acciones desviadas y dejar mella en los futuros malhechores.
2. La dramatización de la vida cotidiana se hizo recurrente en las portadas donde se notificaba de la muerte de menores de edad. En los comentarios, los seguidores pedían oraciones para la familia del infante fallecido y a éste lo concebían como un «angelito» que ya se encaminaba a un lugar mejor con Dios.
3. El ingenio popular se hizo presente en las portadas donde el periódico *Extra* por ejemplo, proponía una portada notificando el hallazgo de un cadáver en estado de descomposición flotando sobre un río y los comentarios re-proponían un modo de interpretación. En sus comentarios, siguiendo con este ejemplo, asociaban de diversas maneras la foto presentada. El comentario con el mayor número de *like's*, veía un gran parecido entre la fotografía y una escena de la película *la momia*, y otros de manera irónica consideraban que el occiso se habría quedado dormido y por ende se habría podrido de esa manera. Lo que este tipo de portadas señalan es la capacidad de ingenio que los seguidores desarrollan para hacer comedia de la tragedia, de mostrar su capacidad para jugar con los signos iconográficos mediante la asociación de ideas de diversa índole. Parecido a los albures, que mediante la metaforización de las palabras —que hacen los ágiles albureros— dejan de significar su sentido más común para referirse a otro totalmente distinto, de corte casi siempre más picaresco y cómico.
4. La remisión a la matriz de la tribuna popular se hizo patente en tres principales casos relacionados con el narcotráfico. En el primer caso se notificaba el asesinato de un joven narco-

traficante conocido en su colonia como «el mojo». En el segundo se notificaba sobre la sentencia que cumpliría el niño sicario conocido como «el Ponchis». Por último, en donde se notificaba el caso del asesinato de una fichera a fuera de un bar. En general, los comentarios esgrimidos en esas portadas por parte de los seguidores, adquirirían la simulación de un juico. Dentro de este recinto digital, por ejemplo, en el caso de «el Mojo», los seguidores se dividían en tres rubros. Los que estaban a favor de su abatimiento; pues argumentaban que era alguien que trabajaba para el mal. Los que concebían el caso como un abuso de parte de las autoridades, debido a que, según argumentaban quienes lo habrían tratado en persona, era un buen amigo que ayudaba a la colonia. Por otra parte, los que se posicionaban desde un lugar neutral, al comentar que ni unos ni otros tenían la total razón, y recomendaban dar el pésame y seguir adelante. Al final, el veredicto sobre cómo habría que entenderse lo sucedido, se basaba en el principio de mayoría. Es decir, si la mayoría de argumentos se congregan a favor o en contra de uno u otro bando. Con estos casos, lo que consideramos es que esta recreación de una tribuna donde se dividen los individuos de manera maniqueísta frente a los casos expuestos por el *Extra*, les permite ir estructurando los hechos que se presentaban caóticos y problemáticos, a manera de otorgar con sus juicios valorativos, un sentido sobre los sucesos presentados.

Conclusión

A manera de conclusión, quisiera mencionar sólo algunas acotaciones, primero, con respecto al uso del método netnográfico, y segundo, sobre ciertas reflexiones desprendidas a propósito de lo esbozado en este artículo con relación a la perspectiva socioantropológica. En cuanto a la implemen-

tación del método netnográfico como parte de mi estudio, cabe resaltar que, aunque se trata de un método en pleno estado de exploración, resulta de gran utilidad para recuperar, observar y dar seguimiento a la serie de actividades que despliegan los individuos desde los nuevos espacios de interacción digital. Como en mi caso, donde la viabilidad del estudio, desde el punto de vista socioantropológico, se produjo por el interés de dar seguimiento al análisis de elementos de tipo inmaterial —como los comentarios y reacciones— pero que fenomenológicamente están permeados de un insuflado de significados dentro del entorno digital.

Otro asunto relacionado con el uso del método netnográfico, atañe a su costo, el cual resulta relativamente bajo, sobre todo para el análisis del *small data*, otorgándonos así la gran posibilidad de acceder fácilmente a un amplio cúmulo de información, según los intereses que se persigan investigar en Internet. Asimismo, cabe señalar la pulcritud o eliminación de interferencias que se pueden alcanzar al momento de recuperar la información de los usuarios en el ciberespacio. Ya que gran parte de las opiniones, comentarios y formas de presentarse por parte de los individuos en Internet, están desinhibidas de intervención externa, por lo que el uso de la netnografía mitiga de forma significativa la modificación de la conducta durante su desenvolvimiento por redes sociales. Lo que contrasta con otros métodos al momento de abordar a sus informantes y dependiendo de las técnicas utilizadas tales como encuestas o entrevistas.

Por otra parte, algunos retos que habrán de puntualizarse como parte del mejoramiento sobre el uso del método netnográfico, se encuentra el hecho de que, como investigadores, carecemos del control sobre las comunidades de estudio. Con

ello hago referencia a que la serie de acciones que producen los individuos, se realizan estemos o no presentes. Por lo que el investigador deberá destinar un tiempo de análisis considerable para la selección y discriminación de la información que considere sustanciosa a sus intereses. Como en mi caso, en el que tuve que proceder hacia una revisión exhaustiva de los comentarios esgrimidos por los seguidores, a manera de lograr descartar aquellos que no me eran útiles a los fines de la investigación. De modo que el método carece de direccionalidad a priori de acuerdo con las respuestas que se espera recibir de sus sujetos de estudio. Situación que contrasta con técnicas como las entrevistas en grupo o individuales, las historias de vida, las encuestas, entre otras que sí lo logran.

Asimismo, en el caso de aquellas investigaciones que se interesen por explorar la dinámica de la cultura digital, basados en un enfoque cualitativo —como fue mi caso— el investigador deberá esforzarse por describir la serie de conexiones y relaciones que entablan los individuos desde el ciberespacio. Esto cobra relevancia si tomamos en cuenta el hecho de que el diseño de las páginas de Internet y las redes sociales están estructuradas bajo consideraciones numéricas: cuántas fotos, cuántos amigos, cuántos *me gusta*, etcétera. Ante esta situación, el enfoque cualitativo en Internet, deberá empeñarse en llegar a construir una narrativa en la que se hagan visibles los patrones de significado que recubren al dato estadístico. De modo que si se decidiera investigar, por ejemplo, el canal de un joven que sube contenido a *YouTube*, el investigador de lo cualitativo en el ciberespacio, no sólo se contentará con señalarnos cuántos videos sube al mes, sino que analizará las temáticas que aborda en sus videos, de los recursos lingüísticos, frases e imágenes con los cuales

se dirige a su audiencia y, además, pondrá atención a las discusiones y tipos de interacciones que realizan sus seguidores al decodificar el mensaje. Mediante esa ruta se conseguirá dibujar un cuadro más robusto sobre la comprensión de las dinámicas de sentido y significado que construyen los individuos al utilizar las tecnologías de la comunicación digital.

Por último, con respecto a la segunda cuestión de este artículo relacionada con la perspectiva socioantropología, no cabe duda de que a partir de lo que he denominado la creación de objetos intersticiales, se le abre una enorme posibilidad a esta perspectiva para demostrar su capacidad renovadora frente al conjunto de conocimiento que actualmente se produce en las Ciencias Sociales. Si en su momento Hine (2004) declaraba que ante la incertidumbre habría que hacer etnografía virtual, en este caso aconsejaría que hiciéramos netnografías. Es decir, ante los tiempos posmodernos que por ahora transcurren, la perspectiva socioantropológica nos conduce hacia una concientización acerca de la necesidad por habilitar la construcción de objetos de estudio de tipo intersticiales. Como he intentado mostrarlo, trabajar desde los vacíos que dejan abiertos las dos principales tradiciones académicas de las que emergemos —la antropología social y la sociología— nos lleva a recorrer dos caminos que culminaran en un punto en común. Por un lado, al pugnar por una unificación epistémica entre ambas tradiciones disciplinarias, esto conduce nuestras investigaciones a un estatus de marginalidad. Por otro lado, al trabajar desde un lugar intersticial —ni completamente sociológico, ni antropológico— tenemos la posibilidad de ofrecer, bajo una perspectiva novedosa —como la socioantropológica—, la comprensión de un determinado fenómeno. Por lo que ambos caminos

deberán culminar —a fuerza de coherencia y consistencia epistémica demostrada frente a profesores ajenos a la perspectiva socioantropológica, así como en congresos, revistas y posgrados— en la re-incorporación de nuestro objeto de estudio al campo de las Ciencias Sociales. De ahí nuestro actual trabajo por reformular conceptos, criticar autores y proponer metodologías que coadyuven a encuadrar la complejidad que supone el estudio de la realidad social, así como a elevar el status de nuestro trabajo periférico. Tal y como lo intenté mostrar en este artículo, en el que apoyándome tanto en fuentes y autores de diversos campos disciplinarios, así como promoviendo el uso de un novedoso método como el netnográfico, suponen un intento por construir conocimiento socioantropológico frente a las nuevas formas de interacción social que se presentan desde el ciberespacio.

Bibliografía

- ACHADIAT, R. (2013). The representation of Americanization myths in the Internet Memes on the 9gags Comedy Website, *Passage*, 1(2), 45-54.
- ATOCHERO, A. (2013). Ciberantropología: comprendiendo el ciberespacio desde una perspectiva humanística, *Tejuelo: Didáctica de la lengua y la literatura. Educación*, (8), 145-151.
- BECERRA, M. (2016). Revolución digital: una introducción. Entre la crisis de legitimidad y sostenibilidad. *Revista Mexicana de Comunicación*, 1(139), 64-69.
- BELL, D. (2007). *Cyberculture theorist. Manuel Castells and Donna Haraway*. New York: Routledge.
- CASTELLS, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era de internet*. España: Alianza Editorial.
- DEL FRESNO, M. (2011). *Netnografía. Investigación, análisis e intervención social online*. Barcelona: Editorial UOC.
- ESQUEDA, S. (2009). *La Nueva Antropología en Internet*. Debates IESA, 14(2), 36-40.
- FAURA, R. (1999). La cultura local en el ciberespacio. En: *Antropología del ciberespacio*. (Comp.) Cucurella, L. Ecuador: Ediciones ABYA-YALA.
- FEIXA, C. y Fernández, A. (2014). Generación @ versus generación #. La juventud en la era hiperdigital. En: *Audiencias juveniles y cultura digital*. (Eds.) Amparo, B. y Figueras, M. Barcelona: Bella tierra: Instituto de la comunicación, Universitat Autònoma de Barcelona.
- FERNÁNDEZ, P. (2007). Espacio vivido y ciberespacio. En: *Filosofía y realidad virtual*. (Eds.) Moreira, et al. España: Prensas universitarias de Zaragoza.

- GEBERA, T. (2008). La netnografía: un método de investigación en Internet. *Quaderns Digitals, Revista de Nuevas Tecnologías y Sociedad*, 11(52) 81-93.
- HINE, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: UOC.
- Kozinets, Robert (2006). Click to Connect: Netnography and Tribal Advertising, *Journal of Advertising Research*, 46(3) 279-288.
- LEITAO, D. y Gomes, L. (2017). Etnografía en ambientes digitales: deambulaciones, acompañamientos e inmersiones. *Revista Antropolítica*, 42, (1) 41-65.
- LIPOVETSKY, G. y Serroy, J. (2010). *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona, Argentina.
- MARTÍN BARBERO, J. (1991). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. México, G. Gili.
- MATEOS, P. y Durand, J. (2014). ¿Residencia y ancestros? Estrategias de acceso a la nacionalidad Española en un foro virtual en internet. En: *El valor de la etnografía para el diseño de productos y servicios y políticas TIC*. Colección de memorias de seminarios (Coord.) Matuz, R. (3) 39-56.
- MATTELART, A. y Mattelart, M. (1997). *Historia de las teóricas de la comunicación*. España, Paidós.
- MAYANS, J. (2002). *Conceptos y términos para el análisis socioantropológico*. Primer congreso Online del observatorio para la cibercultura. Cultura y política. Universitat de Barcelona.
- MILLAN, M. (2016). Sociedad del conocimiento y capitalismo cibernético. Introversiones sobre la cibernética como ciencia del control. *Revista Mexicana de Comunicación*, 1(139) 7-14.
- PISCITELLI, A. (2002). *Ciberculturas 2.0. En la era de las máquinas inteligentes*. Buenos Aires: Paidós.
- RODRÍGUEZ, M. (2013). Intercambios a través de la red: yo te doy, tú me das, *Revista de Antropología Experimental*. (13) 2-4.

- SIBILIA, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WENKEL, R. (6 de Agosto del 2016). *Internet cumple un cuarto de siglo*. Dw.com. Recuperado de <http://prodigy.msn.com/es-mx/noticias/tecnologia/internet-cumple-un-cuarto-de-siglo/ar-BBvjWyV?li=AAggXBN&ocid=mailsignout>
- ZANONY, L. (2008). *El imperio digital*. Buenos Aires: Ediciones B.

Juventudes mexicanas y reggaetoneras: apuntes para una mirada socioantropológica

RICARDO CARLOS ERNESTO GONZÁLEZ¹

Introducción

El siguiente texto se articula en una estrategia para abordar (teórica, epistémica y ontológicamente) desde la Socioantropología a un agrupamiento juvenil en la Ciudad de México. El supuesto gira alrededor de un ejercicio transdisciplinar, en donde las etnografías multilocales (Marcus, 2001) y el análisis sociocultural (Reguillo, 2007), se inscriben como dispositivos (teórico-metodológicos) dentro de una investigación situada y crítica (Montero, 2010); asumiendo a la complejidad social no sólo como parte del fenómeno, sino como pieza clave en la incorporación del sujeto cognoscente dentro de la construcción del trabajo de campo —recono-

¹ Licenciado en Ciencias Sociales, por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Maestro en Estudios Socioculturales, por la Universidad Autónoma de Baja California y doctorante en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana.

ciendo y problematizando la visión adultocéntrica de la academia—, así como en el diseño de la metodología horizontal (Vasilachis, 2006) y de co-construcción (Corona, 2012). El texto se anclará en un trabajo de campo realizado entre el 2012-2014 —plasmado como tesis de licenciatura— con un agrupamiento juvenil (mujeres y hombres) de la Ciudad de México: los *reggaetoneros*.

Entre la juventud y la socioantropología: debates y confrontaciones

Los trabajos de investigación que se han realizado respecto a las juventudes, desde las academias en las ciencias humanas y sociales, se ha visto trazados con directrices adultocentristas, generando un sentido discursivo que avanza en una sola dirección: el adulto hablando sobre el joven. En consecuencia, la principal intención de este texto reside en plantear una estrategia de trabajo frente a los agrupamientos juveniles contemporáneos en la Ciudad de México (CDMX). Apuesta que tiene como punto inicial la problematización epistemológica respecto a la transdisciplina, en los marcos de lo que aquí denominaré *socioantropología*. Seguidamente, aparece como epicentro el caso de las juventudes *reggaetoneras* en la CDMX durante el 2008-2014, que en su interacción y performatividad fueron un foco de atención para los medios amarillistas, del prejuicio articulado por el señalamiento de la precariedad e ilegalidad, de la ruptura de los «buenos valores» y como fracaso de las expectativas ocupacionales hegemónicas (trabajo regulado y educación formal).

En ese sentido, frente a los imaginarios construidos en torno a las juventudes, el ejercicio crítico de análisis demanda

un estudio que, en su base, tenga dos propuesta centrales: la primera de ellas alude a la necesidad de plantear el uso conceptual de la *juventud* como centro del análisis urgente en los contextos mexicanos, respondiendo a la par ante la noción hegemónica de la *adolescencia* que históricamente ha delimitado la relación entre la sociedad y quienes se encuentran en una etapa donde no son considerados infantes, pero tampoco adultos. En ese mismo orden, la segunda de estas propuestas busca construir el vínculo analítico entre el trabajo académico de estas poblaciones y la construcción socioantropológica de los *sujetos de estudio transdisciplinarios* —construidos desde la antropología, sociología y psicología social—, concibiéndoles como actores con agencia y capacidad transformadora.

Sabemos bien que al paso del tiempo las sociedades van transformándose a la par de los contextos que les rodean; de tal modo, el ejercicio que implica pensar a las juventudes mexicanas bajo los modelos teórico-epistémicos diseñados hace 20 años sería erróneo, así como alarmante suponer que el evolucionismo es partida ganadora en el análisis contemporáneo de las ciencias humanas y sociales. Si bien, es cierto que no es nuevo el esfuerzo por atender de forma crítica a las juventudes contemporáneas en la CDMX, tampoco es posible afirmar que muchos de los trabajos en torno al agrupamiento de las juventudes reggaetoneras se hayan descolocado claramente de las narrativas prejuiciosas que violentan, sistemáticamente, sus condiciones de vida.

De primera instancia, lo que está detrás de la lectura acerca de las juventudes es la interpretación adultocéntrica del «deber ser», que articula exigencias y expectativas de vida impuestas sobre estos sectores, la homogeneidad que se

pretende de estas poblaciones es más un idealismo que una realidad, únicamente congruente en los imaginarios de los mundos adultos (Duarte, 2012). Ejemplo de ello es la contraposición —epistémica— que prevalece entre el uso conceptual de la *juventud* y el de *adolescencia*, en donde este último concepto sugiere, principalmente, un estado incompleto o inacabado en la condición psicológica y cultural del sujeto. Cuando Nateras (2016) señala que «Pensar a las juventudes implica pensar al país que habitan» sugiere que en ese ejercicio analítico es necesario situarlas en el conjunto de sus instituciones, relaciones sociales y condiciones sociopolíticas, lejos de un paradigma biologicista. Así, el discurso justificante de la incompletud, como lo pretende el concepto de *adolescencia*, termina por chocar con pared.

Lo que sabemos de las juventudes —mexicanas y de cualquier otra parte del mundo— está atravesado por la necesidad de control, construido hegemónicamente desde la mirada de quien es adulto. Instituciones como la *United Nations International Children's Emergency Fund* (UNICEF), en *La agenda de la infancia y la adolescencia 2012-2018*, han definido a estas poblaciones como si fueran un punto estático de aprendizaje, recepción y pasividad ante el mundo que les rodea: «[...] en razón de que el adolescente se encuentra en un proceso de formación física, intelectual, emocional y moral, esta etapa constituye un terreno fértil para sembrar bases de justicia, solidaridad, productividad y democracia.» (p. 3)

En los discursos institucionales, validados por la voz hegemónica de los mundos adultos (Duarte, 2012), es posible leer un despojo simbólico con respecto a sus agencias o capacidades de construcción y significación sociocultural. Para Lozano (2014) en su debate teórico en torno a las *ado-*

lescencias, las personas que son definidas así, se encuentran en una etapa de transición a la vida adulta, siendo ésta el final de un camino que debe ser constantemente tutelado, con la principal premisa de obtener, como resultado, a un sujeto activo y con posibilidades óptimas de función en una determinada sociedad.

La falta de correspondencia entre las obligaciones socialmente diseñadas, la inoportuna y poco efectiva producción económica o inclusive el incumplimiento de roles de género, sociales y afectivos, son características no toleradas por las instancias de guardia adulta, dando como resultado una apariencia de las juventudes permeada por el prejuicio de la incompletud y dispuestas al modelaje. Imaginario que resulta fundamental en las interacciones cotidianas de la sociedad y sus instituciones con respecto a las juventudes. Esta propuesta, que puede llegar a ser rastreada en trabajos clásicos de la antropología como el desarrollado por Mead (1993), deja de lado la capacidad de pensar a estos sectores fuera de un proceso lineal de «desarrollo». Situación que produce una confusión grave en la aplicación del concepto adolescencia, frente a la lectura social de la juventud.

En el caso de las juventudes *reggaetoneras*, no sólo ha bastado con sentenciarles como jóvenes en conflicto con las normas de buena conducta o en conflicto con la ley, sino que han tenido que ser construidas desde otros discursos que inician a clasificarles, por su condición juvenil, para luego ir sumando aspectos de contexto, consumo, identidad, clase social, género, acceso laboral, etc. Un ejemplo de esto es el descolocado término de *Ninis*, acuñado por los medios de comunicación y emitido por figuras públicas como el ex rector de la UNAM José Narro, en agosto del 2010, o los graves pro-

blemas de homo, trans y lesbofobia que han desencadenado reprobatorios episodios de violencias físicas.

La marca de la indisoluble vigilancia ha promovido que se haga pesada y sólida la idea de que el deber de quien es adulto es estar detrás del monitoreo de lo que son y hacen estas poblaciones «incompletas». El ejemplo de los rituales de paso entre la infancia y la adultez, en donde la transición entre estas dos etapas se daba justo al iniciar la vida reproductiva y el afrontar el rol de proveedor y maternidad, una suerte de salto simbólico que se percibe más como un proceso ambiguo y lineal. Pero la complejidad contemporánea, al margen de las representaciones coloniales, nos marca otras muchas aristas por las que deben ser socializados estos actores: el abandono de los estudios, el embarazo a temprana edad, la incorporación al mundo laboral, son particularidades que no dejan de ser detonantes de estos pasos que llevan a pensar a la niñez como el peldaño que precede —formalmente— a la adultez, dejando un espacio en blanco que es denominado como *adolescencia* (Galeana, 2013).

Esta mirada, totalmente centrada en procesos que validen su incorporación a las instituciones económicas y familiares, va anclada a paradigmas biologicistas rígidos. Sin embargo, lo que sucede a nivel de *vida cotidiana* (Heller, 1977) ha rebasado cualquier parámetro imaginado por quienes, desde su escritorio, suponen modelos de atención, abordaje e investigación con poblaciones que han sido percibidas como focos de la tutela. Según Alfredo Nateras (2010) en el trabajo intelectual que remite a estos sectores, deben tomarse en consideración algunos elementos fundamentales, entre los que se resaltan: situar histórica, espacial y culturalmente a dicha población. Así, el debate que aquí presento emerge de una

noción mínima de conocimientos sobre aquellas personas que se convierten en *interlocutores*.²

Ellas y ellos, a quienes por ahora vamos a llamar *adolescentes* —apelando sólo al uso crítico del concepto—, se han abordado bajo la lógica del «cuidado», que no es igual a reconocimiento. Martuccelli (2016) sostiene que en América Latina las poblaciones *adolescentes* se encuentran en una situación permanente de tensión, afirmando que en esta mirada de incompletud se denota una especie de procesos que retrocede al son de la moralidad prevaleciente, pues en sí mismos son mecanismos descalificatorios de toda acción proveniente de quien no es adulto, manteniéndose por delante de cualquier otro tipo de interacción, un prejuicio recalcitrante.

Históricamente en México a diferentes grupos juveniles se les ha descrito como desubicados y rebeldes, justo aludiendo a la ruptura de los buenos comportamientos —esperados— desde lo adolescente. Algunos ejemplos como los *Pachucos*, *Chavos Banda*, *Punks*, *Emos* y *Reggaetoneros* fueron llevados al punto de la exotización en lugar de ser sujetos de diálogo. La constante tiende a ser una especie de desfase entre lo que se espera de las juventudes y lo que se observa en su cotidianidad. Michelle Maffesoli (2009) proponía que la neo-tribalización de las poblaciones jóvenes en las urbes

² Como parte del debate que implican las metodologías horizontales y de co-construcción, el abandono del término *informante* se lee como algo más que un alejamiento epistémico, sino como un ejercicio de asumirse como un actor social que es interpelado por quienes se convierten en sujetos conocidos, frente a sujetos cognoscentes (Deveraux, 2003). En ese sentido, no llamarle *informante* sino *interlocutor* nos llevaría a problematizar las rutas interpretativas del trabajo de campo y del método diseñado.

europas era una forma de ver lo lejos que estaban las juventudes de actuar como se esperaba, estos actores no aparecían predilectamente en los espacios laborales y escolares, sino en aquellos escenarios que estaban en las calles, relacionándose con nuevas estrategias de convocatoria.

Provisoriamente, en el ejemplo de Maffesoli (2009) la organización de estas juventudes respondía a condiciones de socialización del entorno y contexto sociopolítico; detalle que debe ser resaltado por su capacidad de socialización. Las *tribus urbanas* fueron una forma elocuente de explicar que las juventudes no pueden ser considerados entes pasivos, pues eso nos conduce a delimitar sus redes y estrategias; por el contrario, al concebirlas como sujetos con autonomía y agencia llegamos a un sendero en donde la predicción positivista se vuelve obsoleta. El discurso de lo biológico, en donde entra perfectamente la adolescencia, deja de tener un peso fundamental para explicar los procesos de colectividad en donde se incrustan las juventudes. Más aún, debemos entender que no hay una anulación de la voz propia, sino que existe una precariedad de canales y vías para que estas poblaciones tengan el lugar adecuado para el diálogo.

A pesar de esa buena intención, la tribalización nos regresaba a la explicación de lo natural y hereditario de los seres humanos, pero no al diseño de formas culturales de vivir el entorno con sus condiciones sociales. Es decir, tribalizarse era una forma de exponer que estas poblaciones regresaban a formas de convocatoria tradicionales. Esta es una de las razones por las que comencé afirmando que el error más grande en el estudio de estas poblaciones yace en querer usar las propuestas de trabajo diseñadas para la adolescencia con las juventudes contemporáneas, el alcance que tiene cada

una de estas concepciones es diferente. Por el contrario, los medios de comunicación —sobre todo los amarillistas— han encontrado en las *tribus urbanas* una forma de comercializar a las juventudes reggaetoneras.³

Margared Mead (1987) en *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*, sustenta que en el cambio inevitable que implica el paso de las generaciones y la inmersión en nuevas dinámicas sociales como la expansión de industrias a nivel mundial, aparecen las primeras señales del cambio en la mirada —representación— que tienen las poblaciones adultas de otros sectores. En eso, define a las juventudes como un antagonico de la complitud

Se está produciendo una honda conmoción entre los fuertes y débiles, los poseedores y los desposeídos, los adultos y los jóvenes, y entre quienes tienen conocimientos y especializaciones y quienes carecen de ellos. La absoluta convicción de quienes sabían gobernar a quienes no sabían, se ha deteriorado. (Mead, 1987: 5)

¿Por qué debatir nuevamente sobre las juventudes y las adolescencias si cada una de estas responde a diferentes fenómenos y procesos? La discusión de lo que implica la *adolescencia* está en reconocer su condición biológica, psicológica y social. Antóna, Madrid y Alaez (2003) enuncian a la adolescencia como un sumario en donde se inscriben diferentes procesos

³ Un ejemplo de estas labores mediáticas son los productos escritos y audiovisuales de VICE, en donde se refieren a estas juventudes como una tribu urbana de la Ciudad de México, se sugiere al lector consultar los materiales: https://www.vice.com/es_latam/article/yvja4j/combos-reggaetoneros-full y https://www.vice.com/es_latam/article/5g8vqk/los-nuevos-guerreros-0000412-v6n4

que deben ser reconocidos para entender, de manera más próxima, las características del individuo y sus posibles referencias para el mejoramiento de su bienestar, al respecto señalan: «El proceso de la adolescencia, con todos sus cambios, se analiza habitualmente diferenciando tres niveles interrelacionados: Biológico. La pubertad. Psicológico. Fases y tareas de la adolescencia. Social. Emancipación, valores sociales».

Mientras que el enfoque biologicista sostendrá el cambio hormonal y fisiológico como las características centrales de esta «etapa», el enfoque psicológico y social asumirán al *adolescente* como alguien que interactúa con su entorno, sujeto activo con agencia y capacidad de interpretar su entorno, pero que al mismo tiempo está limitado por sus condiciones asignadas. Una de las críticas que hace Humberto Acosta (1993) con respecto al concepto de adolescencia, a más de 25 años de ser publicado su texto *Nuestros adolescentes: el salto al vacío de una generación*, es que sus implicaciones se han quedado en las delimitaciones temporales y no en las de sus vivencias y experiencias socioculturales, al tiempo que hace una referencia aguda de aquello que ha estado en el interés de dos disciplinas que hablan y debaten en torno a la adolescencia:

Los sociólogos hablarán básicamente de acuerdo con los criterios sociales de convivencia, considerando el tiempo de dependencia de los padres. Los médicos lo harán de acuerdo con criterios endocrinos y neurológicos y hablan hasta veinte años. En general estos criterios resultan insuficientes en la medida en que se basan en parámetros cronológicos. (p. 32)

Ver a la adolescencia como un trayecto lineal —en el que se deben cruzar ciertos momentos insustituibles e inmutables, necesarios para llegar a incorporarse como un adulto— es una posición notoriamente hermética y rígida, que a su vez imposibilita la emergencia de una mirada que se centre en las experiencias de cada sujeto. Por ello, no pretendo descalificar esta categoría como una posibilidad, sino aclarar que no es la vía más adecuada para hablar de quienes en sus trayectorias de vida transitan por diferentes procesos sociales. A diferencia de lo propuesto por Carles Feixa (2006) en su texto *Generación xx. Teorías sobre juventud la era contemporánea*, en donde sostiene que al leer a las juventudes actuales debemos pasar por diferentes momentos en que las generaciones cambian sus características y adscripciones que les permiten compartir sentidos y significados —aludiendo a la generación H, R, B, P, etcétera—, considero que las juventudes, respondiendo a un proceso de complejidad, deben ser en primera instancia contextualizadas en sus condiciones no sólo sociales, sino también en las redes culturales y políticas, sumando que en ese proceso estas poblaciones se dotan de un sinfín de herramientas de interacción que coexisten y aplican al mismo tiempo.

La categoría joven, entonces, será entendida como un proceso social en donde lo que define sus particularidades está articulado por el contexto, así como por las condiciones de su interacción, tomando en cuenta las asimetrías de poder, las resistencias, las formas de agencias, las estrategias de vida y sus trayectorias institucionales (familiares, educativas, religiosas, económicas, etcétera). José Manuel Valenzuela (2009) afirma que: «joven es un concepto inmerso en un contexto histórico y sociocultural específico, sería impensable que-

rer entenderlo fuera de lo que lo rodea», comparto esta idea para reflexionar a los jóvenes junto con todo el entramado de elementos externos que le brinda su contexto, desde el cual, únicamente, es posible pasar de un enfoque que busca la generalización y predicción como en la categoría de *adolescencia*, frente a otro que centre su atención en la interseccionalidad de los sujetos sociales como es en el caso de la categoría *juventud*.

Ser joven mexicano y ser joven chilango

Hablar entonces de las juventudes nos lleva a pensar en la complejidad —a niveles epistemológicos y ontológicos—, y ésta en sí misma se encuentra ligada a la necesidad de articular, y no sólo incorporar enfoques diversos (transdisciplinarios) para tener lecturas más profundas en los fenómenos a los que nos confrontamos en las ciencias sociales. Así, la propuesta *socioantropológica* debe, en este mismo sentido, tener claridad epistémica para estar en la sintonía de la transdisciplinariedad. Si es verdad que no podemos dar por hecho que el recurso epistémico de la adolescencia sirve para explicar a las juventudes actuales, dadas sus características emergentes, debemos buscar entonces en otras propuestas epistémicas, teóricas y metodológicas, esa capacidad de atender a lo contemporáneo. El principio propuesto por Edgar Morin (1990) respecto a la transdisciplinariedad está en construir a los sujetos de estudio desde otro lugar que no sea el positivismo y monismo metodológico, que sean legibles desde los nuevos horizontes en las ciencias sociales:

[...] la complejidad aparece allí donde pensamiento simplificador falla, pero integra en sí misma a todo aquello que pone orden, claridad, distinción, precisión en el conocimiento, Mientras que el pensamiento simplificador desintegra la complejidad de lo real, el pensamiento complejo integra lo más posible los modos simplificadores de pensar, pero rechaza las consecuencias mutilantes, reduccionistas, unidimensionales y finalmente cegadoras de una simplificación que se toma por reflejo de aquello que hubiera de real en la realidad (Morin, 1990: 11).

Un enfoque restrictivo termina por limitar la mirada y estrategia de investigación, de ahí que parta de lo básico —en mi entendido— al situarme epistémicamente desde la socioantropología, aludiendo abiertamente a las miradas críticas e inclusivas de las teorías sociales. Según José Manuel Valenzuela (2009) las dificultades que se han venido presentando en la antropología y la sociología para abordar fenómenos contemporáneos con enfoques conservadores del purismo disciplinar han propiciado la ruptura del hermetismo teórico-metodológico. Especialmente cuando se presentan casos como estas poblaciones que de una u otra forma dejaron el manto del tutelaje y control, para optar por un camino que desobedece a las reglas sociales del «deber ser».

Es la socioantropología el cruce en donde el lugar de la investigación y el investigador se hacen visibles como paralelos, donde la distancia ansiosa de la objetividad deja su centralidad, pues se sostiene en la primicia de que los temas que antes eran trabajados por el interés exótico o de moda para las ciencias sociales ahora vienen y tocan la puerta de la emergencia social, sobre todo cuando se trata de fenómenos sociales como el de las juventudes que se apropian y constru-

yen nuevas formas de existir (Valenzuela, 2012). Ferrándiz y Feixa (2004) habían conectado, desde algún lugar en el estudio de las violencias, a la socioantropología con los enfoques de la Escuela de Chicago, partiendo de que el interés de estos virajes está en los fenómenos más cercanos y contemporáneos a quienes realizan la investigación: los entornos de la vida cotidiana donde aparecen las y los investigadores.

Por mi parte, refiero que la socioantropología la percibo como la ruptura necesaria entre las disciplinas, desde donde se construyen nuevos sujetos de estudios bajo un enfoque crítico y no descontextualizado, resaltando su impacto a niveles estructurales, pero, sobre todo, en las dimensiones culturales, sociales y políticas. Sujetos de estudio que interpelan a quien hace investigación, definidos por Devereaux (2003) como los *sujetos cognoscentes*. Entre esto, las juventudes mexicanas y, de forma muy concreta, las juventudes *chilangas*, están sometidas a una serie de condiciones políticas, culturales, violentas, o incluso *necropolíticas* (Mbembe, 2011) de las que deben hacer frente, tanto aquellas que están en la denominada clase baja, clase alta y en la disidencia.

Al respecto, durante el año 2012, cada día 28, de cualquier mes, se veían a miles de personas que caminaban y recorrían los alrededores de la Iglesia de San Hipólito en el centro de la ciudad, entre muchos de los que habitan temporalmente esos espacios se hacen presentes las juventudes *chilangas*. Y aunque es visible y casi obvio que son jóvenes, la definición de quiénes son es más compleja que solo la obviedad de nuestra mirada. En México las juventudes están definidas, de manera institucional, entre los 15-29 años por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Pero, es este mismo sector poblacional el que actualmente

se enfrentan a procesos tales como el feminicidio y el juvenicidio, la precariedad laboral y educativa, la nula atención a las demandas y necesidades básicas. En su conjunto con la infancia (0-14 años), representan aproximadamente el 56% de la población total de México (INEGI, 2018).

Por otro lado, los datos arrojados en los portales digitales del Gobierno Federal en México afirman que las juventudes, comprendidas entre 12 y 29 años, representan un aproximado del 31.4% de la población total del país. Esta imprecisión, que no debe pasar desapercibida, no está sujeta únicamente a la falta de acuerdos o comunicación entre diferentes órganos de gobierno, sino a la poca capacidad crítica de entender que la juventud, como un proceso sociocultural, no pertenece al orden de lo administrativo. En esa lógica, hablar de lo juvenil fuera de sus experiencias, sería útil únicamente para incorporarlos en una tabla que sume o reste a la población, no para comprender e interpretar sus vivencias y trayectorias. Situar a las juventudes en sus coordenadas narrativas (Haraway, 1995) nos ayudan a tener una lectura de su identidad en términos simbólicos y ritualísticos (Turner, 1999), en lo que se ha entendido como sus procesos paralegales (Reguillo, 2006) y bioculturales (Valenzuela, 2009).

San Judas Tadeo en la narrativa juvenil

La Iglesia de San Hipólito se convirtió en un epicentro para la adoración a San Judas Tadeo y aunque ésta era una tradición de muchos años, lo diferente fue la presencia de nuevas poblaciones que se comenzaron a incorporar en sus celebraciones mensuales. A cada día 28 que transcurría, las y los jóvenes que llegaban a las inmediaciones de la iglesia iban in-

crementando en número, con ello su visibilidad comenzó a ser un tema difícil de ignorar tanto para quienes asistían a dicha celebración, como para el resto de la población capitalina. Sin embargo, las juventudes siempre han estado expuestas al juicio colectivo, como respuesta a esta emergencia los medios de comunicación iniciaron un proceso de señalamiento en donde el referente identitario acuñó dos términos principalmente: *Reggaetoneros*, *Chakas* y *Combos*. No existió sorpresa en esta forma de abordar y percibir a las juventudes, al final del día en México existe una tradición de acusación a quienes en su trayectoria juvenil se apropian de sus estéticas, cuerpos, sexualidades y espacios contextuales. Este agrupamiento fue uno de los más controversiales en la Ciudad de México, inclusive ahora —2019— que se han visto mermados con el paso del tiempo, tema que está relacionado con la persecución y falta de espacios para el divertimento ejecutada a partir del 2010 en la CDMX.

Entre el 2008 y el 2014 su visibilidad fue notoriamente mayor a la que tienen ahora, tanto ellas y ellos, como los espacios y los consumos culturales de los que se les reconoce la música y sus corporalidades, estuvieron determinados por un marco de estigmatización que fue anulando mucho de lo que pueden expresar y narrar en sus trayectorias de vida. Los principales lugares de visibilidad fueron las colonias populares de la Ciudad de México —junto con las primeras zonas aledañas del Valle de México— y los alrededores de la Iglesia de San Hipólito, que es conocida por su devoción no a ese santo del que lleva su nombre, sino a San Judas Tadeo el afamado «santo de las causas difíciles». Pero como toda construcción discursiva, el referente externo al grupo es un factor importante a considerar, ya que en ese

mismo periodo de tiempo se publicaron numerosos artículos amarillistas, videos en plataformas digitales, programas televisados y de radio que se encargaron paulatinamente de articular nociones distantes sobre la posible propuesta identitaria de estas juventudes, promulgando el argumento de prácticas erróneas, sentenciando a su vez que no deben ser permitidas principalmente por no empatar en los códigos morales hegemónicos.

¿Qué es tan grave para romper con la lógica del ritual religioso con años de tradición? Entre las prácticas religiosas de estas juventudes el consumo de sustancias adictivas lícitas e ilícitas (alcohol y drogas inhalables) y la música-baile (reggaetón y *perreo*) era presente como parte del acto mismo de asistir a la iglesia con sus santos en las manos. Con ello las vestimentas, los colores y la configuración de las corporalidades impactaba visual, olfativa y auditivamente a quienes esperaban ambientes religiosos al estar en una celebración católica. Llamarlos reggaetoneros o *chakas* fue, entre otras cosas, un señalamiento que de primera instancia ellos no reconocían. De hecho, los dispositivos que articulan sus juventudes se entienden en su movimiento y andar por la ciudad.

El 28 de octubre del 2011, teníamos una cita a las 9 de la mañana en «La Curva», un mercado que se encuentra en las inmediaciones de la colonia Pensil, dentro de la alcaldía Miguel Hidalgo. La convocatoria fue en *Facebook*, *WhatsApp* y de boca en boca. Vistiendo playeras grabadas con aerógrafo, la marca que identificaba a todos los presentes era: *5ta peregrinación de San Judas Tadeo*, el fondo musical fue compuesto por ritmos caribeños: salsa, cumbia y reggaetón. La mayoría de los presentes son jóvenes que visiblemente están entre la edad escolar de la secundaria y

preparatoria. Cada uno de esos llevan uno o varios santos esculpidos en yeso, algunos en papel maché y otros en madera, pero es un símbolo irremplazable en cada uno de sus andares. El lenguaje que se articula en torno a este santo lo es todo, los escapularios, las playeras, las flores o las muchas imágenes alusivas al mismo personaje que se le adhieren a la figura de bulto como medallas que se asignan por cada peregrinación realizada.

Al caminar, en motonetas y algunas bicicletas llevaban bocinas para ambientalizar con música, mientras avanzábamos muchas personas reían, otras sólo caminaban en silencio, pero con un gesto de alegría. Después de atravesar dos alcaldías, al llegar a la zona centro de la ciudad se vivía una atmósfera de carnaval, un entorno lleno de celebración, música, colores y sabores. Por celebración estaba el agradecimiento al santo de las causas difíciles, los ritmos eran principalmente de salsa y reggaetón, géneros musicales de mayor presencia en los barrios populares de la Ciudad de México, los colores verdes, blancos y amarillos que hay por todos lados aluden al santo patrono y los sabores palpables que invaden el aire no sólo eran de comida, sino que se distinguían las sustancias de consumo común como el alcohol y los solventes inhalables que se usan como droga.

Sostiene Alicia Lindón (2007) que los espacios se apropiaban y no sólo se cohabitan, no estamos estáticamente en un lugar para no hacerlo nuestro, sino que lo reconfiguramos a través de la performatividad que tenemos en él. Así la presencia que se tenía de estas nuevas poblaciones no estaba bien vista, por un lado son personas provenientes de colonias que se reconocen entre quienes tienen mayores niveles de delincuencia y pobreza, pero que aún en ese estigma se hacen

visibles una vez al mes en plena zona centro de la CDMX: en el corazón del turismo urbano. No es fortuito entonces que se haya acrecentado un discurso criminalizante y estigmatizador de los jóvenes, asumiendo que su presencia en masificada en los alrededores del cuadro centro de la ciudad fuera el detonante de la inseguridad de cada mes, algunos posts en internet anunciaban el 28 de cada mes como el *chaka's day*. Para Mauro Cerbino (2013), el grave problema que cruza a las juventudes es la manera en que son percibidas por los medios, así como la forma en que estos construyen a estos sujetos sin preguntarles el qué, quiénes y cómo son:

La mirada de la mayoría de los medios es alarmista y escandalosa, reproduce o contribuye a crear estereotipos y lugares comunes al servicio de unas «verdades oficiales» que sancionan sin tener en cuenta otros y complejos factores. Los medios tienden a exagerar y espectacularizar el «mal» a la manera de una novela policial, donde de antemano se reconocen los personajes «malos» y los «buenos», el todo empaquetado con los ingredientes «justos» para que el televidente o el lector no tenga que hacer ningún juicio analítico para emitir su juicio [...] (Cerbino, 2013: 254).

La problemática visible versa en no cuestionar aquello que nos dicen los medios de comunicación —lejos de ser oficiales o alternos—. Si analizamos las formas en que se han enunciado a las juventudes reggaetoneras, nos podemos percatar de que los discursos se estancaron en un bucle entre las actividades religiosas y la ilegalidad. Inclusive podría pensarse que la responsabilidad mayor en este proceso estigmatizante está en los medios de comunicación; sin embargo, no hay que referirlos como un «mal» generalizado en el habla de las y

los reggaetoneros, es más bien el hecho de observar el mayor grado de ataques injustificados a estos agrupamientos, que son en cierta medida, los tratamientos de muchos materiales de corte amarillista.

Prueba de esto son los múltiples artículos y columnas que se han dedicado en periódicos, así como en noticieros televisados y en páginas en Internet, a «definir» o «identificar» a un *chaka* o reggaetonero. Un ejemplo de este tipo de artículos es el material que aparece en el portal de *SDPnoticias* donde titulan: «Cómo identificar a un chaka». «Los chakas, desgraciadamente ahora son conocidos como la podredumbre de la sociedad, se han hecho famosos por sus raros looks y por los escándalos ocurridos en Reforma 222 en el DF, ellos estaban indignados como cualquier persona cuando cancelan un concierto, creo yo...».⁴

La identidad, en su proceso de construcción, se compone de las representaciones de los entornos externos, así como de los internos; sin embargo, para las juventudes, los discursos mediáticos tienden a marcar una línea potente que enjuicia y determina sus vidas. A estas juventudes reggaetoneras también se les ha llamado de otras formas: *chakas*, *tepiteños*, *tepichulos*, *charangueros*, *combos* y otros. La relación que tienen cada uno de estos enunciamientos con el estigma es inherente, la extrañeza que ha sido buscada incesantemente por una parte de la antropología ya no es el motor de las y los investigadores contemporáneos, pues lo diferente, exótico, extraño o distante es ahora lo que está en nuestro

⁴ Para mayor información del lector, se sugiere consultar la siguiente liga: www.sdpnoticias.com/columnas/2012/08/03/como-identificar-a-un-chaka

alrededor, somos nosotros en ese nivel de complejidad que nos reconoce.

Para Gilberto Giménez (2002) la identidad es «[...] el conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos) a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) demarcan sus fronteras y distinguen a los demás [...]» (p. 38). Esta noción permite situar la relevancia de los referentes externos, pues finalmente la distinción del otro, impacta en quien es señalado. El reconocimiento de la otra parte, de quien está creando y dirigiendo discursos que definen y demarca a otros, es fundamental en el proceso identitario, ser percibido es en sí misma la función de la identidad. Sin embargo, como toda representación, afirma Giménez (2002) la autoidentidad y exoidentidad tienden a tener discordancias que terminan en un conflicto asimétrico de poderes, de legitimación discursiva.

Por ende, reducir el entendimiento de lo que hace o significa a las y los reggaetoneros en un pequeño listado o pronunciamiento de características a verificar como particularidades propias, es uno de los mayores peligros en tanto que nos limita la visión de aquellos elementos que podrían alimentar la construcción de una identidad como la que se adscribe a la escena reggaetonera, es un hecho que dichas juventudes han recobrado un cierto tono de espectacularidad (Nateras, 2004) en diferentes espacialidades (Lindón, 2007), pero las razones están más ligadas a un proceso performativo de la identidad y no de un «llamado de atención» por la ausencia de esto en la *adolescencia*. Generar un discurso o saber que se legitima por el hecho de venir de voces privilegiadas es parte —o resultado— de una violencia sistemática.

Notas como la anterior referida abundaron por todos los medios de comunicación; la Ciudad de México fue el epicentro de una serie de transformaciones y cambios importantes. Durante el 2012 yo iniciaba el trabajo de campo con juventudes *reggaetoneras*, que después llamaría *combos* en función de sus maneras de organización y autodefinición. Para mí, lo que denominé *escena reggaetonera*⁵ cruza por dos facetas: la correspondiente a la religión y otra que se presenta en la apropiación de nuevos espacios. En la religión, tendríamos que hacer referencia de cómo en las narrativas estos factores resaltan más allá de solo referir a los chakas como un conjunto de «extraños looks». Ken un joven originario de la Ciudad de México, integrante de la escena del reggaetón, quien se convirtió en uno de los interlocutores clave, mencionó «[...] ahorita, como te lo digo, los grupos no son como antes, antes se suponía que se juntaban de diferentes barrios y se hacían grupos de una sola banda para ir a los 28, o ir a cotorrear, o fiestas»⁶ (*Ken, integrante de UBK*).

Convocarse para asistir cada día 28 de mes a la celebración de San Judas Tadeo (SJT) pasó de ser el principal lugar

⁵ Parto de la propuesta de *escena* en el entendido de que al ser actores sociales, nuestras interacciones están sustentadas por un entramado de elementos que nos definen identitariamente, pero al mismo tiempo nos permiten tener cambios y variaciones de interacción en cada uno de los escenarios en que nos encontramos (Goffman, 2001).

⁶ Entrevista realizada a *Ken*, un joven de 18 años, perteneciente al combo de los *Uvas Kangris*, en el mes de abril de 2013. La entrevista se realizó en la Torre 9 del Metro Oceanía, después de visitar a una de sus amigas que había sido agredida días antes por un combo rival, riñas que se presentaban por la protección y defensa de otros espacios ajenos a los espacios cercanos a lo religioso.

visible de este agrupamiento a un punto secundario en sus trayectorias. El lugar de cita era, regularmente, en la Iglesia de San Hipólito ubicada en la esquina entre avenida Hidalgo y Paseo de la Reforma, en la ahora llamada Ciudad de México, antes Distrito Federal. En un inicio, los jóvenes devotos a SJT iban acrecentándose cada mes, hasta llegar al punto de ser una mayoría de los presentes en el santuario a San Hipólito, una mayoría numérica muy visible.

San Judas Tadeo, al ser el santo de adoración predilecto de estas juventudes reggaetoneras, fue incorporado dentro de su indumentaria, reflejándose en una serie de artículos que hacían alusión a dicha religiosidad: camisetas, escapularios, pulseras, figuras de yeso, plástico o madera de SJT, aretes, bolsas y decoración de serigrafiado sobre la piel, etcétera. Es importante mencionar que la creencia religiosa es un articulador para la escena reggaetonera, los días 28 se daban cita las y los jóvenes para asistir a la Iglesia de San Hipólito sin importar de donde provinieran, las distancias físicas se comenzaron a borrar con la intención de encontrarse en un solo punto.

Con el paso de los meses la vigilancia policiaca comenzó a crecer, operativos y revisiones sorpresas eran parte de los dispositivos de seguridad en los principales accesos a la Iglesia. Esto paulatinamente provocó que abandonaran la entrada principal y los interiores del recinto religioso, la mala imagen era sólo el argumento de rechazo, pues la ansiedad de inseguridad era un tema que se replicaba en los medios informales como Facebook. La apropiación del espacio y de los elementos religiosos no se dio en un nivel simplemente de reproducción de rituales; si bien, podemos pensar en que hay una relación cercana con la herencia que se tiene de los

elementos católicos familiares, apuesto por un modelo explicativo que nos permita ver más allá solo del ritual clásico, para entender que la forma en que se vive la devoción no está en las coordenadas del pensamiento conservador. Ellas y ellos, los *chakas*, no asistían a la iglesia a rezar, incluso fue posible afirmar que eso era lo último que hacían al asistir al lugar.

El día 28 de mayo del 2012, caminando entre la gente y el bochorno en los alrededores de la Iglesia de San Hipólito, platicué con tres jóvenes sobre su estancia en este espacio. Ellos portaban una serie de accesorios durante su visita a la iglesia, el más importante de ellos, por su visibilidad, es San Judas Tadeo representado en una figurilla de yeso que cargaban como si fuese el tesoro más grande. El santo, que medía un aproximado de un metro, estaba decorado con escapularios, rosarios o tejidos conmemorativos a SJT que van colgados alrededor de la figura como pequeños recordatorios de aquellas veces en las que han venido a dar sus agradecimientos y que, en su mayoría les fueron obsequiado por otros feligreses como una insignia de haber estado presente un mes más. Se pueden agregar otros detalles, tales como dulces, imágenes, flores, aunque el punto central es el reconocimiento que hay tras una construcción de lo que adorna a los respectivos santos, a la vez de lo que decora el cuerpo mismo.⁷

Jean-Pierre Bastian (1997), en su libro *La Mutación Religiosa de América Latina*, afirmaba que las religiones se configuran en gran medida por la contextualización en la que se ven implicadas, tanto en el tiempo y el espacio, así como

⁷ Nota de diario de campo del 28 de mayo de 2012, en una visita a la Iglesia de San Hipólito

en los procesos sociales que se dan en ese momento, ayudan a que adquiera y se reconfigure un nuevo sentido a la misma devoción y fe. En el caso de América Latina los fenómenos religiosos que se han presentado son de gran impacto para una institución tradicionalista como lo es la Iglesia Católica, asimismo, menciona Bastian:

América Latina era territorio de «Neocristianidad» católica, y este catolicismo toleraba multitud de manifestaciones religiosas sincréticas y subalternas, integradas en un tipo de proceso progresivo e inagotable de continuar la cristianización de las prácticas religiosas naturales. Lo que predominaba era cierta homogeneidad de los comportamientos y de las mentalidades religiosas. (1997: 9)

Esta propuesta sociológica nos permite explicar los fenómenos que se presentan en referencia a la religión, mismo hecho que ha mostrado una gran transformación y hasta hibridación en los últimos años. Casos como los de la Santa Muerte y San Pascual Rey, que mutan en nuevas expresiones adaptadas a un contexto específico, se pueden explicar bajo esta transformación de las religiones según la practicidad que adopten. Pero la fe acompañada por otras prácticas como el consumo de sustancias y el baile erótico del *perreo* pareciera encontrarse en una gran contradicción. En la escena reggaetonera la fe se conforma como un punto de convocatoria importante, sin duda es también el inicio de la gestión de los cambios que se vinieron encima ante las espacialidades y las resignificaciones de las juventudes, no perdamos de vista a las y los otros actores que interceden como la policía, los adultos y las autoridades eclesiásticas.

Al llegar a la Iglesia de San Hipólito me encontré con una gran población entre mujeres y hombres, niños, jóvenes, adultos y ancianos. Eran las 14 h del 28 de octubre del 2011 y las calles de alrededor (Puente de Alvarado y Reforma) comenzaron a cerrarse más allá de lo que las vallas físicas lo han logrado (las protecciones metálicas que pone seguridad pública para el resguardo de la gente ante el tránsito vehicular de la avenida Reforma), un gran flujo de personas está amontonándose a la entrada de la iglesia, situación que satura cualquier movilidad en esta zona.⁸

Dadas las condiciones del trabajo de campo no fue ese lugar (el interior de la iglesia) donde me concentré; fui percatándome que al frente de la iglesia se comenzaban a juntar muchos jóvenes, una buena parte de ellos, con gran porte y estilo, vestían prendas de marcas como *Goga*, *Ed Hardy*, *Nike*, *Jordan*, *Akolatronic*, entre otras. Es un hecho innegable que las indumentarias son parte performativo de los procesos identitarios, por un lado se puede sostener la idea de que el principal símbolo que se socializa es el visual, en donde la ropa representa una clave. Otro de los símbolos corporales que determinan la imagen proyectada es el cabello. Los peinados eran muy particulares; a partir del look que se popularizó por parte de algunos cantantes de reggaetón como Daddy Yankee, gran parte de las juventudes reggaetoneras comenzaron a utilizar ese mismo corte de cabello. Al respecto:

Muchos tenían el corte de cabello «corregendo» o «piña». El primero consta de dejar la parte superior del cabello muy corto (con el número dos de la máquina) y los lados totalmente rapado. El otro, consiste en tener la parte superior larga y plan-

⁸ Fragmento de un Diario de Campo del día 28 de octubre del 2011, en una visita a la Iglesia de San Hipólito.

chada, los lados más cortos, pero no al grado de rapar —por darnos una imagen—. Otros lo llevaban planchado, pintado en tonos amarillos, a veces la mitad de un color claro y el otro oscuro, esto en los hombres que a simple vista son una mayoría. Las mujeres llevaban cortes más uniformes, largo con algunos tonos claros o rojizos, a veces llevan brillos artificiales que resaltan estando a la luz del sol. Algunas llevaban coletas; un elemento que comparten sin duda es que todas tenían un fleco que es perfectamente colocado en la frente y fijado con gel.⁹

Varias de estas características que describo son semejantes al contenido de lo que algunos trabajos periodísticos plasman; sin embargo, no podría haberme acercado a este agrupamiento sin tomar en cuenta las descripciones que se daban por decreto desde una parte externa y alejada de lo que eran las y los *chakas*. Regresando a la propuesta metodológica de Deverauxe (2003), la idea de la *co-contratransferencia* que viene del psicoanálisis freudiano, junguiano y lacaniano, asume que en la investigación de las ciencias humanas y sociales el error más grande es el de la pretensión de objetividad, pues es un inevitable que existan un paso de elementos simbólicos y significantes entre quien hace investigación y los personajes con quienes sostenemos una interacción, que dicho sea de paso está marcada por una asimetría de poder; sin embargo, el punto nodal es aceptar y evidenciar esta característica, que años después deviene en el reconocimiento de la horizontalidad metodológica (Corona, 2012). En esta ruta de trabajo el reconocimiento de los conocimientos populares sobre la identidad de los reggaetoneros fue fundamental.

⁹ Fragmento de un Diario de Campo del día 28 de octubre del 2011, en una visita a la Iglesia de San Hipólito.

Las estéticas y las corporalidades (Muñiz, 2009) son herramientas identitarias de gran impacto, en este agrupamiento la confrontación determinó la ruptura con las normatividades de vestimenta y comportamiento, siendo a su vez el alimento de los discursos mediáticos que, entre el prejuicio, el rechazo y sus condiciones sociales, se veían ancladas en un piso fangoso de desinformación, que entre otras cosas era sostenido por la «búsqueda» de identidad, de la incompletud que los distingue en las coordenadas adultocéntricas. *Ken*, un joven reggaetonero que fue entrevistado en varias ocasiones a lo largo de esta investigación, hace referencia a los detalles estéticos en dos diferentes charlas¹⁰ que tuvimos en el viaje que hacíamos en metro a un café para realizar una entrevista, dice:

[...] Uno de los cortes que se usan es el de tapa, arriba se pide la del 2 y abajo la del 0 [refiriéndose a la medida con que se hace el corte, usando una máquina para rasurar] con su fleco de código de barras, pues también se pintaban el fleco a la mitad de güero, a veces se cortaba de diferente manera pero igual con el güero. Ya después empezaron a sacar cortes de mohicana, que es el que actualmente se usa, pero empezaron a cortárselo chiquito, después empezó la moda de plancharse el pelo, pero antes se hacían grecas, estrellas u otras figuras, luego ya se dejaba crecer para plancharlo, luego se pintaban el pelo de leopardo pero de colores, así como azul, violeta, rosa, colores así bien psychos. Ya después de eso, empezaron a sacar el planchado de lado, cortes como de skate. (*Ken, integrante de Uvas Kangris*).

¹⁰ Fragmento de charla (off the record) en junio del 2013 en el trayecto de la línea B del Metro de la Ciudad de México.

La construcción de los cuerpos y de las estéticas es una parte de esa apropiación tanto del ser como del discurso que se genera alrededor de éste, desde el discurso adultocéntrico el goce es un tema tabú, que se ha pensado tener bajo un control y cuidado constante; sin embargo, esto se ve confrontado con interacciones articuladas por inteligibilidad de la corporalidad. En ese sentido, se logró mirar modificaciones corporales (Nateras, 2009) en las juventudes reggaetoneras, que variaban desde el uso de piercing hasta una variedad de tatuajes con diferentes temáticas, aunque había una clara presencia de aquellos que referían a una parte de su pasado familiar (nombres o retratos), amorosos, religiosos (santos) o en algunos casos el nombre o iniciales de su *combo*.

Cuando Maffesoli (2009) argumentaba que las juventudes a nivel mundial estaban convocándose por razones diferentes, logrando un reagrupamiento de las mismas, pensaba definitivamente en una razón suficiente que permitiera problematizar el «regreso» a las tradiciones tribales; sin embargo, uno de los más grandes errores en esa buena intención de problematizar la convocatoria de este sector poblacional estuvo en querer regresar, en lugar de pensar en que estas nuevas formas de trayectoria les permitían usar y diseñar nuevos formatos de conjunción.

El *combo*, en el caso de las juventudes reggaetoneras fue la manera en que se autonombraron dentro de sus formas de organización, elemento que comenzaba a ser parte del proceso identitario interno y que se hizo sólida con el paso de algunos años. Si bien, aunque el término es traído del lenguaje usado en los grupos o cantantes de reggaetón, que a su vez es referido para enunciar a pequeños agrupamientos similares a las pandillas o *gang's*, estas juventudes lo usan

para enunciar a sus agrupamientos dentro de la misma escena, en el caso de *Ken* su *combo* es *Uvas Kangris*.

Estos cortes de cabello que refiere *Ken* fueron extraídos de sus contextos originales para ser ubicados en un entorno local, —como sucede con muchos de los elementos estéticos de las juventudes que se reconfiguran según el entorno en que se encuentren—, en la descripción de sus cuerpos podemos entender por qué al tipo de corte de cabello usado por cantantes de reggaetón se le agregan detalles como los tonos amarillos o de otros colores, así como las denominaciones que se les refiere. Sería un error no aceptar que cuando inicié los primeros acercamientos al trabajo de campo en el 2011, formalizado ya en el 2012, lo primero que intentaba mirar eran las indumentarias y los accesorios; sin embargo, también había una relación directa con otros dos elementos definidos por los medios de comunicación, éstos eran traer en las manos un San Judas Tadeo, elaborados con yeso, madera, cerámica o plástico, decorado con escapularios, listones, dulces, bolsas, pulseras, entre otras cosas. Y en la otra mano —idea delicada a tratar—, una *mona*, como es que se le llama a la sustancia inhalable que usan como droga de socialización.

De este modo, las espacialidades (Lindón, 2007) y sus desplazamientos fueron mostrando particularidades fuera de la idea de territorialidad sagrada, si tenemos en mente que no eran únicamente las juventudes reggaetoneras las que habitaban los espacios a los que estuve refiriendo, entonces la construcción de sus identidades se correlacionaba con el resto de los fieles que asistían el día 28 de cada mes. De ahí que una discusión importante, en toda la escena reggaetonera, se vincula con la reapropiación de los espacios públicos

y privados, además de la resignificación de las prácticas, en este caso las religiosas.

Una de las frases que más recuerdo cuando se hablaba de este agrupamiento y su fe en SJT, era: «No van a la iglesia porque crean en San Judas, van por moda y ni eso lo pueden hacer bien», expresión que daba cuenta de una estigmatización alimentada en el imaginario de las prácticas socio-culturales de las y los *chakas*, dejándolas en una generalización y vacío de reflexión alguna. Ya es bien sabido que al no conocer o no entender las expresiones culturales de otros actores sociales, lo primero que hacemos es negar o tachar de inválido cualquier rastro de acción.

El consumo de sustancias (monas y alcohol), las risas y los gritos como parte de divertimento, así como el creciente número de jóvenes que se reunían en el lugar se convirtieron en problemáticas para la población religiosa, cuestión que generó que las juventudes reggaetoneras buscaran otras opciones de espacios donde se pudieran juntar y tener una convivencia diferente a la acostumbrada (desde la mirada tradicional de la fe), lo que desencadenó tanto la apropiación de nuevos lugares públicos, como la resignificación de la misma forma de creencia y culto a SJT, similar a lo que implica la mutación religiosa en términos culturales de impacto a la Iglesia (Bastián, 1997). En una entrevista que realicé a un grupo de jóvenes del combo *Seguidores de San Judas* (SJS) en la plaza Zarco, en noviembre del 2012, Fernando «el araña» señaló:

Sólo éramos nosotros cuando empezamos aquí, ya tiene como cuatro o cinco años [haciendo alusión al periodo 2007-2008], por ahí así, ya vamos para cinco años. Nosotros nos empezábamos a juntar en lo que era la plaza, ahí ya todo lo que eran,

los que venían de ahí del Cinemex, del otro lado por acá por la Alameda, de Revolución... entonces llenábamos todo eso de allá (señala con su mano la plaza a Zarco a un costado de la iglesia de San Hipólito), llenábamos todo lo que era la plaza y hacíamos nosotros nuestros perreos, o sea, pura diversión ¿no?, ya se ponían a bailar que esto y que el otro, y ya solito fue creciendo... toda la plaza llena. (El Araña, integrante de SJS).

Es aquí donde la reflexión de los espacios de fe se acentúa desde la evidencia empírica, si bien, el no empatar con las actividades religiosas hegemónicas provocó el distanciamiento entre las nuevas juventudes —la mayoría reggaetoneras—, también lo hizo el ejercicio constante de las construcciones de sentido que llevaron a la conformación de nuevas territorialidades y apropiaciones, pensando desde la tensión social creada por los mundos juveniles y los mundos adultos (Nateras, 2010).

La evidencia empírica visibilizó la forma en que gran parte de los jóvenes *chakas* y *reggaetoneros* se desplazaban desde sus barrios de origen hasta las zonas alrededor de la iglesia, acompañados de sus amigos, compañeros de escuela o inclusive de sus vecinos. La trayectoria estaba compuesta por una movilidad en la lógica del acompañamiento, muchos de ellos, menores de edad, comenzaban a asistir solos a estos espacios para después encontrarse con otras personas que se unieran, una característica que en otras generaciones no se había visto, una novedad sociocultural expresada en las prácticas juveniles.

En una de las visitas de campo las autoridades policíacas cerraron «el triángulo» [la plaza Zarco que estaba a un costado de la iglesia de SJT], el espacio que había sido apro-

piado por estas juventudes, tiempo después a ese momento charlé con algunos jóvenes del lugar, me dijeron: «cerraron la plaza, por eso ahora se están moviendo todos». Varios metros adelante me encontré con un grupo de jóvenes que iban gritando algunas porras muy similares a las que escuché meses atrás cuando me encontré con Los Burbujines (otro de los combos que se citan mensualmente en la iglesia de San Hipólito). Llevan un bombo y una gran lona color rosa con la leyenda «Pekoritos», cuando les pregunto si pueden regalarme una foto, todos se agrupan, y hace notar que en su coordinación tienen experiencia para posar ante las cámaras, varios de ellos hacen tiran placa con las manos simulando una P, que es la inicial de su combo. El resto de ellos pidió que les tomemos una foto a los dirigentes. Tres jóvenes dan un paso al frente y se acomodan sosteniendo una playera color rosa que tiene escrito «Pekoritos 2º Aniversario», antes de poder hacerles preguntas comienzan a caminar y siguen con el canto de sus porras, en esta ocasión el grupo asciende a 50 personas, entre hombres y mujeres, las vestimentas son variadas. De todos los presentes solo un par de jóvenes tienen elementos relacionados con SJT, en playeras o escapularios, el resto del grupo no parece tener alguna relación en la indumentaria con el santo.¹¹

A partir del cierre del *triángulo* (28 de octubre del 2012), el número de fieles jóvenes comenzó a disminuir de manera constante. El nivel de asistencia se redujo tanto que implicó un cambio en la escena reggaetonera dado que la presencia en esa espacialidad se desdibujaba en lo empírico, situación

¹¹ Nota de diario de campo del 28 de octubre del 2012, en una peregrinación de la colonia Pensil para visitar a San Judas Tadeo.

contraria en los medios de comunicación masiva quienes aún los situaban en ese contexto. Dicha posición resultó ser una consecuencia directa de la criminalización de las juventudes reggaetoneras en los alrededores de la iglesia de San Hipólito. Cada mes eran más y más visibles los grupos policíacos que con *operativos de seguridad* aplicaban revisiones a quienes consideraran sospechoso, llevando a las personas a retraerse de los espacios que podían representar un peligro. Finalmente, las nuevas formas de reagrupación de las juventudes reggaetoneras en otros lugares, así como el resignificado a las rutas de desplazamiento, fueron una respuesta que se gestó y visibilizó no sólo en las espacialidades sino también en las corporalidades, al igual que en la música.

Combos en la ciudad: identidad, juventud y resistencia

La constante del Estado y las juventudes ha sido la vigilancia, las únicas opciones que son posibles son la tutela o el castigo, tensión que no deja de existir por nada en absoluto, pero que sí tiende a ser respondida casi en todas las ocasiones por la búsqueda de alternativas en los procesos de construcción identitaria y sociocultural. Es decir, con el paso del tiempo el cuerpo y sus indumentarias comenzaron a transformarse de manera importante, dejaban de usar ciertas marcas para comenzar en la construcción de nuevas formas de vestimentas, al igual que la música comenzaba a ser movilizaba de solo ser reggaetón para compartir escena con el *cumbiatón*, un género musical que mezcla con programas digitales de edición la base del reggaetón con ritmos de cumbia. Según Maritza Urteaga (2011), el proceso en el que las juventudes se reconfiguran se da, principalmente, a través de la respuesta

de los mundos juveniles a los adultos, y que son estos últimos quienes articulan la mayoría de los espacios en donde se espera, oficialmente, los jóvenes se socialicen.

El hogar, la iglesia, el barrio o fraccionamiento habitacional, la escuela y otros espacios institucionales en los que se encuentran los jóvenes, son lugares en donde se refuerzan sus condiciones de sumisión, dependencia e indefensión mediante la creación de climas intimidatorios, los cuales son creados a través de: 1) prácticas representativas y condenatorias, (si no criminalizantes) de toda conducta colectiva que sobrepasa los límites de lo permitido a los jóvenes impuestos por los adultos (razias, detenciones y extorsiones arbitrarias en el espacio público); 2) prácticas rutinarias y desagradables de la dominación adulta, expresadas en humillaciones a su dignidad [...]; 3) la estigmatización de las conductas juveniles no se adecúa a las idealizaciones adultas sobre los jóvenes de carne y hueso (Urteaga, 2011: 32).

Dicha persecución y estigmatización me llevaron a desplazarme a nuevos sitios de la escena reggaetonera, noción que Marcus (2001) trasmite como la etnografía multilocal, en el entendido de que los fenómenos sociales no permanecen estáticos y es labor del antropólogo desplazarse con las realidades. Esta labor resulta parte esencial de la propuesta misma para la investigación desde la socioantropología, debemos considerar que los fenómenos sociales están inmersos en interacciones más complejas. La iglesia de San Hipólito y sus alrededores dejaron de ser un epicentro para estas juventudes, aunque muchos aun asisten mensualmente, comenzaban a ser los menos. El registro etnográfico, entrevistas y charlas, indicaban a ciertos lugares como posibles espacialidades (Lindón, 2007) de gran importancia; los jóvenes con

los que dialogué hacían referencias a algunos sitios como El Kaos, El Castillo del Abuelo, El Traqueteo, El Stratus y en su momento el New's Divine, todos ubicados en las zonas periféricas de la Ciudad de México.

La idea de que las juventudes, al verse presionadas por la vigilancia policiaca, comenzarían a limitar sus actos fue en exceso ingenua. Y aunque supusiéramos que la intención de la autoridad era alejarlos de los territorios más visibles, céntricos y colindantes con el turismo, las opciones de desplazamiento en una ciudad como la de México les permitieron articular otras oportunidades de ocio fuera de los límites políticos que tenía esta persecución institucional. Los re-apropiamientos de lugares de divertimento se tornaban más flexibles al salir de las divisiones «políticas» de ese entonces llamado Distrito Federal, obligando al cambio de reglas en el diseño de sus trayectorias.

Es decir, la tolerancia sobre el espacio público y privado donde se desarrollaban las fiestas de reggaetón se hizo más notoria al salir de la Ciudad de México. Sitios donde preferentemente el bit del reggaetón marcaba una pauta musical se convertían en espacios perfectos para el divertimento de estas juventudes, situación que le dio puntos a favor al desplazamiento a bares, salones, antros y discotecas del Estado de México (EDM) como lugares apropiados para un buen perreo o «tardeada». Pero no de cualquier parte del EDM, sino de las que son colindantes con la ciudad, generando una confrontación en la búsqueda del orden de un gobierno conservador como el que se gestionaba en esos años en la ciudad, con las maniobras totalmente autónomas de estas juventudes.

El Castillo del Abuelo, ubicado en el municipio La Paz, en el Estado de México, fue el primer sitio visitado de muchos

más en el trabajo de campo. El ingreso a estos sitios estaba restringido a la privacidad que se construye en su interior para la 0 intolerancia. No está permitido el acceso con cámaras fotográficas, ni de video (profesionales ambas, lo que permitía el uso de celulares). La seguridad del lugar advierte insistentemente que se deben acatar las reglas, de lo contrario puede haber consecuencias como la expulsión permanente del lugar y, aunque no lo mencionaban, me parecía que la cercanía con la estación del metro Santa Martha le daba una accesibilidad importante, pues tanto la llegada como la retirada del lugar se podía hacer de forma rápida y desde cualquier punto de la ciudad.

El 25 de noviembre del 2012, me dirigí a El Castillo del Abuelo. Al llegar al metro Santa Martha Acatitla, vi un gran número de jóvenes esparcidos en el área de los torniquetes de la estación del metro, todos ellos con el referente estético de ser reggaetoneros. No tenía una idea a dónde dirigirme, por lo que decidí seguir a tres mujeres jóvenes que comenzaron a caminar a las afueras de la estación, ya estando ahí seguí a otro grupo de jóvenes —ellos también reggaetoneros— se dirigen a donde las otras chicas caminan. Después de cruzar un gran estacionamiento logré distinguir un establecimiento con una fachada que asemeja a rocas talladas, en letras grandes iluminadas con un azul neón dice «El Castillo del Abuelo». Miré el reloj y apenas eran las 3:30 pm. A las afueras del lugar no hay mucha gente, son pocos los jóvenes que comienzan a agruparse en lugares cercanos al Castillo, el staff del establecimiento aun no abre las puertas, aunque ya estando afuera se siente el sonido de la música. Frente a nosotros se aprecian pequeños grupos de personas que se van acercando poco a poco, aprovecho para hablar con algunos

de los jóvenes que se instalan en la espera de la apertura del lugar. Con apatía me responden al saludo mientras me observan fijamente, aún con la mano extendida les menciono a todos mi nombre y el por qué de mi acercamiento tan abrupto. Aprovecho su atención y les pregunto sobre si alguien pudiera responderme algunas preguntas. Enseguida ellos señalan a uno de sus integrantes. Pregunté si iban muy seguidos al lugar, a quienes esperaban y de dónde venían. Dijeron ser de Tláhuac, recurrentes clientes de lugares como El Castillo y El Kaos y conocedores de otros sitios donde se puede escuchar y bailar reggaetón o cumbiatón. A la vez preguntaron de dónde era, mientras se reían de algunas de mis preguntas como: ¿Oigan cómo se visten los reggaetoneros? Las respuestas resultaban obvias, por tal se acompañaban de burlas, decían: «pues qué no ves». Pedro, como nombré a uno de los chicos con quien continúe hablando por ese día, con su mano se señala así mismo mientras también mira a sus compañeros de pies a cabeza.¹²

El constante ejercicio de la construcción identitaria (Giménez, 2002) conlleva a autodefinirse o resignificarse como actores de un contexto performativo a través de los elementos que se dictaminan desde lo externo hasta lo intersubjetivo, de tal suerte que mucho de aquello que se ha estereotipado a través de los medios de comunicación referente a lo que es reconocible de los *chakas* o reggaetoneros se puede reiterar y portar con un tono de orgullo por parte de los sujetos. Situación que epistémicamente me hace pensar en varios ejes, por un lado, tenemos el asunto de

¹² Nota de diario de campo del 25 de noviembre del 2012 en El Castillo del Abuelo.

la precariedad y el abandono en las juventudes mexicanas (Nateras, 2013) con una falta de espacios que estén pensados en necesidades de un grupo y no de una institución de cuestionables bases ideológicas.

Por el otro existe un arraigamiento de los aprendizajes socioculturales del barrio (Reguillo, 2010) de tal suerte que a reserva de que estos elementos dejen a los jóvenes en una posición vulnerable, verídica en un contexto general, en ocasiones dichos elementos, desde su significación y subjetivación, se constituyen como mundos identitarios que se elevan enorgullecidos. Para el caso de *Pedro*, un joven reggaetonero con quien sostuve varias entrevistas, el mostrarme sus estéticas corporales y la gestualidad con la que sucede, anuncia o vislumbra más de lo que expresa verbalmente. «Pedro vestía una playera negra, debajo de un chaleco de mezclilla con parches de Goga color rojo que lleva por encima. Por pantalón portaba unos jeans de mezclilla azul rey con un tenis, Jordan tal vez, tipo bota, una gorra con la leyenda Bulls new era y una mochila color negro ajustada».

Otro de los elementos que se popularizaron en lo que atañe a las indumentarias tiene que ver con el uso de calzado en marcas como *Jordan*, *Nike*, *Adidas*, entre otras, que en la mayoría de las ocasiones resultaban ser clonaciones, permitiendo a los sujetos restarle a la inequidad de las precariedades socioeconómicas y culturales mediante la adquisición de prendas a mucho más bajo costo (Nateras, 2012). En estos lugares, más allá de lucir las indumentarias y toda la ornamenta que se condensa en esto, aparecen los *combos* como lo que define el uso del espacio, la fiesta que es el punto de la convocatoria al mismo tiempo se erige como el principal argumento para articular otros procesos de socialización ya

no a nivel individual, sino grupal, en donde las reglas de convivencia abandonan la tutela de la CDMX y sus normas del buen comportamiento.

Los *combos* no solo reflejaron las nuevas maneras de reagrupación, sino que posibilitaron la disputa pública por espacios en donde los usuarios variaban. El Sistema de transporte colectivo METRO pasó de ser sólo un medio de traslado a convertirse en «cantones» que pasaron a sustituir el barrio del que provenían, la defensa de estos espacios era más importante para el orgullo de la identidad juvenil que cualquier otro elemento. Las fiestas, los perreos y los aniversarios de los combos a los que pertenecen articulaban una nueva etapa en este agrupamiento, una en donde aquel discurso de la incompletud, de la inmadurez estaba muy lejos de llegar a tener una mínima certeza, estamos ante un agrupamiento identitario juvenil que se caracteriza por su lealtad a sus iguales, a quienes defienden la misma causa de apropiación sociocultural, política y territorial.

Conclusión

Las juventudes reggaetoneras fueron plasmando nuevas maneras de convivir, de articular sus cuerpos, su fe y sus espacios, salieron del cuidado adultocéntrico y demostraron que lejos de ser un puñado de adolescentes que necesitan la atención profesional y madura, requerían la oportuna intervención de las autoridades para generar bienestar y no castigo, para articular espacios y comprensión, no explicaciones y presunciones de verdad, paradigmas que se alejaron del universalismo, pues estas juventudes no se hallaban en la lógica del «deber ser» que nació en la mirada adulta, sino

que habitaban el «querer ser» de una nueva generación que se estaba resistiendo a la reproducción del estigma, pero a su vez a la transformación vertiginosa de la sociedad.

El territorio en disputa fue toda la Ciudad de México, la persecución policiaca, que ya se había visto en otros grupos juveniles, en otros momentos históricos, fue respondida de una manera que no se esperaba, el uso de los vacíos legales y de seguridad fueron usados a favor de esta escena. El trabajo metodológico de esta propuesta socioantropológica debe tejerse con las oportunidades y demandas de las realidades a las que nos acercamos, un trabajo de campo que se quedara en la búsqueda de elementos identitarios, para generar monografías tradicionalistas y conservadoras, chocaba con la dinámica volátil de mujeres y hombres jóvenes que en contextos complejos se confrontaban no sólo con las autoridades, sino con discursos maquillados de moral que venían del diseño adultocéntrico.

De la mano a esto aparecen los medios de comunicación que, desde el enfoque crítico de las ciencias sociales, deben ser cuestionados más que reproducidos, como parte de un compromiso con los estudios situados y no flotantes en la aparente objetividad. Abandonar este paradigma de pulcritud es una tarea innegociable, la exigencia de los contextos está por encima de los deseos fríos del ejercicio científico. Este bosquejo busca incentivar a las y los científicos sociales a buscar nuevas formas de abordar a las juventudes mexicanas, preferentemente alejándonos, mas no rechazando tajantemente, de las epistemologías positivistas para adoptar una postura empática y hasta horizontal. Una socioantropología centrada en los contextos sociales, culturales y políticos.

La deuda más importante yace en considerar que los enfoques novedosos-emergentes, como puede ser la misma propuesta socioantropológica a la que se adscribe este trabajo, aporten crítica a las nociones mono teóricas y unidireccionales en la interpretación de los mundos sociales. Las juventudes, en este caso las reggaetoneras, enfrentan un contexto de constante precariedad no sólo por sus condiciones económicas, sino por el género, el adultocentrismo y la criminalización a las que están sometidas. A quien investiga tiene la demandante tarea de moverse de la zona de confort académica y pensar fuera de los marcos conservaduristas, observar a éstas y estos otros, como parte de nuestras dinámicas cotidianas en donde, de una u otra forma, nos vemos implicados.

Bibliografía

- ACOSTA, H. (1993). "Nuestros adolescentes: el salto al vacío de una generación". En *Revista Educación y Pedagogía*, 10 (11), 31-42.
- ALÁEZ, M; Madrid, J; Antona, A. (2003). "Adolescencia y salud". En *Papeles del Psicólogo*, 23 (84), 45-53.
- BASTIAN, J. (1997). *La mutación religiosa de América Latina*. México: FCE.
- CERBINO, M. (2013), Imaginarios de conflictividad juvenil en Ecuador. De José Manuel Valenzuela Arce, Alfredo Nateras Domínguez y Rossana Reguillo Cruz (coord.), en *Las Maras. Identidades juveniles al límite*. México: UAM-I, Colegio de la Frontera Norte y Juan Pablos editores, México, 243-269 pp.
- CORONA, S. (2012). *En diálogo. Metodologías horizontales en Ciencias Sociales y Culturales*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- DEVERAUXE, G. (2003). *De la Ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DUARTE, C. (2012). "Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción". En *Última Década*, 36, 99-125.
- FEIXA, C. (2006). "Generación xx. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea". En *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4 (2), 1-18.
- FERRÁNDIZ, F. y Feixa, C. (2004). "Una mirada antropológica sobre las violencias". En *Alteridades*, 14 (027), 159-179.
- GALEANA, R. (2013). "Ser niña, niño o adolescente indígena en México. Y los obstáculos para ejercer el derecho a la educación". En *Rayuela*, (9), 89-97.
- GIMÉNEZ, G. (2002). "Paradigmas de la Identidad". En Aquiles Chihu Amparán (coord.), *Sociología de la Identidad*. México: Porrúa y UAM-I.

- GOFFMAN, E. (2001). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Ediciones Amorrortu.
- HATAWAY, D. (1995). *Ciencia, cybirgs y mujeres: la reivindicación de la naturaleza*. Madrid: Universidad de Valencia.
- HELLER, A. (2002). *Sociología de la Vida Cotidiana*. Barcelona: Península.
- INEGI, (2018). *Estadísticas a propósito del día internacional de la juventud*. Recuperado de: http://www.beta.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2018/juventud2018_Nal.pdf
- INEGI. (2018). *Estadística a propósito del día internacional de la juventud*. México: INEGI.
- LINDÓN, A. (2007). “Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales”, en *Revista Eure*, xxxiii (99), 21-46 pp.
- LLOSA, A. (2009). “1968 en América Latina: Aparición de nuevos actores”. En *HAOL*, (19), 111-128.
- LOZANO, A. (2014). Teoría de Teorías sobre la adolescencia. En *Última Década*, (40), 11-36.
- MAFFESOLI, M. (2009). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México: Siglo XXI.
- MARCUS, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. En *Alteridades*, 11 (22), 111-127.
- MARTUCCELLI, D. (2016). “Condición Adolescente y Ciudadanía Escolar”. En *Educação & Realidade*, 41 (1), 155-174.
- MEAD, M. (1987). *Cultura y compromiso. Ensayo sobre la ruptura generacional*. Madrid: Gedisa.
- MONTERO, M. (2010). “Crítica, autocrítica y construcción de teoría en la psicología social latinoamericana”. En *Revista Colombiana de Psicología*, 19 (2), 177-191.

- MORIN, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Siglo XXI.
- MUÑOZ, E. (mayo/agosto, 2014). “Pensar el cuerpo de las mujeres: cuerpo, belleza y feminidades. Una necesaria mirada feminista”. En *Revista Sociedad y Estado*, 29 (2), 415-432.
- NATERAS, A. (2004). Trayectos y desplazamientos de la condición juvenil contemporánea. En *El Cotidiano*, Julio-Agosto, 111-133 pp.
- NATERAS, A. (2010). “Adscripciones identitarias juveniles: tiempo y espacio social”. *El cotidiano*, (163), 17-23.
- REGUILLO, R. (2006). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Colombia: Cultura Libre.
- REGUILLO, R. (2007). “Invisibilidad resguardada: violencia(s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso”, *Revista Crítica Cultural*, núm. 36, diciembre, Santiago de Chile, pp. 6-13.
- SDP Noticias, (2012), “Arrestan a 150 reggaetoneros por disturbios en Zona Rosa”, consultado en:
<http://www.sdpnoticias.com/local/ciudad-de-mexico/2012/07/15/arrestan-a-150-reggaetoneros-por-disturbios-en-zona-rosa> el 5 de Noviembre del 2012 a las 4:38 pm.
- TURNER, V. (1999). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu*. Madrid: Siglo XXI.
- UNICEF, (2018). *La agenda de la infancia y adolescencia 2012-2018*. México: UNICEF.
- VALENZUELA, J. M. (2009), *El futuro ya fue*. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad. México: Colegio de la Frontera Norte.
- VALENZUELA, J. (2012). “Narcocultura, violencia y ciencias socioantropológicas”. En *Desacatos*, (38), 95-102.
- VASILACHIS, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa Editorial.

De aquí para allá. Un estudio socioantropológico sobre jóvenes rurales, movilidades y nuevas realidades etnográficas

HÉCTOR DANIEL HERNÁNDEZ FLORES¹

Si uno está convencido que el ser es historia, que no tiene más allá, y que uno debe pues, demandar a la historia biológica y sociológica la verdad de una razón de parte a parte histórica y, sin embargo, irreductible a la historia, es necesario admitir también que es por la historización (y no por la des-historización decisoria de una suerte de escapismo teórico) como uno puede intentar arrancar más completamente la razón a la historicidad. (Bourdieu, 1995)

¹ Egresado de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Maestro y Doctor en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctor en Innovación y Equidad en Educación de la Universidad de Cantabria, España.

Introducción

La formación en la licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, se ha propuesto el ideal de dar respuesta a temáticas y fenómenos actuales. Para ello se han buscado estrategias y acercamientos metodológicos, que permitan generar un conocimiento de manera diferente a partir de la complementación disciplinaria entre la sociología y la antropología. Esto que consideramos una formación socioantropológica, comparte metodológicamente la implementación de acercamientos cuantitativos y cualitativos, rescatando la reflexión teórica con una mayor importancia en la contrastación empírica, así como en posibilidades de una construcción de narrativas etnográficas que den cuenta de una realidad histórica.

Como bien menciona Olivos Santoyo (2014), existen diversas coincidencias en ejercicios anteriores del trabajo trans o interdisciplinar, que tampoco son nuevos en el panorama de las ciencias sociales. Dichos ejercicios transdisciplinarios se han observado en el trabajo de la llamada Escuela de Chicago o en la propuesta teórica de Pierre Bourdieu, así como en el análisis social de estrategias diseñadas por Emile Durkheim o Marcel Mauss. Este ejercicio socioantropológico es necesario ante la complejidad del mundo social, pues parece que:

los fenómenos socioculturales se han articulado en esta época tardío-moderna o posmoderna de formas novedosas y complejas, para los cuales los dispositivos y prácticas que definieron a las disciplinas a finales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX se han tornado obsoletas o excesivamente parciales para mirar estos hechos (Olivos, 2014: 23).

Bajo ese espíritu, el siguiente trabajo a partir de la práctica socioantropológica intenta acercarse a la comprensión de la cotidianidad dentro de una realidad histórica y compleja. Para ello me baso en un estudio de jóvenes rurales realizado en diversos espacios del centro de México, en donde se observan casos paradigmáticos de procesos a través de movilidades cotidianas de trabajo y consumo. Esto con el fin de mostrar cómo estos procesos configuran las desigualdades que experimentan las juventudes en el presente.

Considero adecuado comenzar comentando la metodología de trabajo de campo que fue utilizada en la construcción de esta investigación. Para posteriormente exponer los márgenes conceptuales que fueron las guías para la reflexión teórica, que se contrastará con los datos obtenidos en el ejercicio de construcción de casos etnográficos. Y finalmente como cualquier trabajo académico se presentarán las conclusiones del mismo. Este desarrollo busca que los estudiantes que revisen este ejercicio, observen los márgenes teórico-metodológicos que podrían ayudarles a la construcción de sus propios trabajos socioantropológicos.

Márgenes metodológicos

Los relatos y el análisis en esta publicación han sido producto de una investigación de largo aliento, la cual inició para la titulación de la licenciatura el año 2013, pero que ha proseguido en investigaciones posteriores tanto para la obtención de la maestría como del doctorado. En un principio mi primer acercamiento al trabajo de campo, buscaba repetir la clásica estrategia metodológica de elegir un único espacio, lugar o localidad, para establecer un punto de observación y a partir

de ahí encontrar a informantes claves, que me permitieran dar cuenta de las dinámicas socioculturales de la juventud rural.

Para la licenciatura había elegido realizar mi trabajo en la cabecera del municipio de Otumba, al noroeste del Estado de México, un lugar con una tradición histórica en la producción de pulque y que en una práctica anterior había visitado. Sin embargo, las entrevistas y recorridos me llevaron a ampliar el horizonte de estudio, debido al importante grado de movilidad que presentan las poblaciones actuales, especialmente el generado por las y los jóvenes de las localidades. En ese sentido, el trabajo de campo producto de este proceso me ha permitido ejercer una suerte de etnografía multisituada, que posteriormente he continuado realizando en mis investigaciones al sur de Tlaxcala y otros espacios del centro de México.

La razón de esto, radica en que mi interés estaba en dar cuenta de la vida cotidiana de las y los jóvenes, sin embargo, casi ninguno de ellos permanecía inmóvil dentro de una sola localidad, sus propias dinámicas de trabajo, consumo y educación, les llevaba a romper con las propias fronteras políticas y geográficas dentro de su municipio e incluso la región donde se encuentran. De tal forma esto me llevó a replantear la idea de quedarme como un espectador inmóvil, esperando que la información llegara por sí sola, por lo que, si mi interés era observar su cotidianidad, debía acompañarlos a través de todos sus viajes y espacios de vida.

Para ello, he realizado diversas estancias de campo con una duración mínima de dos semanas y máxima de seis meses desde el año 2013, haciendo recorridos en la región central de México por 19 municipios dentro de cuatro estados (Estado de México, Tlaxcala, Puebla e Hidalgo). Durante este

tiempo, he podido acompañar y convivir con jóvenes de 15 a 29 años. Uno de los elementos que me ayudaron a conseguir estas entrevistas y acompañamientos fue encontrar espacios comunes de socialización en donde apliqué un cuestionario que diseñé con la finalidad de identificar diferentes temáticas como son educación, trabajo, consumo, socialización y desigualdad. Esto, además de permitirme obtener datos generales de esta población joven, me ayudó a conseguir y facilitar entrevistas de mayor profundidad, ya que al aplicar los cuestionarios comencé a establecer lazos de confianza y empatía, lo que posteriormente me permitió darles seguimiento a los contactos que los mismos me presentaran a más jóvenes y de esta forma dentro del espíritu hacia una socioantropología, realizar un ejercicio plenamente cualitativo, a través de experimentar y reflexionar los propios trayectos cotidianos de las y los jóvenes.

De igual forma, si bien mi investigación partía de describir y presentar la reproducción de una identidad «agraria» de la juventud que habita en espacios rurales del centro de México. La misma experiencia del trabajo de campo y las entrevistas realizadas me fue alejando poco a poco de la perspectiva idealizada que había revisado en la literatura antropológica y sociológica clásica enfocada en estudios rurales. Siendo una de las debilidades al respecto, la propia carencia de estudios sobre las trayectorias etarias o de género de las investigaciones realizadas hasta ese momento. Por lo que la misma investigación me ha llevado no únicamente a buscar respuestas en propuestas teóricas más recientes, sino a replantear las diversas perspectivas anteriores a partir de lo encontrado en mi propio trabajo.

Considero que la formación teórica y metodológica que recibí en la licenciatura me ha permitido desarrollar estrategias que intentan mostrar la cotidianidad de las juventudes rurales. Sin caer por una parte en los anclajes antropológicos basados en la simple subjetividad tanto del sujeto-estudio como de aquel sujeto-observante y, por otro lado, considerar que las trayectorias cotidianas mostradas pueden ser comparadas y reflexionadas a partir de la propia experiencia que sociológicamente me posiciona dentro de una estructura global del sistema sociocultural del que formo parte.

Es por ello que encontré que no podía simplemente tomar un lugar de estudio y a partir de ahí describir realidades que no estuvieran conectadas con el proceso neoliberal actual. Basándome para ello en la justificación casi exótica de sujetos que vivían en espacios separados de la realidad socioeconómica del mundo y con dinámicas propias, que les permitían tener vidas armónicas producto de la reproducción de las sociedades rurales «tradicionales». Siendo que justo lo observado en el desplazamiento y las condiciones objetivas, muestran que de alguna forma esta cotidianidad se conecta y/o es consecuencia de decisiones económicas y políticas que se han desarrollado de forma histórica.

Precisamente cuando George Marcus (1995: 101) mencionaba las posibilidades de una etnografía multisituada, consideraba que era aquella que se podría construir alrededor de cadenas, caminos, hilos, conjunciones o yuxtaposiciones de lugares en los cuales el investigador establece su presencia. Con una lógica explícita y situada de asociaciones o de conexiones entre los sitios que definiría el argumento de la producción de la etnografía. Al respecto, no se debe olvidar que el interés de Marcus recae en el plano epistemológico,

por lo cual, lo multisituado no trata únicamente de analizar las acciones individuales de los sujetos con respecto a formas sociales y culturales de los lugares, sino que, más bien, se centra en la construcción y el desarrollo de estos sujetos a través de esta diferencia de lugares. Esto sobrepasa la situación propia del sujeto en un sistema de relación que previamente se suele delimitar y definir de acuerdo con el simple espacio o territorio.

Lo propuesto por la etnografía multisituada, no está exento de críticas por el carácter experimental, que no resulta del todo novedoso, así como por la limitación temática y la falta de claridad teórico-metodológica de la corriente posmoderna. No obstante, considero que se puede rescatar la posibilidad de regresar a una etnografía más convencional, sin caer en el canon extremo de la experiencia del trabajo de campo limitada a un único espacio, a la especialización de las dinámicas sociales que genera el territorio y/o a la validez del propio ejercicio bajo el argumento del aislamiento por distancia y la estancia-observación inmóvil de larga duración. Pues como señala Ulf Hannerz (2003), el hablar de un carácter multisituado o multilocal suele resultar engañoso, pues en ocasiones se trata de hacer una suma o una comparación entre diversas unidades locales, cuando en verdad lo que se debe construir con una metodología multisituada es un espacio translocal, el cual se conforma por las relaciones que existen dentro y fuera de los lugares que forman parte de la investigación.

De tal manera dentro de la propuesta que he ido construyendo, me es importante mostrar la cotidianidad a partir de establecer una etnografía desde la descripción de relatos de lo observado y de la propia voz de los jóvenes, contrastan-

do con datos y hechos amplios compartidos por la mayoría de sociedades. De esta forma se pueden realizar etnografías en donde se muestren dinámicas que articulan prácticas y sentidos para los sujetos. Y que, en el actual momento histórico, muestran realidades concretas que hablan de cómo la desigualdad se ha convertido en una forma de estructurar formas de vida. Esto que he expuesto es parte también de una reflexión teórica necesaria que acompaña cualquier investigación, la cual podrá ser revisada en el siguiente apartado.

Márgenes conceptuales

Si bien de forma general el acercamiento a las cotidianidades de la gente se ha constituido en una herramienta esencial en el ejercicio etnográfico, parecería que esto se ha limitado a construir descripciones que hablan de formas de existencia en donde priman realidades al margen de la estructura social, de los procesos y políticas socioeconómicas. Sin embargo, en un periodo de fuertes cambios estructurales, en donde se ha conformado aparentemente una sociedad a nivel global, la interpretación de realidades y condiciones de vida aparecen, en diversos espacios, enmarcadas por una alta desigualdad y cada vez mayor precariedad social.

Ante esto hay escenarios que no pueden ser omitidos, ni invisibilizados, pues necesariamente están ligados a formas objetivas de existencia de todas las poblaciones, es decir, en la forma en cómo vive la gente. Como proponen Narotzky y Smith (2010), un estudio etnográfico debe recuperar y exponer también ciertas lógicas y prácticas cotidianas, ya que éstas son relevantes con respecto a los movimientos y lógicas político-económicas a gran escala, las cuales se han reco-

nocido de forma clara históricamente en la articulación de procesos sociales.

Pues no es casualidad que, las discusiones en torno del sistema económico neoliberal en la última década, también han puesto de manifiesto que una gran parte del «éxito» de dicho proceso ha sido convertir en hegemónico el discurso por el cual los problemas políticos y los derechos sociales son transformados en problemas individuales con soluciones de mercado. Esto traducido a la lógica de la cotidianidad, se manifiesta en realidades en la que los vínculos sociales fragmentados de sentido han transformado las poblaciones que asumen las desigualdades de sus sociedades como estrictamente individuales. Es por ello se dice, que la capacidad de conseguir un empleo no depende directamente de las imposiciones macroeconómicas, sino que la responsabilidad pasa por uno mismo.

Así, en este escenario del presente neoliberal se ha generado una autopercepción de que los sujetos son responsables, de manera individual y a partir de sus propias decisiones, de sus condiciones de vida (Bauman, 2001). La alteración de las condiciones objetivas por lo tanto, se traspasa de facto como riesgos asumidos por los mismos sujetos, producto del aparente desvanecimiento del Estado social y la entrada obligada al mercado, que en la mayor parte se observa vinculada a una necesidad de consumo. De tal forma no se termina de ninguna manera el desarrollo capitalista, sino que se expande, pues los bienes de consumo, ingresos y riquezas se reparten en tanto que son recursos escasos que generan una brecha de desigualdades entre los diferentes grupos sociales (Beck, 2006).

No se debe dejar pasar por alto que durante mucho tiempo las perspectivas en ciencias sociales se han concentrado más en dar cuenta de las diferencias culturales, que de las desigualdades imperantes dentro de las mismas sociedades. Basta recordar los inicios y el desarrollo de las diferentes disciplinas sociales, las cuales, siempre se acompañó de una perspectiva que se debatía entre describir, explicar y comprender a aquellos «otros» grupos humanos que eran periféricos al desarrollo del mundo occidental. La desigualdad aparecía de esta forma como un signo del «atraso», propio de modelos culturales diferentes, los cuales en su mayoría debían ser estudiados y analizados con el propósito de ayudar a su integración dentro de sociedades «modernas». Por tanto, «las desigualdades se han abordado como una manera de buscar características compartidas por determinados grupos humanos, pero más bien, han correspondido a las diferencias basadas en raza, clase social, género y edad» (Gootenberg, 2004:11).

Como ha planteado García Canclini (2007), si bien, otras disciplinas como la economía política dentro del pensamiento de Marx, destacaron la desigualdad a partir de la división en clases, ésta únicamente se limitaba a ser analizada dentro de las relaciones productivas. Únicamente desde la perspectiva sociológica de Weber se retomó de manera importante a la desigualdad, dentro de los márgenes de las diferencias culturales o simbólicas. En esa dirección se inscriben las investigaciones socioantropológicas de Bourdieu, quien expuso que las inequidades socioeconómicas serían insuficientes para entender a las sociedades, si al mismo tiempo esa desigualdad básica no se articulaba estructuralmente con las distinciones que se construyen a través de la escuela, el consumo, los

gustos y las opciones estéticas: debido a que las sociedades se reproducen y se diferencian por el modo en que organizan el acceso desigual tanto de los medios de producción como de los bienes simbólicos.

Es por ello que en esta perspectiva Charles Tilly (2000) ha considerado que la desigualdad debe analizarse dentro de las profundidades de las categorías persistentes, y de las relaciones que se generan entre grupos de personas, las cuales son el mecanismo por el que los individuos organizan la distribución y control de recursos productores de valor. Es decir, que la desigualdad es un mecanismo funcional y eficiente, que en los sistemas sociales reproducen permanentemente la explotación, el acaparamiento de oportunidades, así como la emulación y adaptación. Estos son elementos básicos difundidos a través de las sociedades convirtiendo al proceso en inevitable, capaz de adaptarse a la vida cotidiana de los individuos asegurando que las desigualdades sean habituales y esenciales, tanto para explotadores como explotados. Por tanto, las desigualdades siguiendo a Tilly, poseen un despliegue desconcertante de dimensiones concretas, como son bienes, ingreso y oportunidad, género, raza, edad, región y etnicidad. «Es así que individuos, grupos y naciones se encuentran atravesados por jerarquías del poder, educación, tecnología, lenguaje, cultura, honor y creencias, y que tienen mayor intensidad en el actual periodo histórico» (Gootenberg, 2004:10).

Precisamente el panorama actual que experimenta el sistema social mundial es de cambio constante. La economía capitalista y la política neoliberal, ya no se parecen a aquellas conceptualizaciones fundacionales de las mismas ciencias sociales. Y aunque el capitalismo industrial o el estado moder-

no, que obsesionaron a Marx, Simmel, Durkheim y Weber, no han podido ser sustituidos (Narotzky y Smith, 2010: 18). Existe el hecho precedente que tanto valores y significados dentro de una realidad compleja, han cambiado y pueden ser estudiados.

Es por ello que, ya desde el siglo xx, también se realizó el llamado a la apertura y la reestructuración de las ciencias sociales. «De tal forma sociólogos y antropólogos sociales, comenzaron a hacer patente y explícito el tránsito entre marcos explicativos y estrategias metodológicas, que anteriormente habían generado identidad a cada una de las disciplinas» (Olivos, 2014: 22). Pues tal cruce disciplinar, aparece a la luz del presente como el medio perfecto para dar cuenta de realidades complejas. Esto también es apoyado en la coyuntura teórica tras el surgimiento de una llamada «posmodernidad», que si bien, hay desaciertos en considerar que se ha superado la «modernidad» cuando han existido sociedades que nunca han pasado por ella, este replanteamiento teórico ha permitido nuevas posibilidades de acercamiento epistemológico que, sin pretenderse únicas, ni originales, abren el campo de investigación en ciencias sociales.

Bajo esta idea, siguiendo a Narotsky y Smith (2010), se debe problematizar la cuestión de la propia construcción del espacio etnográfico en el contexto del capitalismo actual. Para ello se debe construir una interfaz entre las experiencias cotidianas de las personas y las fuerzas que les estructuran históricamente dentro de una realidad actual y que se puede anclar bajo las propias dinámicas de movilidad. No hay ninguna razón para que la historia, tanto en conformación espacial como política, no pueda ser entendida en términos de sus implicaciones de cambios en la experiencia social co-

tidiana. Esto expuesto finalmente, puede considerarse como una práctica socioantropológica, la cual parte de mostrar una cotidianidad atravesada a su vez por procesos sociales más amplios, para llegar a esto se debe generar una narrativa que lleve a la reflexión y no sólo se limite en el análisis de los datos. Es por esto que los siguientes apartados, presentados a manera de relatos sobre un día cualquiera, en la vida de las y los jóvenes investigados, constituyen la apuesta por generar esa conceptualización teórica-metodológica.

Relato etnográfico I

Desde las 5 am, Damián y su madre se han levantado a acomodar en pequeños manojos las flores que consiguieron la noche anterior en su pueblo, Santa María Tecuanulco, Texcoco. Mientras su madre hace un poco de café con el que acompañaremos el pan que sobró de la noche anterior, Damián termina de agrupar un total de 30 pequeños rollos de rosas rojas y blancas, que al final se envuelven en un gran paquete de papel cartón, éste es amarrado firmemente con pedazos de una cuerda de mecate. Normalmente, un familiar los lleva en una camioneta pick up, a diferentes lugares por el noroeste del Estado de México tres o cuatro veces a la semana. Sin embargo, en esta ocasión, la camioneta se encuentra averiada y, por tanto, como también suelen hacerlo si no cuentan con esa posibilidad, el viaje será por transporte público. Salimos de Santa María Tecuanulco a las 6:30 am. Tomamos una camioneta de transporte hacia el centro de Texcoco a 15 km, en un viaje de 40 minutos y de ahí otra camioneta que recorre 30 km a Otumba en un viaje de más de una hora. Durante el recorrido, Damián escucha música a través de su móvil por

la aplicación de *Spotify*. Antes de llegar a Otumba, su madre ha dividido dos paquetes de 15 manojos de rosas cada uno, los cuales tienen un precio de \$30. Ella desciende dos paradas antes en San Martín de las Pirámides. Ya en Otumba, Damián ha pensado ir primero a Ciudad Sahagún, Hidalgo que se ubica a 15 km del lugar y para lo cual tomamos un autobús. El día de hoy hay «tianguis» en ambas localidades, por lo que Damián piensa recorrerlos para vender sus rosas. Son casi las 11 am, Damián ha vendido dos manojos en Ciudad Sahagún, y con ello va a una tienda a recargar su celular (\$30). En todo el tiempo en el que nos detenemos, ha revisado sus redes sociales (*Facebook, Instagram, WhatsApp*) y escucha canciones en sus audífonos. Antes de la 1 pm, regresamos a Otumba. Apenas ha podido vender seis manojos en total. En el tianguis de Otumba tampoco tiene tanta suerte, por lo que después de un par de horas decide recorrer las calles de la localidad, ofreciendo los manojos de rosas casa por casa. Ya hacia las 5 pm ha conseguido vender casi todo, para ello ha empezado a bajar el precio de \$30 a \$20, e incluso los últimos dos manojos son vendidos a \$15 camino al autobús. Hasta ese momento únicamente hemos comido un par de quesadillas y una bebida (\$40 por persona). De regreso vamos a la localidad de San Martín de las Pirámides a encontrarnos a la madre de Damián, la cual no ha terminado de vender y le quedan aún cinco manojos. Damián decide ayudarle y, después de recorrer un par de calles, consigue venderlos todos. Su madre me comenta mientras tanto, que tiene suerte de contar con él, es un buen «joven», además de que es un gran «comerciante». Son casi las 7 pm y hemos regresado a Santa María Tecuanulco. Aproximadamente han conseguido \$900 por la venta total de las rosas, de los cuales tendrán que

pagar \$350, ya que éstas las consiguieron a consignación. De lo restante, la madre de Damián le da \$100, a todo esto, se debe considerar lo que se gastó en comidas y pasajes (en promedio \$120). Damián está contento al final del día: me dice que en una semana más, ya casi reúne lo necesario para comprarse una sudadera que vio en una tienda en la ciudad de Toluca hace tres semanas (el precio \$400).

Damián tiene 14 años y es originario de Santa María Tecuanulco, en Texcoco, Estado de México, localidad ubicada entre la sierra de Tláloc y el ex lago de Texcoco. Se trata de una zona alta caracterizada de bosques de encino y de coníferas. Debido a esto, la actividad agrícola a través del cultivo de alimentos como maíz y haba, siempre ha sido marginal, pues el clima suele ser templado con grandes heladas a lo largo del año. Esto ha generado que las familias se dediquen desde hace muchos años al corte de leña, al ganado ovino, al trabajo en jornales en otras regiones, así como cada vez más al empleo en servicios y comercio informal, pero principalmente de forma importante, al cultivo y venta de flores. Al igual que muchas localidades de Texcoco, Santa María ha tenido un proceso importante de urbanización. Sin embargo, esto se combina con amplias zonas dedicadas al cultivo de flores, que se ubican cercanas a dos manantiales conocidos como Tepitzoc y el Chorrillo, los cuales son aprovechados por las familias tanto para las necesidades de las viviendas como para el riego de parcelas e invernaderos. En ese sentido, se ha generado una especialización hacia el comercio de flor; así, ellos mencionan que más del 60% de la población se dedica a esta actividad, tanto de comercio al mayoreo como al menudeo, siendo uno de los principales mercados de distribución, el Mercado de Jamaica de la Ciudad de Mé-

xico. Damián es el mayor de tres hermanos (12 y 8 años), ha estudiado únicamente hasta segundo de Secundaria y desde temprana edad ayuda a su madre con algunos gastos de la casa. Debido a que su padre migró a los Estados Unidos a los 8 años tuvo que comenzar a trabajar ayudando a algunos vecinos limpiando y recogiendo desechos de los invernaderos; a los 10 años empezó a vender dulces y cigarros; a los 12 años como ayudante de albañil; y a partir de los 13 años se ha dedicado a la venta de flores.

Comencé a ayudar porque era el más grande, pero siempre me gustó ayudar a mamá, antes empecé así a vender cigarros también y cosas para la gente [...] no dejaba tanto, así que mejor nos dedicamos a esto, además como todo el pueblo tiene flor es muy barato conseguirla y siempre hay para vender [...] me gusta caminar y se vende luego rápido, sobre todo aquí (Otumba) que pasa mucha gente y las compra. [...] Podría trabajar menos, pero me gusta tener siempre algo para mí, para gastar y poder comprarme cosas [...] (*sic*).

Ante la transformación de los espacios agrícolas de México, los mercados de empleo de la mayoría de regiones del país han deteriorado las condiciones objetivas de vida. Esto se ve reflejado por la alta informalidad, flexibilización y tercerización de las economías de los espacios rurales. Ante esto, los jóvenes han interiorizado históricamente las condiciones de marginalidad y de autoexplotación, por lo que asumen de manera natural las condiciones propias de precarización. Es por ello por lo que en relatos como el de Damián, si bien se puede observar un trabajo totalmente pauperizado, para él resulta suficiente, pues de esa forma puede acceder a con-

sumir cosas que imagina o aspira. Esto último le permite pertenecer de alguna forma a la sociedad, a pesar de que sea objetivamente de una forma totalmente marginal:

Una parte sí es para la comida, pero una buena parte me la puedo quedar yo [...] Antes como albañil, me cansaba mucho, y si bien luego por el viaje de allá para acá sobre todo cuando el sol está fuerte cansa, pero vas vendiendo y se te va haciendo más simple, porque pues ya no cargas tanto ¿no? [...] pues me lo gasto en comida sobre todo dulces, chocolates o algún antojo [...] también he ahorrado para comprarme ropa que me gusta y también así me compré mi celular, así puedo oír música o tener amigos en el Facebook [...] pues estoy haciendo un guardadito, para comprarme una moto para poder moverme más fácil, ayudar a mi mamá y tener más tiempo para hacer otras cosas con amigos y así (*sic*).

Relato etnográfico II

He quedado con Aurora a las 5 pm, en la iglesia de la localidad de Jesús Tepactepec, Tlaxcala. Hoy hay «baile» en San Mateo Ozolco, localidad ubicada a 42 km del lugar a las faldas del Volcán Popocatepetl, dentro del estado de Puebla. Juan (23 años), un amigo de la localidad que toca en un grupo de música de banda se presentará esta noche, así que nos ha invitado y nos llevará en su auto. Vamos acompañados además de otras dos amigas de Aurora (19 y 21 años). A San Mateo se hace poco más de una hora de viaje desde Jesús Tepactepec. En el auto, las conversaciones son sobre los lugares que vamos dejando atrás, sobre amigos y fiestas pasadas, a los familiares que se podrían encontrar y la gente que preferirían no ver. Aunque la mayor parte del tiempo, hasta

Juan que va manejando, van comunicándose o mirando sus celulares. Todos los acompañantes han tenido cuidado con su aspecto personal, de tal forma que Aurora y sus amigas llevan ropa recién comprada o con poco uso para tal ocasión. La cual consiste en jeans de mezclilla con aplicaciones de color o incrustaciones, blusas o camisetas vaqueras bien ceñidas, maquillaje y accesorios (aretes, cadenas, pulseras la mayoría de bisutería). Incluso Aurora y Juan llevan texanas (sombreros). Ellas llevan tacones altos y Juan botas de piel. En su conjunto, cada *outfit* tiene un costo promedio entre \$1000 a \$1500. En el camino se va escuchando música y bebiendo cervezas de lata (\$160), además de que, en el camino, se ha comprado también una botella de ron (\$200). Antes de las 7 pm hemos llegado a San Mateo Ozolco, en donde se celebrará un rodeo con motivo de las fiestas patronales. Por tanto, hay mucha gente ya esperando a entrar en una carpa que se ha puesto casi a la entrada de la presidencia municipal. Debido a que vamos con Juan, que tocará dentro de unas horas podemos pasar a una parte acordonada del escenario en donde hay mesas preparadas para los músicos, autoridades, organizadores y sus familias. Desde ahí, Aurora y sus amigos, además de socializar, escucharán música y bailarán al igual que la mayoría de los asistentes. El contraste no deja de ser interesante. San Mateo Ozolco es una pequeña localidad de origen nahua que se ha caracterizado por su tradición agraria, en donde destaca la producción de pulque realizada por casi la mitad de las familias, lo que les ha llevado a realizar cada año una fiesta dedicada a dicha producción. También desde hace tiempo, una de las principales fuentes de ingreso son las remesas de la migración de jóvenes/adultos de la localidad desde Estados Unidos. Así, en el baile se

encuentran personas que son productores campesinos con ropas sencillas o desgastadas; otros, principalmente los más jóvenes, visten ropa de marcas americanas e interactúan todo el tiempo con sus celulares de gama media y alta; algunos ingieren apenas una cerveza o tienen envases de plástico con destilados de baja calidad; y otros, consumen botellas de alto costo, generando una mezcla compleja entre precariedad y exceso. En ese sentido, Aurora manifiesta por lo menos en su presentación y ciertas acciones, privilegios y distinciones diferentes. Algo que sale a relucir todo el tiempo durante la presentación de Juan, pues Aurora y sus amigas se dedican en ese momento a criticar a aquellos que no «visten» bien, y que por pobres no pueden estar dentro de la zona *VIP*.

Aurora tiene 19 años y es originaria de Jesús Tepacteppec, localidad del municipio de Nativitas, Tlaxcala. En la actualidad, la localidad presenta un desarrollo urbano importante, pues se ha ido colindando con las localidades de Santo Tomás La Concordia, así como con la cabecera municipal de Nativitas. Lo cual genera una estructura más como de colonia que de pueblo, el cual ha crecido entre dos importantes vías de acceso del municipio, que van desde la cabecera municipal hasta Tlaltenango, Puebla, y que anteriormente era la salida natural hacia los ejidos. La población de Jesús Tepacteppec ha diversificado sus actividades económicas desde hace más de 10 años: aunque muchas de las familias aún mantienen cierta producción agrícola centrada en el cultivo para forrajes, engorda de ganado vacuno y venta de leche, también han ido ganando importancia el comercio formal e informal, así como el trabajo en sectores de servicios. Al igual que muchas de las localidades de la región, aun imperan autoridades tradicionales y los sistemas de cargos, una cotidianidad que se

complementa con celebraciones comunitarias y religiosas, como carnavales y fiestas patronales.

Aurora es la tercera de cuatro hermanos. Su familia cuenta con un par de ejidos dentro de la localidad. Su padre se dedica al cultivo de maíz forrajero, además de contar con algunas cabezas de ganado vacuno que utiliza para la producción de traspatio, venta de leche y queso principalmente. Su madre, por su parte, cuenta con una pequeña tienda de abarrotes. Aurora estudia una licenciatura en derecho en la Universidad Autónoma de Tlaxcala y se emplea los fines de semana en una tienda departamental en la localidad de Zacatelco, Tlaxcala. Para Aurora, la actividad agrícola ha sido siempre parte de su vida, pues desde pequeña ha ayudado a su familia con algunas actividades dentro del ejido o del traspatio. Así todos los días Aurora se levanta a las 5 am para limpiar y recoger los desechos de las vacas en su traspatio, sale de su casa a las 7 am para viajar 18 km hacia la capital del estado, en donde tiene clases en la Universidad de 8 am a 2 pm de la tarde. Regresa a su casa a ayudar con el mantenimiento de la casa o en la tienda de su madre. Y los fines de semana, ella realiza otro recorrido de 16 km. para trabajar en una tienda de electrónicos en Zacatelco. Aurora considera que para los jóvenes de Jesús Tepactepac, si bien las actividades y el trabajo agrícola son parte también de una forma de vida, ya cada vez más se deben emplear en otras cosas que les permitan tener mejores ingresos. Y si bien algunas de las familias como la suya cuentan con un ingreso importante a través de la misma actividad agrícola, considera que mucho de eso alcanza para algunas necesidades de las familias, pero no cubre del todo las necesidades de los jóvenes actuales:

Aquí todos somos gente de campo, como mis padres y mis primos, aunque pues también estudiamos para poder hacer otras cosas [...] A mi familia le va bien con el negocio y lo de los animales, pero por ejemplo si yo quiero algo, más allá de lo que me dan para la universidad, tengo que conseguirlo de otra forma [...] Trabajo por eso los fines de semana, así ya me puedo comprar mis cosas [...] pues tú sabes, lo que nos gusta a nosotras las chicas, ropa, lociones, cosas para el pelo, uno que otro detalle así como para vernos bien, yo en la carrera luego debo ir bien arreglada pues es importante que en la universidad te vean que tienes cosas y que no soy pobre nomás porque mi familia tiene animales [...] pues te digo, sí alcanza pero pues no para todo, hay muchos chavos como mis primos que tuvieron que dejarlo ya que no les salía para comprar o salir de fiesta, y no porque no sea bonito vivir del campo, pero igual luego no deja, por lo que muchos por eso lo dejan y mejor se consiguen un trabajo en otro lado (*sic*).

Se debe considerar las formas actuales de empleo, a las que se enfrentan las y los jóvenes rurales actuales, como aquellas actividades que no únicamente garantizan la reproducción social a partir de una dinámica simple de economía familiar. Esto lleva a considerar las posibilidades de trabajo para satisfacciones sociales de consumo. En ese sentido en los relatos se observa un proceso social en el que se integran formas de producción de subjetividad y de reproducción objetiva de existencia. En las cuales además podemos entender la generación también, de diferencias entre identidades y clases sociales. Algo que es claro, para la juventud rural, son las formas e interacciones entre medios de comunicación y ofertas del mercado, esto constituye prácticas de consumo que para la juventud estructura acciones y significados para su cotidiani-

dad. Como ha propuesto Gonzalo Saraví (2015), el consumo no sólo refleja desigualdades de clase, sino que a su vez las establece y construye. De acuerdo con las particularidades y contrastes entre estilos de vida de sectores más privilegiados y menos favorecidos, el consumo supone posibilidades y oportunidades para los primeros, y restricciones y limitantes para los segundos. Estas distinciones son el sistema por el cual las identidades personales y colectivas se negocian en la práctica, donde la atribución de la identidad contribuye a reproducir, a través de un sistema de representación, los mecanismos de su propia dominación y fragmentación de clase.

Aquí es todo aburrido, sí es divertido luego salir con la gente a la iglesia o la feria que se hace, pero tampoco hay mucho [...] A mí me gustan mucho los bailes, pero para asistir a ellos pues tienes que tener dinero pues los mejores se hacen lejos de aquí, por eso si trabajas pues es más fácil que vayas y pues también, no es que una vaya nomás a ver que se encuentra, también pues puedes comprarte una botella o tan sólo si quieres que un chico guapo te preste atención, te tienes que ver bien ¿no?, no que así toda pobre ni te ven (*sic*).

Relato etnográfico III

Juan ha llegado al santuario de San Miguel el Milagro, Tlaxcala, por la tarde del día 15 de septiembre, después de estar viajando más de un mes desde su lugar de origen en Tlaxtalpan, Veracruz. Su primera escala fue durante la primera semana de agosto en la ciudad de Puebla, después de más de 350 km en un viaje en autobús de casi cinco horas. En Puebla ha estado tres días recorriendo las principales iglesias de la

ciudad, para posteriormente dirigirse 90 km hacia Huamantla, Tlaxcala, para las celebraciones de la «Huamantlada» del 15 al 20 de agosto. De ahí, Juan recorrió, paulatinamente a través de camionetas o camiones de transporte, algunas localidades y parroquias entre Puebla y Tlaxcala, para estar el día 28 de agosto en la Feria de San Agustín Tlaxco, Puebla (a 36 km de distancia de Huamantla). En San Agustín Tlaxco normalmente se encuentra con un amigo comerciante, el cual le permite quedarse hasta el día 2 de septiembre, en donde se encamina para alcanzar a los peregrinos de San Baltasar Campeche, Puebla (24 km desde San Agustín Tlaxco) e iniciar un viaje a pie de cerca de ocho horas a Nativitas, Tlaxcala (32 km desde San Baltazar Campeche). Al igual que peregrinos y comerciantes, Juan recorrerá el municipio durante las diversas celebraciones y ferias realizadas en los pueblos de Nativitas, esperando hasta la principal celebración patronal del Santuario de San Miguel del Milagro el día 29 de septiembre, uno de los eventos más importantes y con más asistencia de personas de la región. Juan tiene 19 años y es vendedor ambulante, ha llevado cargando entre 15 a 20 kilos de estampas, velas y relicarios, los cuales vende en todos los lugares por los que va pasando. Normalmente camina entre las ferias un promedio de 12 a 16 horas diarias y durante sus viajes suele dormir entre los puestos de los comerciantes, a los cuales ha conocido a lo largo de tres años o con alguno de los peregrinos que suelen quedarse en los portales de iglesias y santuarios, o simplemente donde le caiga la noche. Normalmente las estampas que vende tienen un precio de \$10, las velas \$25 y los escapularios \$35 cada uno respectivamente. En promedio en un buen día puede ganar entre \$300 a \$500, pero hay veces cuando llueve o no

hay mucha gente como en los últimos años, puede terminar un día con menos de \$100. A todo esto, Juan debe pagar por poder vender en todos los lugares, ya que las ferias en su mayoría cuentan con organizaciones que se encargan de cobrar cuotas a todos los comerciantes, en su caso el pago por estar vendiendo en lugares como el Santuario de San Miguel del Milagro, este año le tocó pagar \$75 por día. La esperanza de Juan es vender todo para el día 29, ya que eso le permitirá regresar a su casa, de lo contrario, buscará otros lugares y otras fiestas hasta terminar.

Al final es trabajo y me da para vivir, yo no pude estudiar pero esto fue lo que se me dio hacer y me gusta [...] a veces es cansado, pero bueno me gusta viajar y conocer lugares, no lo siento como algo malo, desde chiquito en mi casa me han enseñado a trabajar para hacer algo de provecho de mi vida, lo que gano es para ayudar a mi familia y también para que en el pueblo pueda hacer algo [...] Normalmente cuando no salgo ayudo a mi familia ahí en el campo, pero a últimas como no se vende mucho lo que se da, o ya ni se da, prefiero ser comerciante [...] me gusta ser mi propio jefe, yo sé lo que hacer para ganarme unos pesos y a nadie le debo nada, no sé si bien, pero se hace, mi familia es de campo, al igual que mi abuelo, mi padre, me enseñó a trabajar la tierra, los animalitos y vivir así, la gente piensa que no tenemos nada, pero si trabajas duro, tienes para comer [...] yo quisiera ganar un poco más y poner una tienda, tal vez vivir en un lugar más bonito, tener pues una camioneta, irme a otra parte donde gane más, aún estoy joven y creo que por eso lo puedo hacer (*sic*).

En México la Población Ocupada, entre 12 y 29 años es de 37.5 millones, de los cuales, el 60% se encuentran en la informalidad. De este rango de edad de población ocupada, algo

más de 18 millones viven en zonas rurales y su porcentaje de informalidad es del 62%. Del 38% de los jóvenes rurales que tienen empleos «formales», al menos el 20% de estas ocupaciones, se trata de empleos precarios con ingresos de menos de \$100 al día. Por tanto, en un balance de la juventud rural, 60% se encuentran en condiciones de informalidad y 20% en pobreza extrema (INEGI, 2018). Los niveles de precariedad de la juventud rural duplican e incluso triplican la proporción de jóvenes urbanos en esa situación. Con empleos más precarios, informales, con menor seguridad social, y mayores brechas de género y discriminación. ¿Para alguien les resultan extrañas las condiciones históricas desiguales en el espacio rural?

En el presente, las estadísticas en México muestran también que el 75% de la población ocupada en localidades rurales, se encuentran realizando actividades no agrícolas, es decir, ya no trabajan en el campo, lo cual muestra innegablemente la transformación socioeconómica. Esto debe llamar la atención, pues además del alejamiento o reducción de las actividades primarias, se ha generado una importancia esencial en la movilidad, la cual se manifiesta principalmente en la forma en que se encuentra dentro de trayectorias de empleo, acceso a educación y prácticas de consumo. Esta movilidad puede darse entre localidades rurales, ciudades y áreas metropolitanas. La ruralidad contemporánea conlleva por tanto trayectorias de vida que se conforman en una movilidad cotidiana de personas de un lugar a otro, dada la importante tasa de ocupación, dentro de los sectores secundarios y terciarios. Así como en el grado de informalidad que se extiende en todo el país a lo largo de diferentes espacios. Por lo que se debe considerar a la movilidad como

un factor determinante de reproducción social de los sujetos rurales actuales.

Así en cincuenta años se ha pasado de una población rural en México que representaba el 57% del territorio, a una población que representa únicamente el 22%. Esto debido a la migración y expansión de las principales áreas metropolitanas del país, pero también dado al grado de movilidad entre regiones del país, a causa de la desaparición de mercados de producción local y la descentralización del empleo. Por ejemplo, en el Reporte Nacional de Movilidad Urbana en México 2014-2015, se destaca que un poco más de 57% de la movilidad de la población mayor de 15 años realiza viajes por trabajo (46.3%) o por educación (11.3%). Otros datos de la encuesta mencionan que, debido al trabajo asalariado, el nivel de movilidad de las localidades rurales es bastante importante, y que se encuentra entre 60% y 88%.

Si consideramos las teorías clásicas en donde se observaba el trabajo en la agricultura como actividad socioproductiva, y que era también parte fundamental para caracterizar la ruralidad, dado que las actividades productivas se realizaban tradicionalmente en el mismo lugar donde se encontraba la vivienda o bien alrededor de ésta. Lo que, para México, fue el principio de la organización del Estado hacia unidades ejidales, producto de la reforma agraria, que subdividió también los núcleos residenciales del polígono para la producción. Mientras que las ciudades del país se caracterizaron por otras especializaciones productivas, principalmente hacia el empleo fabril y la gestión de servicios. Lo anterior generaba una separación clara y un distanciamiento geográfico de espacios diferenciados por actividades, pero de forma importante determinaban los desplazamientos de la población rural.

Sin embargo, estos patrones tradicionales de movilidad han cambiado pues con la paulatina desagravación del campo, se han modificado las dinámicas espacio-temporales de las actividades socioproductivas para un número mayor y creciente de población. En este sentido, las trayectorias cotidianas de trabajo, educación y consumo, no se traducen únicamente en el aumento de pluriactividad, sino en cambios socioculturales, así como en subjetividades más diversificadas. Los sujetos tanto de ciudades y espacios rurales, reproducen así cada vez más su vida cotidiana, dividiéndola espacial y temporalmente en trayectorias de movilidad. En ese sentido para comprender las trayectorias de vida en espacios rurales contemporáneos, se deben ampliar en un principio estas perspectivas tradicionales. Debido además de que en estas trayectorias se construyen prácticas y subjetividades, totalmente interiorizadas y experimentadas aparentemente adecuadas para el modelo cultural y socioeconómico presente.

Precisamente autores como David Harvey (2016) han mencionado que de cierta forma se está regresando a las condiciones de empleo del siglo XIX, que es a lo que apunta el proyecto neoliberal, esto ha implicado reducir el poder de los trabajadores y ponerlos en una posición en la que no sean capaces de resistir los procesos de explotación masiva. Esto ha sido acompañado por el desarrollo de tecnologías que hacen del trabajo cada vez más repetido, esto ha sido una característica de los últimos 30 o 40 años. Esto se observa por primera vez en la industria manufacturera y ahora también en el sector de servicios. Con lo cual se han constituido masas de personas sin medios de producción, que van haciendo pequeños trabajos precarios aquí y allá.

Por otra parte, como bien menciona Noel B. Salazar (2018: 154), el mismo discurso del capitalismo, valora positivamente a la movilidad a partir de considerar la capacidad de moverse, la facilidad o libertad de movimiento y la tendencia a cambiar fácil o rápidamente. Sin embargo, estos supuestos parten precisamente de ideologías neoliberales, las cuales se han difundido ampliamente a través de discursos públicos e imágenes sobre la globalización. Por lo que se llegaría a interpretar, apropiadamente, que existe para todo el mundo las posibilidades de una creciente movilidad. Algo que resultaría por sí mismo evidente y que sería un proceso que genera por tanto un cambio positivo. Siendo esto último implementado a partir de concebir la «mejora» a partir de uno mismo y/o para sus familias. Sin embargo, el estudio de la globalización muestra que el aumento de las transacciones transfronterizas y de las capacidades para una enorme dispersión geográfica y movilidad, van de la mano con las pronunciadas concentraciones territoriales de recursos necesarios para la gestión y el servicio de éstas mismas. Los sujetos son integrados a ciertas pautas establecidas por el sistema global y aquellas estructuras estáticas de las que dependen para existir.

Conclusiones

Si la socioantropología pretende mostrar cómo vive la gente, debe entonces considerar al neoliberalismo también como un proceso histórico que se entiende mejor desde el estudio de los sujetos que produce. En ese sentido, el empleo y el consumo observado, ha dado lugar a prácticas en contextos de mercados de trabajo segmentados y de procesos productivos

flexibles e informales. No se debe olvidar, que el consumo también es una expresión de la posición en la estructura social. En una sociedad capitalista de mercado, lo que se compra, cómo se compra y dónde se compra tiene una relación directa con la capacidad económica de las personas (Saraví, 2015: 193). De esta manera, los jóvenes en espacios rurales, en su consumo precario, reflejan también las desigualdades sociales, porque expresan las diferentes formas de usar y apropiarse de diferentes bienes materiales y simbólicos, así como muestran las relaciones de poder que experimentan y reproducen para participar del mismo proceso.

No se debe pasar por alto que las actuales formas de interactuar con los medios de comunicación y ofertas del mercado, constituyen prácticas de consumo que invitan a reflexionar sobre los actuales grupos sociales, etnias y regiones que ante el proceso han desarrollado significados diferentes para su vida cotidiana. Esto conlleva a generar, como se observa en los relatos, una movilidad diferente, interacción y uso de tiempo libre que antes en los espacios rurales no fuera visible. Cabe destacar entonces que la apertura ante este proceso ha sido acompañada de la transformación de las condiciones de trabajo agrario. Así, la lógica de reproducción que antes se observaba en las familias rurales, ha sido transformada por las propias dinámicas del mercado de trabajo del capitalismo neoliberal.

Esto ha llevado a la precarización, flexibilización, tercerización e informalidad de las familias. Al igual que las urbanas, las poblaciones rurales se enfrentan a la articulación de novedosas formas de empleo y consumo, que ya no están ligadas a las necesidades básicas de subsistencia, sino al producto de actuales procesos sociales de mercantilización y

de adscripciones creadas por diferentes industrias culturales a nivel global. Lo que se observa de los relatos es cómo los jóvenes de espacios rurales se han integrado a trayectorias tempranas de flexibilidad y acumulación precaria, necesarias para consumos parciales y también precarizados, los cuales se asumen como necesarios para generar las posibilidades de adscripción y pertenencia, así como de reproducción a su nueva realidad social.

Buscando entonces otros caminos se debe considerar la importancia de la vida cotidiana y la historia presente como fundamentales a una práctica socioantropológica. Aquí bastaría recordar que incluso para Durkheim, la historia puede y debe jugar en el orden de las realidades sociales, un rol análogo al del microscopio en el orden de las realidades físicas. Es por ello que para este ejercicio se retoma la propuesta realizada por Susana Narotzky y Gavin Smith (2010), la cual sugiere un acercamiento etnográfico de un realismo histórico. En ese sentido se trata de hacer sensible a la etnografía tanto de la complejidad cultural actual, como al conocimiento comprometido con el cambio económico y político.

Si bien se debate el poder de la etnografía para representar desde el dato subjetivo, las estructuras que sujetan y estructuran la realidad social. Sin embargo, se debe considerar que no existen individuos o sujetos sin sociedad, y viceversa. Cualquier humano es un ser dual y dialógico, natural y cultural, social e histórico, y además un ser individual, autónomo y libre. Es un ser complejo porque sus valores y representaciones sociales están compuestos por una pluralidad de fuerzas y energías contrarias, en ocasiones enfrentadas; ya que puede ser racional, pero también y al mismo tiempo irracional, uno y diverso, como la realidad misma (Gutiérrez,

2018: 11). Esto es importante entonces para la práctica etnográfica, pues es a través de ésta que se puede tener en cuenta todas estas dimensiones de lo humano, todo lo que el hombre es, y que es todo eso que construye a la misma sociedad.

Esta cualidad ya ha sido considerada anteriormente por George Simmel (1988: 27), quien mencionaba que la historia entera de la sociedad podría reconstruirse a partir de la lucha, el compromiso, las conciliaciones lentamente conseguidas y rápidamente desbaratadas que surgen entre la tendencia a fundirnos con nuestro grupo social y a destacar fuera de él nuestra individualidad. Si bien Simmel hereda la idea romántica de que el hombre se crea a sí mismo en la interacción con el resto y con el mundo. El hombre no es, sino que se hace en el mundo, junto a los otros, a la vez que hace mundo y sociedad, por tanto, no tiene naturaleza, tiene historia. Es por ello que, para el propio Marx, el hombre es ser histórico y ser social en la medida en que su historia es el relato vivo de su desarrollo, es decir que se hace haciendo. Aquí debemos recordar que el mismo Simmel, asume una concepción cultural, social y en resumen no esencialista de la naturaleza humana. Pues considera que para sobrevivir y evolucionar el hombre tiene que trabajar en el mundo relacionándose además con los otros. De su acción productiva sobre y en el mundo obtiene una serie de productos, que sirven para satisfacer sus necesidades más básicas y vitales (Gutiérrez, 2018: 12-13).

Por tanto, una propuesta socioantropológica con el fin de mostrar un realismo histórico, es buscar como objetivo: el estudio de las relaciones sociales que han producido históricamente un valor que parte de lo económico y que se estructura en campos sociales específicos (Narotsky y Smith, 2010: 18). Esto

es importante, pues Simmel, con su lectura de la modernidad, consideró la posibilidad de realizar una «antropología del devenir». Pues observó que, en la modernidad, tras el triunfo de la economía monetaria, el hombre ya no es ni se hace; ahora vale, tiene un precio. Por tanto, un nuevo orden instaurado por el dinero produce una transformación antropológica radical.

Así, se debe problematizar la cuestión del lugar en el contexto del capitalismo actual, esto que se vincula al mismo ejercicio de sociólogos y antropólogos que se interesan en mostrar las dinámicas locales revitalizadas en un mundo globalizado. Para ello se debe construir una interfaz entre las experiencias cotidianas de las personas y las fuerzas que les estructuran históricamente dentro de una realidad actual. Pues no hay ninguna razón para que la historia, tanto en conformación espacial como política, no pueda ser entendida en términos de sus implicaciones de cambios en la experiencia social cotidiana. Como alguna vez lo realizó Raymond Williams al buscar «estructuras de sentimiento» en la Inglaterra del siglo XIX, o como ha establecido David Harvey en términos de la lógica estructural de la producción y regulación capitalista. El realismo histórico busca encontrar esos lugares intermedios, entre espacios y experiencias cotidianas de los sujetos, para descubrir la constitución dialéctica de una por medio de la otra: una historia en la que la gente (re) produce artefactos concretos y abstractos para la vida, abstracciones concretas que ofrecen un panorama que condiciona la propia reproducción y transformación de generaciones posteriores (Narotsky y Smith, 2010: 18-19).

Por lo tanto, en términos metodológicos se requieren de tres tipos de atención a las realidades etnográficas. El primero, que el investigador o investigadora encuentre los elementos de la realidad que le ayuden a caracterizar los rasgos reproductivos

de la economía política actual. Esto que puede ser entendido como lo «político» en términos de poder, «estructural» en términos de Eric Wolf y la «economía» de acuerdo al trabajo de David Harvey. Algo que para Marx eran abstracciones concretas que condicionaban las posibilidades de reproducción social. Es decir, poner atención en las formas de organización y acceso al trabajo social y que finalmente esto posibilita a los sujetos insertarse dentro de la sociedad. Por otra parte, en un segundo enfoque se requiere necesariamente de realizar trabajo de campo, para encontrar «prácticas sociales instituidas»; esto que alude al concepto de *habitus* de Bourdieu, dado en el modo que dichas prácticas pasan a formar parte del marco maleable que organizan las tomas de decisiones, que sólo se pueden observar en el momento que se realizan o se experimentan. Y finalmente como tercera atención al mundo social, en cómo la gente interpreta su propio mundo social en el momento práctico de la experiencia cotidiana. La finalidad es generar etnografías en donde se reflejen las praxis que articulan a las personas.

Pues en el actual periodo histórico, las abstracciones concretas son cambiantes y se combinan con la agencia implicada en las prácticas de las personas para modificar las condiciones a las que se enfrentan, Estos lenguajes, gestos y aspiraciones que son moldeados a su vez por estructuras de sentimiento de lugares y tiempos concretos. Elementos que son parte de una realidad compleja, pero que moldean a cada uno de nosotros como un tipo particular de persona: un sujeto/agente social historicizado (Narotsky y Smith, 2010: 20-21).

Bibliografía

- BAUMAN, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. México: Cátedra.
- BECK, U. (2006). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- GARCÍA Canclini, N. (2007). *Las nuevas desigualdades y su futuro*. Revisado desde <https://ceas.files.wordpress.com/2007/03/1-canclini.pdf>
- GOOTENBERG, P. (2004). Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura. *Alteridades*, 14 (28), 9-19.
- GUTIÉRREZ, E. (2018). Georg Simmel: una antropología filosófica. *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, XXIII (2), 7-23.
- HANNERZ, U. (2003). Being there... and there... and there! Reflections on Multi-Site Ethnography. *Ethnography*, 4(2), 201-216.
- HARVEY, D. (2016). *Estamos volviendo a las condiciones de trabajo del siglo XIX, que es a lo que apunta el proyecto neoliberal*. Revisado desde: <https://marxismocritico.com/2016/09/06/estamos-volviendo-a-las-condiciones-de-trabajo-del-siglo-xix-que-es-a-lo-que-apunta-el-proyecto-neoliberal-2/>
- INEGI. (2018). Anuario estadístico y geográfico de los Estados Unidos Mexicanos 2017. Revisado desde: <http://www.beta.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825097912>
- MARCUS, G. (1995). Ethnography in/of the World System: The emergence of Multi-Sited Ethnography. *Annual Review of Anthropology* (24), 95-117.
- NAROTZKY, S., y Smith, G. (2010). *Luchas inmediatas. Gente, poder y espacio en la España rural*. Valencia: Universitat de València.
- OLIVOS, N. (2014). Repensar la etnografía a la luz de los presupuestos posibles de una socioantropología. *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay*, 12, 21-34.

- ONU-Hábitat. (2015). *El Reporte Nacional de Movilidad Urbana en México 2014-2015*. Ciudad de México: Senado de la República / Grupo Mexicano de Parlamentarios para el Hábitat
- SALAZAR, N. B. (2018). Theorizing mobility through concept and figures. *Tempo Social*, 30 (2), 153-168.
- SARAVÍ, G. (2015). *Juventudes fragmentadas: socialización, clase y culturas en la construcción de la desigualdad*. Ciudad de México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).
- SIMMEL, G. (1988). *Sobre la aventura*. Barcelona: Península.
- TILLY, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Argentina: Manantial.

III Reflexividad y retos en la formación de socioantropólogos

Presentación

La tercera parte del libro condensa discusiones en torno a un eje problemático emergente a lo largo de la instrumentación del plan de estudios de la licenciatura en Ciencias Sociales en la UACM. Se trata de los retos en la formación de los estudiantes en tareas de investigación. Particularmente aquellas ancladas en enfoques cualitativos, siendo la etnografía socioantropológica lo que se ha venido impulsando como su sello característico.

Ya en las anteriores secciones del libro, prácticamente en todos los artículos se ha problematizado en las particularidades, enfoques, alcances y retos de la etnografía en el campo socioantropológico. Sin embargo, en esta sección del libro, los artículos de Ismael Pineda y Olivia Leal se centran más bien en desentrañar los retos en la enseñanza y ejecución de técnicas de investigación instrumentadas principalmente a través de trabajo de campo.

Mientras que Pineda parte de su propia experiencia como egresado de la licenciatura en Ciencias Sociales con respecto a su formación en la investigación en campo, profundizando además en las implicaciones éticas y de compromiso social

con sus sujetos de investigación; Olivia Leal lo aborda desde su perspectiva como docente de la licenciatura. La autora parte de un diagnóstico sobre las formas diversas y discontinuas en que los estudiantes aprenden técnicas de investigación en campo, para desde ahí y, sumando experiencias grupales con estudiantes, proponer ajustes y adaptaciones de lo que tradicionalmente y desde la antropología se ha caracterizado como trabajo de campo.

Destaca de ambos trabajos, la presentación de relatos de ida y vuelta entre postulados clásicos en torno a la puesta en práctica de enfoques y métodos cualitativos de investigación con las experiencias concretas de estudiantes y docentes interesados en desarrollar estrategias particulares que se puedan caracterizar como socioantropológicas.

Por otro lado, particularmente en el tema de reflexividad y por ende, la implicación del socioantropólogo en contextos, eventos y situaciones que parten del propio contexto del investigador se desentraña ampliamente en el trabajo de Ismael Pineda. Sin duda su aporte puede orientar ampliamente a tesisistas, egresados de la licenciatura en Ciencias Sociales quienes han optado por estudiar sus propios contextos socioculturales, o bien grupos a los cuales se adscriben o pertenecen. Por su parte el texto de Olivia Leal se puede considerar como un ejercicio que invita a un diálogo con pares académicos sobre el diseño de estrategias individuales, en pares y colectivas de la formación en campo, tomando como referente central, las condiciones de vida y trabajo de los estudiantes que ingresan a la licenciatura en la UACM.

El artículo que cierra esta sección y también el libro, parte de una coautoría entre Nancy Cruz, Liliana Valverde, Araceli Parra y Paris Aguilar. En esta colaboración, los autores

articulan varios ámbitos de reflexión que permiten al lector, conocer el proceso de formación que ha implicado participar en el Seminario de Socioantropología. Primero para encontrar respuestas ante una inquietud permanente de los estudiantes en torno a su identidad profesional, además de desentrañar las particularidades de la formación profesional dirigida a los socioantropólogos. Segundo, para revalorar el trabajo colaborativo que profesores y estudiantes han impulsado con el fin de enriquecer la formación, más allá de los contenidos curriculares de las materias.

Así, parten de un recuento de autores, corrientes, y temas analizados y discutidos por los participantes del Seminario a lo largo de diez años. Pero su revisión no se plantea con un carácter informativo, sino que seleccionaron aquellos que significaron para los participantes (docentes y estudiantes), cambios en las formas de construir objetos de investigación; articular problemáticas sociales desde lo micro y lo macro; conjuntar metodologías cuantitativas y cualitativas de investigación, siempre bajo la mirada de identificar la particularidad de un campo de investigación emergente caracterizado como socioantropológico.

Asimismo, exponen en la última parte del artículo, el contenido de varios trabajos recepcionales elaborados por egresados de las primeras generaciones de la licenciatura, y quienes participaron activamente en el Seminario. A través de la descripción que realizan los autores del artículo de los trabajos recepcionales, podemos claramente visualizar las aportaciones que plantean los tesisistas desde lo que caracterizan como una mirada socioantropológica. Y desde donde claramente observamos cómo la formación curricular sin duda se vio enriquecida por su participación continua en

el Seminario Permanente de Socioantropología. Al cual al mismo tiempo nutrieron, al expresar sus expectativas, sus críticas, sus problematizaciones y más importante, sus propuestas innovadoras (teóricas y metodológicas) en el campo socioantropológico.

El viaje sin maletas: implicación y oficio en la práctica socioantropológica

ISMAEL PINEDA PELÁEZ¹

Introducción

Tiempo hizo falta para poder escribir las recónditas experiencias que un investigador guarece en sus notas de campo y el tuétano de las sensaciones —repulsivas y memorables— que deja un proyecto de investigación. Narrativas que no necesariamente cobran importancia por lo explícito del contenido, tal simple anecdotario, sino que se entienden como herramientas reflexivas para futuras investigaciones y notables pistas para descifrar los antecedentes y predilecciones de la *socioantropología* como eslabón introspectivo en las Ciencias Sociales.

¹ Egresado de la licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Maestro en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Conviene empezar poniendo en contexto una de las palabras más empleadas en este escrito: ¿Qué es *socioantropología*, término empleado en ensayos, universidades, cursos, coloquios y seminarios de todo el mundo? Para nuestro fin y alcance, una descripción sujeta a la *praxis* de sus adeptos es que la *socioantropología* se convierte en la expresión sintáctica que trata de unificar dos disciplinas (sociología y antropología social) en una licenciatura instituida en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Oficialmente la licenciatura detenta el nombre de Ciencias Sociales, sin embargo, asiduamente los precursores y sucesores han colgado el mote de *socioantropólogos* a los estudiantes/profesores que cursan, egresan, se autoadscriben y mantienen cierto perfil apegado a una especie de *práctica* en la investigación social,² donde podemos enumerar de manera no perenne las siguientes características generales que abonan —según mi perspectiva— tal ejercicio:

1. Conjuntar metodologías cuantitativas y cualitativas (estadística y etnografía)

² Algunas tendencias se muestran en los trabajos consecuentes a la formación en la universidad, expuestos en trabajos de tesis, trabajos colaborativos y participativos con actores/sujetos de estudio. También se afina, discute y valora una especie de identificación *socioantropológica* en seminarios y coloquios organizados por la academia de Ciencias Sociales de la UACM, específicamente en el *Seminario Permanente de Socioantropología*. No obstante, hay que dejar claro que no todos los estudiantes se adhieren a la reflexión y apropiación del término (*socioantropólogo*) como gancho que afiance su adscripción profesional y de oficio. Algunos estudiantes recurren simplemente a considerarse sociólogos o antropólogos, decisión que está sujeta al enfoque como se abordan sus temas y problemas de investigación o a la influencia de sus tutores.

2. Confabular perspectivas de lo local y lo global (lo micro y lo macro).
3. Ruptura epistemológica al elegir temas de investigación consuetudinarios propios de cada disciplina (lo rural y lo urbano, la pobreza y lo indígena).
4. Argüir la etnografía como una de las vías posibles para el cruce disciplinar.
5. Apertura a otras disciplinas, en un ahínco interdisciplinar, multidisciplinar y transdisciplinar (historia, comunicación, filosofía, economía, psicología, derecho).
6. Reflexividad en torno a la posición e implicación del sujeto investigador (subjectividad y objetividad).
7. Abordaje teórico influenciado por el análisis de *problemas* contemporáneos que exhiban simultáneamente autores sociólogos y antropólogos. Veda de escrutinio basado en tradiciones y escuelas escolásticas de ambos casos.
8. Despliegue de metodologías vinculadas a las tecnologías de la información (netnografías, etnografías virtuales).

Si bien estos puntos pueden ayudar a entrever medianamente el contenido práctico del término, éste ya se rastrea desde la década de los ochenta en ensayos, revistas y universidades europeas y norteamericanas, donde se hace evidente el interés explícito e implícito de amalgamar dos tradiciones institucionalmente separadas.³ Considerando que este espacio nos

³ Para una revisión más a detalle del término y las perspectivas que de él emanan, véase la revista, *L'objet e la socioanthropologie*, fundada por Pierre Bouvier (1997) y la tesis de Misael López Lima y Mariana López Zárate titulada *¿Quo vadis socio-antropología? Entre convergencias y divergencias disciplinares* (2018), donde se hace una detallada revisión de programas que intentan conjugar las dos disciplinas bajo múltiples enfoques, orientaciones y predilecciones.

limita a referir y no desglosar ampliamente las posturas y características de las propuestas *socioantropológicas* —se tendría que hacer un trabajo exclusivo sobre programas y propuestas institucionales—, lo que intenta el texto es escudriñar —una de tantas— prácticas y enfoques posibles de la *socioantropología*, enfatizando el papel que juega el investigador como sujeto activo en el campo, justo con el interés de abonar la discusión y encontrar piezas que ayuden a focalizar algunos fragmentos de eso que se hace llamar *socioantropología* en México.

La institución como arranque

En menos de veinte años la obstinación de la UACM de formar profesionales capaces de reflexionar y transformar el entorno urbano al cual dicha institución se inscribe, ha sido muestra de múltiples dilemas y ascensos en diversos campos del conocimiento. Proporcionando en su oferta académica licenciaturas *ah doc* que proyectan un perfil interdisciplinar con base en el análisis de *problemas* emergentes del mundo contemporáneo y también de la ciudad.⁴ En contraste con la instrucción formal de tradiciones académicas clásicas (disciplinarias), esta característica provee a las múltiples licenciaturas y egresados opciones dúctiles para enfrentar los fenómenos primordialmente urbanos que se presentan en el ámbito laboral y profesional, o al menos, eso se pretendió en la lógica de su creación. Esta afirmación no solo está

⁴ Al menos eso se pensó en un inicio, que la universidad proveyera a la ciudad de profesionales que mediaran las distintas problemáticas de la urbe. Sin embargo, la búsqueda de fenómenos ajenos a la ciudad es un hecho aunque en menor medida.

plasmada sobre las bases o estatutos universitarios (explícitos), sino en la apreciación y trascendencia (implícita) que la universidad disemina en los espacios donde ha sido erigida como institución educativa. Esta situación no es menor, si ponemos de ejemplo la ubicación de cada uno de sus planteles, mismos que se han asentado en zonas —según los datos estadísticos— marginales. Este hecho se revela con un interés claro: «la Universidad abre su oferta educativa a toda la población, en particular a las capas sociales que han estado más marginadas de oportunidades de educación superior, y busca extender el beneficio de sus funciones a toda la sociedad» (Proyecto Educativo de la UACM, 2016: 12).

Lo anterior sirve como preliminar para empezar a decifrar mi experiencia investigativa desde el enfoque de las ciencias sociales. Apegado a la incursión en la UACM donde cursé la licenciatura con ese mismo nombre. Pero, ¿por qué empezar el texto con la singularidad que tiene una institución en relación con su oferta académica e intereses institucionales? Me parece necesario apuntar que las formas de entender los procesos sociales y culturales —desde donde inicio mi reflexión— tienen que ver con las perspectivas originarias de enseñanza y enfoques sobre la realidad e interpretación de los fenómenos —urbanos— que se presentaron —en mi caso— primordialmente como una opción a investigar. Como procesos que van de la mano, también me parece crucial considerar la ascendencia de los estudiantes —en este caso mi ascendencia—, los cuales provienen en gran medida de colonias colindantes a los planteles, implicados en un proceso —a veces largo— de búsqueda para iniciar una carrera universitaria, enfatizando el cese de oportunidades que

las instituciones ya establecidas —o de renombre— en la ciudad⁵ no les logra dar. Es decir, algunos estudiantes ven la universidad como el último recurso de superación personal, pero también como manera de incurrir en sus espacios habituales, dadas las características que posee dicho espacio (enlaces e investigaciones con la comunidad). Además de brindar una concepción educativa alejada de las distintas segregaciones encubiertas pero existentes de que:

Los grupos considerados como más próximos a la razón —los hombres, los adultos, los miembros de la clase media y los blancos o europeos estarían en mejores condiciones de acceder al conocimiento científico que los segmentos «más emocionales», como las mujeres, las masas populares y los jóvenes» (Guber, 2015:117).

Como parte de una esencia emocional y popular, me considero —consideré— participe de esta avalancha y así empiezo mi relato.

El objetivo general de las siguientes líneas intenta recuperar la base ontológica, epistémica y práctica que guarda un caso de investigación. Específicamente trata de explicitar las características de implicación que subyacen (involucramiento emocional, organizacional y colaborativo) en el momento de la pericia etnográfica y rescatar tendencias que avisten un precedente *socioantropológico*. En segundo término, trato de

⁵ En muchas de las experiencias que he escuchado de estudiantes de la UACM mencionan que la universidad ha sido considerada como su segunda o tercera opción, dejando claro que sus primeras opciones han sido instituciones universitarias como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Instituto Politécnico Nacional (IPN) o la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM).

reunir elementos que manifiesten los perfiles profesionales, sus contradicciones y alcances. La redacción se expone fiel a las experiencias, dotándole al lector una composición descriptiva pero analítica al mismo tiempo. Cuestión que obliga a reunir reflexiones sobre las paradojas, límites, emociones y contrariedades que ostenta la intervención y compromiso *socianropológico* en campo. Una hipótesis que asevera este artículo es que, la *participación* del investigador en campo y los compromisos atribuidos —consciente e inconscientemente— pueden resultar perniciosos o bienaventurados según el contexto político, social y temporal de su campo de investigación, además de considerar, ¡siempre y nunca prescindiendo!, la aceptación o rechazo de intervención de parte de los sujetos que participan y son detentores de las acciones que los nominan a ser dignos de análisis *socioantropológico*. Nuestra tarea trata de exteriorizar estas correlaciones muchas veces relegadas y no mencionadas al calor de la escritura formal.

¡Aquí no se estudian fiestas, se hacen fiestas!

El investigador social amasa bajo la preparación profesional y sistemática elementos indispensables para llevar a cabo su labor especializada. Por un lado, el gremio académico que lo circunda acredita su licitud y oportunidad de ejercer en distintos ámbitos su distinción. Pero también, parte importante de su oficio se fundamenta en la *elección* de un tema para desentrañar dilemas y complejidades de la vida socio-cultural de un espacio. La elección depende de muchos factores, uno que destaca es la relación con personas y cosas que *a priori* han estado relacionadas de alguna manera con él. O bien, que pasado el tiempo de su propósito analítico —en

caso de que sea presionado/motivado para trabajar allí— su inclinación y querencia evidencie un apego insoslayable, o todo lo contrario, una grima que desea arrinconar en el olvido. Puede ser que la elección le convenga al orientarse a tópicos escogidos por sus tutores o consejeros académicos, tomando en cuenta que sea un contexto favorable y viable para el desarrollo del trabajo en cierto tiempo establecido por la institución que lo subvenciona. Después viene el enfoque o ruta teórica a seguir, misma que es moldeada y acreditada por el sistema educativo que lo arropa y por sus detentores. La metodología y todos los rubros tradicionales⁶ que se agregan en el plan de investigación (protocolo, proyecto, propuesta) vienen a englobar el camino canónico de un trabajo «serio» que pretende alcanzar la comprensión de una problemática que aflora del tema ya acotado. Así empieza el proceso del trabajo de investigación, conformado por intereses formales —convenientes— y un apetito afectivo; un reto si queremos mostrar —discursiva y prácticamente— el armazón de nuestra procedencia investigativa.

Alrededor del año 2011, justo apuntando al final de mi formación como estudiante de la licenciatura en Ciencias Sociales, tocaba el turno de elegir algún tema para desarrollarlo como trabajo recepcional (tesis) y concluir así mi estancia en la universidad. En este proceso se desprendieron muchas opciones que como soliloquios retumbaban la inhabilidad de proyectar algún tema interesante e innovador. Lo único que se revelaba en ese momento era la poca expectativa de dirigir

⁶ Hipótesis, estado del arte, preguntas de investigación, objetivos, antecedentes, calendarización, etcétera, son todos los elementos que se requieren para poder tener un proyecto de investigación «integral».

mi atención a un espacio fuera de la ciudad. En ese sentido, la enjundia de la UACM como plataforma óptica orientó mi decisión, que formaría —a mi parecer— una tendencia que involucraba un interés institucional para fijar estudios en las demarcaciones cercanas a los planteles o bien, a espacios desdeñados por las tradiciones escolares y académicas. Pero sobre todo traslucir un *giro sobre la elección de los sujetos* a investigar que se traduce en la preferencia de los estudiantes por «analizar» espacios habituales donde ellos participaban directa e indirectamente.

El ánimo sentenció mi decisión y encaminó la osadía de estudiar mi propio pueblo. Como pretexto tomé una ruta idónea para elaborar una monografía de San Juan de Aragón. Un trabajo que satisficiera los requisitos básicos para la graduación. Sin embargo, en los meses venideros después de inquirir sobre algunos temas históricos, mi plan cambió. Me centré en una conmemoración cívica que surgía como la actividad cultural más representativa de la localidad. Misma que desde niño había participado. Emergió entonces una investigación que apuntaba a una introspección de mi propia condición como habitante de ese lugar, de mi historia, de mi familia. Con la banderola de estudiante —objetivo, disciplinado e imparcial— fruto del aleccionamiento y el mástil de oriundo —comprometido, optimista y emocionado— germen de mi procedencia, empezaba mi incursión en la práctica *socioantropológica*, lejos de los textos y los manuales consuetudinarios de investigación.

De manera paralela yacía en mi aprendizaje y aprehensión un estereotipo que guardaba la ciencia social clásica —haciendo énfasis en la antropología— que fija sus objetos-sujetos de estudio en las coordenadas de la «otredad»,

vista en algunos casos como los pueblos indígenas, las poblaciones vulnerabilizadas, las minorías, etcétera.⁷ *Los otros* a investigar concentrados en espacios rurales o urbanos se determinaban o determinan desde una tradición ligada a la *alteridad* y se revelan como dignos de examen por las *preguntas antropológicas* engendradas por la *extrañeza*⁸ —generalmente en un marco de perspectivas mundiales propias de occidente hacia sus alternos—. Revolucionada esta posición en tiempos contemporáneos, se nota una gradación de niveles de acercamiento o alejamiento entre el investigado y el investigador, pero la mayoría de ocasiones subvenido por el carácter del «otro».

Son notables los cambios de perspectiva en relación al contacto y vinculación con los sujetos de estudio antropológicos a lo largo de la historia de la disciplina que fluctúan desde la antropología heredera del blasón colonialista, pasando por la recolección oblicua de los datos, la observación participante malinowskiana (cuna del trabajo de campo como tarea imprescindible de la antropología) hasta la antropología llamada posmoderna y hermenéutica donde los sujetos «investigados» interactúan y se vinculan con el sujeto «investigador» de una manera —por llamarlo así— mucho más horizontal y sensible. Aún así, las pretensiones de muchos estudios antropológicos diseminan vertientes discretas para encontrar la interpretación, comprensión y explicación de

⁷ Para el caso de los estudios latinoamericanos las elecciones giraban en torno a un «otro-interno», llamado por Restrepo una elección hacia la indianidad (Restrepo, 2007).

⁸ Esteban Krotz refiere que «la otredad significa una clase especial de diferencia. Tiene que ver con la experiencia de la extrañeza» (Krotz, 2004: 57). Cuna fundamental de la pregunta antropológica por antonomasia.

algún «otro» virtual o concreto. No es la intención exacerbar una posición radical o reticente frente a los estudios habituales de la disciplina, lo que hay que acentuar es que, el sentido del «otro» en mi estudio de caso pareció ser un pretexto, un camino ineludible, pero a final de cuentas inexistente. Un encubrimiento académico que tuvo que ser expuesto como el estudio de «aquel pueblo» y «aquellas personas», pero en la práctica cotidiana y de investigación «aquellas personas» eran mis tíos, primos, amigos y conocidos.

Esa singularidad —elegir mi tema de investigación— devino de un proceso favorecido por eventuales piezas que apremiaban su posibilidad. La relación que emanaba del ambiente *socioantropológico* abrió una ventana indeterminada de abordaje —por no decir libertad franca— al considerar cualquier oportunidad y enfoque sobre el trato de lo cotidiano e inmediato (lo cercano). Asimismo, el movedizo conato del cruce disciplinar entre la sociología y antropología, el cual, no quedaba restringido a esas dos disciplinas, sino también al estudio de la historia como ciencia interpretativa (Certeau, 2010; Lee Goff, 1991), reveló una facultad extensa de cruces —novedosos para mí— sobre la percepción de los fenómenos presentados en mi trecho habitual por la ciudad. Este parámetro y enfoque al cual me adscribí no fue un ejercicio totalmente consciente, sino parte de una práctica escolar que aparecía paulatinamente y también por que no decirlo, de una tendencia emergente concentrada en los estudios de los llamados *pueblos originarios* o *pueblos urbanos*⁹ en la Ciudad de México, donde la UACM cobraba relevancia como

⁹ Traigo a colación estos conceptos porque San Juan de Aragón se suscribe como un pueblo originario y/o urbano de la Ciudad de México.

actor vinculante. Todas las influencias mostraban una versión de un proyecto investigativo constantemente heurístico, pero riesgoso al dejar una gran veta para plasmar narrativas y premisas al borde de galimatías o fantasías propias de la cercanía. Por último, dentro de todas estas características sobre mi elección, es rescatable también, el carácter de admisibilidad de parte de los encargados académicos —en esos momentos— de considerar plausible el proyecto.

En ese ambiente no llegué a San Juan de Aragón seguido de un largo viaje, sino sólo crucé la acera para darle otro sentido a lo vivido, un retoque seguido de mis intenciones escrupulosas del momento, orientadas por supuesto a la formalidad de lo académico y al elogio de una escondida pero presente —vivenciada— prosapia local. Sentía pues, una necesidad que revelara —conforme mis nociones apasionadas— una versión detallada de la trascendencia (cultural, social e histórica) de mi pueblo. Matar dos pájaros de un tiro como se dice vulgarmente; trabajar mi tema de investigación para obtener y culminar un proceso escolar y escalar sitios en el «ámbito académico-formal» y al mismo tiempo, exaltar lo «importante» que era mi poblado, con el orgullo y sensación a flor de piel.

Puedo decirles que he pasado casi veinte años tratando de entender por qué elegí ese baile de pueblo... Incluso creo —esto es algo que no me hubiese atrevido a decir ni siquiera diez años atrás— que el sentimiento de simpatía (en el sentido más fuerte del término) que experimenté entonces y el sentido del *pathos* que exudaba la escena sin duda estuvieron en la raíz de mi interés por el objeto (Bourdieu, 2008: 209).

La investigación marchó al ritmo de mis anhelos, aunque paralelamente formaba parte de una «tendencia» que poco a poco se presentaba en la UACM. Citaré a modo de ejemplo trabajos que se inclinaron por llevar a cabo un tipo de «investigación social en casa» (Gullestad, 2009) o bien, con grupos o individuos que se relacionaron íntimamente con el investigador. Un caso particular es el de Denisse Sosa López que incursionó en su propia familia para revelar una fiesta de una comunidad istmeña en la Ciudad de México. También podemos traer a colación el trabajo de Patsy Icelo Ávila que elaboró un estudio sobre las influencias familiares que tenían sus compañeros de carrera y la relación que estos vínculos incidían en su trayectoria académica. El caso de Ricardo Carlos Ernesto muestra un trabajo con jóvenes —amigos suyos— pertenecientes a una agrupación juvenil específica en la ciudad. Otro caso es el de Yolanda Hernández Pardo que llevó a cabo un análisis sobre la comida en la colonia donde su familia y ella residían al norte de la urbe. Nayade Monter Arizmendi trazó una investigación sobre el ausentismo a clases de alumnos de la licenciatura en ciencias sociales —donde muchos de ellos eran sus compañeros—. Estos casos y muchos más, considerando también, la proclividad hacia los estudios ya mencionados de los pueblos originarios/urbanos, fueron parte de lo que denomino un *conjunto práctico, oportuno y disponible del quehacer socioantropológico*. El término *oportuno*, hace hincapié en las posibilidades reales de encontrar un tema hacedero en un entorno que «mostraba una cara accesible» —inmediata— para su investigación.

Se agrega a esto, un aspecto que es necesario mencionar, y estaba ligado a la disposición y ordenamiento curricular de la licenciatura en ciencias sociales de la UACM, la cual, en

ninguna etapa de la formación educativa formal contempló una materia específica para trabajo de campo.¹⁰ Esto se traduce en la poca aportación formativa, económica y logística de parte de la institución para adosar el desarrollo y despliegue en campo.¹¹ Ese elemento indirecto y la imposibilidad —práctica y económica— de costear un largo viaje, estancia o prácticas, propició una decisión —creo que mayoritaria— por la elección de temas ajustados a las posibilidades de lo «cercano». Válvula de salida que pareciera malograda —debido a la deficiencia instructiva en el trabajo de campo o etnográfico— pero viéndolo de otra manera,

[...] uno puede ser preparado sólo en lo que ya es conocido, muchas veces la preparación lo incapacita para aprender modos nuevos, y lo hace rebelde contra lo que no puede menos de ser vago y aun desmañado al principio. Pero debéis aferraros a esas imágenes y nociones vagas, si son vuestras, y debéis elaborarlas. Porque en esas formas es como aparecen casi siempre al principio las ideas originales, si las hay (Mills, 2014: 222).

Esta tendencia práctica en la investigación tuvo varias aristas y complejidades, mismas que refieren a tópicos sobre el manejo de la posición de los investigadores, el control y ordenamiento de la información, las estrategias de incurción en campo, la forma y estructura del discurso (escrito

¹⁰ La materia que puede tratar sobre temas relacionados al quehacer etnográfico, trabajo de campo y vicisitudes en el terreno, se generaliza con el nombre de «análisis cualitativo».

¹¹ La Escuela Nacional de Antropología e Historia y la licenciatura en Antropología de la UNAM, tienen fechas obligadas para que los estudiantes tengan prácticas en campo.

y hablado), las estelas que dejaron los investigadores tras su trabajo, etcétera.

En mi caso, me esperaba una tarea compleja al iniciar la investigación en mi pueblo lleno de conflictos y pugnas entre diversos actores. Primera parada para repensar mi presencia, intervención y estrategias metodológicas. ¿Cómo hacer que mi presencia no causara problemas entre las partes? ¿Cómo pasar desapercibido en tu propia residencia? ¿Cómo manejar mis propios posicionamientos atados a mis emociones? ¿Cómo reflejar un discurso y trato «llano» con las personas que serían parte de mis interlocutores? ¿Cómo redactar una descripción sin privanza o nepotismo? ¿Resaltar las predilecciones en el trabajo de campo? ¿Cómo dotarle de certidumbre al relato etnográfico, sabiendo que ha pasado por muchos recortes y selecciones subjetivas? Y si es así, ¿cómo manejar el dato a la hora de escribir cualquier contenido? Sobre estas preguntas versan los siguientes párrafos.

Llevar a cabo un análisis sociocultural donde formaba parte (directa e indirecta) del campo de estudio y también de residencia, me obligó necesariamente a crear una estrategia de participación/observación crítica y voluntaria. Este tipo de participación con intenciones desafectivas¹² provocadas y no naturales, bajo el telón de la reflexividad, reveló un trabajo arduo de comprensión y desnaturalización de lo vivido y de lo observado antes y durante la investigación. Este distancia-

¹² Este distanciamiento no refiere a obstaculizar los usos de las experiencias propias como posible dato que forme parte del entramado discursivo para comprender algún fenómeno, más bien se refiere al distanciamiento que provoca ver las cosas de distinta manera, manteniendo una postura de autocrítica perceptiva.

miento no fue físico, sino perceptivo, no me fui del lugar, más bien traté de ver el espacio y su dinámica de forma diferente.

Aunque lo observado —antes y durante la investigación— nunca fue la totalidad de los sucesos, mucho menos lo vivido, creo que pude trabajar con material recogido desde mis propias experiencias que se vinculaban con la participación dentro de la comunidad (experiencias cotidianas), creando así descripciones que revelaran una noción de los fenómenos a explorar, sin dejar de lado la otra parte que refiere a una visión crítica y sistemática de las situaciones (información sistematizada), teniendo como resultado la construcción del dato que se utilizó —a final de cuentas— a conveniencia discursiva.

La decisión —que en la ciencia consiste en decir: «Esto significa que...»— la sigue tomando el científico del comportamiento, de acuerdo con la misma subjetividad y en respuesta a las mismas angustias a que se enfrenta cuando no emplea ninguna clase de filtros. Por eso yo no preconizo la eliminación de los filtros y sólo insisto en la eliminación de la ilusión de que suprimen toda subjetividad y neutralizan por completo la angustia. Y no es así; tan sólo desplazan ligeramente el lugar de deslinde entre sujeto (objeto) y observador y posponen el momento exacto en que aparece el momento subjetivo (decisión). Una cosa es elegir el lugar del deslinde y el «momento de la verdad», en que el hecho se transforma en verdad de modo óptimo, y otra cosa es pretender que al hacerlo así suprimamos toda angustia y subjetividad (Devereux, 2003:21).

Los filtros, como los menciona Georges Devereux, son aquellas técnicas o formas para mediar entre los ámbitos subjetivos y objetivos de los productos que se construyen en una descripción.

Los datos de la ciencia del comportamiento, pueden dar la impresión errónea de que la objetividad es imposible *a priori* en la investigación de la ciencia del comportamiento y que para reducir al mínimo las deformaciones debidas a la subjetividad debemos interponer más y más filtros: test, técnicas de entrevista, accesorios y otros artificios heurísticos- entre nosotros y nuestros sujetos (Devereux, 2003: 20).

La tarea que tenía como «científico» del comportamiento o analista social era hilar percepciones para construir un conjunto coherente de ideas que pudieran manifestar la comprensión de ciertos fenómenos, aquellos que no eran la realidad en lo absoluto, sino eran parte de la realidad que se sostenía sobre un ángulo perceptivo específico.¹³ «Aunque la calidad literaria y la fuerza emocional [...] dependan de las palabras claras y fluidas de los personajes, [...] siempre tuve la última palabra con respecto a cómo iban a transmitirse, y si iban a transmitirse, en el producto final»¹⁴ (Bourgois, 2010: 43-44). La cita de Bourgois ejemplifica la manera en cómo el científico social está pensando en el acomodo del dato para lograr un esquema coherente de su descripción y comprensión de los fenómenos, así como su involucramiento y colaboración dentro de las situaciones que se suscitaron en su investigación. Esto no quiere decir que el investigador se posiciona frente al «otro» con una ventaja cognitiva, simplemente ejerce

¹³ Este ángulo está relacionado a los intereses académicos que como investigador tengo, considerando también el lazo que mantengo con algunas circunstancias de los fenómenos a describir.

¹⁴ La cita es del prólogo de la obra de Philippe Bourgois (2010) donde hace las especificaciones del trabajo etnográfico y revela sus problemas y retos metodológicas de dicho trabajo.

la dualidad discursiva entre lo que quiere decir él de los otros a través de lo que dicen los otros de sí mismos, de su entorno e incluso del investigador mismo.

Creo que no existe un proceder antropológico que sustituya la capacidad creativa del etnógrafo individual en el momento de decidir, para él o ella mismo (a) y por ende para sus resultados, qué es información y qué no lo es. Y en un caso —como el mío—, en que se considere que todo lo sea, seleccionar qué y por qué «eso» constituirá el corpus narrativo de su exposición final. (Lozano, 2010: 155)

Haber pertenecido a un espacio en donde siempre había vivido derivaba en naturalizar algunos factores de la vida, verlos como si fueran rutinarios, normales, adheridos a la cotidianidad, a darlos por hecho, sin embargo, por más que se pudiera estar ahí no se podía observar ni saber todo. Ni un habitante, ni un investigador social o alguien interesado pudo haber observado y a su vez comprendido al mismo tiempo varios sucesos de algún fenómeno que se le hubiera presentado, ¡nunca se hubiera podido, ni se podrá! «Las personas a menudo piensan que saben mucho acerca de su propia sociedad, pero esto es un error común. Esto es exactamente un conocimiento “garantizado” que tiene que ser analizado más [...]» (Markom, 2013).

Lo antes dicho, hizo que mi labor como investigador no fuera la misma que como participante (originario, familiar, amigo, etcétera), —aunque existe una frágil frontera para diferenciar entre un papel y otro—. Es decir, aunque yo había

estado en las fiestas y había participado,¹⁵ nunca había tenido una relación profunda con los medios organizacionales o puesto atención a los detalles. Bastaba con esperar el día de la fiesta, ir a comer con un familiar del barrio e ir a la plaza, subirme a los juegos mecánicos y escuchar la música. Tenía una especie de *habitus*,¹⁶ una práctica muchas veces inconsciente, pero forjada a través del tiempo y espacio, corporeizada.¹⁷ Sin embargo, nunca había tenido el interés de participar en una mayordomía poniendo como ejemplo mi distancia a esta organización político-religiosa. En la fiesta cívica de la representación de la batalla de Puebla nunca había tenido el contacto con los organizadores, había partici-

¹⁵ No como organizador, ni como «cargador», sólo como parte de una tradición muchas veces inconsciente.

¹⁶ «El *habitus* es un mecanismo estructurante que opera desde el interior de los agentes, sin ser estrictamente individual ni en sí mismo enteramente determinante de la conducta [...] El *habitus* es creativo, inventivo, pero dentro de los límites de sus estructuras, que son la sedimentación encarnada de las estructuras sociales que lo produjeron». (Bourdieu, 2008: 43-44) En esta versión del *habitus* que es definida por la tradición bourdieuana como una cierta tendencia al comportamiento que es dada desde una estructura y que afecta a los individuos, se puede decir que las acciones referidas en la fiesta desde mi posición como participante activo, pudo ser variada pero mantenía cierta concepción lógica de las acciones y pasos a seguir dentro de la dinámica en la localidad.

¹⁷ Recuerdo en mi infancia cuando el carnaval yacía a lo lejos de mi hogar, mi padre amenazaba con vehemencia no dejarme salir si no acababa las notas escolares. La música penetraba apenas en el pequeño comedor que ocupábamos para las lecciones de matemáticas, y mis piernas querían salir corriendo para encontrar de frente a esos personajes misteriosos del carnaval. La dulzura de las melodías provocaba el erizamiento de mi piel, aún no recuerdo cuando fue que me sedujo dicha práctica, pero fue fundamental para la elección de mi tema de posgrado.

pado como lo hace mucha gente en el pueblo, pero nunca me había preguntado acerca de la historia particular (de la fiesta en el pueblo) y general (del suceso histórico) de dicha fiesta (preguntas que iban aparecido cuando me inserté en las travesías de la investigación formal). Así hay muchos ejemplos del desconocimiento de algunas representaciones que en la investigación me interesó profundizarlas, o al menos verlas desde otra mirada.

El doctor Sir W. Russell Brain se refiere a nuestras sensaciones en la retina como indicadores y señales. Todo lo que tiene lugar detrás de la retina es, como él dice, una operación intelectual que se basa en gran medida en experiencias no visuales [...] No es un elemento que exista en el campo visual, sino más bien la manera en que se comprenden los elementos. (Russell, en Olivé, 2010: 219)

De esta manera hubo un equilibrio entre dos fuerzas perceptivas: una experiencia ligada a la tradición/práctica —como partícipe en algunas dinámicas del pueblo— y otra referida a la experiencia no visual, sino analítica, académica, es decir, un cúmulo de concepciones sujetas al gremio «científico» formal.

No relacionarme a profundidad y haber tenido una aproximación a una influencia académica —que fungió como una óptica simulada— fueron en cierta medida los argumentos que en primera instancia posibilitaron —según mi osadía— un camino asequible frente a los problemas de la objetividad, mis discursos o preferencias.

En aquellos momentos la investigación parecía encontrar una salida a los problemas del trecho ficticio que podía enmarcarse en mis interpretaciones, discursos o redacción

de las premisas centrales del trabajo. Los filtros, la hipercrítica, la aceptación del estrecho límite entre la subjetividad/objetividad, la horizontalidad y demás recursos propositivos que mitigaban la angustia de hablar/escribir *desde donde vivo y soy*, —como si esto fuera una transgresión al distinguido oficio científico—, parecían marcar un recorrido apegado al *conjunto práctico* del quehacer *socioantropológico*, distinguido en muchos casos por la simpatía de lo «cercano». Pero había aún un camino largo por recorrer en la descarnada y atractiva experiencia en campo.

Pasado algún tiempo recorriendo, buscando textos y preguntando sobre temas genéricos relacionados a San Juan de Aragón, inicié mi intervención paralela al trabajo meramente «académico». Comencé a conocer personajes, grupos y organizaciones que poco a poco íbamos dejando terreno libre para concretar una posibilidad comunicativa ya no de investigador-investigado, sino participante-participante. Posibilidad pertrechada por el encandilamiento de colaborar —no desde una perspectiva de lo que hoy en día se entiende por metodologías alternativas de investigación-acción, antropología colaborativa, antropología responsable, antropología dialógica, antropología aplicada, etcétera— (Nartzky, 2004, Hernández, 2007, Gnecco, 2011, Tedlock, 2008, García, 2005)¹⁸ por razones inherentes a la simpatía y el precedente personal, y porque sentía que debía y podía hacerlo. «Era la

¹⁸ En esos momentos, viscerales y de toma de decisiones, jamás pensé en retomar dichas corrientes alternativas, es más, desconocía en gran medida sus proposiciones. Hoy en día las reviso y juzgo mi participación con algunas tendencias inmaduras y quiméricas, pero no por eso, menos memorables y vitales para reflexiones futuras y presentes.

oportunidad de hacer algo más (que en) las aulas, las publicaciones y los congresos» (Aragón, 2018: 20). Un homenaje a la última y vieja tesis de Marx sobre Feuerbach: «los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero lo que se trata es de transformarlo» (Marx y Engels, 2010: 17). Paradoja y dilema de las ciencias sociales como herramienta transformadora y solidaria con la realidad, pero al mismo tiempo instrumento dominante bajo la pretensión influyente de un conocimiento «inmejorable», «cabal» y «efectivo». ¿Por qué mi intervención podía «ayudar», «mejorar» y «transformar»?

Como ejemplo a esa condición en campo, decidí atraer una responsabilidad en la organización de la Representación Cívica de la Batalla del 5 de mayo de 1862. Una oportunidad —según yo y en primera instancia— de profundizar el análisis sobre las formas y dinámicas de dicho colectivo festivo, además, porque no, ayudar en lo que se pudiera. La propuesta partió para colaborar tres años como tesorero en una partida que surgió súbitamente; no hubo una votación seria ni un proceso de disputa entre contendientes al cargo —tal y como hoy en día se lleva a cabo—, sólo se me planteó la oportunidad en medio de una reunión y acepté. Lo que no sabía es que, posiblemente esta decisión había sido arreglada *a priori* con fines políticos por líderes predominantes de la organización. Pero según mis argumentos este proceso me ayudaría a concebir los engranes y relaciones entre personajes influyentes en las tomas de decisiones y ahondar sobre sus motivaciones. Para el segundo año de gestión, existía una comunicación-colaboración medianamente conveniente —al menos así lo percibía— tanto para la organización, como para mi interés de conocer aún más sobre la fiesta y su organización.

Para el tercer año, si no es que antes, hubo rupturas al interior de la organización, producto en parte por la aproximación del cambio consuetudinario de representantes, influencia y divergencia en posiciones políticas y, enemistades personales entre líderes. En esa trama me vi involucrado debido a mi cordialidad o preferencia —inexcusable— por algún sector/fracción que conformaba la organización. Una cuestión que supuestamente tenía controlada, sin embargo, la percepción de las personas que me rodeaban durante la investigación no era la misma de la que yo interpretaba y suponía tenían de mi persona y mi papel en la organización (mi implicación-acción). Para muchas personas pude haber sido el «novato» que fue impuesto para llevar a cabo tareas que cobraban vital importancia (el manejo de los recursos de la fiesta) sin tener el suficiente recorrido o trayectoria como parte de la organización, o bien, alguien que prefería estrategias diferenciadas a lo que se venía haciendo en la directriz del evento, o simplemente, verme parte de una fracción antagónica con intereses (políticos y de reconocimiento) dispares a los suyos.

Entre dimes y diretes mi posición —única— como investigador había culminado desde que tomé la decisión de ejecutar tareas propias de la organización. Así fue cuando las imputaciones y recriminaciones hacia mi persona avanzaron y se hicieron evidentes. Sin embargo, la investigación formal estaba por concluir, motivo crucial para no destacar en la redacción del texto —tesis— todo lo que vino después. Supongo que hubiera sido una reflexión mucho más enriquecedora y poco maniquea.

En este panorama conflictivo donde mi persona contribuía a las desavenencias, existieron acusaciones sinuosas so-

bre el manejo de los recursos económicos de la organización. Una camarilla de la organización me acusaba de utilizar dichos recursos para fines distintos a la festividad, tales como invertir dinero en un negocio propio o comprar cosas con los bienes recaudados. Además de considerar mi adhesión a un grupo político¹⁹ que prevalecía en la delegación —ahora Alcaldía— Gustavo A. Madero, el cual era representado por otra facción de la organización —que según mis detractores yo pertenecía—. O simplemente me di cuenta de lo «rápido que se construyen las ordalías sin otro sustento que la antipatía personal» (Vázquez, 2014: 67). Al término de mi periodo como tesorero entregué un balance general de cooperaciones (ingresos) y gastos (egresos) que se manejaron en mi competencia, dejando así saldada mi participación en ese cargo.

Hasta ese momento y pagando un precio alto²⁰ pude clarificar y ampliar las formas y medios con los cuales se estructuraba la organización, sus límites, disputas, facciones y contradicciones. A final de cuentas y de la embestida hacia mi persona, pude coadyuvar con la organización, su-

¹⁹ La delegación —ahora Alcaldía— Gustavo A. Madero mantenía activos distintos cuadros políticos que regulaban y prevenían el avance de grupos disidentes en la demarcación. Estos cuadros políticos estaban conformados por personas asociadas —económica y políticamente— al poder delegacional en turno, servían como una representación local y atraían personas para futuros intereses relacionados con cuestiones electorales y sociales.

²⁰ Algo que fue decepcionante, fue haber perdido comunicación con personas que al principio de la investigación mantenían un contacto directo conmigo, eran más que simples interlocutores, pero las diferencias expuestas dentro de la organización, aunadas a mi curiosidad hicieron que las posturas fueran más allá de la organización y lamentablemente se desbordaron a temas de otra índole.

mar opiniones y prácticas²¹ para la articulación de la fiesta y al mismo tiempo dar cuenta de las tareas organizativas. No obstante, mi participación dentro del «juego» político interno, tenía que colmar su naturaleza y explotar su análisis en el momento mismo en que se (estaba) siendo atrapado en y por el juego, (también era el momento de) afirmar el intento de liberarse de ello (Bourdieu, 2008: 260). Lo anterior significa que cuando yo sobrellevaba incriminaciones a mi persona, era una forma de captar los sentidos, repudios y angustias de los que allí centraban su atención y práctica, sin necesariamente reprimir mis propias emociones y posturas. Una complicada y compleja pero ineludible experiencia dual que fomentó el análisis de las situaciones más allá de lo vivido. En estos casos habría que pensar lo que «implica una apreciación de lo complejo del campo político en que uno entra: es una reflexión seria sobre las implicaciones de las diferentes posturas tomadas, lo cual ayudará necesariamente a profundizar el análisis y la comprensión (del) sujeto de estudio» (Hale, 2007: 303).

²¹ En el periodo que participé como tesorero se implementaron varias estrategias de recolección (incentivar talones y recibos a los recaudadores, dar un balance semanal sobre los ingresos y egresos de la organización y entregar una lista sobre los balances generales terminando la fiesta), además de establecer contacto con las personas que se organizaban de manera paralela a la coordinación general de la fiesta. Esta actividad servía para que las personas o grupos que participaban en la fiesta, conocieran las rutas, recomendaciones, alcances y dinámicas de la misma. También se propusieron distintos eventos culturales donde participaron personas que hablarían de la gesta histórica de la batalla del 5 de mayo, la intervención francesa en México y el liberalismo.

La investigación cerró —desde mi perspectiva— con una tilde de reciprocidad y colaboración no necesariamente satisfactoria para todos los involucrados en dicho proceso, el cual pretendía —además de colaborar en tareas específicas de la organización— que algunos datos y descripciones vertidas produjeran un diálogo con los habitantes e interesados en la historia, cultura y demás elementos que podría concentrar el trabajo. Hoy en día, creo que mi propósito ha resultado poco atractivo, sobre todo por tendencias generales de separación y estigmatización de lo que se produce desde el ámbito académico «con un lenguaje atildado o extravagante», único y exclusivo para y de especialistas. Predisposición epistémica admitida por los investigadores y óptica común de los sujetos²² que rodean y participan en la investigación. Un balde de agua fría para las intenciones románticas del *conjunto práctico socioantropológico* que erige —desde mi caracterización de dicha práctica— una horizontalidad cognitiva con los sujetos que trabaja correlacionalmente. De ese acto fallido me he considerado responsable y al mismo tiempo entusiasmado de algún día ser parte de un tipo *bricolaje* que muestre una

²² Es muy frecuente que en San Juan de Aragón se escuche decir: «el» o «aquella» es «estudiada (o)» como sinónimo de una posición diferenciada o como parte de un imaginario de «veracidad», «certidumbre» o «jerarquía» que posee el estudio universitario. Esto se debe a las características educacionales —que fueron una problemática generalizada de todo el país en el siglo pasado— de rezago o nula inserción a estudios universitarios de personas que ahora son ya adultas o ancianas. No obstante, al día de hoy el índice de inserción a estudios universitarios —considerando las personas que forman parte de una organización festiva o religiosa— va incrementando considerablemente en comparación con mediados del siglo pasado.

ciencia social práctica, crítica y al mismo tiempo desposeída también de barreras disciplinares clásicas.

Veo la división tradicional de la antropología y la sociología, así como la división entre las corrientes principales de la antropología y la antropología en casa, como una herencia del binario colonialismo segregacionista, esto es, por supuesto una idea común, pero cuyos efectos exigen una reflexión más si vamos a ser capaces de descolonizar a la antropología (Gullestad, 2007).

Haciendo un balance retrospectivo, puedo señalar que el proyecto, la escritura, los datos elegidos y la perspectiva de alcance, se enredó en un marco de reflexión y participación discontinuo. En un primer sentido me avoqué a la conveniencia del tema por la cercanía y factibilidad que tenía, este hecho generaba una incertidumbre sobre mi condición de investigador-habitante. En aquel entonces, resultaba un problema pensar que mi escritura yacía en una posición arbitraria y parcial, que podía provocar un discurso *cuasi* de ficción. Con el tiempo el dilema aterrizó en una conducción que menguaba la «cientificidad/objetiva» y simultáneamente la «incredulidad/subjetiva» del discurso hecho documento.

Por otra parte, nunca había evidenciado una estrategia de intervención definida ni planeada. Tema que resultó más del encadenamiento por mi afición y apego, que por tratar de emprender —consciente y metódicamente— un trabajo de *socioantropología* colaborativa, responsable, activista o cualquier otro término que le podamos atribuir a la tendencia de acuerdos —desde la construcción del proyecto— con los sujetos que participarían en la investigación. Simplemente se

dio por razones ontológicas, particulares a mi *phatos* que se exteriorizaba en ese momento. De esa suerte se desprende un trabajo colaborativo paradójico. Donde hubo aportaciones para la organización desde mi contribución, pero también existieron tensiones que resguardaron mi presencia.

Esta experiencia habría que considerarla como la primera parada de los alcances y adversos que la investigación posee. Las preguntas que prosiguen para la segunda parada se cimienta ya no necesariamente en la investigación formal, sino en la intervención-práctica y de oficio de la *socioantropología* —según mi parámetro de entendimiento— y su entorno. ¿Cuál es el límite para involucrarse y contribuir con el entorno en cuestión? ¿Es necesario contribuir? ¿Cómo se construye desde la *socioantropología* un perfil adecuado de intervención? Retomaremos estas interrogantes en lo que siguió después de mi implicación en la fiesta del 5 de mayo.

Socioantropología como oficio

Siguiendo la rebuscada tesis de intervenir para cooperar en problemáticas suscitadas en los espacios inmediatos a los «profesionistas» y ciudadanos comprometidos, entre el año 2014 y 2015 se presentó una nueva etapa de participación en mi pueblo. El contexto de dicha colaboración aclamaba una demanda por un espacio²³ (Calzada San Juan de Aragón)

²³ Desde mi perspectiva quería dotar a ese «lugar» (Calzada San Juan de Aragón, antes Río de Guadalupe) una noción de «espacio antropológico», vivenciado, concebido desde la práctica, tal como lo señala Merleau Ponty y Michel de Certeau (1990) y no, un simple «lugar» de tránsito susceptible al trato común citadino, un «lugar» más para planear y ordenar proyectos que no visualizan las apprehensiones diferenciadas que existen de los «espacios» urbanos.

que iba a ser utilizado por la Línea 6 del metrobús. Algunos compañeros del pueblo y yo, hicimos una convocatoria general para que se reunieran todas las representaciones y organizaciones (festivas y políticas) con el motivo de expresar —según mi postura y la de otros— una oposición para que no se llevara a cabo la obra de dicho sistema de transporte o bien buscáramos negociar el desvío de la ruta original por un camino paralelo o alterno.

El ambiente de esa convocatoria anti metrobús resaltaba un apasionado carácter de cuidado y respeto por *nuestro* espacio asiduo para las fiestas, donde destacaba su uso en procesiones, peregrinaciones, desfiles, recorridos, etcétera. *Nuestro* argumento principal era que, las dinámicas consuetudinarias para realizar las actividades que enmarcaban a nuestro pueblo, iban a ser afectadas con la presencia del metrobús. Además de la tala de unidades arbóreas en un camellón que se situaba en medio de la Calzada San Juan de Aragón (avenida que cruza el pueblo). Sumándole a todo, la reducción de ingresos de todos los comercios ubicados en la calzada, mismos que iban a ser obligados a transformar sus rutinas mercantiles por la reducción de los carriles.²⁴

En varias agitadas intervenciones²⁵ donde participó un nutrido grupo de habitantes (cierres de vialidades y reuniones con autoridades) se logró suspender la obra durante ocho meses (sólo la longitud que abarca dos arcos que comprenden la

²⁴ El sistema de transporte metrobús en la Ciudad de México cuenta con un carril específico para su tránsito. En la mayoría de los espacios donde ha sido ubicado, los carriles se han reducido.

²⁵ Durante el comienzo, desarrollo y desenlace de la oposición al proyecto, hubo distintas y varias reuniones con personajes pertenecientes a distintas dependencias gubernamentales.

extensión del pueblo). Sin embargo, durante este periodo —de aparente quietud—, personal del gobierno, del metrobús y habitantes del pueblo a favor de este medio de transporte, se reunieron constantemente para poder contrarrestar la convocatoria anti-metrobús. Cuestión que mermó el alcance primario que se tuvo en la convocatoria para la modificación del proyecto. Aquí me di cuenta, en principio, que la apreciación del proyecto no satisfacía necesariamente *nuestra* (mi) visión consolidada en un acto dañino para la población de San Juan de Aragón.

El proceso que devino fue una refriega entre posiciones adversas dentro del pueblo. Algunas personas mantenían un posicionamiento a favor del proyecto porque argumentaban que los alcances del mismo, iban a traer desarrollo al sistema público de transporte de la zona, iba a ser mucho más seguro y eficiente e iba a robustecer el paisaje y estética de las inmediaciones, se escuchaban frases como, «¿acaso no quieren modernidad?». En contraste y bajo mi ánimo atrancado en una visión impetuosa —una postura política definida— del problema, resultaba que veía —veíamos— todo lo contrario. Para el grupo —que poco a poco se fraccionaba—, el impacto que causaría el metrobús afectaría inapelablemente a las rutas y dinámicas culturales, sociales, de comunicación, apropiación, aprehensión del espacio y daños físicos de la infraestructura urbana.

El desenlace de esta situación fue que los aparatos gubernamentales que impulsaban el proyecto desdeñaron toda posibilidad de modificarlo y así, tomaron una decisión contundente, la cual se enunciaba literalmente como «el metrobús va a pasar porque va a pasar». Paralelamente había constantes intentos de diluir la convocatoria «anti-metrobús» con métodos de soborno a los líderes —yo fui objeto de dichas

acciones—,²⁶ actitudes desafiantes y asociación con grupos a favor del metrobús en la localidad; postura reiterada de «divide y vencerás».

Viendo este panorama irremediable, algunos compañeros que pretendían obtener algún «beneficio» para el pueblo y que estaban desconfiando o tenían ciertas reservas del proyecto de transporte público propusieron que se brindara un espacio —dentro del pueblo— para que se construyera un recinto de uso comunitario.²⁷ Esta acción dejaría algo bueno para la localidad y en cierto sentido, compensaría lo que el metrobús pudiera malograr. En ese momento líderes políticos del pueblo²⁸ (cuadros políticos locales) —que estuvieron involucrados

²⁶ En una ocasión, recibí una llamada de un licenciado de la Secretaría de Gobierno, pidiéndome que desistiera de mi posición frente al proyecto, a cambio: él estaba dispuesto a brindarme una beca para estudiar. Al rechazar dicha propuesta, la actitud del funcionario se tornó agresiva y efusiva, dejando claro que no ganaba nada al luchar por algo perdido.

²⁷ Algunas personas demandaban servicios de salud, recreación, espacios deportivos y áreas verdes; otras tantas solicitaban espacios para talleres artísticos y un salón de usos múltiples para llevar a cabo distintas acciones de índole comunitario.

²⁸ Los cuadros políticos son estructuras flexibles de orden local (colonias, barrios, unidades habitacionales, fraccionamientos), que coadyuvan con el grupo político delegacional en el poder para regular y velar por los intereses del mismo. Estos cuadros políticos están conformados de manera diversa, sin embargo, resaltan los líderes vecinales, organizadores de fiestas tradicionales, asociaciones civiles, grupos juveniles y demás personas que deseen cooperar. Se puede entender que los cuadros políticos apegados al grupo político delegacional sirven como plataforma sustancial en los tiempos electorales, así como en otras situaciones que se les requiera. Las retribuciones a los líderes que mantienen a su cuadro político activo, son de distintas maneras, pero la más común son estímulos económicos, tal como si realizaran un trabajo formal en la estructura

desde el principio en la convocatoria y otros que aprovecharon la oportunidad— vieron la posibilidad de intervenir para negociar como actores «alarmados» y evidenciar la penetración y compromiso con las causas benevolentes para la comunidad del pueblo. Finalmente se llegó a un acuerdo con cuatro instancias implicadas (metrobús, INVI,²⁹ Delegación, ahora alcaldía Gustavo A. Madero y Gobierno Central de la CDMX) y habitantes del pueblo —donde yo participaba como uno de los principales portavoces— el cual concluía que la posibilidad de encontrar un espacio dentro del pueblo era factible siempre y cuando estuviera en orden y disponible su condición jurídica. El inmueble propuesto, sin embargo, tenía varios juicios ligados a su posesión,³⁰ aún así, las cuatro instancias gubernamentales decidieron que se haría todo lo posible por condonar el terreno para uso de la población del pueblo.

En una serie de proyecciones políticas y en la víspera del constituyente de la Ciudad de México, la Delegación —ahora Alcaldía Gustavo A. Madero— tomó una posición conveniente y alegó el resguardo del recinto mientras se llevaba a cabo todo el proceso jurídico para su liberación. Esta acción

gubernamental de la delegación. La conjunción de todos los cuadros políticos en la demarcación delegacional —por mencionar solamente la Gustavo A. Madero— es el capital político y social de los sectores que ostentan el poder (Pineda, 2018: 74-75).

²⁹ Instituto de Vivienda del Distrito Federal.

³⁰ El terreno baldío propuesto estaba en una condición jurídica compleja, la cual en un principio pertenecía a una dependencia gubernamental extinta llamada Sistema metropolitano de transporte (Ruta 100). Después una Asociación Civil captó el terreno y lo propuso para un proyecto de vivienda que hasta la fecha no se ha llevado a cabo por varios incumplimientos de parte de la asociación con el INVI.

de parte de la Delegación y sus cuadros políticos instaurados en el pueblo, estaba fincada en la estampa y logro político que podría atraer el partido en el poder si lograba llevar a cabo el proyecto, «colgarse una medalla» como se dice comúnmente.

En ese aspecto, la posición que tomamos varios compañeros y yo, desapegados —e incluso ignorantes de los detalles— de los intereses delegacionales que obviamente eran políticos, fue de confiar en dichas autoridades para que llevaran a cabo el proceso apegado al compromiso general ya establecido con las demás dependencias. No obstante, después de un desalojo abrupto de una familia que custodiaba el inmueble —para ejecutar el resguardo— por parte de la delegación, dicha dependencia gubernamental se enredó en un litigio con la asociación civil que ostentaba el resguardo del terreno. Lamentablemente la delegación perdió el juicio y hoy en día el destino de ese inmueble es incierto, así como el papel que jugué como representante e impulsor del movimiento. El metrobús se construyó y los actores gubernamentales que estuvieron inmiscuidos en los acuerdos se diluyeron con los cambios políticos que se gestaron a finales de 2018.

¿Socioantropología para qué?

Después de toda esta historia, hay algo que queda para reflexionar sobre el oficio y compromiso de la práctica *socioantropológica* y se reduce a las siguientes interrogantes: ¿Fue prudente embarcarse en una lucha donde los aliados y contrincantes no se revelaban claramente? ¿Es tarea y oficio de la práctica *socioantropológica* luchar por causas supuestamente injustas, teniendo en cuenta que el adjetivo «injusto» revela una tendencia esencialista —incluso paternalista— de los

agentes y su entorno? Todos los cuestionamientos se relacionan de nueva cuenta a la expectación que causó mi presencia en las actividades descritas en los párrafos anteriores, y más aún, porque el resultado de mi intervención fue contraria a lo que esperaba, tanto para mi persona, como para los objetivos generales ideados en un principio. Pero «el punto principal es que cuando surjan tensiones no se las debe tomar como señal de fracaso o motivo de decepción, sino como evidencia de que el proyecto está funcionando como era de esperar» (Hale, 2007: 310), dadas las múltiples posibilidades que la realidad impele y que logra ir un paso adelante de su análisis. Derrumbando consigo pronósticos y conjeturas prematuras.

Como se ha comentado, desde el principio de la convocatoria anti-metrobús participaron varios actores con distintos intereses (organizaciones festivas, políticos internos, habitantes, profesionistas interesados, etcétera), los cuales se fueron separando gradualmente del movimiento por distintas causas, hasta quedar unos cuantos lidiando en juntas y encuentros con los sectores gubernamentales. Esto no significaba que aquellos que iniciaron —o incluso aquellos que no sabían sobre el proceso de negociación y todos los pormenores— u olvidaron quien era «responsable» o responsables —adjudicación por antonomasia— de dar cuentas o avances de la encrucijada contra el proyecto de transporte público. En este caso, mi persona permanecía como uno de los principales responsables de todo el pronunciamiento,³¹ si no es que el principal. ¿Responsable de qué? De todo lo que idealmente

³¹ La mayoría de las juntas para tratar asuntos vinculados con el movimiento se llevaban a cabo en una casa perteneciente a mi familia; todos los escritos, volantes informativos, lonas, pliegos petitorios eran elaborados por mí; todos los acuerdos y minutas también iban respaldadas por mi nombre y firma.

se pretendía «rescatar» (la calzada como espacio practicado); y de la construcción de una serie de edificaciones para beneficio del pueblo, el cual su destino es un misterio hoy en día. Viendo que se cimentó el metrobús y que no se ponía en marcha ninguna construcción en el terreno propuesto, vinieron las descalificaciones e interpretaciones sobre mi persona —incluyendo también a varios compañeros involucrados en todo el proceso comentado.

Se tejieron y tergiversaron un sin número de historias que llegaban como rumores o incluso gritos en la calle a nombre de ¡Vende pueblos! ¡Vendidos! La mayoría de estos vituperios eran formulados de manera discreta y sigilosa, llegando a mí de modo indirecto o a manera de chascarrillos. Sin embargo, es menester ir más allá de los dimes y diretes esparcidos a causa de esta situación, y tratar de dotarle contenido constructivo e introspectivo al quehacer *socioantropológico* expuesto en este panorama.

Desde esta óptica, creo que hubo una intención ambiciosa de mi parte y que era compartida por otras personas, seguida de un *proyecto práctico socioantropológico* comprometido, pero al mismo tiempo escaso de análisis de los contextos jurídicos, sociales y políticos a los que (nos) me estaba enfrentando. Acción determinante y piedra en el zapato que causó desilusión o enojo a distintas partes y personas. Es decir, por un lado, la construcción de un panorama —en relación al proyecto del transporte público— «mejor», «peor» o «malo» se consolidó desde la cercanía y pensamiento cautivado por la *logia* del *status quo* científico, él cual, presupone, dada su especialización y conocimiento, poseer las estrategias y visiones más «avanzadas» para discernir una problemática. Y también, optar por «ayudar» a los menos favorecidos o

vulnerables, además de salvaguardar —como si fuéramos mesías— algo que se puede perder o trastocar.

Por otro lado, sabía (sabíamos) que las circunstancias eran complicadas para interponerse a un proyecto de esas magnitudes, además de no contar con asesoría jurídica, ni apoyo económico y mucho menos social, cuestión que, pudo haberse pensado detalladamente y quizá tomar otra ruta o alternativa de actuación. Nos damos cuenta entonces, que la intención afable que en un principio ostentaba mi participación, resultó contradictoria y enredada. En todo caso fue una concomitancia con algunos agentes y una disparidad con otros, que a la larga pone en entre dicho la débil tesis de unidad al interior de las localidades en las que uno vive o trabaja y más aún, pone entre dicho la *intención de colaborar* sin planear y analizar puntualmente las posibilidades y alcances de la intervención. Reto mayor para concebir a la *socioantropología* como empresa comprometida e integral.

Para retomar la implicación de la práctica *socioantropológica* en un escenario de investigación, participación o colaboración, hasta ahora definida de manera regular e indirecta, es necesario conducir su complejidad a través de los pasajes plásticos del contexto en los dos ejemplos —fiesta del 5 de mayo y metrobús—, y que ahora es conveniente hacerlo como proceso de sensatez y reflexión.

La práctica *socioantropológica* es un recurso que evoca compromiso, pero al mismo tiempo, análisis crítico de los fenómenos, que nunca se confunda con una especie de entelequia obstinada que en casos extremos pueda ser ficticia o aventurada; pero tampoco elogiar la suntuosidad histórica de la academia, basada en la separación y desinterés de los aconteceres de sus pares investigados en los ríos de la objetividad eximida. La práctica *socioantropológica* tiene que ir de la mano con una

concepción paralela de intromisión, identificando el momento de acotar y cesar la presencia de sus practicantes, aunque coarte —o incentive— apuntes investigativos. Desde mi punto de vista, esta práctica se enfilaría agregando y discutiendo un conjunto correlacional de soportes éticos, que vislumbren la facultad y posibilidades de cooperar mutuamente entre el sujeto *socioantropólogo* y el sujeto *socioantropológico*, o mejor dicho, entre el sujeto practicante-investigador y el sujeto practicante-colaborador. «No es necesario adoptar ni un relativismo extremo ni la postura de deconstrucción para aceptar la parte operativa» (Hale, 2007: 305), la cual está regida por múltiples y viscerales experiencias en campo. Más aún cuando eres parte de los dos influjos de interés (investigar y *ser parte de*), tensiones que se han expuesto en los dos casos comentados.

La única posibilidad que puede haber tenido para sumergirme en las entrañas (contradicciones e intereses) de algunas organizaciones en el pueblo fue haber sido parte de ellas. No podía existir otra manera de acceder más que otorgar plena intervención en el trabajo etnográfico y después como oficio ligado a una responsabilidad. Fue como diría James Clifford una «elección estratégica» (Clifford, 2008:170) que a la par del sentimiento de compromiso, sistematización de información y anclaje teórico, resultó una investigación con diversos contratiempos, pero afirmando una constante fuente de introspección en el quehacer *socioantropológico*.

¿Es posible entonces una práctica *socioantropológica* comprometida y consciente de sus límites? Supongo que no todos los casos resultan como los presentados ahora, pero tampoco todos los casos son como el de Orlando Aragón (2018) en el pueblo de Cherán, Michoacán, donde el equipo de investigación-colaboración logró un cambio concreto en el actuar y representación

de un poblado entero. La virtud de nosotros como *socioantropólogos* es quitarnos el empecinamiento unívoco de una sola posibilidad, al contrario, nuestra labor radica en visibilizar múltiples patrones y factores que puedan regir nuestra intervención o bien, descartarla. Dicho de otra manera, emprender un viaje comprometido y crítico —tanto de nuestras posiciones, como la de los participantes— es posible si erigimos como baluarte principal el agotamiento que puede existir de nuestra participación o bien, el impulso y soporte que podemos brindar a los participantes que interactúan con nosotros. La colaboración y compromiso, tampoco es una ecuación aforística que debe dominar la *socioantropología*, es una de tantas características que de origen nutren su condición práctica e institucional y que se extiende a casos muy particulares, en los cuales, los investigadores, las estancias de investigación y los actores que formen parte, decidirán si es viable o no la coparticipación.

En el sentido de lo posible, la práctica *socioantropológica* debe de ser un escaparate de compromiso e intervención *de facto*, considerando que una pieza fundamental que la afianza en la escena de las ciencias sociales, es la tendencia de emerger a partir del roce con la cotidianeidad de sus aprendices, a través de lo cercano, de lo familiar, en el calado fluir de los espacios practicados, donde vuelve una y otra vez «la experiencia alegre y silenciosa de la infancia» (Augé, 2008; Certeau, 1990). Sin embargo, dicho compromiso debe y tiene que sujetarse al espontáneo comportamiento del contexto y la posibilidad de entrar en un juego donde las reglas en ocasiones no favorecen el simple ímpetu. Será muestra de los pendientes y próximos investigadores-practicantes, mostrar las vicisitudes que amplíen el panorama y alcance de la práctica *socioantropológica* por ahora indefinida.

Bibliografía

- ARAGÓN, O. (2018) *El derecho en insurrección. Hacia una antropología jurídica militante desde la experiencia de Cherán, México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia.
- BOURDIEU, P., y Wacqant, L. (2008), *Una invitación a la sociología reflexiva*. Argentina: Siglo XXI.
- BOURGOIS, P. (2010). *En Busca de respeto, vendiendo crack en Harlem* Argentina: Siglo XXI.
- BOUVIER, P. (1997). 'L'objet de la socio-anthropologie : Crise, déstructuration, recomposition, perdurance', *L'objet de la Socio-anthropologie, Socio-anthropologie (1)*, Francia.
- CERTEAU, M. (1990). *L'Invention du quotidien*. Francia: 1. Arts de faire, Gallimard, Folio- Essais.
- CERTEAU, M. (2010). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- CLIFFORD, J. (2008). Sobre la autoridad etnográfica, en: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la Antropología posmoderna* España: Gedisa.
- DEVEREUX, G. (2003). *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*. México: Siglo XXI.
- ERNESTO, R. (2014). *Las juventudes en la escena del reggaetón: Chakas y Combos en el Distrito Federal y Zona Metropolitana del Valle de México* (Tesis de licenciatura en Ciencias Sociales). México: UACM.
- GARCÍA, J. (2005). Antropología aplicada en un despacho de consultoría: una revisión metodológica de casos aplicados en México. *Cuicuilco*, (12), pp.79-102.

- GNECCO, C. (2011). De la arqueología del pasado a la arqueología del futuro: anotaciones sobre multiculturalismo y multivocidad, *Jangwa Pana* (11), Colombia.
- GUBER, R. (2015). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. México: Siglo XXI.
- GULLESTAD, M. (2007). Entrevista titulada "Overcoming the division between anthropology 'at home' and 'abroad' realizada por Marianne E. Lien y Marit Melhuus, consultada en línea: <http://www.easaonline.org/downloads/Gullestadea-sa.pdf> el 6 de febrero de 2013, versión original en inglés.
- HALE, Ch. (2007). Reflexiones sobre la práctica de una investigación descolonizada, *Anuario, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas*. México.
- HERNÁNDEZ, R. (2007). Del colonialismo al colaboracionismo dialógico-Crítico: Una aproximación a la dimensión política y reflexiva de la antropología en México. *AIBIR*, España.
- ICELO, P. (2013). *La influencia del nivel de estudios de los padres en el proceso formativo de los estudiantes de la Licenciatura en Ciencias Sociales (Antropología social) de la UACM*. (Tesis de licenciatura en Ciencias Sociales). México: UACM.
- KROTZ, E. (2004), *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- LEE Goff, J. (1991). *Pensar la Historia*. España: Paidós.
- LÓPEZ M., López M. (2018) *¿Quo vadis socio-antropología? Entre convergencias y divergencias disciplinares* (Tesis de Licenciatura). México: UACM.
- LOZANO C. (2010). Un mundo y una versión son esquinas de la misma cuadra: reflexiones teórico- prácticas sobre flotar en

- una calle y escribir una etnografía de ello, *Universitas Humanística*, (70), julio- diciembre.
- MARKOM, Ch. (2013). "Culprits at Home": Pitfalls and Opportunities in Research on Domestic Racists, Consulta en línea: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/1820/3462>, el viernes 22 de febrero de 2013, Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research, 14(1), Art. 8, Freie Universität Berlin, versión original en inglés.
- MARX, C. y Engels F. (2010). *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- MILLS, Ch. (2014). *La imaginación Sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MONTER, N. (2014). *El absentismo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, plantel Cuautepec: resultados de una encuesta realizada en el ciclo escolar 2011-II sobre las razones que señalan los estudiantes de la carrera de Ciencias Sociales para no asistir a clase*. (Tesis de Licenciatura). México: UACM.
- NAROTZKY, S. (2004). Una historia necesaria: Ética política y responsabilidad en la práctica Antropológica, *Relaciones* xxv (98), primavera.
- OLIVÉ, L. y Pérez Ransanz A. (comp.) (2010). *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Siglo XXI Editores.
- PARDO, Y. (2014). *Un análisis de Antropología de la alimentación, durante la fiesta patronal de la Virgen del Rosario en Cuautepec Barrio Alto, Cuautepec, México*, (Tesis de Licenciatura) México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- PINEDA, I. (2018). *Pescadores, huehuenches y padrinos, las paradojas del carnaval carrerense* (Tesis de Maestría). México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- RESTREPO, E. (2007). Antropología y colonialidad, en: Santiago Castro-Gómez Ramón Grosfoguel (editores), *El giro decolonial, reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- SOSA, D. (2011). *Las velas en la ciudad de México: la construcción de una identidad regional de los migrantes istmeños* (Tesis de Licenciatura). México: UACM.
- TEDLOCK, D. (2008). Preguntas concernientes a la antropología dialógica, en: Carlos Reynoso (comp.), *El surgimiento de la Antropología posmoderna*. España: Gedisa.
- Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2016, Proyecto Educativo de la UACM, 2016, México.
- VÁZQUEZ, L. (2004, primavera). La Antropología Social ante el nuevo mundo desafiante (A propósito del retorno de los monstruos), *Relaciones*, xxv (98).

Desafíos del trabajo de campo en la formación de socioantropólogos en México

OLIVIA LEAL SORCIA¹

Introducción

El interés por analizar las estrategias y obstáculos en torno a la enseñanza del trabajo de campo y la etnografía dirigidas a estudiantes universitarios se debe a mi participación como docente en la licenciatura de ciencias sociales en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Desde hace más de una década, la UACM oferta una licenciatura que privilegia el cruce disciplinar entre antropología social y sociología, pero en cuyo plan de estudios no contempla un espacio curricular destinado al aprendizaje del trabajo de campo y la etnografía. No obstante, la mayoría de los trabajos recepcionales concluidos hasta la fecha, se vienen sustentando bajo un enfoque cualitativo, privilegiando des-

¹ Profesora-investigadora, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

cripciones y enfoques que se pueden caracterizar como etnográficos. Con este trabajo se busca abonar en el diseño de propuestas formativas específicas en este rubro. Para ello, retomo experiencias significativas en torno a estrategias de trabajo de campo que he podido impulsar particularmente con indígenas urbanos, radicados en diversos puntos de la capital del país y en donde han participado estudiantes del plantel Cuauhtepac, ubicado en la periferia norte de la Ciudad de México. Además de contemplar otras experiencias formativas de trabajo de campo, dirigidas a estudiantes fuera de la Ciudad de México, principalmente en la región de Acolman, Estado de México (pueblos originarios periurbanos), y en la extensa región de la mixteca alta en el estado sureño de Oaxaca (pueblos indígenas mixtecos).

Para iniciar la reflexión conviene entonces problematizar algunas preguntas que nos permitan avanzar en dos niveles. El primero centrado en los postulados clásicos que guían el trabajo de campo y la escritura etnográfica y el segundo referido a los resultados obtenidos hasta el momento sobre la formación de socioantropólogos. En este sentido, ¿qué tipo de herramientas en la investigación se deben considerar en la formación etnográfica y en campo de socioantropólogos para el estudio contemporáneo de diversos grupos sociales tanto en escenarios rurales como urbanos? ¿Cuáles son los retos formativos para la puesta en práctica de técnicas tradicionales como la observación directa y participante, así como el uso de entrevistas y registro de notas de campo para los socioantropólogos?

Para problematizar dichas interrogantes, el escrito se divide en cuatro partes. En la primera se presenta una descripción general de la formación de socioantropólogos que

se impulsa desde la UACM, destacando las ausencias formativas que enfrentan los estudiantes para impulsar tareas de trabajo de campo y de producción etnográfica en general. En un segundo apartado se parte de postulados clásicos sobre la etnografía y su desarrollo, a la luz de ponderarla con las formas concretas que se vienen impulsando en la formación en la investigación de los socioantropólogos. En este punto, y a modo de ejemplos, recupero experiencias de formación en trabajo de campo en el estudio de grupos indígenas en ciudades, así como de otros espacios rurales y étnicos, en los cuales han participado estudiantes de diversos semestres. A partir de las experiencias concretas que han enfrentado los socioantropólogos, caracterizo ciertas nociones como «rutinas de trabajo de campo»; «rupturas de lo cotidiano y su registro etnográfico discontinuo», entre otras. Mismas que comparo con otras experiencias que plantean sobre todo antropólogos en otros espacios universitarios, principalmente en México.

En un tercer apartado, se incluyen reflexiones que apuntan hacia cambios y retos que implica la formación de socioantropólogos en el corto y mediano plazo, y particularmente en su desempeño en la producción etnográfica que dé cuenta de procesos contemporáneos de las interacciones entre sujetos, familias, colectivos, grupos y comunidades en diversos escenarios sociales. Aquí se incorporan propuestas de formación en campo de acuerdo con los perfiles de los estudiantes, la disposición de tiempo para tareas de investigación, además de contemplar sus orígenes y lugares de residencia. Lo anterior sin dejar de mencionar ciertos ajustes necesarios tanto en la planeación de rutinas de trabajo de

campo, así como en el manejo de ciertas técnicas de investigación etnográficas.

A manera de cierre, en un último apartado, se problematiza en lo que refiero «descentramiento cercano en torno a los sujetos de estudio»; esto es, apunto nociones generales sobre ciertos procesos de reflexividad por parte de los socioantropólogos.

La formación de socioantropólogos en la UACM

Sobre los propósitos e historia de la licenciatura en Ciencias Sociales impulsada por la UACM desde su fundación posterior al cambio de milenio, se pueden consultar tres escritos (Aguilar y Olivos, 2011; Rodríguez, 2012 y Leal, 2017). En dichos trabajos se pondera el desarrollo de la licenciatura poniendo el acento en la justificación del cruce disciplinar entre antropología y sociología, la descripción y características del diseño curricular organizado en tres ciclos: integración, básico y superior, enmarcados en una propuesta de flexibilidad curricular la cual responde a uno de los principios fundacionales de la Universidad (UACM, 2002). Otro tema abarca el trabajo propiamente de organización académica que ha implicado la instrumentación de la licenciatura en dos planteles localizados en puntos extremos de la Ciudad de México. Uno corresponde a San Lorenzo Tezonco ubicado al suroriente de la capital y enclavado entre pueblos y barrios originarios cuya dinámica social y urbana, aun se enlaza fuertemente con un pasado reciente agrario. El segundo edificado en Cuauhtepec en el extremo norte de la ciudad, en una zona de periferia metropolitana donde a partir de la década de los años ochenta

ta, la urbanización popular acelerada y escasamente planeada, dio paso a un paisaje atiborrado de edificaciones, vías peatonales accidentadas, flujos viales saturados, entre otros.

Como paréntesis señalaría que la ubicación de los planteles en zonas caracterizadas por la presencia de bajos indicadores de desarrollo y bienestar, responde a uno de los principios de la UACM de atender el rezago educativo en puntos de la ciudad que no cuentan con una oferta educativa de nivel superior. Este propósito sin duda, es uno de los que mayor impacto ha generado entre los jóvenes, al lograr precisamente que los residentes de las zonas aledañas a los planteles tengan acceso a una diversidad de licenciaturas e ingenierías. Aunque conviene precisar que si bien la apertura de dichos planteles se pensó para cubrir la demanda de educación universitaria en las alcaldías del suroriente y nororiente de la Ciudad de México, lo cierto es que su cobertura ha desbordado los límites capitalinos, al incorporar a cientos de jóvenes de municipios mexiquenses del área metropolitana del valle de México, tanto de consolidación urbana como de municipios con índices de desarrollo aun más bajos que las alcaldías donde se asientan los planteles.

En este sentido, regresando al tema de la organización académica que impulsa la UACM, la formación de jóvenes de sectores con bajos ingresos y en algunos casos con experiencias de escolarización precaria, genera retos importantes para su formación universitaria en general. A lo cual se suma para el tema que nos ocupa, una propuesta de plan de estudios cuyo diseño curricular involucra dos disciplinas las cuales no se abordan a partir de tradiciones de pensamiento propias, sino que se articulan bajo el estudio de lo que se denominó «problemas», esto es, temáticas en torno a las cuales tanto la

sociología como la antropología han reflexionado: el cambio y la reproducción social, el problema de la alteridad, la modernidad, el sentido y la significación, entre otros. Los anteriores puntos se articulan en un área del plan de estudios denominada teoría, siendo metodología, investigación y temas selectos, además de optativas, el resto de las áreas de estudio. En una tesis presentada por dos egresados de la licenciatura (Lima y López, 2018), justamente detallan desde la idea original para impulsar una licenciatura con estas definiciones, los retos de su diseño curricular, las expectativas, críticas y retos expresados por los docentes que forman el cuerpo académico encargado de su instrumentación. Además de ponderar esta experiencia en el marco de otras propuestas impulsadas sobre todo en Estados Unidos donde se articula sociología y antropología en un solo plan de estudios. Otro grupos de trabajos más recientes, abordan más a profundidad las particularidades familiares y socioculturales de los estudiantes, inscritos en la licenciatura de Ciencias Sociales de la UACM, así como acceso a recursos educativos de diversa índole y de la conclusión de rutas curriculares flexibles por parte del estudiantado (Parra, 2014 y Rejas 2018).

Para los propósitos de este escrito, problematizo a continuación, únicamente lo relacionado con la ausencia en el diseño curricular de la enseñanza de la etnografía como parte de la formación que en adelante llamaré de socioantropólogos en la UACM. Posteriormente, ponderaré diversas estrategias de formación en campo, a partir de recuperar otras experiencias en el tema.

De manera esquemática, señalaré que la formación de socioantropólogos en la UACM se ha dado de forma discontinua entre la adquisición de saberes disciplinarios y el desarrollo

de habilidades en la investigación de diversas cualidades (documental, cuantitativa, cualitativa, etcétera).

Es decir, las materias que se incluyen en el plan de estudios correspondientes al área de investigación alcanzan un nivel de información general donde los estudiantes no logran desarrollar habilidades en el manejo de técnicas, ni tampoco adentrarse en un conocimiento mínimamente especializado sobre temas, problemáticas y/o ejes, que les permita ir configurando aprendizajes sistemáticos para formular un proyecto de investigación con fines de titulación. El no incluir en el plan de estudios espacios para programar salidas de campo, ni orientar el aprendizaje de investigación a partir de talleres formativos, proyectos de investigación, laboratorios y/o programas de investigación como se impulsa en otras universidades del país, ha generado que sea hasta la conclusión de sus créditos cuando por lo regular, los estudiantes inicien el acercamiento a temas generales de estudio. A lo cual se suma en su imaginario, que sólo identifiquen la técnica como un recurso que deberán usar, pero sin contar con una orientación de su articulación en un proceso continuo de sistematización de datos, articulados bajo paradigmas teórico-metodológicos específicos. Para aquellos estudiantes cuyos intereses se decantan por investigaciones de carácter cualitativo, enfrentan, por lo tanto, discontinuidades entre los objetivos de sus investigaciones y las habilidades y competencias para la obtención y el registro de datos. Esto se acentúa al no haber experimentado ejercicios sistemáticos, articulados a planes de trabajo de campo. Si bien pueden conocer cierta literatura en torno a la producción etnográfica, lo cierto es que no experimentan durante su proceso formativo acercamientos hacia su puesta en práctica.

Lo anterior se inscribe en lo que llamo una paradoja. En el sentido de que un alto porcentaje de los estudiantes, por un lado, forman parte de familias marcadas por una riqueza étnica significativa, además de residir en zonas de origen rural y/o migratorio reciente, desde donde se interesan por sus temas a estudiar con fines de titulación. Por otro lado, además, se muestra una tendencia en focalizar sus investigaciones en la ZMVM bajo un enfoque cualitativo, específicamente trabajos de corte etnográfico, pero que como ya se señaló, no cuentan con las herramientas necesarias para el desarrollo de esta perspectiva de investigación.

De hecho, los trabajos de Ismael Pineda, Daniel Hernández y Ricardo Ernesto, publicados en este mismo libro, dan cuenta de forma detallada de las rutas tortuosas que debieron enfrentar al momento de realizar sus investigaciones con fines de titulación como socioantropólogos, siendo el común denominador, procesos de aprendizaje autónomos y sin la rectoría permanente de docentes en sus incursiones cualitativas en la investigación. Asimismo, realizaron sus inmersiones en el trabajo de campo sin la compañía de pares con quienes pudieran contrastar sus hallazgos. En otro apartado abordaremos con mayor amplitud, justo las estrategias que se han instrumentado para la formación en campo, impulsadas tanto por docentes, hasta iniciativas propias y originales de los egresados.

No obstante, este tipo de problemáticas conviene señalar no son exclusivas de la propuesta curricular de la licenciatura en Ciencias Sociales de la UACM. Ya en la extensa obra coordinada por Esteban Krotz y Ana Paula de Teresa titulada *Antropología de la Antropología Mexicana. Instituciones y Programas de Formación* publicada en el año 2012, se pre-

sentan diversas experiencias en torno planes y programas de estudios, cuerpos académicos, así como retos en la formación de investigadores entre otros, en distintos centros de investigación, así como en universidades públicas del país. En los artículos compilados se ofrecen datos que pueden mostrar semejanzas con lo narrado para el caso de los socioantropólogos de la UACM.

En particular sobre las prácticas de campo contempladas en diversos planes y programas de estudio en antropología, Krotz plantea una paradoja al respecto.

La historia de antropología mexicana —tanto la discusión entre los practicantes de la disciplina como la institucionalidad concreta de sus aparatos de reproducción escolar— ha llevado a una diversificación impresionante de los planes de estudio. La gama abarca desde centros donde una cuarta parte de los créditos académicos se obtienen mediante la realización de investigación en campo hasta otros donde casi todo depende de la iniciativa y espontaneidad de los estudiantes y el grado de su obstinación para encontrar algún tipo de asesoría. (Krotz, 2018: 151-152).

Lo que encontramos entonces son diversos estudios donde se problematizan los retos de la formación principalmente de antropólogos en el trabajo de campo, aunque no de forma exclusiva, ya que también aparecen reflexiones desde otras disciplinas tales como la sociología, pedagogía, comunicación, entre otras. En el siguiente apartado se amplía el análisis sobre estos tópicos.

Especialidades de la investigación en campo de los socioantropólogos

En la última década, se han generado obras colectivas e individuales donde la etnografía y el trabajo de campo se vienen reflexionando a la luz de procesos de cambio social, que indiscutiblemente toman como referente, presupuestos básicos y clásicos sobre la formación especialmente de antropólogos y de la importancia de la investigación etnográfica (Guber, 2018 y 2013; Atkinson, 2017; Ferrándiz, 2011). Autores como Franz Boas, Bronislaw Malinowski, Evans Prittchard son recurrentemente referidos como un punto de arranque desde donde reflexionar cambios y/o adecuaciones sobre la manera de hacer etnografía, y particularmente producir datos etnográficos, pasando por una revisión (una vez más), de las técnicas de investigación tradicionales como la observación, la entrevista y registro de notas.

Para el caso de México, las reflexiones sobre dichos tópicos, especialmente durante la última década, las caracterizo ancladas a lo que llamaría subcampos de especialización disciplinaria. Es decir, las particularidades del trabajo de campo y la producción etnográfica se anclan a espacios definidos: rurales, urbanos, transnacionales; o bien a sujetos: niños y niñas; jóvenes, adultos mayores, mujeres; a espacios consumo u ocio, entre muchos otros (Payá 2018; Oehmichen, 2014; Vázquez y Terven, 2018). Una característica que considero aglutina dichas obras tanto individuales como colectivas, es su carácter diagnóstico. La gran mayoría de los artículos compilados, plantean un interés, primero en ponderar las condiciones iniciales de la investigación etnográfica, para finalmente, sugerir cambios y/o adecuaciones en las técni-

cas de investigación, a la luz de contextos socioculturales específicos. Otros trabajos, podría decir en un menor volumen, plantean reflexiones de corte epistemológico sobre la etnografía ya no anclada exclusivamente como el método por excelencia de la antropología, sino como un dispositivo desde el cual se construyen entendimientos diversos de los grupos sociales (Olivos 2018 y 2016; Payá y Rivera, 2018, Guber 2016 y 2013).

En general, la literatura más reciente rompe con la idea tradicional del trabajo de campo que se articuló desde los autores clásicos como Malinowski y Franz Boas, donde la estancia prolongada, la observación participante y el registro de información se realizaba durante un tiempo delimitado (ya sea en periodos cortos o de larga duración), lo cual implicaba el desplazamiento espacial del etnógrafo, además de realizarse en escenarios rurales, tribales, tradicionales, en los cuales el etnógrafo enfrentaba una alteridad totalmente contrastante con sus propias experiencias y formas de vida. Es decir, en la actividad de investigación del etnógrafo se identificaban periodos claros y diferenciados para el trabajo de campo. Por ejemplo, el análisis de la información se consideraba como trabajo de gabinete, siendo la última etapa el de la escritura etnográfica. Dichas etapas se caracterizaron como sucesivas e independientes.

Por el contrario, al cambio de milenio, las investigaciones en general ancladas por ejemplo en ámbitos urbanos y más específicamente en torno a temas donde la alteridad y el etnógrafo muy frecuentemente comparten los mismos espacios habitacionales, de trabajo, consumo, entre otros, modifican las nociones de tiempo de desplazamiento y de lugar, caracterizados desde las propuestas clásicas del trabajo de campo

señaladas anteriormente. Esto es, las actividades de recopilación de datos se realizan de forma discontinua entre los tiempos de trabajo y ocio entre los sujetos de análisis y los del propio etnógrafo (al radicar, trabajar y/o estudiar en la misma ciudad). Mientras que las etapas caracterizadas como secuenciales: recopilación de datos en campo, análisis de datos y escritura etnográfica, para los estudios en específico en las ciudades se imbrican también en procesos continuos entre uno y otro. Generándose avances que podemos llamar inconexos, ante los cuales el etnógrafo requiere de una formación más especializada en el manejo de técnicas de investigación. Pero particularmente de poder generar «rutinas de trabajo de campo» donde su puesta en práctica sea permanente. Me refiero a ejercicios permanentes y ya no centrados en periodos específicos de trabajo como si se pueden impulsar cuando se trata de comunidades o grupos radicados en espacios rurales. No obstante, los resultados en diversos estudios muestran que tanto en espacios urbanos como rurales, los retos para el registro de información son los mismos. Una consideración al respecto, la rescato de Cristina Oehmichen:

Entre los estudiantes hay muchos que piensan que hacer trabajo de campo es irse a parar a algún pueblo, mercado o a cualquier sitio y que la información va a brotar por arte de magia. Claro, después nos damos cuenta de que no era tan fácil y que generalmente la realidad se presenta como un todo complejo, debido a lo cual nos preguntamos: ¿Qué hacer? ¿Por dónde comenzar? O bien, logramos compilar mucha información y después no sabemos qué hacer con ella. (Oehmichen 2014:14)

A lo anterior podemos sumar que tanto los sujetos de estudio como el etnógrafo al radicar ya sea en los mismos escenarios urbanos, o bien los socioantropólogos, al ser oriundos de comunidades, barrios y pueblos a los que quieren estudiar, enfrentan de forma cotidiana procesos similares de reproducción sociocultural. Me refiero a la inseguridad, la violencia, el tráfico, el medio ambiente, etcétera, lo cual, dependiendo la experiencia de los estudiantes en el trabajo etnográfico, les potencializan procesos de reflexividad o bien por el contrario, se les dificulta generar procesos de «distanciamiento». Esto es, que no puedan diferenciar sus propias experiencias de vida (por ejemplo estudiantes que pertenecen a algún grupo étnico, o bien, sus familias asumen cargos para la organización de fiestas tradicionales), y/o sus pertenencias étnicas, de clase, religiosas, estrechamente vinculadas con sus temas y sujetos de investigación (Giglia 2018 y Leal 2018). Sobre este punto se ampliará la discusión al cierre de este ensayo.

Otro punto a considerar se relaciona con la temporalidad para la realización de trabajo de campo, especialmente en lugares diferentes al de residencia del estudiante. Al respecto, en ocasiones, los docentes promueven más que un trabajo de campo sistemático, acciones que traduzco como «actividades de salidas de campo». Esto es, visitas grupales de un fin de semana e incluso de un día a un barrio, pueblo o espacio público determinado. Temporalidad que por supuesto no garantiza una recopilación de datos sistemática, ni tampoco se reúnen las condiciones mínimas para establecer contactos significativos con los pobladores y por lo tanto, observar las dinámicas cotidianas dependiendo el contexto y periodo del año de las visitas. Trabajos recientes de Angela Giglia y de Cristina Oehmichen problematizan parte de los aspectos

enunciados anteriormente, vinculándolos directamente con un cierto tipo de imaginario que los estudiantes han creado en torno al trabajo de campo y que como ya mencioné, colegas docentes también han colaborado en acentuar.

Lo narrado en los apartados anteriores, me lleva a identificar ajustes indispensables cuando se trata de la formación de socioantropólogos, específicamente en tareas de registro etnográfico, partiendo de que en el plan de estudios como ya se mencionó en el anterior apartado, no se incluyó como parte del diseño curricular, tiempos específicos para realizar trabajo de campo. La primera corresponde a la planeación propiamente de cierto periodo, o más bien de periodos discontinuos de trabajo de campo; y segundo, a la modificación en la puesta en marcha de dos técnicas centrales como son la observación y la entrevista.

En zonas rurales podemos decir que, a excepción de acontecimientos festivos, el trabajo de recopilación de datos se da de forma combinada entre la observación de prácticas de la vida cotidiana y la charla con los sujetos, tanto en espacios de trabajo domésticos, de consumo, religiosos, entre otros. La permanencia en el lugar, también favorece la continuidad en el tratamiento de diversos temas, además de que el etnógrafo tiene la posibilidad de observar y preguntar en lo que podemos llamar «tiempo real». En las ciudades, por el contrario, se presentan lo que llamo rupturas de lo cotidiano de forma constante (Leal, 2018). Esto precisamente debido a las formas de vida urbana que en ocasiones determinan horarios, espacios y prácticas cambiantes. Y ante lo cual el etnógrafo debe permanentemente reajustar sus estrategias, su calendario de actividades, modificar sus propias prácticas, proponer tiempos de entrevista, innovar en sus registros, en-

tre otros. A lo cual habría que sumar, además, las situaciones personales, familiares y laborales de los estudiantes. En este sentido, Angela Giglia al exponer una experiencia de formación en campo con estudiantes inscritos en la licenciatura en Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana – Iztapalapa, destaca justamente los cambios en los propósitos iniciales de la investigación. Si bien planteaba impulsar una investigación común sobre espacios de consumo al sur de la Ciudad de México, justamente las condiciones materiales, de residencia y laborales, modificaron el objetivo central. En la siguiente cita se muestran justamente dichos ajustes, así como cambios en los fines de la investigación propuesta:

[...] el delimitar el espacio a investigar sirve justamente para simplificar la accesibilidad a los lugares y permitir una más efectiva acumulación de información... en los mismos sitios o en sus cercanías. Los diez alumnos y alumnas resultaros poseer las siguientes características: nueve de diez trabajan de forma regular para mantenerse [...] En suma si se inscribieron en ese proyecto se debió en buena parte a que no estaban en condición de costear una estancia fuera de su casa o no podían alejarse de sus responsabilidades familiares y laborales.

[...] desde la propuesta inicial de una etnografía concentrada en un área relativamente delimitada, pasamos a una localización más bien dispersa de los terrenos a investigar y a una relación espacial con el campo de tipo predominantemente pendular. (Giglia, 2018:330)

En el mismo sentido de problematizar las condiciones en que se realiza trabajo de campo, como lo refiere Giglia (2018), Oehmichen (2014) y Alejandro Vázquez (2018), éste último para el caso de estudiantes de antropología en la Universi-

dad Autónoma de Querétaro, expongo a continuación dos tipos de experiencias formativas con estudiantes de ciencias sociales en un lapso de siete años (2010-2017).

Una de ellas la impulsé en una colonia de Cuauhtepc, ubicada en las faldas medias del cerro del Chiquihuite, Ciudad de México, donde se asientan decenas de familias nahuas oriundas del estado de Guerrero.² La segunda corresponde a una población, ubicada en una zona que caracterizo como periurbana,³ en el municipio de Acolman, abarcando pueblos y localidades que pertenecen al valle de Teotihuacán a 35 kilómetros de la Ciudad de México. En ambos espacios, las estancias de los estudiantes se dieron en diferentes años y agrupados en diversos equipos de trabajo.

En el caso de la colonia Vista Hermosa en Cuauhtepc, las actividades de registro etnográfico con dos grupos de estudiantes distintos todos inscritos en el plantel Cuauhtepc se llevaron a cabo en los veranos de 2011 y 2017. En el

² La selección de dicho lugar se debe a mi tema de tesis doctoral (Leal, 2014), el cual desarrollé durante el periodo 2010-2014. Los ejercicios en campo con los estudiantes se posibilitaron debido a mis contactos previos con gestores sociales, líderes y familias oriundas de Chilacachapa, Guerrero, migrantes en la colonia Vista Hermosa. Para contar con el apoyo de los residentes (no solo chilas) para los recorridos de campo, así como las entrevistas, se realizó una presentación formal ante la asamblea vecinal en el espacio conocido como «la Casa de Cultura Vista Hermosa», que en ese momento era administrada por un líder chila.

³ Como parte de los estudios sobre nueva ruralidad, los espacios periurbanos o también referidos como rururbanos, son aquellos cercanos a ciudades, cuya característica principal es la combinación de usos de suelo: agricultura, industria, maquila, servicios turísticos, entre otros. Y donde los integrantes de las familias, desempeñan diversos oficios (familias pluri-funcionales) y ya no exclusivamente dedicados a las actividades agrícolas.

intervalo he desarrollado actividades con otros estudiantes en esta zona de la Ciudad de México, pero ya no de forma grupal, sino individual.

En general, un aprendizaje nodal de mi parte, fue el acompañamiento de los estudiantes en los primeros recorridos del asentamiento, explicándoles los puntos centrales de la colonia y sus alrededores, la historia de urbanización, la ubicación espacial, la identificación y contacto de actores, así como recomendaciones sobre los horarios de visitas, además de aspectos básicos de su vestimenta y calzado para «aguantar» las caminatas e inclemencias del tiempo (lluvias fuertes en verano temperaturas frías en primavera). Aspectos estos últimos que pudieran parecer triviales, pero que los jóvenes socializados en la ciudad, les resulta difícil de asimilar.

Indispensable fue que aprendieran a calcular los tiempos de desplazamiento entre sus domicilios y la colonia, cuyo acceso es tortuoso y lento debido a sus laderas pronunciadas y acceso restringido a dos rutas de transporte público. Incluso para aquellos que radican en el mismo asentamiento como lo es Cuauhtepéc.

En el caso del equipo que participó en el verano de 2011 (ocho estudiantes), si bien la intención inicial del trabajo grupal partió de generar una dinámica que permitiera intercambiar avances entre todos al finalizar los trabajos diarios, lo cierto es que no fue posible realizar dicha actividad debido a que cada pareja dependía de los tiempos de sus entrevistados, quienes, al dedicarse a diversas ocupaciones, los horarios no coincidían entre unos y otros. Las reuniones por lo tanto grupales se realizaron por las mañanas en ciertos días de la semana. Mientras que, en otros casos, hubo estudiantes que no participaron en las reuniones grupales, debido a que su

asistencia se llevaba a cabo en función de sus tiempos laborales y de sus responsabilidades principalmente domésticas. Es decir, la participación de estudiantes en ejercicios de campo en espacios urbanos donde también habitan se interrumpe frecuentemente, lo cual dificulta su atención focalizada durante periodos prolongados para la recopilación de datos en campo. De ahí que, para esta experiencia, en algunos casos la planeación se diera de forma individual debido a que trabajan y no pueden destinar por lo menos una semana completa para trabajo de campo. Me atrevo a decir que dedican medio tiempo, lo cual requiere por parte del docente un seguimiento individual de sus avances y, por lo tanto, las tareas asignadas les lleva el doble de tiempo promedio que el resto de sus compañeros.

Este último dato resulta crucial para entender los largos procesos de investigación por parte de los tesisistas que en promedio hemos observado los docentes de la licenciatura en el último quinquenio y que también representan insumos para discutir estrategias de formación en la investigación en general y de la etnografía en particular. Sobre este punto se ahondará en el siguiente apartado.

Para culminar la narración de esta experiencia, señalaría que los resultados de las incursiones en campo se plasmaron en dos productos diferentes. Por ejemplo, el equipo que participó en 2011 brindó una conferencia dirigida principalmente a sus pares en el plantel Cuauhtepac, mientras que dos integrantes del segundo equipo (2017), elaboraron un reporte de campo con el cual certificaron la materia de análisis cualitativo, la cual forma parte del plan de estudios de la licenciatura en Ciencias Sociales. Ninguno de los participantes elaboró sus trabajos recepcionales sobre los temas abordados en los

ejercicios en campo, ni tampoco seleccionaron el territorio de Cuauhtepic para su estudio. No obstante, por el seguimiento que he tenido de varias de las trayectorias académicas de quienes participaron, me atrevo a afirmar que fueron pertinentes los aprendizajes obtenidos, al replicarlos en sus propias investigaciones ya de forma individual.

Una segunda experiencia de trabajo grupal en campo, la impulsé en la localidad de Acolman, valle de Teotihuacán con estudiantes de ciencias sociales inscritos tanto en el plantel San Lorenzo Tezonco (2010) como de Cuauhtepic (2011 y 2017).⁴ Si bien en Cuauhtepic se contaba con un espacio rentado donde se realizaban las reuniones de trabajo, los estudiantes no radicaron en el lugar, sino que se trasladaron todos los días de sus domicilios a dicho asentamiento. Por el contrario, en Acolman se accedió a una casa habilitada para albergar entre cinco y siete estudiantes en periodos promedio de 7 a 10 días. Al permanecer los estudiantes en la localidad se posibilitó delinear una estrategia de trabajo más grupal, llevando a cabo actividades más sistemáticas, tales como: recorridos de barrios y pueblos, entrevistas, asistencia a festividades tradicionales, identificación de prácticas comunitarias, vida festiva, entre otros. Destaca de los dos primeros equipos de trabajo, (2010 y 2011) que varios de los participantes decidieron desarrollar sus trabajos recepcionales en torno a diversos temas en distintas localidades del valle de

⁴ La selección del lugar se debió a mi experiencia de investigación en la zona principalmente del municipio de Acolman, al haber desarrollado mi tesis de maestría en antropología social en torno a los temas de mayordomías y fiestas tradicionales durante el periodo 1999-2003. Además de poder acceder a un inmueble acondicionado en donde poder albergar equipos de trabajo.

Teotihuacán (Hernández, 2013; Bravo, 2012; Campos 2019; Ortiz 2019). Lo anterior lo destaco ya que fue contrario a lo narrado para quienes participaron en Cuauhtepec.

En particular, Daniel Hernández y Carlos Bravo, profundizaron y profesionalizaron sus estrategias de formación en campo, de tal suerte que en sus proyectos doctorales continuaban especializándose en la región. De hecho, como parte de los ajustes en la formación, me apoyaron sustancialmente, en el acompañamiento de los siguientes dos equipos de trabajo (2017) a quienes coordinaron y a su vez, mostraron sus formas de trabajo y acompañaron en diversas tareas de observación, registro y análisis de datos.

Puedo decir que, para esta experiencia, en lugar de generarse una relación vertical docente-estudiante, común en las instituciones formadoras de antropólogos en campo, a partir de su involucramiento como tesis de posgrado, surgió una figura que puedo llamar «monitores». Esto es, un tercer actor en la formación, donde a partir de reconocer el capital educativo de los egresados, se potencializa el compartir su conocimiento acumulado con los jóvenes socioantropólogos noveles en campo. El resultado más que caracterizarlo como una participación solidaria de apoyo al docente en tareas de campo, se trató de un involucramiento profesionalizado, donde Daniel y Carlos de forma autónoma, guiaron a los estudiantes en las tareas de investigación. El trabajo de campo, por lo tanto, se desarrolló bajo su propio sello, producto de su especialización en la región del valle de Teotihuacán.

Otro aspecto a resaltar es que este tipo de estrategia permitió encuentros más cercanos entre pares, lo que permitió una comunicación más fluida entre los participantes. En estas experiencias, por lo tanto, mi papel se centró en

contextualizar sobre las características del territorio, la vida comunitaria y festiva, así como datos históricos regionales. Además de gestionar los apoyos para pasajes y alimentos. Mientras que los recorridos a mayor profundidad, la identificación de entrevistados y el registro de notas, estuvo bajo la orientación de los monitores. Fueron ellos quienes guiaron la planeación diaria de actividades, la asignación de tareas, así como la coordinación de las sesiones de intercambio de información entre los participantes. Debido a que ambos desarrollaron sus tesis de licenciatura en la región (pueblos de Cuanalan para el caso de Carlos y de Otumba para Daniel), durante la práctica de campo facilitaron los contactos para entrevistas, además de indicar rutas para los recorridos, entre otros. El que para esos momentos ambos egresados estuvieran llevando a cabo sus estudios doctorales, también permitió que los estudiantes les apoyaran en ciertas tareas más profesionalizadas como el levantamiento de un cuestionario a jóvenes rurales, así como el registro detallado de mayordomías y fiestas patronales. A su vez, el que los estudiantes supieran de antemano los propósitos de los ejercicios (más allá de aprender el oficio), facilitó que ubicaran la utilidad de las actividades en campo, diseñadas para analizar ciertos problemas de investigación.

Sin duda, este intercambio de habilidades y conocimientos entre monitores y estudiantes considero, «reduce la distancia» entre la formación que llamo formal-curricular y la utilidad de las técnicas de investigación en campo (para qué desarrollamos trabajo de campo). Además de generar dinámicas más solidarias que apelan a un compromiso de reciprocidad por parte de aquellos que tuvieron la oportunidad

de contar con una orientación más sistemática en campo, para en un segundo momento formar a otros estudiantes.

Ahora bien, lo enunciado anteriormente lo destaco como una posible estrategia que puede replicarse de forma sistemática para la formación de estudiantes de socioantropología en la UACM. No obstante, se deben formular propuestas más integrales en torno a que los estudiantes se formen en áreas y/o zonas de investigación. Aspecto que, sin duda, atraviesa la reformulación del plan de estudios en ciencias sociales. Lo señalo ya que, para esta segunda experiencia, de los últimos dos equipos que participaron (2017), esto es, diez estudiantes, ninguno decidió trabajar en el valle de Teotihuacán con fines de titulación. Si bien las experiencias adquiridas les ha favorecido continuar con sus investigaciones individuales, considero que, de haberse generado una continuidad de la investigación en la región, habrían avanzado de forma más sistemática en su formación, además de poder contar con pares-monitores con los cuales compartir sus hallazgos de investigación.

Redefiniciones y propuestas sobre la formación del trabajo en campo

Lo que se presenta a continuación se conjuga entre un punteo de aspectos señalados en el apartado anterior sobre las formas particulares en que los socioantropólogos realizan ejercicios de y en campo. Y por otra parte, se incluyen aspectos que considero permiten proponer nuevas estrategias que orienten una formación más sistemática de los estudiantes en tareas de corte etnográfico.

En primer término, retomo un aspecto nodal el cual es necesario apuntalar en el imaginario de los estudiantes para el desarrollo de tareas de investigación en general y, de manera particular en trabajo de campo. Me refiero a la temporalidad de las tareas de investigación cualitativa. Recuperando de nueva cuenta el trabajo de Angela Giglia con estudiantes de la UAM- Iztapalapa, en su descripción apunta los cambios en el tipo de actividades programadas originalmente, a partir de las condiciones de vida y trabajo de los participantes. Por ejemplo, propuso un seminario donde se pudiesen intercambiar de forma colectiva las experiencias del trabajo de campo. Esto con la idea de «multiplicar el rendimiento del conjunto» pero al final, el resultado se tradujo mayoritariamente en experiencias individuales de aprendizaje, además de señalar la dificultad por parte del docente de asesorar diversos temas, ante el desfase de que todos los participantes se aglutinaran ante una temática común.

Características que también prevalecen en los estudiantes de socioantropología como se mencionó en el apartado anterior. Me refiero a que por iniciativas individuales de los profesores se han propuesto impulsar breves proyectos de investigación que incluyen periodos de trabajo de campo específicos; o bien la participación en tareas de campo está ligada a procesos de evaluación de ciertas materias, sobre todo de investigación.⁵

⁵ Una experiencia distinta la representa el proyecto Etnográfico de la mixteca alta, impulsada por el docente Nicolás Olivos en el plantel San Lorenzo Tezonco desde el año 2009. Se trata de proyecto permanente y cuya participación estudiantil ha sido nutrida y continua. Los resultados de investigación se han plasmado en trabajos recepcionales, participación en congresos nacionales de antropología, ponencias y artículos especializados.

Como es el caso de la misma experiencia narrada por Angela Giglia (2018).

Y en cuanto a la temporalidad para aprender tareas de investigación, Giglia también reflexiona tomando como paraguas conceptual la categoría de habitus de Pierre Bourdieu. Incluyo una cita larga, pero que considero arroja luz sobre una tarea indispensable que los docentes tenemos que trabajar para modificar el imaginario de los estudiantes sobre este aspecto.

[...] quisiera resaltar la importancia de la relación pedagógica vinculada con la investigación en el terreno, como una herramienta indispensable en la transmisión del saber antropológico en cuanto «habitus», que se necesita ser aprendido mediante la práctica —el hacer y el ver hacer— y no sólo mediante la transmisión de información teórica. El énfasis sobre la adquisición de un habitus, trae consigo la importancia del tiempo como un factor indispensable para permitir la acumulación de experiencias y la asimilación de las mismas en cuanto base indispensable de dicho habitus. Esto no quiere decir que la investigación antropológica requiera a fuerza de tiempo dilatado. Una vez que se haya aprendido cómo se hace, se puede hacer investigación en tiempos relativamente breves. Pero para *aprender* a investigar se necesita de tiempos razonablemente largos y sobre todo de etapas intermedias (o pausas) en las que sea posible asimilar y «elaborar» la experiencia y la información recogida. (Giglia, 2018:341) (Cursivas y resaltado por la autora).

Enlazado con el tema de la temporalidad, y a partir de mi propia experiencia de investigación con indígenas urbanos, he planteado en otro trabajo que la construcción de la etnografía se genera a partir de un «rompecabezas etnográfico»

(Leal, 2018).⁶ Parto de esta analogía para ilustrar que la recopilación de datos en campo (especialmente en las ciudades y en espacios periurbanos) se da por piezas inconexas, las cuales se completan en tiempos discontinuos de trabajo y cuya articulación (entre piezas) se garantiza en un ejercicio permanente entre la revisión de las categorías de análisis y el dato etnográfico.

Por lo tanto, para el caso de los socioantropólogos, su formación no se da a partir de etapas separadas y sucesivas como se plantea en los postulados clásicos (recopilación de datos en campo —trabajo de gabinete— redacción de los resultados de investigación). Sino que avanza en una suerte de espiral que combina los tres momentos. De ahí que mi planteamiento se centra en modificar la idea originaria del trabajo de campo visualizado como etapas sucesivas y caracterizarlo más como rutinas de trabajo de campo, esto es, ejercicios permanentes de recolección, análisis y redacción, y ya no centrados en periodos específicos. Pero que cuya temporalidad puede extenderse considerablemente, ante lo cual, los socioantropólogos deben estar conscientes.

En este sentido, el reto en los aprendizajes en campo por parte de los estudiantes, se anclan inexorablemente al acompañamiento de los docentes, o bien de otras figuras como se refirió en el apartado anterior al caracterizarlas como mo-

⁶ Por su parte Cristina Oemichen (2014), menciona el trabajo etnográfico como «un conjunto de piezas sueltas que solo cobra sentido en el entramado de la compleja realidad social». Es decir, la analogía de las «piezas sueltas» la vincula al proceso global de la investigación antropológica y no en el sentido que yo menciono el «rompecabezas etnográfico» el cual lo refiero más al oficio de «hacer en campo». Esto es, al uso y aprendizaje de las técnicas de investigación etnográficas.

nitores (egresados quienes dirigieron el trabajo de campo en periodos específicos de tiempo). Ante un escenario que abarca por un lado experiencias de formación grupal, pero mayoritariamente de incursión en tareas de investigación de forma individual, los docentes y monitores enfrentan el reto de asesorar a los estudiantes en ambos tipos de escenarios. Las experiencias documentadas por profesores de la licenciatura en Ciencias Sociales de la UACM, muestran que ahí donde el docente está presente en los diversos escenarios de investigación —ya sea en periodos largos o de forma discontinua— y encabeza en las etapas iniciales, ciertas actividades (abre contactos, entrevista, realiza notas de campo, recorre el terreno), los estudiantes incorporan saberes instrumentales. Mismos que posteriormente, aún cuando continúen sus investigaciones de forma individual, potencializan en gran medida. Lo cual les favorece para la aplicación de técnicas etnográficas, pero también, en combinación con otro tipo de métodos de investigación. En este mismo sentido, de nueva cuenta Giglia, plantea ciertos retos de la enseñanza:

[...] buena parte de las dudas y las interrogantes hay que resolverlas conforme se presenten sobre la marcha. El haber resuelto esas dudas y estas interrogantes puntuales a lo largo del proyecto de investigación es justamente lo que hace que al final el aprendiz antropólogo haya efectivamente aprendido a investigar, llevando a cabo de principio a fin una experiencia de investigación concreta. De allí la importancia de las «prácticas de campo» guiadas por el docente, en las que los alumnos se enfrentan a los muchos imponderables e imprevistos que sistemáticamente el campo presenta a quien lo hace, por el hecho de ser justamente «campo» y no «laboratorio». De allí también la importancia de un proceso de aprendizaje

mediante sucesivos ensayos y errores, en el que los errores cometidos se convierten en enseñanzas para la siguiente vez. En este proceso de aprendizaje el «papel del docente» consiste, entre otras cosas, en tratar de compartir su experiencia con los alumnos de una manera reflexiva, haciendo juntos las mismas cosas y razonando sistemáticamente sobre *cómo se hace* lo que se hace. (Giglia 2018: 325-326) (Cursivas de la autora).

Además de tomar en cuenta, los diversos aspectos que refiere Giglia, agregaría otro elemento central vinculado a que los estudiantes se descentren de sus propios patrones de socialización y/o prácticas urbanas para que puedan identificar datos nodales en el registro etnográfico. Como se refirió en anteriores apartados, el hecho de radicar en los mismos perímetros de las alcaldías donde se ubican los planteles de la universidad y además formarse en campo, requiere buscar estrategias de observación que destaquen la diferencia social, cultural, política y étnica en diversos escenarios sociales.

Por otro lado, debido a que se realizan actividades de trabajo de campo en periodos discontinuos (sobre todo en espacios urbanos), la observación de acontecimientos relevantes se vuelve compleja. Ante esto, la charla con los sujetos se vuelve nodal para sondear diversos temas desde fiestas tradicionales o del ciclo de vida, o bien las lógicas de organización vecinal y política; así como la violencia, las disputas y conflictos por los espacios públicos y/o tradicionales, pero también las iniciativas culturales locales, comunitarias, de mejoramiento barrial, entre otros.

Más recientemente los registros en video y fotográficos con que cuentan los propios actores sobre sus propias prácticas se han vuelto un recurso fundamental en la investigación

en campo. Así, las charlas vía celular y la conexión a través de redes sociales también representan fuentes novedosas para la comunicación entre los estudiantes y los sujetos de estudios. Sobre todo ante la dificultad de permanecer en los asentamientos en periodos prolongados de tiempo. La generación de mapas, croquis, además de acervos fotográficos y en video, también representan insumos importantes en la reconstrucción etnográfica.

De lo narrado hasta el momento, comentaría que la formación en campo que he observado en el caso de socioantropólogos de la UACM se lleva a cabo mayoritariamente de forma individual, sin acompañamiento de los docentes, directores de tesis o asesores. Esto a diferencia de otras experiencias institucionales formadoras de antropólogos donde se privilegian actividades grupales, siendo el trabajo colaborativo el punto central de los aprendizajes pioneros y posteriormente consolidados en la investigación. Para el caso de la licenciatura en ciencias sociales de la UACM, al restringirse notablemente los espacios de intercambio de experiencias e incluso estar ausentes, se requiere diseñar estrategias de campo donde participen más activamente aquellos socioantropólogos que han adquirido mayor experiencia, como formadores, facilitadores y asesores. Lo cual significaría construir triadas: docentes-monitores-estudiantes, produciendo conocimientos más horizontales entre los tres actores, más que relaciones verticales docentes-estudiantes, características de una formación más tradicional en campo.

Para cerrar este apartado, señalaría que otro de los aspectos a ponderar en las actividades en campo, se vinculan con la puesta en práctica de ciertas técnicas de investigación como la entrevista, la observación y el registro de notas. Al

respecto varios trabajos recientes reflexionan en uno u otros temas, incluyendo propuestas, desde el ajuste de técnicas de investigación, hasta la combinación de métodos, o bien, la elaboración del producto final, esto es la etnografía (Eckert y Carrillo; 2018; Reygadas, 2014: 94-103; Vázquez, 2018; Padilla, *et al*, 2018; Vergara, 2013). Conuerdo con Nicolás Olivos cuando desde una discusión más epistemológica en torno a lo que llama «expansión etnográfica», problematiza a la etnografía como un dispositivo y operación, que se despliega para operar en un mundo sociocultural diverso. Y que para el caso del tema trabajo de campo, o más específicamente de las formas de generar información en campo, requiere de experimentar «técnicas diferentes ya no de entrevista sino de diálogo, o en buscar formas de observación donde lo participante es colaborativo» (Olivos, 2018: 42-43).

Consideraciones finales. De la formación en campo a los procesos de reflexividad de los socioantropólogos

En un trabajo previo, realicé una primera problematización sobre las interpelaciones que determinados sujetos de estudio realizan a los etnógrafos en torno a los fines de la investigación socioantropológica (Leal, 2018). Especialmente mi experiencia con indígenas urbanos que demuestran una capacidad de agencia en algunos casos altamente politizada, me llevaron a reflexionar en torno a lo que Rosana Guber (2013) señala sobre lo común que genera el trabajo de campo. Esto es, la reflexividad. Aunque acota, ya no referida como un proceso que atañe únicamente al sujeto de estudio, dimensión frecuentemente analizada desde la antropología,

por ejemplo. Sino más bien, se trata de analizarla desde un enfoque relacional, es decir, partiendo de las decisiones que toman el investigador y el informante en las situaciones de encuentro, durante el trabajo de campo.

Por ejemplo, en mi experiencia con familias indígenas de origen nahua radicadas en Cuauhtepc, fueron frecuentes las interpelaciones hacia mis comentarios sobre sus procesos de inserción urbana e historia migratoria, entre otros. Pero al mismo tiempo, los escuché en varios foros, avalar y repetir varios de mis hallazgos de investigación, asumiéndolos como parte de su propio patrimonio histórico y cultural. Sin duda, ambos (etnógrafo- sujeto), modificamos expectativas de uno y otro, que nos permitieron construir diálogos fructíferos, los cuales acotaron la diferencia cultural. No obstante, en otros planos, compartíamos vivencias muy semejantes al radicar en la misma urbe, ser catalogados por otros como ciudadanos, padecer el tráfico, la inseguridad, el clima, entre otros. Lo cual provocaba un acercamiento muy familiarizado sobre nuestras experiencias urbanas. Por un lado, entonces, etnografía y sujetos indígenas resignificamos nuestras nociones sobre la diferencia étnica, pero por otro, compartimos códigos comunes sobre nuestras vivencias como habitantes de la misma ciudad. Este entrejuego fue justamente lo que possibilitó lo que llamo procesos de reflexividad de ida y vuelta ante «relaciones de encuentro», generadas durante el trabajo de campo como las refiere Guber.

Planteo este señalamiento, para problematizar, los retos que implica para los tesisistas en ciencias sociales, reflexionar sobre sus indagaciones en campo, cuando sus temas, sujetos de estudio, espacialidad, etcétera, están directamente vinculados a sus propias formas de vida, así como a sus par-

ticulares referentes socioculturales. No se evidencia en sus encuentros, por ejemplo, una alteridad contrastante ya que están interesados en estudiar su propia familia, su barrio, su calle, su pueblo, o bien sus experiencias familiares y personales en torno a temas variados como la violencia, el suicidio, la salida de clóset, la participación en mayordomías, carnavales, fiestas tradicionales, grupos juveniles, proyectos productivos, migración, oficios, expresiones populares como los bailes, sonideros, entre muchos otros.

Sin duda, Las «relaciones de encuentro» que se generan en el trabajo de campo, por lo tanto, asumen otro carácter ya no asociado al despliegue de diferencias étnicas, ocupacionales, familiares o de clase, y desde donde se construyen diálogos de ida y vuelta, como lo señalé en mi experiencia de investigación con indígenas urbanos.

Por el contrario, los socioantropólogos interesados en analizar sus propios entornos socioculturales tendrían entonces que generar procesos de reflexividad a partir de lo que llamo, «descentramientos cercanos en torno al tema o sujeto de estudio». Es decir, realizar ejercicios continuos de contraste entre el dato recopilado a través de rutinas de campo, y la comparación con otras experiencias de investigación sobre sus temas y/o lugares elegidos de investigación. Lo anterior con la finalidad de ampliar sus horizontes problemáticos de investigación, que les provoquen encontrar pautas de comportamiento diferenciadas, situaciones sociales contrastantes, y/o identifiquen patrones de interacciones específicos, por mencionar algunos. Lo señalo ya que un comentario frecuente de los tesisistas, se refiere a si sus temas «son relevantes», «vale la pena que lo estudie», «es válido estudiar mi familia», entre otros.

Los textos de Ismael Pineda, Miguel Cicpatli y Ricardo Ernesto González contenidos en este mismo volumen, por ejemplo, dan cuenta de sus propios procesos de construcción del dato etnográfico a partir de sus experiencias en campo, pero más destacado, analizando sus procesos de involucramiento como sujetos también de estudio. Sobre todo, al ser parte, como ellos mismos lo explican en uno u otro sentido de los temas investigados.

Sin duda, esta dimensión de análisis, representa una agenda pendiente de investigación sobre la formación en campo de socioantropólogos y sus procesos de reflexividad a partir de sus intereses de investigación.

Bibliografía

- AGUILAR P. y Olivos N. (2011). La Licenciatura en Ciencias Sociales (antropología social y sociología) de la Universidad Autónoma de la ciudad de México. *Inventario Antropológico*, pp. 484-500.
- ATKINSON, P. (2017). *Thinking Ethnographically*. Los Angeles: SAGE.
- BRAVO, C. (2012). *El ciclo festivo en la organización comunitaria de dos pueblos en el Valle de Teotihuacán. Un acercamiento desde el marco de la nueva ruralidad*. Tesis de licenciatura. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- CAMPOS, M. (2019). *La reconversión productiva en Oxtotipac como mecanismo de reactivación de tradiciones. Un estudio sobre la fiesta de la Natividad de María y la caminata en el municipio de Otumba, Valle de Teotihuacan*. Tesis de licenciatura. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- ECKERT, C. y Carvalho, A. (2018). Etnografía de y en la calle: estudio de antropología urbana. En R. Guber (coord.) *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía* (pp. 299-320). Buenos Aires: Sb.
- FERRÁNDIZ, F. (2011). *Etnografías contemporáneas*. Barcelona: Anthropos.
- GIGLIA, A. (2018). Cómo hacerse antropólogo en la Ciudad de México. Auto-análisis de un proyecto de trabajo de campo. En R. Guber (coord.) *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía* (pp. 321-344). Buenos Aires: Sb.
- GUBER, R. (coord.) (2018). *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía*. Buenos Aires, Argentina: Sb.

- GUBER, R. (2013). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- HERNÁNDEZ, D. (2013). *Transformaciones de las identidades de los jóvenes en Otumba. Una perspectiva desde la Nueva Ruralidad*. Tesis de licenciatura. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- KROTZ, E. (2018). El caminar antropológico: ensayo sobre el trabajo de campo y su enseñanza. En R. Guber (coord.) *Trabajo de campo en América Latina. Experiencias antropológicas regionales en etnografía* (pp. 145-156). Buenos Aires: Sb.
- KROTZ, E. y De Teresa, A. (2012). *Antropología de la antropología mexicana. Instituciones y Programas de Formación I y II*. México: Red Mexicana de Instituciones Formadoras de Antropólogos; Universidad Autónoma Metropolitana; Juan Pablos Editor.
- LEAL O. (2017). Surgimiento y consolidación de la Licenciatura en Ciencias Sociales (antropología social y sociología) de la Universidad Autónoma de la ciudad de México, plantel Cuauhtepec. *Inventario Antropológico*, (10), 2009-2011.
- LEAL, O. (2018). Retos del quehacer etnográfico con indígenas urbanos en ciudades mexicanas. *Revista Temas Sociológicos* (23), 247-272.
- LIMA M. y López M. (2018). *¿Quo vadis Socio-antropología? Entre convergencias y divergencias disciplinares*, Tesis de licenciatura. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- OEHMICHEN, C. (2014). La etnografía entre migrantes en contextos urbanos de destino. En C. Oehmichen (ed.) *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales* (pp. 285-303). Ciudad de México: UNAM.
- OEHMICHEN, C. (ed.) (2014). *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales*. Ciudad de México: UNAM.

- OLIVOS, N. (marzo, 2018). Mediaciones y heurísticas en la etnografía contemporánea. En Monsiváis, A. *Teorías y metodologías de las Ciencias Sociales*. Memorias del Simposio llevado a cabo en el VI Congreso Nacional de Ciencias Sociales. Las Ciencias Sociales y la agenda nacional, San Luis Potosí, México.
- OLIVOS, N. (2014). Repensar la etnografía a la luz de los presupuestos posibles de una socioantropología. *Anuario. Antropología social y cultural en Uruguay*, 12, 21-34.
- ORTIZ, Y. (2019). Borrador de trabajo recepcional “Bandas de viento en Cuanalán, Acolman: un estudio sobre la formación inicial de músicos”, Lic. en Ciencias Sociales, UACM.
- PADILLA, O., Olmos, A. y Azevedo J. (2018). Etnografías de la convivialidad y Súper-diversidad: reflexiones metodológicas. *Andamios. Revista de Investigación Social* 15(36), 15-41.
- PARRA A. (2014). *Caracterización de los estudiantes de socioantropología de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM): Familia, trabajo y condiciones para el estudio*. Especialización en Sociología de la Educación Superior. México: UAM-Azcapotzalco.
- PAYÁ, V. (2018). Sociología y fotografía: notas sobre la palabra y la imagen en el trabajo de campo. En Payá V. y Rivera J. (2018). *Sociología etnográfica. Sobre el uso crítico de la teoría y los métodos de investigación*. México: Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Juan Pablos Editor.
- PAYÁ V. y Rivera J. (2018). *Sociología etnográfica. Sobre el uso crítico de la teoría y los métodos de investigación*. México: Facultad de Estudios Superiores Acatlán, Juan Pablos Editor.
- REJAS M. J. (2018) (Coord.). *Diagnóstico participativo. Valoración del plan de estudios de la licenciatura en Ciencias Sociales de la UACM: la perspectiva de los estudiantes. Informe de Resultados*. México.

- REYGADAS, L. (2014). Todos somos etnógrafos. Igualdad y poder en la construcción del conocimiento antropológico. En C. Oehmichen (ed.) *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales* (pp. 91-118). Ciudad de México: UNAM.
- RODRÍGUEZ, T. (2012). “La licenciatura en Ciencias Sociales (Antropología Social y Sociología) de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México”, Ponencia presentada en la Reunión XXIII de la RedMIFA, 22 de marzo, Plantel San Lorenzo Tezonco, Distrito Federal.
- Universidad Autónoma de la Ciudad de México (2002). *El proyecto educativo de la UACM*, México.
- VÁZQUEZ, A. (2018). Cómo hacer etnografía con pueblos indígenas en áreas urbanas. En Vázquez, A. y Terven, A. (coords.) *Etnografías. Tácticas y estrategias para el registro y análisis de la diversidad cultural. Apoyo didáctico para la investigación empírica* (pp.119-154). Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro.
- VÁZQUEZ, A. y Terven, A. (coords.) (2018). *Etnografías. Tácticas y estrategias para el registro y análisis de la diversidad cultural. Apoyo didáctico para la investigación empírica*. Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro.
- VERGARA A. (2013). *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad*. México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

El cruce disciplinar: experiencias y reflexiones desde el Seminario Permanente de Socioantropología

NANCY CRUZ,¹ LILIANA VALVERDE,²
ARACELI PARRA³ Y PARIS AGUILAR⁴

Introducción

El propósito de este texto es compartir con el lector la experiencia del Seminario Permanente de Socioantropología como un espacio de formación profesional, complementario a los procesos de aprendizaje que se llevan a cabo en las aulas y otros espacios de trabajo académico previstos en la UACM.

Como sabemos, toda formación en un campo de conocimiento requiere de la apropiación de saberes, así como del desarrollo de habilidades y actitudes que posibiliten el ejer-

¹ Licenciada en Ciencias Sociales, UACM.

² Licenciada en Ciencias Sociales, UACM.

³ Profesora-Investigadora, UACM.

⁴ Profesor-Investigador, UACM.

cicio de la profesión. Ello implica además, un proceso más complejo relacionado con la construcción de la *identidad profesional*, es decir, qué caracteriza y cohesiona a quienes han decidido dedicarse a una carrera en particular y qué los distingue de otros grupos profesionales.

En el caso específico de los estudiantes de la licenciatura en Ciencias Sociales, puede expresarse en términos de lo que según el Plan de Estudios se espera encontrar en su «caja de herramientas» para llevar a cabo el quehacer socioantropológico, pero también en el reconocimiento de aquello que le permite *autoidentificarse* como grupo profesional y ser reconocido por otros como tal.

Esto se vuelve un asunto más complejo cuando —como en el caso de la UACM— las propuestas de formación profesional se caracterizan por promover el diálogo *interdisciplinar* y *transdisciplinar*. De hecho, al interior de la comunidad académica nos percatamos de las inquietudes por comprender en qué se concreta este *trasvase disciplinar*, pues la mayoría de los profesores que gestionan la licenciatura se han formado como antropólogos y sociólogos desde sus propios campos. En este contexto, ha surgido la preocupación sobre las particularidades de una formación profesional dirigida a socioantropólogos. De manera comprensible, los estudiantes han planteado desde el inicio de la carrera, cuestionamientos respecto a su identidad profesional: ¿qué soy: sociólogo, antropólogo o las dos cosas?, ¿y qué es la socioantropología?

También como egresados, se han enfrentado a cuestionamientos sobre este dilema en diferentes espacios académicos y profesionales, los cuales han sido resueltos haciendo evidente su formación interdisciplinar, que les permite romper fronteras y poder dirigir una investigación amplia sobre sus objetos de estudio.

Cabe aclarar que la pretensión de este escrito no es dar respuestas únicas y tajantes sobre qué es y cómo se hace la socioantropología, sino presentar éste como un material útil a quien se interese por esta perspectiva para comprender los actuales y complejos fenómenos socioculturales. Esperamos que —como lo ha sido en el propio seminario— este capítulo y el libro en su conjunto, sean recursos que abonen a vislumbrar las particularidades de la profesión, pero también a sensibilizar sobre la necesidad y ventajas del trabajo colaborativo con *los otros* (entre pares, con científicos sociales de otras disciplinas y con estudiosos de otros campos de conocimiento); a pensar los retos que implica en términos formativos y *autoformativos*; y a cuestionar desde una postura crítica las miradas y vínculos que se establecen con los sujetos de estudio desde las perspectivas más tradicionales en las ciencias sociales.

Evidentemente, es imposible mostrar la riqueza y aportaciones de un trabajo colectivo que se ha sostenido por más de diez años, por lo que como autores de este texto nos limitamos a una propuesta más modesta: ubicar algunas constantes y puntos de interés en cinco preguntas eje que desde nuestra perspectiva pueden permitirnos compartir con el lector parte de esta experiencia: ¿en qué tipo de estudios encontramos pistas para el quehacer socioantropológico?, ¿qué actores sociales y espacios consideran estas investigaciones?, ¿a qué posicionamientos epistemológicos invita esta perspectiva?, ¿cómo se resuelve y expresa el método en investigaciones socioantropológicas concretas? y, ¿qué propuestas de encuentro disciplinar se vislumbran en las experiencias de investigación de egresados de esta licenciatura?

Para ello, presentamos primero los antecedentes del Seminario en relación con el Plan de Estudios de la licenciatura

y, posteriormente, cada una de estas interrogantes se aborda en apartados que exponen de manera sucinta, las discusiones y reflexiones derivadas de la revisión de los materiales de trabajo, así como la referencia a estudios concretos a manera de ejemplo.

Antecedentes

Como lo hemos señalado, la UACM desde sus inicios en el 2001 se planteó como una alternativa de educación superior que ofrece la formación de profesionales con carácter *inter y transdisciplinar*, que sean capaces de analizar los problemas sociales de su entorno y de otros contextos, de una manera crítica y desde una *comprensión multidimensional* que permita plantear soluciones (UACM).⁵ Así, la oferta de la UACM integra carreras como Comunicación y Cultura, Arte y Patrimonio Cultural, Promoción de la Salud, Ingeniería en Sistemas Electrónicos y de Telecomunicaciones —entre otras— que en sus diseños curriculares plantean una complementariedad entre diversas disciplinas.

En particular, la licenciatura en Ciencias Sociales plantea la complementariedad entre la Antropología Social y la Sociología, en aras de una problematización y análisis de la realidad social que trascienda la fragmentación derivada de la progresiva especialización de la ciencia.

El diseño del Plan de Estudios se desarrolló entre 2002 y 2004, en reuniones de trabajo de un cuerpo académico interinstitucional conformado por sociólogos y antropólogos. En la discusión de este grupo colegiado se plantea —como parte

⁵ Recuperado del sitio web de la UACM de <https://www.uacm.edu.mx/>

de la fundamentación sobre la necesidad de una formación alternativa— la crisis de paradigmas en las ciencias sociales, al menos en tres sentidos. 1) En el agotamiento de la lógica lineal para explicar los fenómenos a observar en términos de estabilidad y equilibrio; y que requiere, considerando la perspectiva fenomenológica, entender los hechos como productos de múltiples determinaciones. 2) En el cuestionamiento de una postura neutral del investigador en la construcción del objeto de estudio, y que invita a hacer visible el papel del observador en este proceso. 3) En la necesidad de trascender supuestas y añejas oposiciones metodológicas entre análisis cualitativos y cuantitativos.

Si bien el Plan de Estudios es novedoso en el contexto nacional por tratarse de la primera licenciatura con este perfil, los problemas de segmentación derivados de la delimitación de las fronteras disciplinarias, han llevado a diversidad de cuestionamientos. Sin embargo, podemos encontrar antecedentes en los que se plantea de forma indirecta la complementariedad entre ambas disciplinas, por ejemplo, en 1931 Alfred R. Radcliffe-Brown llama a la antropología, sociología comparada; en 1964, Paul Lazarsfeld cuestiona la pertinencia de las divisiones; y, en 1979 Pierre Bourdieu sugiere dejar de distinguir la etnología de la sociología (UACM, 2004).

En términos de experiencias institucionalizadas, existen precedentes de la conjunción de ambas disciplinas en departamentos universitarios y programas de estudio en diferentes latitudes. Aunque los grados y modalidades en que ambas disciplinas están presentes son diversos en cada caso, podemos mencionar como ejemplos, el Departamento de Sociología y Antropología del Carleton College, de la Escuela de Chicago y de la Escuela de Manchester; y la Universidad

de París que cuenta con un cuerpo académico formado en *socio-anthropologie* (Padilla, 2010).

A pesar de ser una propuesta que ya se ha concretado en otras latitudes, la implementación del Plan de Estudios en nuestra institución —como probablemente ha ocurrido en las otras licenciaturas de la UACM— hizo evidente la necesidad de tener nuevas perspectivas de estudio y de investigación, así como la relevancia de diseñar estrategias de enseñanza-aprendizaje específicas.

Con este interés, desde mayo del 2010 se impulsa el Seminario Permanente de Socioantropología por parte de profesores y estudiantes de la licenciatura, el cual tiene como objetivo discutir y problematizar a partir de la revisión de ciertos autores y tradiciones, las posibilidades de integración y las fronteras entre la antropología social y la sociología (intersección a la que llamamos socioantropología), en términos de referentes teórico-conceptuales, de método y epistemológicos, que permitan enriquecer el aprendizaje, la investigación y la docencia en la UACM.⁶

Algunas consideraciones para la organización de este espacio han sido: en un primer momento, la importancia de conocer experiencias en Instituciones de Educación Superior (IES) para tener algunos referentes que permitieran ubicar la propuesta de la UACM. Mientras que en las subsecuentes sesiones se ha discutido en torno a la relevancia de autores, corrientes, escuelas, tradiciones y métodos que muestren el diálogo entre

⁶ Cabe mencionar que desde finales del 2017 se trabaja en la revisión y la reestructuración del Plan de Estudios por profesores investigadores de la Academia de Ciencias Sociales de la UACM, en las cuales están presentes de manera central estas mismas preocupaciones.

la sociología y la antropología en lo que inicialmente denominamos «etapas».⁷ Así, los participantes nos hemos guiado por inquietudes sobre lo cualitativo —y particularmente lo etnográfico— en el terreno de la socioantropología, además del papel que juega lo cuantitativo en los estudios sociales, la relación entre lo local y lo global en las ciencias sociales, la posibilidad de una nueva lectura de los *clásicos* para enriquecer el vínculo entre ambas disciplinas, e incluso, la búsqueda de ejemplos de investigaciones concretas que pudieran ser materia de discusión en este seminario, entre otras. A continuación enunciamos de forma general, algunas de esas discusiones.

Pistas para un quehacer socioantropológico

Un punto relevante que observamos en las investigaciones socioantropológicas se refiere a la intención de construir objetos de estudio desde una perspectiva amplia y holística de la humanidad, donde el fenómeno de estudio se observa en relación con sus contextos socio-históricos, culturales, económicos, espaciales y temporales. Ello, es punto de partida para comprender las relaciones entre hombre, sociedad y medio natural que permite transitar entre las dimensiones de observación micro y macro social.

⁷ Primera etapa: Escuela Francesa; segunda etapa: Escuela de Chicago; tercera etapa: Escuela de Manchester. Posteriormente, se modificaron los criterios para definir los temas a abordar, considerando trabajos que mostraran —desde la perspectiva de los integrantes del Seminario— el estudio de fenómenos con métodos y perspectivas socioantropológicos. Cabe precisar que las reflexiones que aquí presentamos no se organizan cronológicamente, ni abordan la totalidad de las sesiones que hasta antes de la pandemia por COVID-19 hemos llevado a cabo en el Seminario.

Al respecto, es importante señalar que desde esta perspectiva, en las investigaciones pueden confluír además, disciplinas como la historia, la etnología, la economía o la política, apuntando hacia la totalidad de un fenómeno de investigación, pues como señala Korsbaek (2014) en una conferencia sobre el método de la escuela de Manchester, «un elemento, una institución, una observación desligada o sacada de su contexto, carece de importancia».

En este sentido, una obra en particular de esta Escuela, que tempranamente se discutió en el Seminario fue la de Max Gluckman (1968), titulada *Análisis de una situación social en el país Zulú moderno* (más conocida como *El Puente*), la cual ilustra este esfuerzo por realizar estudios que consideren múltiples dimensiones. En dicho trabajo, el autor se interesa por analizar las relaciones sociales entre blancos y negros en el norte del país africano llamado Zulú. Su análisis parte de la observación de *situaciones sociales* que se presentan el día de la inauguración de un puente que tenía como objetivo comunicar al magistrado de Mahlabatini con distritos que se encontraban al otro lado del río, así como permitir a las mujeres de la comunidad, acceder a un hospital de obstetricia.

El estudio de caso muestra situaciones de conflicto entre los negros, los blancos, y los propios zulúes, pero además, resalta que gracias a los estudios históricos y económicos, el antropólogo puede dar cuenta de la morfología social de la comunidad y relacionar dichas situaciones con procesos más amplios de construcción del Estado-Nación y de dominación europea. De acuerdo con el autor:

[...] la situación en el puente [evidencia] que los grupos e individuos presentes se comportaron como lo hicieron debido

a que el puente, siendo el centro de sus intereses, los asoció en una celebración común. Como resultado de su interés común, actuaron de acuerdo con costumbres de cooperación y comunicación aun cuando ambos grupos de color están divididos conforme al patrón de la estructura social. De forma similar, dentro de cada grupo de color, la celebración unió a sus miembros aunque estén separados con arreglo a las relaciones sociales internas. (Gluckman, 1968: 35)

Este proceso de interrelaciones entre la comunidad zulúe permitió dar una amplia discusión sobre cómo «el puente» expresa el fluir de la vida cotidiana entre hombres y mujeres que se va construyendo con el paso del tiempo, en cada espacio sociocultural e histórico en particular, pero que también se trata de un proceso condicionado por sistemas y estructuras políticas, económicas, culturales y sociales.

Otra expresión de este esfuerzo por mirar al fenómeno desde una amplia perspectiva, podemos ubicarla en el texto *Mujeres en prisión. Un estudio socioantropológico de historias de vida y tatuaje*, en el que Víctor Payá (2013) en colaboración con López, Rivera y Rojas, realizan un amplio análisis del concepto de *familia*, el *barrio*, *las adicciones* y *los tatuajes*, así como una reflexión teórica en torno al *cuerpo* en tanto *símbolo* y fuente de *imaginarios*. Asimismo, desde este estudio de caso se aproximan al problema de *transgresión*, *al gesto criminal* y *al dolor* que experimentan los familiares al tener un integrante en prisión.

El fenómeno sobre la vida cotidiana de las mujeres que viven en prisión se enfoca desde el *interaccionismo simbólico*, con el concepto de *estigma*. La premisa es que las mujeres son parte de un espacio de rígidas normas y con pocas posibilidades de salir, donde las relaciones sociales cotidianas se dan básicamente entre ellas, pero también se construyen a partir de

las reglas de la propia institución y del lenguaje cotidiano entre reclusas que procura mantenerse oculto de las autoridades.

Esta investigación realiza un detallado recorrido de significaciones, principalmente en el uso del cuerpo a partir de los tatuajes, las pintas en los muros y las redes de corrupción que se dan en este espacio. Recuperando la voz de las reclusas, los autores describen también lo difícil de vivir en una prisión. Como material de trabajo del seminario, detonó la reflexión colectiva en torno a las condiciones socioeconómicas y culturales presentes en los fenómenos de delincuencia y reclusión (asociados al género), pero también sobre la relevancia de mirar a los sujetos sociales en sus particularidades:

Lo socioantropológico se construye en el texto también como un mirar que no se pierde en el juego de *lo institucionalizado*, lo estructural de esto es la acción de sujetos concretos [...]. Las condiciones de vida de estas mujeres, sus historias particulares nos hacen pensar que efectivamente el delinquir, el encierro, se explica por una serie de factores sociales y culturales, en los cuales se desenvuelven estas mujeres. Sin embargo, nunca se pierde de vista la existencia propia de las personas, en la vida de estas mujeres se narran estas condiciones estructurantes [pero también], las experiencias concretas de mujeres con nombre, carne y cuerpo, y uno llega a darse cuenta de cómo funcionan este tipo de estructuraciones sin —como dicen los autores— buscar las determinaciones o la ecuación fácil en la pobreza, la marginación y la delincuencia.⁸

⁸ Comentario de Nicolás Olivos en la presentación del libro *Mujeres en prisión. Un estudio socioantropológico de historias de vida y tatuaje* (Payá, 2014).

Es decir, las historias que se muestran en este texto fueron clave para discutir sobre la narrativa del cuerpo y como éste se vuelve un objeto de estudio, por ejemplo, sobre cómo los tatuajes son una expresión de poder, de resistencia para sobrevivir al encierro y una forma de *corporeizar* las creencias. Así, las internas hacen de su cuerpo un altar donde plasman sus sentimientos, recuerdos, vivencias y símbolos que los unen con sus seres amados; evidencian que no todo se les ha arrebatado en la vida, se convierten en un vínculo con el exterior y les dan una identidad para sobrevivir dentro de la cárcel.

Una segunda pista sobre el quehacer socioantropológico con la misma intención de ampliar perspectivas de estudio, la ubicamos en la ruptura de las fronteras disciplinares que permita poner en relación lo macro y lo microsocioal. Ejemplo de ello es la obra de Néstor García Canclini (2004), titulada *Diferentes, desiguales y desconectados, mapas de la interculturalidad* en la que el autor propone para el análisis de este fenómeno, replantear una nueva teoría que considere tres procesos en conjunto: la *diferencia* (que ha sido trabajada tradicionalmente por la antropología, desde la perspectiva de pertenencia a una comunidad, en contraste con los otros), la *desigualdad* (que comúnmente es tema de estudio de la sociología y se relaciona con condiciones estructurales que derivan en acceso diferenciado a recursos económicos, educativos, culturales) y la *desconexión* (condición que desde el campo de la comunicación se establece a partir de la inclusión/exclusión al mundo de la información). Las fronteras disciplinares por las que regularmente se delimita (y fragmenta) la aproximación a estos fenómenos de estudio, dificultan comprender en su complejidad, los procesos sociales y culturales en los nuevos escenarios de la vida moderna. La propuesta —se

precisa— no es estudiar fenómenos de «fusión», sino entablar un mayor diálogo entre teorías macrosociológicas que permiten analizar las prácticas sociales (como la de Bourdieu) y teorías que pueden conectar lo local y lo global (como la de Geertz), pues ya no es posible explicar la diferencia y la desigualdad como dos fenómenos diferentes en el contexto de un mundo globalizado.

En el mismo sentido y recuperando el planteamiento de la Asociación Americana de Sociología (2006), es posible abrir el abanico de fenómenos a estudiar conjuntamente por ambas disciplinas, pues existe convergencia en los objetos de estudio, pero se abordan desde distintas perspectivas. Por ejemplo, la familia en la Antropología es abordada desde el parentesco, mientras que desde la Sociología puede explicarse en tanto grupo de socialización primaria.

Dicha Asociación destaca, además, la importancia de relacionar esta posibilidad con el desarrollo mismo de las disciplinas. La antropología que inicialmente se interesaba por sociedades no occidentales o no industrializadas, se interesa cada vez más por su propia cultura, por ejemplo, adoptan como objetos de estudio las organizaciones en las sociedades modernas, las ciudades, las razas, las clases sociales y el género; categorías tradicionalmente abordadas por la sociología.

A manera de síntesis y tomando en cuenta los retos que implica el ejercicio socioantropológico, consideramos clave que los estudiantes del área tengan presentes las múltiples dimensiones que afectan los fenómenos socioculturales y en consecuencia, la necesidad de adoptar una perspectiva holística para su estudio. Por otro lado, si bien la sociología y la antropología social se consti-

tuyen gracias a la especialización disciplinar (la llevan «tatuada» por decirlo de algún modo) es posible transitar entre la dimensión microsocia (de *vida cotidiana*, de exploración de la experiencia subjetiva, del *mundo de vida*) y la dimensión macrosocia (de estructuras sociales, grupos e instituciones), sin sacrificar al sujeto por lo social, ni viceversa.

Nuevos espacios y nuevos actores desde la mirada socioantropológica

Tomando en cuenta que la UACM se plantea como prioridad atender problemáticas relacionadas con la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM) y que en términos más amplios, la heterogeneidad de fenómenos que alberga el espacio urbano invita a observarlo desde nuevas perspectivas, decidimos considerarlo como posibilidad del análisis socioantropológico.

Partiendo de este interés, de autores como Duhau y Giglia (2008) se recuperaron algunas propuestas para trabajar «lo urbano» desde una perspectiva novedosa. En primer término, el cuestionamiento a la concepción de la ciudad como un espacio caótico e ininteligible. En segundo, como un espacio que no puede seguirse estudiando como «bloque», pues uno de sus rasgos es la heterogeneidad, siendo una prioridad describirla. Analizar la Ciudad de México como un espacio que en su interior alberga diversas ciudades (que los autores caracterizan en una tipología),⁹ deriva en un recorte teórico-metodológico que

⁹ La tipología incluye seis tipos de espacio en los que se fundamen-

permita aproximarnos a las prácticas y representaciones en torno a la experiencia metropolitana que inevitablemente se sitúa en una tensión entre el orden y el conflicto. Por ello, los autores proponen:

[...] repensar los conceptos de orden, orden urbano y espacio público. Es posible que tales conceptos, enunciados en singu-

ta la investigación: en el *espacio disputado*, ubicamos a colonias como Polanco, Nueva Santa María, Nápoles y el centro de Azcapotzalco que comparten tener un entorno moderno que cuenta con un espacio vial organizado, jerarquizado y con un parque central; tienen un uso habitacional, con departamentos de lujo y en sus extremos poniente y oriente, se observan edificios destinados a oficinas y departamentos, además de residencias transformadas para usos comerciales y recreativos. El *espacio homogéneo*, incluye los Fraccionamientos Cumbria y Rinconada de Aragón, están destinados a la *vivienda unifamiliar de clase media* con «predominio de familias nucleares completas, propietarias de la vivienda que habitan, con reducida movilidad residencial asociada a la tranquilidad suburbana» (p. 204). El *espacio colectivizado*, representado por el conjunto habitacional El Rosario y la Villa Panamericana, ambas financiadas y promovidas por el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los trabajadores INFONAVIT. El *espacio negociado* contempla colonias como Concepción, San Isidro, Reforma, San Agustín, Lomas de la Hera, Isidro Fabela, La Perla y Ampliación San Pedro Xalpa, que son un grupo de colonias populares que manifiestan un periodo de expansión demográfica y habitacional que se extiende más de lo que corresponde al hábitat formal de un proceso de producción, son hogares de clase media. El *espacio ancestral* incluye al Pueblo de Santa Rosa Xochiac y Santa Fe, pueblos conurbados que son parte del Distrito Federal, localizados al poniente de la Delegación A. Obregón y colindantes con la Delegación Cuajimalpa; su legitimidad se sustenta en los «usos y costumbres» así como en los habitantes «originarios» de cada pueblo. El *espacio insular* que son Tlalpuente, Villa del Bosque, Antigua, Rancho San Francisco y San Buenaventura, es un tipo de hábitat que contempla islas e islotes residenciales de tipo medio y alto y nuevos conjuntos habitacionales y fraccionamientos exclusivos (Duhau y Giglia, 2008).

lar, el orden o el espacio público se hayan vuelto inoperantes frente a la realidad multiforme y proteica de las metrópolis actuales [...]. Entender el (des)orden de la metrópoli implica penetrar en los modos de funcionamiento de estos diversos órdenes, que permiten pensar en la metrópoli como en una realidad compleja resultado de la coexistencia (y de la mezcla) de diferentes *ciudades*. (Duhau y Giglia, 2008: 15)

Siguiendo con la emergencia de nuevos espacios y actores nos ha llamado también la atención, lo que hemos identificado como actores emergentes en los estudios socioantropológicos, esto es, sujetos que quizá estaban presentes en diversos escenarios sociales, pero que no habían sido mirados y por ende, analizado por las ciencias sociales. Tres ejemplos de ello que se privilegió discutir en el Seminario de Socioantropología: *El campesino polaco en Europa y en América* (Thomas y Znaniecki, 2006); *Mexicanos en Chicago. Diario de campo de Robert Redfield, 1924-1925* (Arias y Durán, 2008); y, *La sociedad de las esquinas* (Whyte, 1971). Los migrantes como sujetos de estudio en los dos primeros casos, y las pandillas de un barrio italiano en Estados Unidos en el tercer caso, nos permitieron a los participantes, abrir la puerta al análisis de condiciones y estructuras sociales tanto de los países de origen como del que los alberga, pero sin dejar de ver a los sujetos sociales.

Ampliando esta discusión, diremos que William I. Thomas y Florian Znaniecki (2006) en un estudio que ya se considera clásico para la sociología, investigaron a cientos de inmigrantes polacos que llegaron a Estados Unidos en las primeras décadas del siglo xx, y a quienes lograron dar seguimiento en ambos continentes, a fin de comprender la

difícil vivencia de la migración. Destaca de la obra *El campesino polaco en Europa*, la construcción de generalizaciones a partir del análisis de abundantes datos cualitativos, así como la novedosa utilización de correspondencia (más de 700 cartas entre familiares separados por el Atlántico), además de la identificación de historias de vida, y de información de periódicos y de archivo, para mostrar la compleja relación constitutiva del sujeto a partir de la participación en determinados grupos primarios, especialmente la familia. Al respecto, los autores,

[...] consideran que la realidad que el analista social ha de investigar se compone por igual de valores culturales objetivos y de valoraciones subjetivas (actitudes) de las personas. Según expresa Szczepanski [en el artículo *El método biográfico*], los objetos sólo se convierten en elementos de cultura cuando la personalidad individual, con sus actos subjetivos, les confiere cierto significado y les atribuye cierta importancia para las necesidades y finalidades humanas. Las manifestaciones de estos factores subjetivos son, pues, una fuente necesaria para el conocimiento de los procesos sociales. (Camas, 2001: 212)

Por su parte, Patricia Arias y Jorge Durand (2008) rescataron a partir de un trabajo de archivo minucioso, una de las obras pioneras sobre migrantes mexicanos en Estados Unidos, la cual dio cuerpo a la edición del *Diario de Campo de Robert Redfield. 1924-1925*. Si duda, esta obra de Redfield se ha convertido en un recurso pedagógico invaluable para estudiantes de antropología y actualmente para todo científico social. Como lo explican Arias y Duran, a partir de la publicación de dicho diario de campo podemos desentrañar el proceso

detallado de investigación, así como la diversidad de recursos cualitativos y cuantitativos de los cuales Redfield echó mano, en un momento inicial de su formación antropológica.

El tercer trabajo autoría de William Foote Whyte (1971), resultó relevante en tanto su abordaje metodológico, de corte cualitativo, llevó a un extremo la práctica de la *observación participante*. Al analizar a una pandilla de jóvenes de un barrio bajo italiano en Corneville, Boston (localidad caracterizada por una población de inmigrantes italianos y por altos índices de delincuencia y desempleo), el autor frecuentó bares, recorrió las calles de Corneville, hasta establecer relaciones cercanas con Doc, jefe de una pandilla, quien le ayudó a integrarse a los *chicos de la calle Norton*. Esta interacción tan cercana y de vida cotidiana le permitió observar las discusiones en torno a temas como el juego y el sexo, logrando identificar los grupos extensos y sus formas de organización política, así como las negociaciones legales sobre el uso del alcohol, vinculado a los jóvenes. Como un «integrante más» de la pandilla logró estudiar el nivel de vida, el comercio, el empleo, los patrones de educación, la salud, así como las relaciones sociales en cuanto a normas, estatus, liderazgo y solidaridad; pero también llegó a cuestionar los elementos a partir de los cuales el investigador construye conocimiento en una realidad concreta:

El barrio bajo italiano de Corneville se refiere a gente, situaciones y acontecimientos particulares. Deseaba escribir respecto a Corneville. Pero descubrí que no lo podía hacer sin descartar la mayor parte de los datos que tenía, relativos a individuos y grupos. Pasó tiempo antes que comprendiera que podía explicar mejor a Corneville contando las historias de

sus individuos y grupos, de otra manera. En vez de estudiar las características generales de clases de personas, estaba mirando a Doc, Chick, Tony Cataldo, George Ravello y otros. En lugar de obtener una imagen en sección transversal de la comunidad en un punto particular del tiempo, me hallaba tratando con una secuencia de sucesos interpersonales en el tiempo. (Foote Whyte, 1971: 268)

La revisión de los anteriores estudios, facilitó a los participantes en el Seminario identificar nuevos actores y espacios de investigación, posibilitando ampliar los horizontes de lo que tradicionalmente se concibe como sujetos y objetos de estudio de la sociología y la antropología. Si bien en un inicio —en especial para la antropología— las investigaciones se centraban en las sociedades y culturas tribales, y posteriormente en grupos específicos en zonas rurales, recientemente los actores y espacios de investigación se fueron diversificando al interior de las sociedades urbanas, en donde también se incorporan campesinos y/o indígenas. También resulta refrescante el reconocimiento de «viejos» actores sociales antes invisibilizados por las ciencias sociales que son ahora expresión de las complejas y contradictorias realidades culturales, sociales, económicas y políticas.

Posicionamientos epistemológicos

Otro de los puntos de reflexión constante en el Seminario corresponde a una propuesta socioantropológica en el ámbito epistémico, es decir en el terreno en el que se construyen los propios conocimientos disciplinares. Lo anterior cobra relevancia ya desde que se ha cuestionado la «neutralidad»

y «objetividad» de este tipo de producciones, quedando clara la necesidad de discutir el papel que juega el propio investigador en dichos procesos (Denzin y Lincoln en Rodríguez, Gil y García, 1999: 65).

Particularmente en la sociología y la antropología, disciplinas que reconocen los referentes socioculturales como elementos constitutivos de los sujetos de estudio y de aquellos que se asumen como los que investigan *al otro*, deriva en cuestionamientos sobre —por ejemplo— el impacto que causa la presencia del investigador en el contexto de estudio; la forma en que la mirada del observador (desde el espontáneo acto perceptivo hasta la interpretación disciplinar) está inevitablemente «cargada» de ideología; además de las posibilidades de mutua transformación entre sujetos de estudio e investigador. Al respecto, consideramos pertinente reconocer la subjetividad como una constante en los procesos de investigación en donde lo importante sea «objetivar» la subjetividad, buscando el equilibrio entre ambas posiciones.

En este sentido, la construcción de conocimientos socioantropológicos implicaría la consideración de dos aspectos. Uno, que dada la inevitable implicación del investigador, se requiere de una fase de reflexión antes, durante y después de la investigación. Dos, que la problematización del objeto de estudio demanda el uso de herramientas teóricas, de método y epistemológicas que ayuden a enriquecer el trabajo de investigación y procuren una posición crítica y reflexiva ante el fenómeno.¹⁰

¹⁰ A manera de ejemplo puede revisarse la propuesta de Rodríguez, Gil y García (1999) sobre la necesidad de este ejercicio reflexivo y de auto-observación en lo que para los autores constituyen las cuatro fases de la investigación: *preparatoria, trabajo de campo, analítica e informativa*.

Desde nuestra perspectiva, y derivada de nuestra participación en el Seminario, ambos son claves en la formación de los científicos sociales en general y de los socioantropólogos en particular, sobre todo en espacios curriculares orientados a la preparación para la investigación. Sin embargo, ésta es un área identificada como crítica en las Instituciones de Educación Superior (IES) tanto nacionales como extranjeras. Si bien es una constante que los planes de estudio de profesionistas de las humanidades y las ciencias sociales incluyan en menor o mayor medida, contenidos sobre métodos de investigación, en los procesos formativos se reconocen limitaciones para enseñar a «hacer investigación», que requiere el desarrollo de habilidades para el análisis, la síntesis, la comparación, la abstracción, la observación, la generalización, y la problematización, entre otras (véase Martínez y Márquez, 2014); así como para promover la reflexión sobre el propio quehacer de investigación y la actuación ética en el trabajo de campo (véase Kalinsky, 2007). Todas ellas, dimensiones del *saber hacer* y *saber ser* que en el seminario se han convertido en interesantes puntos de discusión.

Uno de los principales referentes para problematizar este tema fue el trabajo de Pierre Bourdieu: *El baile de los solteros*, en donde intenta explicar cómo es que permanecen solteros los primogénitos en una sociedad fundada en el derecho de primogenitura. La relevancia de este texto es que el sociólogo se encuentra estudiando el espacio donde nació (Béarn, Francia) y, en paralelo, explica el fenómeno social de su interés, como una obra de tres tiempos, la «mudanza intelectual» por la que «el sujeto cognoscente se desprende de su pasado impensado y se impregna de las lógicas inmanentes al objeto cognoscible» (2001: 16).

Otro referente significativo sobre el lugar y la forma en que se ubica a sí mismo el investigador, que se discutió ampliamente en el Seminario, fue uno de los trabajos del discípulo de Bourdieu, Lóic Wacquant con su texto *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador* (2006). Se trata de un escrito sobre la vida cotidiana de estudiantes del arte pugilístico, donde se habla de la experiencia del «otro», es decir, de la historia que el propio Wacquant construyó como participante de un torneo. La investigación permitió el análisis del gimnasio en tanto espacio de socialización —y también como alternativa a las pandillas y al consumo de drogas en un *gueto* de Chicago— pero sobre todo, posibilitó la discusión en torno al tema de proximidad y cercanía entre investigador y objeto de estudio. ¿De qué otra manera podía el autor haber resuelto la dificultad de comunicar los sentimientos y pensamientos de los boxeadores que portan los guantes? También otorgó algunas pistas sobre una posible forma para integrar en un sólo texto, reflexión sociológica, descripción etnográfica y experiencia del investigador.

Finalmente Philippe Bourgois (2010) nos ofreció un panorama interesante para esta discusión. En el texto *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*, explora las relaciones entre las fuerzas *macro-estructurales* de la sociedad norteamericana y la experiencia individual, concretamente de adictos al crack que viven en las calles de Harlem, Nueva York. Desde un acercamiento extremo al grupo con el que trabaja, afirma que la empatía con el sujeto que se investiga es fundamental, pero el límite incluso llega a desdibujarse o traspasarse para obtener la información que se requiere. Incluso, fue consciente del efecto que su presencia causaba en el entorno, y que llegó a representar un signo de prestigio para quienes lo conocían

o eran entrevistados por él. Por otro lado, incluye en su investigación el ejercicio de auto reflexión en el que establece un intercambio y construcción con los propios actores, quienes llegan a opinar sobre qué podía permanecer y qué excluirse del escrito, de manera que pudo integrar la propia interpretación de los sujetos. Al respecto, opina que:

[...] toda la subjetividad y los sentimientos que implica este tipo de experiencia pasa a formar parte del análisis mismo, porque el relato antropológico es parte de un proceso de producción de subjetividad, un proceso colectivo de conocimiento. El conocimiento es parte de una producción tanto de sentido emocional como analítico, y, en la etnografía, los acontecimientos diarios superan constantemente las categorías de análisis antropológico, ya que afectan la vida y la muerte. Esta es para mí la magia de la etnografía, te enfrenta en carne propia. (2006: 13)

Para finalizar este apartado, puntualizamos que el tema de las posiciones epistemológicas a las que invita la socioantropología, implica identificar el desarrollo de ciertas disposiciones de estudiantes y profesionistas para autoobservarse como sujeto cognoscente frente a la realidad que intenta comprender; para reflexionar sobre la interacción con los actores sociales y comunidades en un diálogo más horizontal y de intercambio de saberes diferenciados; y, en consecuencia, para practicar el difícil ejercicio de la empatía.

Posibles articulaciones de método

Consideramos pertinente iniciar este apartado con el reconocimiento al que alude la Asociación Americana de Socio-

logía (2006), y que observamos como una tendencia también en nuestro país: más antropólogos se interesan ahora en la estadística y más sociólogos en los métodos cualitativos y la etnografía. En este contexto, los métodos cualitativo y cuantitativo han sido trabajados en el Seminario como otra posible bisagra entre ambas disciplinas. Los métodos que se han revisado en el tenor de la complementariedad y conveniencia para los estudios socioculturales son el estadístico, el biográfico y el etnográfico.

De manera particular, en el contexto del Seminario encontramos que uno de los ejes principales para reflexionar la existencia de una socioantropología es la etnografía, herramienta que la antropología clásica desarrolló durante largo tiempo para describir comunidades y grupos sociales específicos, tales como los rurales e indígenas. Para realizar una descripción etnográfica había que hacer trabajo *in situ*, observar a los actores y el escenario, interactuar con los sujetos de estudio para obtener información, elaborar notas y llevar un diario de campo. Esta forma de hacer etnografía se ha ido modificando al pasar de los años, tales son los casos de los estudios realizados en la *Escuela Francesa*, la *Escuela de Manchester* y la *Escuela de Chicago*.

A la luz de estos marcos de referencia es importante subrayar que el papel de la etnografía como eje central o periférico de la socioantropología no ha sido una discusión terminada dentro del Seminario. Constituye, de hecho, una variable que aparece de modo constante en las discusiones reconociendo lo que estas escuelas han aportado al ejercicio, la práctica y la reflexión sobre el papel de la etnografía en los estudios socioculturales. Del mismo modo, el interés de los participantes del Seminario por abordar dichas escuelas radica en sus

aportes a la investigación, porque sostienen la tendencia de mirar hacia lo urbano desde la socioantropología, pero sobre todo proponiendo nuevos estilos de hacer etnografía. En sus trabajos, dejan ver que ya no había que trasladarse hacia ese lugar lejano y rural a estudiar al «otro». Como ya lo hemos señalado, los procesos de urbanización han dado pie a la creación de nuevos objetos de estudio que son analizados desde el propio contexto.

Así, la etnografía se ha ido transformando en cuanto a objetos de estudio y en las implicaciones de los investigadores en esos objetos. Además está dejando de ser una herramienta exclusiva de la antropología para convertirse en un método de ciencias como la sociología, la psicología y la medicina, entre otras; y ahora aborda diferentes espacios y fenómenos sociales como las prisiones, las fábricas, el fútbol, las aulas de clase, etcétera.

A lo largo del Seminario hemos revisado diversas obras de autores que nos han hecho reflexionar sobre ese cambio en la etnografía de herramienta a método y sobre ésta como una de las posibilidades para romper fronteras disciplinares y, en conjunción con otros métodos, construir aproximaciones novedosas.

Como ejemplo, destacamos un trabajo contemporáneo intitulado *El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistolocos en Nueva York. Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido* de Juan Cajas (2004), quien da cuenta sobre otras formas de problematizar la urbanidad, que en este caso fue «el mundo del narcotráfico» en una ciudad famosa por ser el centro de la economía mundial y por su diversidad de atracciones musicales, artísticas, culturales, etcétera, además de estar habitada en su mayoría por migrantes. Frente a esta

multiculturalidad, en términos generales el autor encontró un grupo social específico para convertirlo en objeto de investigación: «los narcotraficantes», en quienes identificó formas propias de organización, reglas, sentido de vida, economía, lealtades y tipos de consumidores que dependen de los lugares donde se vende la droga. De esta obra destacamos la importancia que tiene el etnógrafo o el investigador ante su realidad social para problematizarla, pero sobre todo para construir una etnografía, pues no se debe perder de vista que la intención es dar cuenta de otro mundo que se mueve dentro del gran mundo global.

Otro trabajo que consideramos muestra el quehacer etnográfico es el de Andrés Fábregas (2010), *Lo sagrado del rebaño. El fútbol como integrador de identidades*, en el que describe las identidades nacionalistas que genera un espectáculo público —pero sobre todo popular— como lo es el fútbol, particularmente de uno de los equipos más famosos de México, *Las Chivas* de Guadalajara. La relevancia de este trabajo (en el mismo sentido de la investigación de Cajas) para nosotros radica en el papel que juega el investigador en su objeto de estudio: Fábregas es observador científico pero también aficionado asistente a los partidos en el estadio, de hecho fue ahí donde por medio de la interacción con otros aficionados obtuvo la información para su etnografía. Dio cuenta de la importancia de la religión, muchos de los aficionados son católicos y ven al equipo como el catalizador de su vida cotidiana. Es importante resaltar que el autor retomó herramientas clásicas de la etnografía para mostrar al fútbol como un hecho social en el que se relacionan también la política y la religión.

Otra obra relevante en el tema fue *Etnografía Virtual* de Cristine Hine (2004), de la cual recuperamos que si bien para la etnografía tradicional el trabajo *in situ* es importante, en los fenómenos sociales virtuales también lo es pero puede hacerse intermitentemente, pues usa el ciberespacio como objeto de estudio, desde el que la interacción virtual de infinitud de personas termina siendo generadora de cultura, pues son ellas quienes hacen diferentes usos de las nuevas tecnologías. «Hablar de Internet como artefacto cultural implica asumir que nuestra realidad actual pudo haber sido otra, pues las definiciones tanto de lo que es como de lo que hace, son resultado de comprensiones culturales que pudieron ser diferentes» (p. 19). El estudio específico de este trabajo fue sobre un evento mediático acerca de una mujer llamada Louise Woodward quien fue sometida a un juicio en la corte de Boston por el asesinato de un niño que estaba a su cuidado. Esto provocó un interés mediático, además de generar una interesante actividad en Internet. Fue de aquí que la autora hizo su trabajo de campo buscando a sus informantes, comunidades y grupos de interacción virtual, y desde donde preparó sus preguntas para entrevistas.

Finalmente, en términos más específicos de procesos y herramientas para la construcción de los datos, nos parece pertinente poner de relieve —como lo sugiere Víctor Payá (2011)— que la libreta o cuaderno de campo juega un papel mayor al del simple registro, pues la incorporación de descripciones que inicialmente pudieran parecer sencillas y sin conexión, después de determinado tiempo, pueden permitir la identificación de sentidos y patrones que se conviertan en recursos para el análisis de la realidad que pretende comprenderse. Asimismo, el diario de campo también puede em-

plearse como un recurso pedagógico que permita desarrollar habilidades para el registro, la organización y el análisis de la información. Respecto a las fuentes de los datos, Payá (2011) —recuperando a Malinowski— sugiere considerar: lo que los nativos dicen, lo que es posible percibir a través de la observación directa y participante; y, aquello que se interpreta «a la luz» del bagaje teórico. Sin embargo, señala la posibilidad de que a diferencia de lo que sostiene Malinowski sobre el trabajo de campo (la necesidad de vivir en el lugar que se investiga y aprender el lenguaje de los nativos), no permanecer las 24 hrs. del día en el lugar de estudio permite al investigador distinguir con mayor facilidad, entre la realidad construida y la teoría.

En este contexto de transformaciones por las que está pasando la etnografía, parece pertinente recuperar la propuesta de Olivos (2017): se trata de repensar en el *etno* y mantener la *grafía* sobre las descripciones de los fenómenos sociales actuales, pues existe una constante en la creación de objetos de estudio que desbordan las líneas tradicionales, para mostrar ese nuevo mundo en el que la vida social se desenvuelve.

Encuentro disciplinar en primeras generaciones de socioantropólogos de la UACM

En este último apartado comentaremos brevemente cómo algunos egresados de la UACM que han participado en el Seminario, desde su experiencia han concretado este diálogo disciplinar en investigaciones propias, sea a nivel teórico, de método y/o de posicionamiento epistemológico.

Interesada por investigar su propio contexto, Patsy Edén Icelo (2013) se propuso identificar la relación entre el nivel

de escolaridad de los padres de familia de los estudiantes de socioantropología, el tipo de apoyos que brindan a sus hijos y los efectos en la permanencia en los estudios universitarios. Encuentra en el método mixto la expresión del cruce disciplinar, e identifica que éste le permitió complementar, contrastar y en ocasiones matizar los datos construidos a través de una encuesta y de entrevistas a profundidad realizadas a compañeros de la licenciatura y a padres de familia.

Lo que deja entrever que la aplicación de ambos métodos y su unión desde la corriente «pragmática», puede representar el avance del conocimiento de las Ciencias Sociales, pero sobre todo puede generar conocimiento revelador porque se acerca desde diferentes perspectivas al fenómeno que se estudia. (Ander-Egg en Icelo, 2013: 27)

El nivel de escolaridad de los padres de familia, que en su mayoría es de educación básica, resultó ser favorable para la existencia de los apoyos económicos y morales, pues al tratarse de primeras generaciones que llegan a la universidad, la permanencia y el egreso se convierten en fuente de grandes expectativas y en prioridad para las familias. Otro factor decisivo en la valoración de los estudios profesionales identificado por Icelo, es el contacto de los padres con profesionistas que deriva en representaciones sociales positivas sobre dichos estudios; en cambio, observó que su ausencia estaba en ocasiones asociada a una falta de reconocimiento de ellos, en términos de la gran inversión de tiempo que requieren. Por otro lado, los apoyos académicos (limitados por el nivel de escolaridad de los padres) y las condiciones de estudio (asociados a un *capital cultural* distante del que

exige el *campo educativo*), afectan negativamente la permanencia en la UACM, no obstante, los estudiantes desarrollan estrategias para compensarlas con recursos institucionales como las asesorías y los espacios de la universidad.

Por otro lado, se encuentra el trabajo de Liliana Valverde Clemente (2018) quien abordó el tema de las políticas públicas y cómo éstas atienden o no determinadas necesidades de una población en particular, y al mismo tiempo se interesó por conocer los factores y razones involucrados en las elecciones educativas de sujetos concretos, en este caso de los socioantropólogos en formación, es decir frente a una alta demanda de espacios universitarios y desiguales condiciones de acceso, qué representa la UACM para los estudiantes.

A través de un trabajo de tipo documental, la autora caracteriza el Sistema de Educación Superior (SES) en México, las políticas públicas implementadas a partir de la década de los ochenta y los procesos de diversificación y segmentación de las IES públicas y privadas en nuestro país. Complementariamente, a partir del método mixto exploró las variables de *desigualdad en el acceso* y de *elección institucional* con lo que identificó que la entrada a las universidades de la Ciudad de México no está abierta para todo estudiante que desea realizar una licenciatura, sino que las decisiones en apariencia individuales se encuentran condicionadas por cuestiones estructurales del propio SES. Para el caso concreto de la población de estudio ubica como uno de los principales problemas los relacionados con los procesos cognitivos, lo que la autora denominó como *desigualdad de conocimientos*, la cual inicia a una edad temprana, afecta las trayectorias escolares y define su ingreso en las IES, de tal manera que aunque existen cientos de establecimientos, las opciones de instituciones

terminan reduciéndose a una o dos. Por otro lado, el sector privado también deja de ser una opción por los altos costos de colegiatura que no pueden cubrir las economías de las familias, lo que empuja a que muchos de ellos se incorporen al mercado laboral antes de iniciar una licenciatura.

En el estudio de fenómenos urbanos, encontramos el trabajo de Ricardo Carlos Ernesto González (2014), quien orientó su investigación hacia jóvenes en la escena del *reggaetón*, a fin de abordar las identidades juveniles actuales en la Ciudad de México y en la Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM). Desde su perspectiva, resuelve el encuentro de la sociología y la antropología a través de reflexiones —recuperando a autores como Bourdieu, Wacquant y Bourgois— sobre las formas en que se implicaba él mismo como investigador frente al fenómeno; asimismo, en la ruptura de fronteras disciplinares —recuperando a José Manuel Valenzuela— para construir el concepto de juventud desde la conjunción de varias disciplinas: la antropología social, la sociología y la psicología social. Una aportación relevante de la investigación es que muestra el sentido y la significación que estos jóvenes le dan a la iglesia de San Hipólito (San Judas Tadeo) cada día 28 de mes, a su fe, a sus vestimentas, a sus diferentes puntos de reunión, así como al consumo de las drogas y de la música; pero también identifica los estigmas sociales que hay sobre este grupo juvenil, todos en forma negativa y de rechazo. Para ello, toma en cuenta los contextos sociales, históricos, económicos y culturales que le permiten aproximarse a los *combos* y *chakas*, como también se les denomina.

En un terreno más contemporáneo, como lo es del ciberespacio y de las redes sociales, las interacciones no son de

persona a persona, pero forman parte de la realidad actual, pues las reacciones virtuales en páginas como *Facebook*, se convierten en las nuevas formas de interacción y socialización de las comunidades digitales. Al menos así lo mostró la investigación de Miguel Cipactli Romero (2016) quien se centró en las prácticas y reacciones populares de los seguidores de un diario en su página de *Facebook* «El Diario de Morelos», para dar cuenta de las *matrices populares* de un diario de nota roja, como los elementos funcionales con los que los seguidores dotan de sentido la vida cotidiana. Retomó el método netnográfico, que de acuerdo con el autor, le permitió postular su investigación desde una mirada socioantropológica, ya que el interés central se basó en la acción social generada en el entorno virtual, pues es bajo esta acción o acciones que los individuos le dan sentido y significado a los fenómenos de su vida diaria. Este método —popularizado por Kozinets (2006) y ampliado por Del Fresno (2011)— resultó ser el adecuado para rastrear el comportamiento social en el ciberespacio,

[...] como una etnografía [...] idónea para la investigación de grupos limitados de personas que compartan un objetivo, afinidad o necesidad como eje vertebrador de la conformación de una comunidad online, que puede tener su nacimiento en el contexto social offline u online. (Del Fresno, 2011: 82)

Otra investigación sobre fenómenos urbanos contemporáneos es el estudio sobre el rumor, fenómeno social que había sido tradicionalmente abordado desde disciplinas de la conducta humana (como la psicología y la psicología social), y desde las sociales (como la comunicación, la sociología y la

antropología). La mayoría de éstas, centran su análisis en el rumor como una manifestación patológica, como cuestiones de conspiración y vulnerabilidad ante su falta de veracidad y comprobación; además de ser un medio de comunicación social informal. Ante este panorama, Nancy Gabriela Cruz Lemus (2019) propuso el método etnográfico para entender al rumor desde una mirada de investigación alterna a las anteriormente mencionadas. Retomó el método estructuralista de Lévi-Strauss y su estudio de los mitos para dar cuenta de su autonomía, su carencia de autor, de origen y de veracidad; pero que debe cumplir una condición, basta con que sea creíble para que sea transmitido, repetido y transformado. Ello permitió describir al rumor en sus transformaciones, mostrando cómo el rumor va contando una misma historia, en donde la carga simbólica fue referente para evidenciar las formas que este fenómeno representa personas, lugares y hechos de la vida cotidiana.

A manera de cierre

El Seminario, cuyo desarrollo hemos descrito de manera muy sucinta, ha detonado —desde nuestra experiencia— algunas reflexiones sobre el quehacer socioantropológico que a continuación compartimos.

1. Sobre la importancia de contar con un espacio que a partir de obras clásicas y contemporáneas, nutra el diálogo entre la sociología y la antropología social en términos teóricos, de métodos y epistemológicos. Si bien el cruce y la complementariedad a los que hemos aludido a lo largo de este texto están presentes en el Plan de Estudios de la licenciatura, aun son

limitadas las referencias para guiar los procesos cotidianos de enseñanza-aprendizaje e investigación. En este sentido, el seminario representa una posibilidad de que estudiantes y docentes de la UACM e investigadores invitados, con una diversidad de intereses y experiencias construyamos de manera colectiva (parte de lo que ahora se concreta en el presente libro). Sin embargo, también es importante reconocer que los alcances en términos de formación profesional aun son modestos, considerando la necesidad de institucionalizar nuevas prácticas en el campo de la socioantropología.

2. Sobre la construcción de un espacio de formación profesional complementario al trabajo en aula. La revisión de los materiales del Seminario y las extensas discusiones que de ella derivaron, nos permitió darnos cuenta de que este espacio se fue convirtiendo también en parte de la formación del socioantropólogo, ya que algunos tesisas presentaron sus avances de investigación que fueron retroalimentados con referentes trabajados al interior del propio seminario. Incluso podemos decir que estudiantes y profesores desarrollaron herramientas y recursos para precisar objetos de estudio, para diseñar estrategias de investigación novedosas y en general, para ampliar los horizontes sobre fenómenos socioculturales contemporáneos.
3. Sobre las posibilidades de crecimiento profesional y académico. El Seminario ha promovido también los vínculos con otras IES a partir de la participación conjunta en Congresos y Coloquios nacionales. Ello ha permitido también que la UACM, los socioantropólogos y los profesores investigadores de la Universidad tengan presencia en estos y otros espacios de difusión e intercambio académico.
4. Sobre la relevancia de identificar que el objeto de la Sociología y de la Antropología se encuentra en lo humano en tanto acción social que produce significados y, por definición, es colectiva. La coexistencia de los sistemas de significaciones y sis-

temas de organización social constituyen el *punto de contacto* en la preocupación de ambas perspectivas disciplinarias. La ubicación de este *nodo* abre y desarrolla un diálogo obligado entre ambas tradiciones disciplinarias. Sin perder de vista, por supuesto, que los *haceres* humanos son actos por naturaleza cambiantes que responden a sus contextos, por lo tanto, las formas, técnicas y perspectivas acerca de ellos también deben renovarse y replantearse de manera frecuente.

5. Sobre el papel de la etnografía en la discusión socioantropológica. La etnografía permite comprender los modos en que *los hechos llegan a ser lo que son*, tiene, por lo tanto, una vocación más preocupada por los procesos que por las formas en que estos se expresan.¹¹ La sociología y la antropología —en sus versiones clásicas y contemporáneas— encuentran en la etnografía otra posibilidad de articulación derivada de su cualidad polisémica; es decir, cuando se habla de *etnografía*, podemos referirnos a: su naturaleza conceptual y teórica; o su naturaleza en tanto método y conjunto de técnicas. En tanto concepto y perspectiva teórica, nos enfrentamos a lo que en términos de la antropología clásica supone una reflexión acerca de su naturaleza descriptiva en el sentido de *qué y cómo* describe; esto es, del modo en que es construido en un momento y tiempo determinados el hecho social al que hace referencia (por

¹¹ Por ejemplo, la necesidad de describir de modo denso la muy conocida y referenciada «Pelea de gallos en Bali» (Indonesia) de Clifford Geertz es importante como caso etnográfico, no porque describe un hecho «tal y como está sucediendo», sino porque la descripción es sobre los procesos sociales que le incorporan un significado al hecho (jerarquía, status y poder) para comprender así el proceso sociocultural institucionalizante. De acuerdo con Geertz, la descripción densa es aquella que busca darle una interpretación y significados a lo que se observa para dar cuenta del argumento social, es decir propone mostrar el fenómeno de estudio en su totalidad con los más mínimos detalles y factores involucrados que abarca las relaciones en el entorno y los distintos niveles de significación.

ejemplo, rural-urbano, moderno-premoderno, social-cultural, etcétera); acerca de la manera en que el hecho es descrito, explicado o comprendido; pero también sobre qué tanto la perspectiva del hecho en un tiempo determinado, permite comprender el fenómeno de manera más amplia y continuada en el tiempo y el espacio. Considerando las nuevas epistemologías en Antropología y las nuevas tecnologías, la etnografía moderna —a diferencia de la clásica— implica además preguntarse por cómo seleccionar o recolectar la información, y la necesidad de *estar o no, in situ*. En tanto método y conjunto de técnicas, las preguntas se concentran en sus alcances como método vertebral de las ciencias sociales y humanas, y en sus particularidades en tanto conjunto de instrumentos y técnicas de uso tradicional: qué tipo de datos voy a obtener, qué tipo de registros debo utilizar, ¿utilizo las técnicas tradicionales o adapto los instrumentos de los nuevos desarrollos técnicos? (desde el registro escrito a las nuevas tecnologías de la información y comunicación, pasando por los inmensos aportes de la fotografía, la cinematografía y el registro audiomagnético, desarrollados durante la primera mitad del siglo xx). Este panorama de cambios incorpora formas y paradigmas nuevos en la relación Etnografía-Antropología-Sociología, más allá de la infructuosa polarización que asume que las diferencias se centran en la naturaleza primordialmente cuantitativa de una (sociología) vs la naturaleza cualitativa de la otra (antropología).

6. Finalmente, ¿hacia dónde se encamina el seminario? En recientes sesiones se ha venido discutiendo en torno a propuestas epistemológicas, políticas y de género, que trabajan con nuevas estrategias etnográficas, pero construidas desde otras disciplinas sociales y humanas (p. ej. Becker, 2015). Sin embargo, seguramente faltarán otros caminos que definir para seguir comprendiendo diversas expresiones de «lo socioantropológico».

Bibliografía

- AMERICAN Sociological Association. (2006) *Models and ain best practices for Joint sociology departments*. EE.UU.
- BECKER, H. (2015). *Para hablar de la sociedad: La sociología no basta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (2004). *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama.
- BOURGOIS, P. (2010). *En busca de respeto: vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CAMAS, V. (2001). Olvido y vigencia de El Campesino polaco en Europa y América. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 4, 211-240.
- CAIRO, C. del y Jaramillo Marín, J. (enero-junio, 2008). Clifford Geertz y el ensamble de un proyecto antropológico crítico. *Tabula Rasa*, 8, 15-41.
- CAJAS, J. (2004). *El truquito y la maroma, cocaína, traquetos y pistoleros en Nueva York. Una antropología de la incertidumbre y lo prohibido*. México: CONACULTA, INAH.
- CANCLINI, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados, mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- CRUZ, N. (2019). ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! Etnografía de un rumor: El caso del 5 y 6 de septiembre de 2012 en el Oriente del Valle de México (tesis en ciencias sociales). Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México.
- DUHAU, E. y Giglia, A. (2008) *Las reglas del desorden: Habitar la metrópoli*. México: Siglo XXI Editores, Universidad Autónoma Metropolitana- Azcapotzalco.
- ERNESTO, R. C. (2014). *Las juventudes en la escena del reggaetón: Chakas y Combos en el Distrito Federal y Zona Metropolitana del Valle de México* (tesis en ciencias sociales). Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México.

- FÁBREGAS, A. (2010). *Lo sagrado del rebaño. El fútbol como integrador de identidades*. México: El Colegio de Jalisco.
- GARREAUD, A. y Malventi, D. (2006). Viaje al centro de la ciudad opaca. Diálogos con Philippe Bourgois. *Alteridades*, julio-diciembre, 16, (32), 93-110
- GEERTZ, C. (2006). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- GLUCKMAN, M. (1968). *Analysis of a social situation in modern Zululand*. Manchester University Press.
- HINE, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: UOC.
- ICELO, P.E. (2013). *La influencia del nivel de estudio de los padres en el proceso formativo de los estudiantes de la Licenciatura en Ciencias Sociales (Antropología Social y Sociología) de la UACM* (tesis en ciencias sociales). Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México.
- KALINSKY, B. (2007). La ética profesional en la práctica antropológica actual: un debate necesario. En: *Espacios de crítica y producción*, 36, 11-17.
- KORSBAEK, L. (2014). "El método de la Escuela de Manchester" conferencia dictada en el *Seminario Permanente de Socioantropología*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 12 de febrero de 2014.
- MARTÍNEZ, D. y Márquez, D. L. (2014). Las habilidades investigativas como eje transversal de la formación para la investigación. *Tendencias Pedagógicas*, (24), 347-360.
- OLIVOS, N. (2014). Repensar la etnografía a la luz de los presupuestos posibles de una socioantropología. *Antropología social y cultural en Uruguay*, 12, 21-34.
- OLIVOS, N. (2017). La expansión etnográfica. Su condición y posibilidad en el mundo contemporáneo. En V. Payá y J. Rivera, *Sociología etnográfica. Sobre el uso crítico de la teoría y los*

- métodos de investigación*. México: UNAM-Facultad de Estudios Superiores-Acatlán.
- PADILLA, M. (2010). *La socio-antropología: ¿del encuentro interdisciplinar a la autonomía? Propuesta de seminario interno*. Memoria de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Inédita.
- PAYÁ, V. A., (2010). *Vida y muerte en la cárcel: estudio sobre la situación institucional de los prisioneros*. México: Plaza y Valdés.
- PAYÁ, V.A. (10 de agosto, 2011). Conferencia sobre investigación etnográfica en los reclusorios. UACM, Plantel Centro Histórico.
- PAYÁ, V.A. (2014). Presentación del libro *Mujeres en prisión. Un estudio socioantropológico de historias de vida y tatuaje* en Seminario Permanente de Socioantropología, Ciudad de México, 14 de mayo de 2014.
- RODRÍGUEZ, G., Gil, J. y García, E. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. Málaga: Ediciones Aljibe.
- ROMERO, M. (2016). *Lo popular en lo masivo: una netnografía de un diario de nota roja en el Estado de Morelos* (tesis en ciencias sociales). Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México.
- THOMAS, W. y Znaniiecki, F. (2006). *El campesino polaco en Europa y en América*. España: Centro de Investigaciones Sociológicas y Boletín Oficial del Estado.
- UACM (2004). *Programa académico de la Licenciatura en Ciencias Sociales (Antropología Social y Sociología)*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México.
- VALVERDE, L. (2018). *La política pública hacia la Educación Superior y los problemas de exclusión en la universidad. Una descripción de los estudiantes de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la UACM ¿una alternativa de inclusión?* (tesis en ciencias sociales). Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

WACQUANT, L. (2006). *Entre las cuerdas: Cuadernos de un aprendiz boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

WHYTE, F.W. (1971). *La sociedad de las esquinas*. México: Diana.

Reseñas Autores

PARIS AGUILAR PIÑA

Profesor-investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (Licenciatura de Ciencias Sociales, Plantel San Lorenzo Tezonco). Licenciado en Etnología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Egresado del Programa de Maestría y Doctorado en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Antropológicas / Facultad de Filosofía y Letras). Participante del equipo organizador del Seminario Permanente de Socioantropología de la UACM.

NANCY GABRIELA CRUZ LEMUS

Licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Actualmente trabaja como Enlace administrativo en la Casa de las Siemprevivas, instancia de gobierno correspondiente a la Alcaldía Iztapalapa, en donde se da atención a mujeres víctimas de violencia.

RICARDO CARLOS ERNESTO GONZÁLEZ

Profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), adscrito a la licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Humanas. Candidato al Sistema Nacional de Investigadores. Doctor en Psicología Social por la Universidad Autónoma Metropolitana; maestro en Estudios Socioculturales por el Instituto de Investigaciones Culturales de la UABC y licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Sus líneas de investigación son: juventudes, violencias sociales, corporalidades y necropolíticas.

HÉCTOR DANIEL HERNÁNDEZ FLORES

Doctor en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctor en Equidad e Innovación en Educación por la Universidad de Cantabria. Maestro en Antropología por la UNAM y Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Candidato a Investigador Nacional (SNI-CONACYT). Desde 2016 participa en diversas investigaciones sociantropológicas sobre espacios rurales contemporáneos, principalmente en el análisis y comprensión de desigualdades socioculturales de jóvenes de localidades rurales de México. Ha impartido clases en la UNAM, UACM y la Universidad del Claustro de Sor Juana.

OLIVIA LEAL SORCIA

Es profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, adscrita a la Licenciatura en Ciencias Sociales. Realizó estudios de licenciatura y maestría en Antropo-

logía Social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es Doctora en Ciencias Sociales por El Colegio de Michoacán. Ha impartido cursos de licenciatura en la Universidad Intercontinental y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Como parte de su experiencia laboral, participó en áreas de investigación en diversas instituciones, destacando el Consejo Nacional de Fomento Educativo, la Dirección General de Investigación Educativa de la Subsecretaría de Educación Básica y Normal de la SEP y de la Comisión Nacional para el Desarrollo de Pueblos Indígenas. Sus publicaciones versan sobre migración infantil jornalera y acceso a educación básica; indígenas nahuas en ciudades y periferias metropolitanas; así como etnografía con grupos indígenas en ciudades. Entre sus líneas de investigación más recientes destacan etnicidades urbanas y procesos de reconocimiento y sentidos étnicos; ciudades en regiones indígenas; identificaciones barriales y comunitarias en Cuauhtepc al norte de la ciudad de México y etnografía socioantropológica.

NICOLÁS OLIVOS SANTOYO

Profesor-investigador de la Academia de Ciencias Sociales (antropología social y sociología) de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Investigador Nacional Nivel 1 del Sistema Nacional de Investigadores (SIN-CONACYT). Antropólogo Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, maestro en Filosofía de las Ciencias por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa y doctor en Ciencias Antropológicas por la misma institución (UAM-I). Sus líneas de investigación son: teoría sobre la etnografía,

epistemología y teoría social contemporánea y procesos de reconocimiento étnico contemporáneo.

MARIO PADILLA

Profesor-investigador de la Academia de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Licenciado en Sociología por la UAM Azcapotzalco, maestro en Antropología Social por El Colegio de Michoacán y Doctor en Ciencia Social por El Colegio de México. Entre sus publicaciones se encuentran *Emile Durkheim: estructura social y subjetividad* (Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo), *Ciclo festivo y orden ceremonial. El sistema de cargos en San Pedro Ocumicho* (El Colegio de Michoacán), así como diversos artículos sobre teoría sociológica y socio-antropología de la religión.

ARACELI PARRA GUZMÁN

Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (Licenciatura en Ciencias Sociales, Plantel San Lorenzo Tezonco). Licenciada en Sociología con Maestría en Educación y Especialización en Sociología de las Instituciones de Educación Superior. Experiencia profesional en formación docente, evaluación del aprendizaje y tutoría en el nivel superior. Sus líneas de investigación giran en torno sobre la profesión académica, las trayectorias universitarias y el mercado laboral del socioantropólogo. Participante del equipo organizador del Seminario Permanente de Socioantropología de la UACM.

VÍCTOR A. PAYÁ

Profesor-investigador de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel I. Doctor en Ciencias Sociales. Autor y coordinador de los libros *Hombres y mujeres de blanco: un estudio socioantropológico de un hospital de urgencias médicas* y *Sociología etnográfica: sobre el uso crítico de la teoría y los métodos de investigación*, editados por la FES Acatlán, UNAM y Juan Pablos Editor.

ISMAEL PINEDA PELÁEZ

Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Maestro en Antropología por la UNAM, candidato a Doctor en Antropología por la misma institución. Temas de interés: actos festivos urbanos (carnavales y representaciones cívicas). Procesos de identificación, conflicto y emociones. Reflexividad y posicionamiento del sujeto antropológico en el campo de estudio. Profesor de asignatura en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM) Cuauhtémoc.

JOVANI J. RIVERA

Profesor de asignatura en el Sistema de Universidad Abierta de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Candidato a Doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Autor y coordinador de los libros *Hombres y mujeres de blanco: un estudio socioantropológico de un hospital de urgencias médicas* y *Sociología etnográfica: sobre el uso crítico de la teoría*

y los métodos de investigación, editados por la FES Acatlán, UNAM y Juan Pablos Editor.

MIGUEL CIPACTLI ROMERO RAMÍREZ

Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Maestro en Ciencias Sociales por la Facultad de Estudios Superiores de Cuautla (FESC-UAEM) y doctorante en Humanidades en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades (CIIHU-UAEM). Sus temas de interés son: culturas populares, socioantropología digital, giro corporal-afectivo y filosofía antropológica. En su investigación doctoral, busca articular la relación entre la sociedad del rendimiento y los padecimientos psicopatológicos como el estrés, depresión, ansiedad y soledad de creadore/as de contenido motivacional deportivo para TikTok.

LILIANA VALVERDE CLEMENTE

Licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Realizó su servicio social en el Seminario Permanente de Sociantropología. Ha trabajado como apoyo en el área de docencia y desarrollando tareas de ayudantía en la Secretaría Ejecutiva de la Red Mexicana de Instituciones de Formación en Antropología. Ha participado en proyectos de investigación sobre mercado laboral y trayectorias estudiantiles. Actualmente trabaja en unidad territorial de la Alcaldía Iztapalapa como asistente de Dirección.

Sumario

5	Introducción <i>Olivia Leal Sorcia</i>
15	I CRUCE DISCIPLINAR Y ETNOGRAFÍA SOCIOANTROPOLÓGICA
17	Presentación
21	1 Posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre antropología social y sociología <i>Mario Padilla Pineda</i>
21	Introducción
22	Interdisciplinariedad, especialización y mecanismos de innovación científica
28	Posibilidades y problemáticas del encuentro disciplinar entre la antropología social y la sociología
36	Experiencias concretas de encuentro disciplinar entre la antropología social y la sociología
42	Posibilidades del encuentro de la sociología y la antro- pología
44	Conclusión
45	Bibliografía

- 47 2 La descripción de las relaciones sociales y la vida cotidiana en la etnografía socioantropológica
Nicolás Olivos Santoyo
- 47 Introducción
- 50 ¿Qué es la etnografía? Dispositivo, operación y prácticas y empiria
- 56 La práctica etnográfica. Entre teoría y empiria
- 62 De las relaciones sociales al enfoque relacional
- 73 Vida cotidiana: de lo regular a las situaciones y a lo extraordinario
- 82 Conclusión
- 85 Bibliografía
- 89 3 La sociología entográfica: apuntes sobre el uso crítico de la teoría, la implicación y la construcción del objeto de investigación
Víctor A. Payá y Jovani J. Rivera
- 90 Introducción
- 94 Usar críticamente la teoría
- 103 Apuntes sobre las técnicas de investigación
- 107 Aprender a aprender
- 110 Acerca de la implicación y la ética del investigador
- 116 Conclusiones
- 123 Bibliografía
- 125 II. DE LOS OBJETOS DE ESTUDIO SOCIOANTROPOLÓGICOS A LA INVESTIGACIÓN EN CAMPO
- 127 Presentación

- 131 1 El estudio cualitativo de Facebook por medio del método netnográfico. La creación de objetos intersticiales en la fundamentación de la socioantropología
Miguel Cipactli Romero Ramírez
- 131 Introducción
- 132 Hacia la creación de un objeto intersticial
- 139 La metamorfosis de Internet: la Web 2.0 y el método netnográfico
- 139 El trasfondo socio-histórico del método netnográfico
- 152 Una inmersión netnográfica sobre la comunidad virtual del *Extra de Morelos*
- 154 Hallazgos de la inmersión *netnográfica* dentro de la comunidad virtual del *Extra de Morelos*
- 159 Conclusión
- 164 Bibliografía
- 171 2 Juventudes mexicanas y reggaetoneras: apuntes para una mirada socioantropológica
Ricardo Carlos Ernesto González
- 168 Entre la juventud y la socioantropología: debates y confrontaciones
- 178 Ser joven mexicano y ser joven chilango
- 181 San Judas Tadeo en la narrativa juvenil
- 200 Combos en la ciudad: identidad, juventud y resistencia
- 206 Conclusión
- 209 Bibliografía
- 213 3 De aquí para allá. Un estudio socioantropológico sobre jóvenes rurales, movilidades y nuevas realidades etnográficas
Héctor Daniel Hernández Flores

214	Introducción
215	Márgenes metodológicos
220	Márgenes conceptuales
225	Relato Etnográfico I
229	Relato Etnográfico II
234	Relato etnográfico III
240	Conclusiones
246	Bibliografía
249	III. REFLEXIVIDAD Y RETOS EN LA FORMACIÓN DE SOCIOANTROPÓLOGOS
251	Presentación
255	1 El viaje sin maletas: implicación y oficio en la práctica <i>socioantropológica</i> <i>Ismael Pineda Peláez</i>
255	Introducción
258	La institución como arranque
261	¡Aquí no se estudian fiestas, se hacen fiestas!
282	<i>Socioantropología</i> como oficio
287	¿ <i>Socioantropología</i> para qué?
293	Bibliografía
297	2 Desafíos del trabajo de campo en la formación de socioantropólogos en México <i>Olivia Leal Sorcia</i>
297	Introducción
300	La formación de socioantropólogos en la UACM
306	Especialidades de la investigación en campo de los socioantropólogos

318	Redefiniciones y propuestas sobre la formación del trabajo en campo
325	Consideraciones finales. De la formación en campo a los procesos de reflexividad de los socioantropólogos
329	Bibliografía
333	3 El cruce disciplinar: experiencias y reflexiones desde el Seminario Permanente de Socioantropología <i>Nancy Cruz, Liliana Valverde, Araceli Parra y Paris Aguilar</i>
332	Introducción
336	Antecedentes
339	Pistas para un quehacer socioantropológico
345	Nuevos espacios y nuevos actores desde la mirada socioantropológica
351	Posicionamientos epistemológicos
355	Posibles articulaciones de método
360	Encuentro disciplinar en primeras generaciones de socioantropólogos de la UACM A manera de cierre
368	Bibliografía

Más allá de la sociología y la antropología.
Reflexiones en torno a la socioantropología
se terminó de imprimir en diciembre de 2023,
en el taller Reproducciones Gráficas del Sur,
Amatl 20, col. Sto. Domingo,
alc. Coyoacán, CP 04369, Ciudad de México
con un tiraje de 500 ejemplares.
Cuidado de la edición: Ángeles Godínez Guevara
Diseño editorial: Sergio Cortés Becerril



Olivia Leal Sorcia: es profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, adscrita a la Licenciatura en Ciencias Sociales. Realizó estudios de licenciatura y maestría en Antropología Social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Es Doctora en Ciencias Sociales por El Colegio de Michoacán. Ha impartido cursos de licenciatura en la Universidad Intercontinental y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Como parte de su experiencia laboral, participó en áreas de investigación en diversas instituciones, destacando el Consejo Nacional de Fomento Educativo, la Dirección General de Investigación Educativa de la Subsecretaría de Educación Básica y Normal de la SEP y de la Comisión Nacional para el Desarrollo de Pueblos Indígenas. Sus publicaciones versan sobre migración infantil jornalera y acceso a educación básica; indígenas nahuas en ciudades y periferias metropolitanas; así como etnografía con grupos indígenas en ciudades. Entre sus líneas de investigación más recientes destacan etnicidades urbanas y procesos de reconocimiento y sentidos étnicos; ciudades en regiones indígenas; identificaciones barriales y comunitarias en Cuauhtepac al norte de la ciudad de México y etnografía socioantropológica.

Los artículos que se incluyen en el libro son producto de reflexiones, discusiones y disertaciones generadas en el marco del Seminario Permanente de Socioantropología, impulsado por un grupo de académicos, tesisas y estudiantes de la licenciatura en Ciencias Sociales (antropología social y sociología) durante la segunda década del siglo XXI. Al consolidarse como un espacio de intercambio académico, posibilitó que los autores y las autoras se adentraran por diversos recovecos en un nuevo campo disciplinar nombrado como socioantropológico. Así, los ensayos profundizan sobre el cruce disciplinar o bien la caracterización de una etnografía socioantropológica. En otros textos se analizan procesos de implicación (reflexividad) y de formación en trabajo de campo para el caso de los socioantropólogos. También destaca la innovación en el abordaje de temas de investigación, combinación de metodologías, caracterización de objetos de estudio socioantropológicos y de la adaptación de técnicas de investigación clásicas, entre otros.

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

Biblioteca
BE
del
Estudiante

